

**UNA**

MATAR ES FÁCIL

**MUERTE**

LO DIFÍCIL ES SALIR IMPUNE

**MERECIDA**



**PETER**

**SWANSON**

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PRIMERA PARTE. Las normas de los bares de aeropuerto

1. Ted
2. Lily
3. Ted
4. Lily
5. Ted
6. Lily
7. Ted
8. Lily
9. Ted
10. Lily
11. Ted
12. Lily
13. Ted
14. Lily

15. Ted

SEGUNDA PARTE. La casa a medio construir

16. Lily

17. Miranda

18. Lily

19. Miranda

20. Lily

21. Miranda

22. Lily

23. Miranda

24. Lily

25. Miranda

26. Lily

TERCERA PARTE. Esconde bien los cadáveres

27. Kimball

28. Lily

29. Kimball

30. Lily

31. Kimball

32. Lily

33. Kimball

34. Lily

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

Matar es fácil, cualquiera puede hacerlo. Pasa constantemente, en un arrebato de furia la mujer mata al marido o viceversa.

Pero matar sin que te pillen, eso es lo realmente difícil. Por suerte, Lily cree haber encontrado la solución.

Sin cuerpo no hay asesinato. Sin cuerpo, un muerto se convierte en un desaparecido.

No es que Lily encuentre placer en ello, aunque tampoco siente remordimientos; hay personas en el mundo que merecen morir y hay asesinos que merecen salirse con la suya. Así de simple, piensa en la gente que muere en un huracán, sólo que el huracán que encontrarán Ted, el marido, Miranda, la mujer, y Brad, el amante, se llama Lily.

¿Crees que puedes entender a un asesino? Cuidado, Lily puede acabar convencéndote.

PETER SWANSON

UNA MUERTE MERECE

Traducción de Albert Fuentes



*A mi madre, Elizabeth Ellis Swanson*



## PRIMERA PARTE

# Las normas de los bares de aeropuerto

# 1

## Ted

—¿Qué tal? —dijo ella.

Miré la mano pecosa y pálida sobre el respaldo de un taburete libre que tenía justo a mi lado en la sala vip del aeropuerto de Heathrow. Luego levanté la vista y miré a la desconocida.

—¿Nos conocemos? —pregunté.

No me resultaba especialmente familiar, pero su acento estadounidense, su blusa blanca y planchada a la perfección, sus vaqueros ceñidos y metidos por dentro de unas botas de caña alta, todo en ella me hizo pensar en las espantosas amigas de mi mujer.

—Me temo que no. Sólo me ha deslumbrado la copa que está tomando. ¿Le importa? —Dobló su cuerpo largo y esbelto para sentarse sobre el cuero del taburete giratorio y dejó el bolso en la barra—. ¿Es ginebra? —preguntó, refiriéndose al dry martini que tenía enfrente.

—Hendrick's —respondí.

Llamó con un gesto al camarero, un mocoso con el pelo de punta y el mentón grasiento, y le pidió un dry martini de Hendrick's con dos aceitunas. Cuando le sirvieron la copa, la alzó hacia mí. Me quedaba un sorbito y propuse:

—Por las vacunas contra los vuelos internacionales.

—Brindo por ello.

Apuré mi cóctel y pedí otro. Se presentó, dándome un nombre que olvidé al instante. Y yo le dije el mío, Ted y punto, no Ted Severson, por lo menos, no en ese momento. Nos tomamos nuestros cócteles en esa sala demasiado mullida y demasiado iluminada del aeropuerto de Heathrow, intercambiando algunas palabras y confirmando al final que los dos estábamos haciendo tiempo antes de embarcar en el mismo vuelo directo al aeropuerto Logan de Boston. Extrajo una novelita de bolsillo de su bolso y se puso a leer. Aproveché la oportunidad para mirarla bien. Era hermosa, larga melena pelirroja, ojos claros de un azul verdoso, como un mar tropical, y una piel tan pálida que era como el blanco casi azulado de la leche desnatada. Si una mujer así se sienta a tu lado en tu bar de cabecera y aplaude la copa que has pedido, piensas que está a punto de cambiarte la vida. Pero las normas son otras en los bares de aeropuerto, porque tus cómplices de fatigas alcohólicas están a punto de lanzarse en direcciones distintas de la tuya. Y aunque esa mujer volaba a Boston, todavía me hervía la sangre al recordar la situación que me esperaba en casa con mi mujer. No había pensado en otra cosa durante la semana que había pasado en Inglaterra. Casi no había probado bocado, casi no había dormido.

La megafonía escupió un anuncio en el que las dos únicas palabras discernibles fueron «Boston» y «retraso». Eché un vistazo al letrero sobre las hileras retroiluminadas de botellas del mejor alcohol y vi que nuestra hora prevista de despegue se retrasaba sesenta minutos.

—Tenemos tiempo para otra ronda —dije—. Invito yo.

—Por qué no —respondió ella, y cerró el libro dejándolo boca arriba sobre la barra, al lado de su bolso. *Las dos caras de enero*. Patricia Highsmith.

—¿Qué tal el libro?

—Escribió mejores.

—Nada peor que un libro malo y un largo retraso en el vuelo.

—¿Qué lee usted? —preguntó.

—El periódico. No soy muy de leer libros.

—Y entonces ¿qué hace cuando vuela?

—Tomar dry martinis. Planear asesinatos.

—Interesante.

Me ofreció una sonrisa, la primera que había visto. Era una sonrisa franca que le provocaba una arruga entre el labio superior y la nariz y revelaba una dentadura perfecta y una franjita de encías sonrosadas. Me pregunté cuántos años tendría. Cuando se había sentado a mi lado, pensé que andaría por los treinta cumplidos, más cerca de mi edad, pero su sonrisa y el rocío de pecas difuminadas sobre el puente de la nariz hacían que ahora la viera más joven. Veintiocho, tal vez. La edad de mi mujer.

—Y también trabajo, claro, cuando vuelo —añadí.

—¿A qué se dedica?

Le conté la versión resumida, cómo invertía y asesoraba a nuevas empresas de internet. No le dije de qué forma sacaba tajada: vendiendo esas mismas empresas en cuanto empezaban a tener futuro. Y tampoco le conté que en realidad no tenía ninguna necesidad de volver a trabajar en la vida, que había sido uno de los pocos inversores tecnológicos de finales de los noventa que se habían bajado del tren (liquidando de paso todas mis acciones) justo antes del estallido de la burbuja puntocom. Si se lo oculté fue sencillamente porque no me apetecía hablar de ello en ese momento, no porque pensara que a mi nueva compañera pudiera parecerle obsceno o porque temiera que se le pasaran las ganas de hablar conmigo. Nunca me ha parecido que tenga que disculparme por la fortuna que he amasado.

—¿Y usted? ¿A qué se dedica? —pregunté.

—Trabajo en el Winslow College. Soy archivera.

Era una universidad femenina en un barrio residencial a unos treinta kilómetros al oeste de Boston. Le pregunté qué hacía una archivera, y me contó lo que supuse que era la versión resumida de su trabajo, cómo recopilaba la documentación de la universidad y se ocupaba de su conservación.

—¿Y vive en Winslow? —pregunté.

—Así es.

—¿Casada?

—No. ¿Y usted?

Cuando me lo preguntó, me percaté de que volvía sutilmente la mirada

para buscar una alianza en mi mano izquierda.

—Sí, por desgracia —dije. Entonces levanté la mano para que pudiera ver mi anular vacío—. Y, no, no me quito el anillo de boda en los bares de los aeropuertos por si una mujer como usted se sienta a mi lado. Nunca he llevado anillos. No soporto la sensación.

—¿Por qué «por desgracia»?

—Es muy largo de contar.

—Nuestro avión sale con retraso.

—¿De verdad quiere oírme hablar de mi sórdida vida?

—¿Cómo iba a responderle que no si me la pinta así?

—Si se la cuento, voy a necesitar otra de éstas. —Levanté mi copa vacía—. ¿Y usted?

—No, gracias. Mi límite son dos. —Hincó los dientes en una de las aceitunas del palillo y la desensartó para metérsela en la boca. Entreví por un instante la punta sonrosada de su lengua.

—Siempre digo que dos dry martinis son demasiados y que tres no bastan.

—Qué ocurrente. ¿Eso no lo decía también James Thurber?

—Es la primera vez que oigo ese nombre —dije sonriendo con suficiencia, aunque me sentía un poco ridículo por haber intentado colar una cita famosa como si fuera mía.

El camarero apareció delante de mí y pedí otra copa. La piel en torno a mi boca tenía ese agradable entumecimiento que te da la ginebra, y sabía que corría el riesgo de beber y hablar más de la cuenta, pero allí mandaban las normas de aeropuerto, a fin de cuentas, y aunque mi compañera de vuelo vivía a sólo treinta kilómetros de mi casa, ya había olvidado su nombre y sabía que las posibilidades de que nuestros caminos volvieran a cruzarse eran más que escasas. Además, estaba a gusto conversando y bebiendo con aquella desconocida. El simple hecho de poder pronunciar palabras en voz alta me estaba liberando de parte de la rabia que sentía.

Por eso le conté mi historia. Le conté que mi mujer y yo llevábamos tres años casados y que vivíamos en Boston. Le hablé de la semana que habíamos pasado en septiembre en el hotel Kennewick Inn, en la costa meridional de

Maine, y que nos habíamos enamorado de la zona y habíamos comprado un terreno en primera línea de mar a un precio tan exorbitado que daban ganas de echarse a reír. Le conté que mi mujer, como tenía un máster en algo llamado Arte y Activismo Social, se había considerado capacitada para codirigir el proyecto de la casa con un despacho de arquitectos y que últimamente pasaba la mayor parte de su tiempo en Kennewick, trabajando con un maestro de obras que se llamaba Brad Daggett.

—¿Y ella y Brad...? —preguntó, después de meterse la segunda aceituna en la boca.

—Pues sí.

—¿Está seguro?

Por eso entré en detalles. Le conté que Miranda había empezado a cansarse de nuestra vida en Boston. Durante nuestro primer año de casados se había dedicado en cuerpo y alma a decorar nuestra mansión victoriana en el South End. Después, se había buscado un trabajo a media jornada en la galería de una amiga en el SoWa, un barrio de artistas al sur de la ciudad, pero ya entonces empecé a darme cuenta de que el ambiente estaba cada vez más viciado. Nos quedábamos sin conversación a media cena y ya no nos metíamos en la cama a la misma hora. Lo peor, sin embargo, era que habíamos perdido las identidades que nos habían definido en los primeros días de relación. Al principio, yo era el empresario rico que la introducía en el mundo de los vinos caros y las galas benéficas, y ella era la artista bohemia que reservaba viajes a playas tailandesas y le gustaba quedar en antros del centro. Sabía que a nuestra manera encarnábamos un tópico trillado, pero a nosotros nos funcionaba. Conectábamos a todos los niveles. Ni siquiera me disgustaba pensar que, aun considerándome guapo pero no especialmente atractivo, nadie fuera a fijarse en mí cuando estaba con ella. Tenía las piernas largas y los pechos grandes, la cara en forma de corazón y unos labios carnosos. Su pelo era castaño oscuro, pero siempre lo llevaba teñido de negro. Se lo peinaba de tal forma que pareciera enmarañado, como si acabara de levantarse de la cama. Tenía la piel perfecta y no necesitaba maquillaje, aunque nunca salía de casa sin pintarse la raya en los ojos. En bares y restaurantes, veía a hombres que se quedaban pasmados mirándola. Quizá

estuviera proyectando mis sentimientos en ellos, pero las miradas que le echaban eran hambrientas y primarias. Me alegraba entonces de no vivir en una época o en un país donde los hombres solieran llevar encima armas de fuego.

Nuestra excursión a Kennewick, Maine, había sido improvisada, una respuesta a su queja de que no habíamos pasado unos días a solas en más de un año. Fuimos la tercera semana de septiembre. Los primeros días fueron radiantes y cálidos, pero el miércoles de esa semana entró una borrasca desde Canadá y nos quedamos atrapados en nuestra suite. Sólo salíamos para comer langosta con cerveza blanca de Maine en la taberna que había en el sótano del hotel. Tras el paso de la tormenta, los días fueron fríos y secos, la luz más gris, y los crepúsculos más largos. Nos compramos unos jerséis y exploramos el camino que, empezando justo al norte del hotel, recorría casi dos kilómetros de acantilados, serpenteando entre el erizado Atlántico y su costa rocosa. El aire, que hasta hacía poco había sido bochornoso y nos traía aromas de loción solar, era ahora frío y olía a salitre. Nos enamoramos los dos de Kennewick, tanto que cuando vimos un terreno en venta lleno de rosales silvestres y escaramujos en lo alto de un promontorio al final del camino, llamé enseguida al número de teléfono que había en el cartel y de inmediato les hice una oferta.

Un año más tarde habían arrancado todas las zarzas, excavado los cimientos y casi terminado la fachada de una casa de ocho habitaciones. Habíamos contratado como maestro de obras a Brad Daggett, un divorciado fornido con una buena pelambarrera negra, perilla y una nariz que parecía torcida. Mientras yo pasaba las semanas en Boston —asesorando a un grupo de recién graduados del MIT que habían creado un nuevo algoritmo para un motor de búsqueda en entorno blog—, Miranda se quedaba cada vez más tiempo en Kennewick, alojándose en el hotel y supervisando las obras, obsesionada con cada azulejo e instalación de la casa.

A primeros de septiembre, decidí darle una sorpresa y subí a verla en coche. Dejé un mensaje en su móvil cuando me metí en la interestatal 95 al norte de Boston. Llegué a Kennewick un poco antes del mediodía y fui a verla al hotel. Me dijeron que había salido por la mañana.

Me acerqué en coche a la casa y aparqué en la entrada de gravilla, justo detrás de la camioneta F-150 de Brad. El Mini Cooper azul Tiffany de Miranda también estaba allí. No había visitado la casa en semanas y me alegró ver que las obras iban a buen ritmo. Me pareció que todas las ventanas estaban instaladas y vi que habían llegado las losas de basalto azul que había elegido para el jardín hundido. Caminé hasta detrás de la casa, donde todas las habitaciones del primer piso tenían su propio balcón y un porche acristalado en la planta baja daba a una gran terraza de piedra. Frente a la terraza, habían excavado un agujero rectangular para la piscina. Al subir los escalones de piedra de la terraza descubrí a Brad y a Miranda a través de las altas ventanas de la cocina que daban al océano. Estaba a punto de dar un golpecito en el cristal para que me vieran cuando algo me hizo detenerme. Estaban los dos apoyados en la encimera de cuarzo recién instalada, mirando por la ventana las vistas de la cala de Kennewick. Brad se estaba fumando un cigarrillo y le vi tirar la ceniza en una taza de café que sostenía con la otra mano.

Pero fue la actitud de Miranda lo que me hizo parar. Había algo en su postura, en su forma de apoyarse en la encimera, orientada hacia la ancha espalda de Brad. Estaba relajada por completo. Vi cómo levantaba tranquilamente una mano para que él le pusiera el cigarrillo encendido entre los dedos. Dio una larga calada y luego se lo devolvió. No se miraron durante el intercambio, y supe que no sólo se acostaban, sino que, además, casi con toda seguridad estaban enamorados.

Lejos de sentir rabia o amargura, lo que experimenté en ese instante fue terror a que me vieran en la terraza, espiando su momento de intimidad. Desanduve el camino hasta llegar a la puerta principal, pasé por el porche y abrí de par en par la puerta de cristal al tiempo que gritaba «¡Hola!» en los cavernosos pasillos de la casa.

—¡Estoy aquí! —me respondió con un grito Miranda, y me dirigí a la cocina.

Se habían separado un poco, pero no demasiado. Brad apagó el cigarrillo en la taza de café.

—Teddy, ¡qué sorpresa! —exclamó Miranda. Era la única persona que



me llamaba así, un diminutivo que había empezado siendo una broma porque no me pegaba en absoluto.

—Hola, Ted —dijo Brad—. ¿Qué te parece de momento?

Miranda rodeó la encimera y me dio un beso que aterrizó en la comisura de mis labios. Olía a su champú carísimo y a Marlboro.

—Tiene buena pinta. Mis losas acaban de llegar.

Miranda se rio.

—Le dejamos que elija una cosa y luego es lo único que le preocupa.

Brad también rodeó la encimera y me dio la mano. Era una mano grande, con los nudillos muy marcados. Tenía la palma seca y caliente.

—¿Quieres que hagamos una visita completa?

Mientras Brad y Miranda me acompañaban por la casa, Brad hablando de los materiales empleados en la construcción y Miranda contándome qué muebles irían en cada sitio, empecé a dudar sobre lo que había visto. Ninguno de los dos parecía estar demasiado inquieto por mi presencia. Quizá tan sólo se habían hecho íntimos y tenían ese tipo de amistad en la que compartes cigarrillos y puedes apoyar el hombro en el de tu amigo. Miranda a veces era un poco sobona, se cogía del brazo de sus amigas y saludaba o se despedía de sus amigos con un beso en la boca. Se me ocurrió pensar que tal vez me estaba mostrando paranoico.

Después de la visita guiada por la casa, bajé con Miranda al hotel Kennewick Inn y comimos en la taberna Livery. Pedimos sándwiches de emperador frito con especias y yo me tomé dos whiskies con soda.

—¿Brad te ha hecho volver a fumar? —pregunté, tratando de pillarla mintiendo y para ver cómo reaccionaba.

—¿Qué? —dijo, frunciendo el ceño.

—Olías un poco a tabaco. En la casa.

—Bueno, puede que haya dado un par de caladas. No he vuelto a fumar, Teddy.

—No me molesta. Sólo me lo preguntaba.

—¿No te parece increíble que la casa esté casi terminada? —señaló ella, al tiempo que metía una de sus patatas fritas en mi charquito de ketchup.

Hablamos un rato sobre la casa y empecé a tener aún más dudas sobre lo

que había visto. No se comportaba como si se sintiera culpable.

—¿Te quedas el fin de semana? —quiso saber.

—No, sólo quería subir a saludarte. Esta noche tengo cena con Mark LaFrance.

—Anúlala y quédate conmigo. He oído que mañana hará un día estupendo.

—Mark ha cogido el avión expresamente para la reunión. Y tengo que echar algunas cuentas.

Al salir de Boston, había planeado quedarme en Maine toda la tarde con la esperanza de que Miranda accediera a echarse una larga siesta conmigo en su habitación de hotel. Pero después de verla acaramelada con Brad en la carísima cocina que estaba pagando de mi bolsillo, cambié de idea. Tenía un nuevo plan. Después de comer, subí a Miranda al terreno para que pudiera recoger su coche. Entonces, en vez de ir directo hacia la interestatal 95, me metí en la carretera 1 dirección sur hasta llegar a Kittery y su medio kilómetro de tiendas de saldos. Paré junto al Kittery Trading Post, una tienda de material de acampada por la que había pasado a menudo sin entrar ni una sola vez. En unos quince minutos, me había gastado cerca de quinientos dólares en unos pantalones impermeables de camuflaje, un chubasquero gris con capucha, unas gafas de aviador grandes y unos prismáticos de alta gama. Me metí con todo el material en un lavabo público que había delante del *outlet* Crate and Barrel y me puse mis nuevos pertrechos. Con la capucha y las gafas de aviador, me sentí irreconocible. Al menos desde lejos. Volví a tomar la carretera, esta vez en sentido norte, y dejé mi Audi Quattro en un parking público cerca de la cala de Kennewick, oculto entre dos camionetas. Sabía que no había razón para que Miranda o Brad bajaran a ese aparcamiento en concreto, pero tampoco la había para permitir que mi coche fuera fácil de ver.

El viento había amainado, pero el cielo estaba cubierto de nubes bajas, de un gris monocromo, y una llovizna fina y cálida había empezado a enturbiar el aire. Crucé por la arena mojada de la playa y luego trepé sobre las rocas sueltas y las pizarras que llevaban hacia el sendero de los acantilados. Me movía con cuidado, sin apartar la vista del camino asfaltado —la lluvia lo

había convertido en una pista de patinaje y en algunos tramos las raíces de los árboles habían levantado el asfalto—, privándome de la espectacular inmensidad del Atlántico que se extendía a mi derecha. Algunos de los tramos del sendero habían perdido todo el asfalto y un letrero descolorido avisaba a los paseantes de su peligro. Por todo ello, el camino no estaba especialmente transitado y sólo vi a otra persona esa tarde, una adolescente con un jersey con el escudo de los Boston Bruins que olía como si acabara de fumarse un porro. Nos cruzamos sin decir palabra o mirarnos el uno al otro.

Hacia el final del sendero, caminé un rato a lo largo de un muro de cemento que se estaba desmoronando y que marcaba la linde de una casita de piedra, la última construcción antes del medio kilómetro de tierra sin edificar que culminaba en nuestro terreno. Luego, el sendero descendía hasta el nivel del mar, cruzaba por una caleta rocosa llena de boyas destrozadas y algas marinas, y a continuación enfilaba por una pronunciada pendiente entre algunas píceas retorcidas. La lluvia había arreciado, y me quité las gafas de sol mojadas. Las posibilidades de que Miranda o Brad estuvieran fuera de la casa eran remotas, y mi plan consistía en pararme justo antes de la extensión de tierra despejada y situarme entre unas matas de arbustos perennes en la parte más baja del promontorio. Si cualquiera de los dos echaba un vistazo por la ventana y me veía con mis prismáticos, supondría que era un aficionado a la ornitología. Si venían a buscarme, siempre tendría la posibilidad de retirarme de prisa hacia el sendero.

Cuando pude ver la casa asomando por encima de la tierra martirizada por las obras, me sorprendió, no por primera vez, que el estilo de la fachada posterior, la que miraba al océano, fuera tan distinto del de la fachada que daba a la carretera. La fachada principal tenía un revestimiento de mampostería con unas pocas ventanitas repartidas aquí y allí y unas imponentes puertas de madera oscura coronadas por unos arcos exagerados. La fachada posterior era de madera pintada en beis y, con todas sus ventanas y balcones idénticos, hacía pensar en un hotel de tamaño mediano. «Tengo muchos amigos», había dicho Miranda cuando le pregunté por qué la casa necesitaba siete habitaciones de invitados. Y luego me dirigió una mirada como si le hubiera preguntado por qué consideraba necesario instalar agua

corriente en la casa.

Encontré un buen sitio bajo una píceca raquíca que estaba doblada y retorcida como un bonsái. Me eché en la tierra mojada y ajusté los prismáticos hasta que conseguí tener enfocada la casa. Me encontraba a unos cincuenta metros y podía ver con facilidad a través de las ventanas. Hice una pasada por la planta baja sin descubrir ni un movimiento y luego empecé con la primera planta. Nada. Me tomé un descanso y estudié la casa a simple vista, pensando lo bien que me habría ido poder controlar también la entrada. Hasta donde alcanzaba a ver, no había nadie en casa, aunque había visto la camioneta de Daggett al dejar a Miranda.

Unos años antes, había salido a pescar un día con un colega que también especulaba con las puntocom. Aquel tipo era el mejor pescador de aguas abiertas que he conocido en mi vida. Podía mirar la superficie del océano y saber exactamente dónde estaban los peces. Me contó que el truco consistía en desenfocar la mirada y empaparse de golpe de todo el campo visual. Al hacerlo, podía captar destellos de movimiento, perturbaciones minúsculas en el mar. Lo intenté aquel día y sólo conseguí un molesto dolor de cabeza. Así pues, tras dar otro repaso con los prismáticos y no ver nada, decidí usar el mismo truco con mi casa. Dejé que todo se desdibujara ante mis ojos, al acecho de cualquier movimiento que se traicionara a sí mismo, y después de observar la casa durante menos de un minuto capté un movimiento a través de la ventana alta de lo que habría de ser la sala de estar en la cara norte de la casa. Empuñé los prismáticos y enfoqué la ventana. Brad y Miranda acababan de entrar. Podía verlos bastante bien; el sol poniente daba en la ventana en un buen ángulo e iluminaba el interior sin resplandecer en el cristal. Vi que Brad se acercaba a una mesa improvisada que habían montado los carpinteros. Cogió un trozo de madera que parecía una sección para la moldura de escayola del techo y se lo mostró a mi mujer. Pasó el dedo por las ranuras y ella hizo lo mismo. Los labios de Brad se movían y Miranda asentía a lo que le estuviera diciendo.

Por un breve instante me sentí ridículo, un marido paranoico vestido de camuflaje que espía a su mujer y al maestro de obras de su casa; pero cuando Brad dejó el molde vi que Miranda se metía entre sus brazos, echaba la

cabeza hacia atrás y lo besaba en la boca. Con una de sus grandes manos, Brad le apretó el trasero y la atrajo hacia sí, mientras que con la otra le agarraba un mechón de su pelo despeinado. Quise no seguir mirando, pero por alguna razón no pude. Los contemplé durante diez minutos por lo menos. Observé cómo Brad ponía a mi mujer contra la mesa, levantaba su falda morada y le quitaba unas diminutas braguitas blancas antes de penetrarla por detrás. Observé cómo Miranda se colocaba de forma idónea sobre la mesa, con una mano apoyada sobre el canto y la otra entre sus piernas, guiándolo hacia dentro. Saltaba a la vista que no era la primera vez que lo hacían.

Me dejé caer hacia atrás y me senté en el suelo. Cuando pude volver al sendero, me puse la capucha y vomité la comida en un oscuro charco rizado por el viento.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó mi compañera de vuelo cuando terminé de contarle mi historia.

—Poco más de una semana.

Entornó los ojos y se mordió el labio inferior. Tenía los párpados tan pálidos como el papel de fumar.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —preguntó.

Era precisamente la pregunta que me había hecho durante toda esa semana.

—Lo que me gustaría de verdad es matarla.

Sonreí con la boca entumecida por la ginebra y quise guiñarle el ojo sin mucho éxito para darle la oportunidad de no creerme, pero su semblante permaneció serio. Levantó sus cejas rojizas.

—Creo que debería —dijo, y esperé alguna señal de que me estuviera tomando el pelo, pero no llegó nada. Su mirada no flaqueaba.

No aparté los ojos y me di cuenta de que era mucho más guapa de lo que había pensado al principio. Tenía una belleza etérea, intemporal, como si fuera la modelo de un retrato renacentista. Tan distinta de mi mujer, que parecía sacada de la tapa de una novela barata de los años cincuenta. Me disponía a hablar de nuevo cuando ella ladeó la cabeza para escuchar el aviso distorsionado del altavoz. Acababan de anunciar el embarque de nuestro vuelo.

## 2

### Lily

El verano que cumplí catorce años mi madre invitó a un pintor llamado Chet a instalarse en nuestra casa. No recuerdo el apellido; de hecho, ni siquiera sé si lo supe alguna vez. Llegó y se instaló en el pequeño apartamento que había encima del estudio de mi madre. Llevaba unas gafas gruesas de montura negra, una barba muy poblada que siempre estaba manchada de salpicaduras de pintura, y olía a fruta pasada. Recuerdo la forma en que sus ojos buscaron de refilón mi pecho cuando nos presentaron. Ya había llegado el calor del verano y llevaba unos vaqueros cortados y una camiseta de tirantes. Mis pechos no eran más grandes que una picadura de mosquito, pero me los miró de todos modos.

—Hola, Lily —dijo—. Puedes llamarme tío Chet.

—¿Por qué? ¿Eres tío mío?

Me soltó la mano y se echó a reír, haciendo un ruido gripado como de motor a punto de reventar.

—Eh, ya me siento como uno más de la familia aquí. Tus padres me tratan fenomenal. Todo un verano para pintar. Increíble.

Me fui sin decir más.

No fue el único invitado que tuvimos en casa ese verano. De hecho, siempre había más de un invitado en Monk's House, especialmente en la temporada estival, cuando las obligaciones docentes de mis padres se

interrumpían y podían concentrarse en lo que de verdad les gustaba: el alcohol y el adulterio. No lo cuento para pintar mi infancia como una especie de tragedia. Lo cuento porque es verdad. Y ese verano, el verano de Chet, tuvimos un desfile de zánganos, estudiantes de universidad, amantes antiguos y actuales, y todos iban y venían como polillas a la luz titilante de un porche. Y eso contando sólo a los huéspedes de la casa. Mis padres, como siempre, daban unas fiestas interminables; yo escuchaba el zumbido de esas fiestas a través de las paredes de mi cuarto mientras estaba tumbada en la cama. Conocía bien esas sinfonías de ruido: empezaban con unas carcajadas, a las que seguían las notas discordantes de la música jazz y las puertas mosquiteras que se cerraban de golpe, para concluir a primera hora de la mañana con gritos, a veces llantos y, sin excepción, portazos en los dormitorios.

Chet era un tipo de animal algo distinto del huésped corriente. Mi madre decía de él que era un artista marginal, lo que significaba, supongo, que no estaba relacionado con la universidad de mamá, ni como alumno ni como artista invitado. Recuerdo a mi padre llamándolo «ese pordiosero degenerado que tu madre ha acogido este verano. Aléjate de él, Lily, creo que tiene la lepra. Y sólo Dios sabe la de porquería que lleva en esa barba». No creo que fuera una advertencia sincera por su parte —mi madre estaba cerca para oírlo—, pero al final resultó profética.

Me había pasado la vida entera en Monk's House, el nombre que mi padre había dado a la gigantesca y decrepita mansión victoriana con cien años a cuestas que estaba a una hora de camino de Nueva York, escondida en los profundos bosques de Connecticut. David Kintner —mi padre— era un novelista inglés que había ganado gran parte de su dinero con la adaptación al cine de su primera y más celebrada novela, una farsa sexual ambientada en un internado que causó un cierto revuelo a finales de los sesenta. Había llegado a Estados Unidos con una plaza de escritor visitante en la Universidad de Shepaug y se quedó allí como profesor adjunto cuando conoció a Sharon Henderson, mi madre, una expresionista abstracta con plaza de profesora titular en el Departamento de Arte de la facultad. Juntos compraron Monk's House. No tenía nombre cuando la adquirieron, el año en que fui concebida, pero mi padre, que había justificado las seis habitaciones con el plan de

llenarlas de huéspedes creativos e inteligentes (con especial preferencia por las mujeres jóvenes), pensó que le gustaría bautizarla con el nombre de la casa que Virginia y Leonard Woolf habían compartido. También era una alusión a Thelonious Monk, el músico favorito de mi padre.

Monk's House era una casa repleta de rarezas, como unos paneles solares sin usar sobre los que había crecido la hiedra, una sala con butacas y un viejo proyector de cine, una bodega con el suelo de tierra repleta de botellas de vino y una piscinita en forma de riñón en el jardín trasero que casi nunca se limpiaba. Con los años, se había convertido en un estanque de aguas turbias, con el fondo y los bordes cubiertos de algas, su superficie sellada por una capa perpetua de hojas en descomposición y el filtro obstruido por los cadáveres abotargados de ratones y ardillas. A principios de ese verano en concreto, hice un intento de limpiar yo misma la piscina a medio llenar. Retiré la lona ennegrecida por el moho, encontré un cazamariposas para sacar las hojas del agua y luego la llené del todo dejando la manguera abierta durante todo un día tibio de junio. Pregunté a mis padres por separado si me traerían productos químicos para la piscina la siguiente vez que fueran de compras. La respuesta de mi madre: «No quiero que mi preciosa hija se pase el verano nadando en una sopa química». Mi padre me prometió que iría expresamente a la tienda a comprarlos, pero vi enseguida que el recuerdo de aquella promesa se desvanecía en su mirada incluso antes de terminar la conversación.

Tanto daba, porque me bañé en la piscina durante la primera mitad del verano, diciéndome que por lo menos la tenía para mí sola. El agua se puso verde, y el fondo y los bordes resbalaban por culpa de unas algas negras. Me imaginaba que la piscina era en realidad un estanque escondido en el bosque, en un sitio especial que sólo yo conocía, y mis amigos eran las tortugas, los peces y las libélulas. Nadaba al atardecer, cuando más fuerte sonaba el chirrido de los grillos y casi acallaba el bullicio de las fiestas que comenzaban en el porche acristalado de la entrada de la casa. Fue en uno de esos baños al caer la tarde cuando descubrí por primera vez a Chet, botella de cerveza en ristre, observándome desde donde empezaban los árboles.

—¿Cómo está el agua? —preguntó, cuando vio que lo había cazado.



—Está bien —dije.

—No sabía que hubiera una piscina aquí detrás.

Salió del bosque hacia la luz declinante del día. Llevaba un mono blanco lleno de salpicaduras de pintura. Dio un sorbo de cerveza y le quedó un rastro de espuma en la barba.

—Soy la única que la usa. A mis padres no les gusta bañarse.

Nadé hacia la parte honda, feliz de que el agua estuviera verde y turbia y no pudiera verme en bañador.

—Igual me baño un día. ¿Te molesta la idea?

—Me da igual. Haz lo que quieras.

Se terminó la cerveza de un largo trago y oí un chasquido cuando apartó la botella de sus labios.

—¿Sabes lo que de verdad me apetece hacer? Pintar esta piscina. Y a lo mejor contigo dentro, si me dejas. ¿Me dejarás?

—No lo sé —respondí—. ¿A qué te refieres?

Se rio.

—Tal cual estás ahora, tú en la piscina, con esta luz. Me gustaría hacer un cuadro. Mi trabajo casi siempre es abstracto, pero esta vez... —No terminó la frase y se rascó la cara interior del muslo. Al cabo de un momento, preguntó —: ¿Eres consciente de lo rematadamente guapa que eres?

—No.

—Lo eres. Eres una muchacha preciosa. Se supone que no tengo que decírtelo porque eres demasiado joven, pero soy pintor, así que no pasa nada. Entiendo la belleza, o por lo menos lo finjo. —Se rio de nuevo—. ¿Lo pensarás?

—No sé si voy a bañarme mucho más. El agua está bastante sucia.

—Bueno. —Eché un vistazo a los árboles que se extendían detrás de mí, ladeando poco a poco la cabeza—. Necesito otra cerveza. ¿Quieres algo? —Sujetaba la botella vacía boca abajo y caían gotas de cerveza sobre la hierba sin segar—. Te traigo una cerveza si te apetece.

—No tomo cerveza. Sólo tengo trece años.

—Bueno —convino.

Se quedó un rato mirándome, esperando a ver si salía del agua. Tenía la

boca entreabierta y volvió a rascarse el muslo por dentro. No me moví de la piscina y, flotando en posición vertical, me volví para no verlo más.

—Ofelia —dijo casi para sí mismo. Y luego—: En fin. A por otra birra.

Cuando se fue, salí del agua siendo consciente de que me había quedado sin natación ese verano y odiando a Chet por haberme echado a perder mi estanque secreto. Me enrollé en la enorme toalla de playa que me había traído a la piscina y corrí por la casa hasta llegar al cuarto de baño que había más cerca de mi habitación en el piso de arriba. Me dolía el pecho, como si la rabia que sentía dentro de mí fuera un globo que se inflaba lentamente pero que no estallaría nunca. Una vez en el cuarto de baño, con el ruidoso ventilador encendido y la ducha abierta, me puse a gritar sin parar, empleando las palabras más feas que sabía. Gritaba porque estaba enfadadísima, pero gritaba también para contener el llanto. No funcionó. Me senté en el suelo de baldosas y lloré hasta que me dolió la garganta. Pensaba en Chet, en el miedo que había sentido al ver cómo me miraba, pero también pensaba en mis padres. ¿Por qué llenaban nuestra casa de desconocidos? ¿Por qué sólo trataban con maníacos sexuales? Después de ducharme, entré en mi cuarto y abrí el armario para mirarme desnuda en el espejo de cuerpo entero que había en el interior de la puerta. El sexo no había sido ningún secreto durante gran parte de mi vida. Uno de mis recuerdos más tempranos era ver a mis padres haciéndolo sobre una enorme toalla en las dunas de alguna playa perdida. Yo estaba a un metro de distancia, cavando en la arena con una pala de plástico. Recuerdo que mi biberón estaba lleno de zumo de manzana caliente.

Me volví y miré mi cuerpo desde todos los ángulos, asqueada por el vello rojizo que asomaba entre mis piernas. Por lo menos, mis pechos casi no se notaban, a diferencia de los de mi amiga Gina, que vivía un poco más abajo en la calle. Eché hacia atrás los hombros y mis pechos se aplanaron por completo. Si colocaba una mano entre las piernas, tenía el mismo aspecto que a los diez años. Delgaducha, pelirroja, con pecas que oscurecían mis brazos y la parte baja de mi cuello.

Me puse unos vaqueros y una sudadera, aunque todavía hacía un calor sofocante esa noche, y bajé a hacerme un sándwich de manteca de cacahuete.

Dejé de nadar en la piscina. No sé si Chet siguió buscándome allí. A veces lo veía en lo alto de la escalera exterior que llevaba al apartamento de encima del estudio de mi madre, fumándose un cigarrillo y mirando hacia nuestra casa. Y de vez en cuando aparecía por la cocina y lo veía hablar con mi madre, por lo general sobre arte. Sus ojos me buscaban, luego se apartaban, luego volvían a buscarme.

Mi padre se largó ese verano unas tres semanas. Ocurrió justo después de recibir la visita de varios amigos ingleses, entre ellos una joven poeta llamada Rose. Nos presentó diciendo: «Rose, ésta es Lily. Lily, ésta es Rose. No compitáis. Las dos sois flores preciosas». Rose, delgada y con un pecho abundante, olía a cigarrillos aromatizados con clavo, y me miró la cabeza mientras me estrechaba la mano. Tras la desaparición de mi padre, temí que Chet se dejara caer por la casa más a menudo. Apareció, en cambio, otro hombre, con un nombre ruso. Me gustaba, pero sólo porque tenía un hermoso perrillo de pelo corto que se llamaba *Gorky*. No habíamos tenido ningún animal en casa desde que *Bess*, mi gata, había muerto tres meses antes. Con el ruso zanganeando por allí, Chet hizo mutis un tiempo y empecé a sentirme más segura. Entonces, un sábado por la noche, Chet vino a mi habitación.

Recuerdo que era sábado porque era la noche de la fiesta *importante*, la fiesta de la que mi madre llevaba hablando desde hacía más de una semana. «Lily, querida, date un baño el sábado porque tenemos fiesta.» «Lily, ¿ayudarás a tu madre a cocinar los *spanakopita* para nuestra fiesta? Te dejaré servirlos como quieras.» Era curioso que esa noche en concreto la tuviera tan preocupada. Siempre daba fiestas, pero normalmente con profesores y alumnos de la facultad. A ésta, en cambio, vendrían invitados desde Nueva York para conocer al ruso. Mi padre seguía desaparecido y mi madre estaba nerviosa; todo el rato se pasaba las manos por la nuca y el pelo corto se le había quedado encrespado. Me mantuve alejada de la casa durante buena parte de ese sábado. Caminé por el pinar hasta llegar a mi escondite favorito, un prado rodeado de muros de piedra que marcaban el perímetro de una alquería abandonada desde hacía tiempo. Tiré piedras a los árboles hasta que

el brazo empezó a dolerme. Luego me eché un rato en un montículo cubierto de hierba blanda que había cerca del sauce. Fantaseé con mi otra familia, la imaginaria, con padres aburridos y siete hermanos, cuatro chicos y tres chicas. Hacía calor aquel día. Noté el sabor salado del sudor en mi labio superior y, estando allí tumbada, contemplé cómo crecían unos negros nubarrones en el cielo. En cuanto oí el primer rumor sordo de un trueno, me puse de pie, me sacudí la hierba de las pantorrillas y regresé a casa.

La tormenta hizo temblar Monk's House durante una hora de oscuridad. Mi madre bebía ginebra y sacaba cosas del horno mientras le decía al ruso lo perfecta que era esa tormenta, que no podría haber deseado mejor banda sonora para la fiesta, aunque a mí me resultaba evidente que estaba disgustada. Para cuando los invitados empezaron a llegar, el cielo volvía a estar despejado y el único rastro que había dejado la tormenta era el aire limpio y el lento gotear de los canalones atascados. Repartí aperitivos entre personas a las que nunca había visto y luego me escabullí a mi cuarto, llevándome un par de gofres sin calentar a guisa de cena.

Comí en mi habitación y luego intenté leer. Había cogido una novela de bolsillo de la pila de libros que mi madre tenía junto a su lado de la cama. Se titulaba *Herida*, de Josephine Hart, y le había oído decir a mi madre que la novela era malísima, que era pura basura disfrazada de literatura. Por eso me dieron ganas de leerla, pero tampoco me gustó mucho. Iba de un inglés, como mi padre, que se acostaba con la novia de su hijo. Todos los personajes me parecieron lamentables. La dejé sin terminar y bajé una novela de Nancy Drew de mi estantería. El número 10 de la colección: *The Password to Larkspur Lane*. Sabía que era demasiado mayor para leer las aventuras de aquella niña detective, pero era de lejos mi lectura favorita. Me quedé dormida leyendo.

Me despertó el ruido de la puerta de mi habitación al abrirse. Entró luz desde el pasillo y se oía la fuerte música rock que sonaba abajo. Estaba acurrucada de costado, con sólo una sábana que me tapaba hasta la cintura, mirando hacia la puerta. Abrí un poco los ojos y pude ver la silueta de Chet recortada en el marco de la puerta. La luz le daba por detrás, pero era fácil de reconocer por la barba y las gafas de montura negra, que brillaban por un

lado al recibir la luz amarilla del pasillo. Se balanceó un poco, como un árbol mecido por un fuerte viento. Me quedé inmóvil, con la esperanza de que se marchara. Tal vez no era a mí a quien buscaba, aunque en el fondo sabía que sí lo era. Pensé en gritar o en tratar de huir corriendo de la habitación, pero reinaba en toda la casa el ritmo machacón de la batería y las líneas de bajo y llegué a la conclusión de que nadie podría oírme. Y entonces Chet me mataría seguro. Así que cerré los ojos, esperando que se marchara, y con los ojos cerrados lo oí entrar en la habitación y cerrar la puerta sin hacer ruido.

Decidí seguir con los ojos cerrados, haciéndome la dormida. El corazón me saltaba en el pecho como un sapo, pero logré acompasar la respiración. Inspirar por la nariz, exhalar por la boca.

Lo oí dar unos pasos. Sabía que lo tenía encima. Oía su respiración, entrecortada y húmeda, y también podía olerlo. Ese tufo rancio y dulzón, mezclado con el olor a cigarrillos y a alcohol.

—Lily —dijo, susurrando con fuerza.

No me moví.

Se acercó un poco más. Pronunció mi nombre de nuevo, un poco más flojo esta vez.

Fingí que estaba profundamente dormida y que no oía nada. Replegué un poco las rodillas contra el cuerpo, moviéndome como imaginaba que lo haría una persona dormida. Sabía qué había venido a hacer a mi habitación, sabía qué quería. Iba a tener sexo conmigo. Pero sólo podría hacerlo si estaba despierta, o eso creía, de modo que me obligué a seguir dormida hiciera lo que hiciese.

Oí el crujido de sus rodillas y el roce de sus pantalones. Luego percibí el olor amargo de la cerveza en su aliento. Se había agachado a mi lado. La canción que sonaba en la fiesta, el martilleo del bajo, cesó, y un instante después empezó otra, que sonaba igual que la anterior. Oí el ruido de una cremallera que descendía poco a poco, con una sacudida diminuta, metálica, en cada eslabón, y luego un sonido rítmico, como el de una mano frotando deprisa, de arriba abajo, la tela de un jersey. Se lo estaba haciendo a sí mismo y no a mí. Mi plan estaba funcionando. El sonido se hizo más rápido y fuerte y pronunció mi nombre unas cuantas veces más, en suspiros graves y roncós.

Pensé que no iba a tocarme, pero entonces sentí que el aire se desplazaba ligeramente y se instalaba sobre mi pecho, y luego noté que un dedo rozaba la tela del pijama y que se extendía sobre mis senos. Hacía calor en la habitación, pero tenía escalofríos en toda mi piel. Me obligué a mantener los ojos cerrados. Chet presionó los dedos contra mi pecho y noté cómo se hundían sus uñas afiladas en mi piel. Luego hizo un ruido que estaba a medio camino entre un gruñido y una inspiración profunda y apartó la mano de mi pezón. Oí cómo se subía la cremallera de los pantalones y se escabullía rápidamente de la habitación. Se dio contra el marco de la puerta al salir y luego cerró la puerta sin intentar por lo menos no hacer ruido.

Me quedé acurrucada otro minuto. Luego salí de la cama, cogí la silla de mi escritorio e intenté atrancarla debajo del pomo de la puerta. Era algo que habría hecho Nancy Drew. La silla no encajaba del todo bien —era demasiado baja—, pero en cualquier caso mejor eso que no hacer nada. Si Chet volvía, por lo menos no lo tendría fácil para abrir la puerta, y la silla caería y haría ruido.

No creí que pudiera dormirme esa noche, pero lo hice, y cuando amaneció me quedé en la cama pensando qué debía hacer.

Lo que más miedo me daba era que, si le contaba lo ocurrido a mi madre, me dijera que debería haber hecho el amor con Chet. O que estuviera enfadadísima conmigo por haberle dejado entrar en mi habitación o haberle dejado mirarme en la piscina. Entendí que tendría que zanjar aquel asunto por mi cuenta.

Y supe cómo iba a hacerlo.

# 3

## Ted

Era casi medianoche y las luces rojas del taxi se alejaban por la calle cuando me planté en la escalera de la entrada de la mansión victoriana de amplios ventanales cuya propiedad compartía con Miranda, mientras trataba de recordar dónde había guardado las llaves antes de largarme a Londres una semana atrás.

Justo cuando estaba abriendo la cremallera del bolsillo exterior de mi maleta, la puerta principal se abrió de par en par. Miranda estaba bostezando. Llevaba un camisón corto y unos calcetines de lana.

—¿Qué tal Londres? —preguntó después de darme un beso en la boca. Tenía el aliento un poco agrio, e imaginé que se había quedado dormida viendo la televisión.

—Mojado.

—¿Productivo?

—Sí, mojado y productivo. —Cerré la puerta nada más entrar y dejé el equipaje en el suelo entarimado. La casa olía a comida tailandesa a domicilio —. Me sorprende verte aquí —dije—. Pensé que estarías en Maine.

—Quería estar contigo, Teddy. No nos hemos visto en una semana. ¿Estás borracho?

—El vuelo salió con retraso y me tomé unos dry martinis. ¿Apesto?

—Sí, cepíllate los dientes y vente a la cama. Estoy derrotada.

La contemplé mientras subía por la escalera de camino a nuestro dormitorio en el primer piso, contemplé cómo se tensaban y se relajaban los músculos de sus finas pantorrillas, contemplé el vaivén del camisón con el movimiento de sus caderas, y luego pensé en Brad Daggett arrimándola a la mesa de los carpinteros, subiéndole la falda...

Bajé al semisótano, donde teníamos el comedor y la cocina. Encontré una caja de gambas al curri rojo en la nevera y me la comí fría, sentado a nuestra isla de madera rústica.

Empezaba a dolerme la cabeza y tenía sed. Caí en que, aun sin haber dormido, ya estaba bajo los efectos de la resaca de toda la ginebra que me había bebido en la sala vip del aeropuerto y luego durante el vuelo.

La pelirroja del bar también volaba en clase *business*, al otro lado del pasillo y una fila por detrás. Después de embarcar, continuamos hablando a través del pasillo, aunque por un rato dejamos de analizar las infidelidades de mi mujer. La anciana que se sentaba a mi lado, junto a la ventanilla, nos vio hablar y dijo:

—¿Les apetece a usted y a su mujer sentarse juntos?

—Muchas gracias —asentí—. Nos encantaría.

Una vez sentados y después de que le pidiera un gin-tonic a la azafata, le pregunté de nuevo cómo se llamaba.

—Lily —respondió.

—¿Lily qué más?

—Te lo diré, pero antes vamos a jugar a un juego.

—Vale.

—Es muy fácil. Como estamos en un avión y el vuelo será largo y no vamos a volver a vernos, nos contaremos toda la verdad. Sobre cualquier tema.

—Pues, para empezar, no quieres decirme tu apellido —repuse.

Se rio.

—Es verdad. Pero eso es lo que nos permite jugar con estas reglas. Si nos conocemos, entonces el juego no funciona.

—Pon un ejemplo.

—Vale. No soporto la ginebra. Me he pedido un dry martini porque a ti te



habían servido uno y me ha parecido sofisticado.

—¿En serio?

—Nada de juicios —apuntó ella—. Tu turno.

—Vale. —Estuve pensando un momento, antes de reconocer—: La ginebra me gusta tanto que a veces me preocupa ser un alcohólico. Si pudiera, me bebería seis dry martinis cada noche.

—No está mal para empezar —señaló ella—. Es posible que tengas un problema con la bebida. Tu mujer te está engañando. ¿Y tú? ¿La has engañado alguna vez?

—No, no lo he hecho. Lo que sí he tenido... ¿Cómo lo expresó Jimmy Carter? He sentido lujuria en mi corazón, por supuesto. Por ejemplo, ya me he imaginado haciendo el amor contigo.

—¿Ah, sí? —Levantó las cejas y pareció un poco impactada.

—Toda la verdad, ¿te acuerdas? —dije—. No ha de sorprenderte. Estoy convencido de que casi todos los hombres imaginan cosas guarras contigo a los cinco minutos de conocerte.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

—¿Muy guarras?

—No creo que quieras saberlo.

—A lo mejor sí —replicó, y se movió un poco en su asiento para acercarse a mí. Tomé un sorbo de gin-tonic, dejando que el hielo me golpeará en los dientes—. Es interesante —indicó ella—. No puedo imaginarme cómo sería conocer a alguien y saber enseguida que me gustaría acostarme con él.

—No es eso exactamente —repuse—. Es como un acto reflejo de la imaginación. Como cuando, haciendo cola en la puerta de embarque, te he mirado y te he imaginado desnuda. Se te pasa por la cabeza y punto. ¿A las mujeres no os ocurre?

—¿Imaginarlos por las buenas que nos acostamos con un hombre? No, no creo. Las mujeres somos distintas. Lo que nos preguntamos es si el hombre al que acabamos de conocer quiere acostarse con nosotras.

Me reí.

—Pues la verdad es que sí quiere. Asímelo. Aunque, créeme, no te

gustaría saber qué imaginan aparte de eso.

—¿Ves qué divertido es jugar a esto? Bueno, ¿por qué no me cuentas más sobre eso de que quieres matar a tu mujer?

—¡Bah! No sé si lo decía en serio.

—¿Estás seguro? Por cómo contabas la historia, me ha quedado la duda.

—Reconozco que después de verlos juntos en nuestra casa, si hubiera tenido un arma a mano, no me habría resultado muy difícil acribillarlos a los dos por la ventana.

—Así que te estás planteando matarla —señaló mientras el avión empezaba a zumbar de camino a la pista de despegue. Nos abrochamos los cinturones y di un largo sorbo a mi gin-tonic. Los aviones siempre me han puesto nervioso—. Escucha —continuó ella—. No quiero sonsacarte algo que no quieras decir. Sólo tengo curiosidad. Forma parte del juego. Toda la verdad.

—Entonces tú primero. De momento, lo único que me has contado es que no te gusta la ginebra.

—De acuerdo —convino, y se paró a pensar un momento—. A decir verdad, no creo que el asesinato sea tan malo como lo pintan. Todo el mundo muere. ¿Qué importa si retiramos unas pocas manzanas podridas antes de lo que Dios tenía previsto? Y, en el caso de tu mujer, sin ir más lejos, sería una muerte merecida.

El zumbido del avión se convirtió en un pitido y el capitán pidió a los auxiliares de vuelo que se sentaran. Agradecí la suerte de no tener que responder de inmediato a la mujer que se sentaba a mi lado. Sus palabras eran el reflejo de los pensamientos que me habían asediado sin tregua durante toda aquella semana en la que había alimentado la fantasía de matar a mi mujer. Me había dicho una y otra vez que le haría un favor al mundo si mataba a mi mujer, y de pronto esa pasajera aparecía de la nada para concederme la autoridad moral necesaria para hacer realidad mis deseos. Y, aunque me habían impactado sus palabras, también me hallaba en ese estado de embriaguez —con la ginebra hormigueando por mi cuerpo— en el que uno se pregunta si hay alguna razón para querer estar sobrio. Me sentía lúcido y desinhibido al mismo tiempo, y creo que si nos hubiéramos encontrado en un

sitio medio privado la habría agarrado entre mis brazos en ese mismo instante y habría intentado besarla. En vez de ello, el avión despegó y seguí hablando.

—Sí, reconozco que la idea de matar realmente a mi mujer me seduce. Firmamos un acuerdo prematrimonial para que Miranda no se quede la mitad de todo lo que tengo, pero aun así le toca un buen pellizco, suficiente para vivir con tranquilidad el resto de su vida. Y en su momento no incluimos ninguna cláusula de infidelidad. Podría contratar a un abogado, encargarle que contrate a su vez a un detective y esgrimir ese argumento, pero al final sería una pérdida de tiempo y de dinero y, además, una humillación para mí.

»Si me hubiera contado su aventura, incluso si me hubiera dicho que se había enamorado de Daggett y que quería dejarme, no habría puesto pegas a un divorcio. La habría odiado, pero habría seguido adelante. Lo que no puedo aceptar..., lo que no puedo superar..., es cómo actuaron el día que los vi follar en mi casa. Cuando hablé con ellos antes de verlos esa tarde, los dos sonaron tranquilos y convincentes. Miranda me mintió como si nada. No sé dónde aprendió a ser así. Pero luego me puse a pensar y vi que todo lo que sabía sobre ella encajaba, cómo actúa de forma distinta según con quién esté, y entendí que ella es así, una mentirosa, falsa y mezquina. Quizá incluso una sociópata. No entiendo cómo no me había dado cuenta antes.

—Supongo que se comportaba tal y como imaginaba que querías verla. ¿Cómo os conocisteis?

Le conté que nos habíamos conocido una noche de verano en la fiesta de inauguración de la casa de un amigo común en New Essex. Me fijé en ella enseguida. Las demás invitadas llevaban vestidos veraniegos y camisas de botones, pero ella vestía unos vaqueros cortados tan arriba que los bolsillos blancos asomaban entre los jirones de la tela, y encima llevaba una camiseta de tirantes con una diana de Jasper Johns estarcida en el pecho. Tenía en la mano una lata de una cerveza de moda y estaba hablando con Chad Pavone, un amigo mío de la universidad y dueño de la casa que estábamos inaugurando. Miranda se reía a carcajadas con la cabeza echada hacia atrás. Pensé dos cosas al instante: que era la mujer más sexi que había visto en persona en toda mi vida y que Chad Pavone no había dicho nada gracioso en toda la suya, y ¿de qué se estaba riendo ella? Enseguida miré para otro lado y

busqué entre los demás invitados a algún conocido. Lo cierto es que ver a Miranda había sido como recibir un puñetazo en el pecho, entender de golpe que existían mujeres como ella más allá de las revistas guarras y las películas de Hollywood y que, con toda probabilidad, había ido a la fiesta en compañía de alguien.

Me enteré de su nombre gracias a la mujer de Chad. Se llamaba Miranda Hobart. Estaba cuidando de la casa de alguien en New Essex durante un año. Era una especie de artista y había encontrado trabajo en las taquillas de un cine de verano del pueblo.

—¿Soltera? —pregunté.

—Lo creas o no, está soltera. Deberías hablar con ella.

—Dudo que sea su tipo.

—No lo sabrás si no se lo preguntas.

Cuando por fin hablamos, fue Miranda quien rompió el hielo. La fiesta se había alargado mucho y me había quedado solo en el jardín en pendiente de la casa de Chad y Sherry, sentado en la hierba. Entre un puñado de tejados alcancé a ver el resplandor violeta del océano, iluminado de forma intermitente por el haz giratorio de un faro. Miranda se sentó a mi lado.

—Tengo entendido que estás forrado —dijo, arrastrando un poco las palabras y con una voz profunda en la que no acerté a reconocer ningún acento en particular—. Todo el mundo habla de lo mismo.

Hacia poco que había diseñado la adquisición por parte de una red social importante de una pequeña empresa que había desarrollado un programa para subir imágenes a internet. El precio incluso a mí me parecía un tanto escandaloso.

—Lo estoy —contesté.

—Para que conste, no voy a acostarme contigo sólo porque seas rico. — Estaba sonriendo, con aire retador.

—Bueno es saberlo —afirmé, y las palabras me sonaron torpes en la boca, mientras el perfil de los tejados a lo lejos se inclinaba ligeramente—. Pero apuesto a que te casarías conmigo por esa misma razón.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio con unas carcajadas roncadas. Era igual que la primera vez que la había visto, riéndose de algo que Chad le había

dicho, pero el gesto no me pareció tan artificial visto de cerca. Estudié su mandíbula, imaginé cómo sería arrimar la boca a la suavidad de aquel cuello.

—Por supuesto que me casaría contigo —aseguró—. ¿Me lo estás pidiendo?

—¿Por qué no? —respondí.

—¿Y cuándo se supone que hemos de casarnos?

—El próximo fin de semana, quizá. No creo que sea bueno precipitarse en algo así.

—Estoy de acuerdo. Es un compromiso muy serio.

—Por curiosidad —dije—, yo sé lo que puedo aportar a esta relación, pero ¿qué aportarás tú exactamente? ¿Sabes cocinar?

—No sé cocinar. No sé coser. No sé pasar la escoba. ¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo?

—Sería un honor.

Hablamos todavía un rato y luego nos besamos sin movernos del jardín, besos torpes con entrechocar de dientes y mentones. Volvió a reírse a carcajadas y le señalé que la boda quedaba cancelada.

Pero no era así. Y, sí, nos casamos. No una semana después, sino al cabo de un año.

—¿Crees que estaba jugándomela desde el principio? —le pregunté a Lily.

El avión había despegado y nos hallábamos en esa curiosa burbuja llamada *viaje aéreo*, cruzando fronteras, lanzados a una pavorosa velocidad por las alturas heladas, y sin embargo arrullados por el aire artificial, los mullidos asientos y el constante ronroneo de aquella obra de ingeniería.

—Es probable.

—Pero su forma de acercarse a mí..., cómo sacó el tema de lo rico que era ya en el primer momento. Era como si me tomara el pelo, como si me diera a entender que nunca me lo habría dicho si lo que pretendía era justamente casarse por dinero.

—Psicología inversa. Sacas el tema enseguida y entonces pareces inocente, en cierta forma.

Me quedé callado, reflexionando sobre ello.

—Oye —continuó Lily—. Que te utilizara no significa que no tenga sentimientos por ti, que no lo paséis bien juntos.

—Sí lo pasamos bien. Y ahora se lo pasa bien con otro.

—¿Qué crees que le da Brad?

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—¿Cuál es el secreto? Tu mujer está poniendo en peligro vuestro matrimonio. Aunque saque la mitad, es probable que no se quede con esa casa de ensueño que se está construyendo en la playa. Estar con Brad podría arruinarle el proyecto.

—Le he dado muchas vueltas. Al principio pensé que se había enamorado de él, pero ahora creo que en realidad no ama a nadie. Creo que se aburre. Es evidente que, en lo que a mí respecta, salvo como fuente de ingresos, ha terminado. No va a cambiar y sigue siendo lo bastante joven y guapa para herir a un montón de gente. Quizá sí debería matarla, sólo para sacarla de circulación.

Me volví hacia mi vecina, pero no la miré a los ojos. Tenía los brazos cruzados sobre el regazo y vi que se le había puesto la carne de gallina. ¿El aire acondicionado del avión le daba escalofríos o era yo?

—Le estarías haciendo un favor al mundo, sí —dijo, hablando tan bajito que tuve que inclinarme un poco hacia ella y levantar la vista—. Lo creo sinceramente. Como te decía, todo el mundo tiene que morir algún día. Si asesinas a tu mujer, lo único que harás es algo que de todos modos tendrá que ocurrirle algún día. Y salvarás a otras personas de ella. Tu mujer es un signo negativo. Hace que el mundo sea peor. Y lo que te ha hecho a ti es peor que la muerte. Todos hemos de morir, pero no todos tenemos que sufrir la experiencia de ver a quien amamos con otra persona. Ella dio el primer golpe.

Bajo el círculo de luz amarilla de la lamparita de lectura, pude ver motas de muchos colores distintos en el verde claro de sus ojos. Los cerró un momento y en sus párpados finos como el papel descubrí puntitos rosados. La cercanía de nuestros rostros era más íntima que el sexo, y aquel repentino mirarnos a los ojos me sorprendió tanto como si hubiera descubierto de pronto que me había puesto la mano en la bragueta de los pantalones.

—¿Cómo lo harías tú? —pregunté, y sentí que se me erizaban los brazos

y las piernas.

—De tal forma que no te cogieran.

Me reí, y aquel hechizo efímero se rompió.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—¿Otra copa, señor? —La azafata, una morena altísima de exiguas caderas y los labios pintados de un rosa brillante, tendía una mano hacia mi vaso vacío.

Me apetecía otra, pero al volverme hacia la azafata sentí que la cabeza me daba vueltas por un momento y me abstuve, pidiendo en cambio un vaso de agua. Cuando volví a mirarla, mi acompañante bostezaba con los brazos estirados, rozando con las puntas de los dedos el respaldo del blando asiento de delante.

—Estás cansada —afirmé.

—Un poco. Pero sigamos hablando. Es la conversación más interesante que he tenido en un avión.

Tuve un instante de duda. ¿Para ella no era más que una conversación interesante? Me la imaginé hablando con una amiga al día siguiente: «No te lo vas a creer. Menudo individuo conocí en el aeropuerto... El muy friqui me contó con todo detalle que planeaba matar a su mujer». Como si me hubiera leído los pensamientos, Lily me puso la mano en el brazo.

—Lo siento —dijo—. No quería parecer impertinente. Me tomo todo esto en serio, o por lo menos tan en serio como a ti te apetezca. Estamos jugando a decir la verdad, recuerda, y la verdad es que no me supone ningún problema moral que mates a tu mujer. Te presentó una imagen falsa de sí misma cuando te conoció. Te utilizó, se casó contigo. Cogió el dinero que ganas y ahora te está engañando con un hombre que también saca tajada de tu dinero. Cualquiera cosa que le pase se la tendrá merecida, por lo que a mí respecta.

—Dios, no estás bromeando.

—No. Pero tan sólo soy una desconocida sentada a tu lado en un avión. Tendrás que decidirlo tú. Hay una gran diferencia entre desear matar a tu mujer y matarla de verdad, y todavía hay una diferencia mayor entre matar a alguien y que nadie te descubra.

—¿Lo sabes por experiencia?

—Me acojo a mi derecho a no declarar en mi contra en esta pregunta — indicó, volviendo a bostezar—. De hecho, creo que voy a dormir un poco. Si no te importa. Tú sigue pensando en tu mujer.

Reclinó el respaldo de su asiento y cerró los ojos. Pensé en dormir un rato, pero la mente me iba a mil por hora. Era verdad que me había planteado la posibilidad muy cierta de matar a mi mujer, pero ahora la había pronunciado en voz alta. Y a alguien que parecía pensar que era una buena idea. ¿Esa mujer iba en serio? Giré la cabeza a un lado para mirarla. Ya respiraba profundamente por la nariz. Estudié su perfil, su delicada nariz, algo fruncida en la punta, sus labios apretados, con el superior curvándose apenas sobre el inferior. Me fijé en su oreja, que era pequeña y no tenía agujeros. Se había pasado la melena un poco ondulada por detrás. Las pecas más oscuras de su cara se extendían sobre el puente de su nariz, pero, mirándola de cerca, tenía pecas diminutas en casi todo el rostro, una galaxia de alfileres apenas visibles. De pronto respiró hondo, llenando todo el pecho, y se volvió con brusquedad hacia mí. Miré hacia el pasillo cuando su cabeza se apoyó en mi hombro.

Nos quedamos así un buen rato, por lo menos una hora. El brazo, que me obligué a no mover, empezó a dolerme y luego se me durmió, como si no existiera en absoluto. Me pedí otro gin-tonic y pensé en lo que me había comentado sobre el asesinato. Tenía sentido. ¿Por qué era tan espantoso sacar una vida de circulación? En un abrir y cerrar de ojos, tendríamos una remesa nueva de gente poblando el planeta y todas las personas que hoy vivían en el mundo habrían muerto, algunas de forma espantosa, otras como quien apaga un interruptor. La razón de fondo que explicaba por qué el asesinato se consideraba un acto tan escandaloso eran los deudos. Los seres queridos. Pero ¿y si a alguien no lo quería nadie de verdad? Miranda tenía familiares y amigos, pero me había dado cuenta, en los tres años que llevábamos casados, de que en el fondo todos sabían qué clase de persona era. Era una aprovechada, una mujer mezquina que se contentaba con andar por la vida gracias a su aspecto físico y esperaba que todo se lo entregaran en bandeja de plata. La gente lloraría su muerte, pero me costaba imaginar que alguien



podiera echarla de menos de verdad.

El avión empezó a cabecear un poco y la voz del piloto, que no podía ser más estadounidense, sonó por los altavoces.

—Gente, vamos a tener un ratito de turbulencias. Voy a pedirles que vuelvan a sus asientos y que se abrochen los cinturones hasta que hayamos pasado esta mala racha.

Acababa de terminarme la copa cuando el avión cayó de repente, como un coche que pasa demasiado rápido por un cambio de rasante. Detrás, una mujer tomó aire de golpe y mi nueva cómplice se despertó sobresaltada, mirándome con sus ojos verdes. No sé si estaba más sorprendida por el repentino bandazo del avión o por la postura en la que se hallaba, acurrucada contra mi brazo.

—Sólo son turbulencias —dije, aunque mi estómago, que se había removido con la primera sacudida del avión, estaba ahora encogido de miedo.

—Ah. —Se incorporó, frotándose los ojos con las palmas de las manos —. Estaba soñando.

—¿Qué soñabas?

—No me acuerdo.

El avión se sacudió unas cuantas veces más y luego empezó a enderezarse.

—He estado pensando en lo que hemos hablado —dije.

—¿Y...?

## 4

### Lily

Un año antes de la llegada de Chet, cuando mi preciosa gata naranja *Bess* aún vivía, una mañana me la encontré acorralada contra la valla del huerto por un enorme gato callejero de pelo negro y mate. *Bess* bufaba con todo el lomo erizado, pero era evidente que estaba en desventaja. Vi cómo el gato salvaje le saltaba encima y le hundía las garras en las patas traseras. Sé que los gatos no gritan, pero es la única forma que tengo de describir el sonido que hizo *Bess*. Un grito casi humano de terror. Me acerqué corriendo, dando palmadas, y el gato callejero salió por patas. Entré a *Bess* en casa y busqué sangre entre su pelo. No encontré, pero estaba segura de que ese gato horrible volvería.

—No la dejes salir y listo —dijo mi madre.

Lo intenté, pero *Bess* suplicaba en la puerta y era justo el semestre en que mi padre daba en casa su seminario para estudiantes de último año. Los universitarios se paseaban por la casa los martes y los jueves por la noche, abriendo la puerta delantera para fumar en nuestros escalones, y *Bess* lo tenía muy fácil para escaparse.

Era primavera y empezaba a hacer bueno, por lo que dormía con la ventana de la habitación entreabierta. Una mañana, justo después del amanecer, oí que *Bess* aullaba en el jardín; era un sonido feroz, despavorido. Me puse las zapatillas, corrí escaleras abajo y salí al jardín trasero. Bajo la luz gris del alba, los vi enseguida. *Bess* se hallaba de nuevo acorralada contra la

valla y aquel horrible vagabundo negro parecía listo para lanzar su ataque. Estaban los dos congelados en el momento fatídico, como un diorama en el Museo de Historia Natural. Di palmadas, gritando, pero el vagabundo no hizo más que girar su fea cabeza de pelo apelmazado hacia mí, me examinó con indiferencia y luego volvió a encararse a *Bess*. Supe en ese mismo instante que aquel gato salvaje mataría a *Bess* si se le presentaba la ocasión, tal vez no esa mañana, pero sí otra, y que yo estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para impedirlo.

Había una pila de baldosas al final de nuestra terraza sin terminar. Llevaban tanto tiempo allí que en algunas había crecido el musgo. Agarré la más grande que pude levantar; tenía los cantos afilados y el rocío la había dejado resbaladiza. Caminé deprisa y en silencio hasta situarme detrás del vagabundo. No había ninguna necesidad de andarse con disimulos. Ese gato no me tenía ningún miedo y su único deseo era aterrorizar a *Bess*. Sin pensarlo, levanté la baldosa por encima de mi cabeza y la arrojé hacia abajo con todas mis fuerzas. El gato giró la cabeza en el último momento y soltó una especie de chillido cuando un canto de la piedra le dio en el cráneo, antes de que el resto cayera sobre su cuerpo. *Bess* salió disparada por el jardín, corriendo más deprisa de lo que nunca la había visto moverse. El cuerpo del gato se estremeció y luego quedó inmóvil. Volví a casa, esperando encontrar luz en alguna habitación, toda la casa despierta por el eco de aquel asesinato, pero en realidad no había hecho casi ningún ruido.

Había sido fácil.

La cerradura de la trampilla del sótano estaba abierta. Bajé los peldaños oscuros, afelpados por la hojarasca, y busqué a tientas por la entrada hasta encontrar una de las palas para la nieve que había apoyadas en la pared. Usé el borde de la pala de plástico para apartar la baldosa del gato y luego la pasé por debajo de su cuerpo inerte. No vi ninguna herida en el pelo apelmazado de su cabeza y sentí pavor al pensar que tal vez el gato no estaba muerto, que en realidad sólo lo había dejado inconsciente y que en cualquier momento se me tiraría encima soltándome bufidos, sediento de venganza. Pero al levantarlo noté que su cuerpo se desmoronaba como algo muerto y me sorprendió un mal olor, un rastro de excremento que el animal había

expulsado al morir. Había esperado encontrar sangre, aunque no mierda. El olor me dio náuseas, pero estaba contenta por haber matado a aquel gato asqueroso.

No pesaba tanto como había imaginado. Su pelo endurecido lo hacía parecer más grande de lo que era en realidad, pero aun así pesaba bastante. Conseguí cargar con él unos tres metros, hasta llegar a los árboles, y dejé su cuerpo sobre unas hojas secas. Estuve unos cinco minutos acarreando escombros y tirándolos encima del gato hasta haberlo cubierto del todo. Me pareció suficiente. Y, además, mis padres nunca pisaban el bosque.

Cuando me metí en la cama, tiritando de frío, no pensé que pudiera volver a dormirme, pero lo hice, y sin ninguna dificultad.

Pasé a ver el cadáver los días siguientes. Allí estaba, tal y como lo había dejado, cubierto de moscas, hasta que un día desapareció. Supuse que se lo había llevado un coyote o un zorro.

*Bess* retomó su vida gatuna, entrando y saliendo de la casa, y a veces, cuando se rozaba contra mis tobillos o ronroneaba en mi regazo, imaginaba que me estaba agradeciendo lo que había hecho por ella. Había recuperado su reino y en el mundo volvía a imperar el orden.

Después de lo que ocurrió con Chet la noche de la fiesta, recordé de inmediato el episodio del gato vagabundo. Me hizo pensar que tal vez podría matar a aquel hombre sin que nadie me descubriera. Parecía decisivo que nadie pudiera encontrar el cadáver, lo cual me obligaba a averiguar ciertas cosas acerca de Chet.

Después de la fiesta, perdimos de vista a Chet una temporada. No salía del apartamento y no ponía los pies en nuestra casa. Sí lo vi una noche. Estaba en el césped, mirando la ventana de mi habitación. Acababa de apagar la luz para acostarme y fue entonces cuando lo vi allí, meciéndose como un árbol en la brisa. Había estado espiándome. Yo había dejado entreabierta la ventana y el estor algo levantado para que entrara un poco de aire en el cuarto. Me sentí estúpida y asustada, y las lágrimas me cegaron, pero me juré que Chet no volvería a hacerme llorar nunca más. Ahora estaba completamente convencida de que aguardaba su oportunidad para violarme y matarme. Me planteé contarle a mi madre lo ocurrido, pero pensé que se

pondría de parte de Chet y se preguntaría por qué armaba tanto escándalo por nada. Y mi padre seguía desaparecido con Rose, la poeta, y, por cómo se refería a veces mi madre al asunto entrada la noche, no tenía pinta de que fuera a volver con nosotras. Se lo pregunté un día, mientras preparaba una cantidad exagerada de humus en la cocina.

—¿Ha llamado papá?

—Tu padre no ha llamado —dijo ella, separando las palabras para mayor efectismo—. Lo último que he sabido es que está haciendo el ridículo en Nueva York, conque seguro que lo veremos por aquí dentro de poco tiempo. Tesoro, no estarás preocupada, ¿no?

—No, sólo quería saberlo. ¿Y Chet? ¿Se ha ido?

—¿Chet? No, sigue aquí. ¿Por qué preguntas por él?

—Es que hace tiempo que no lo veo. Pensé que quizá había dejado el apartamento y que podría volver a ocuparlo.

Me encantaba aquel pisito encima del estudio de mi madre, con sus paredes encaladas y sus grandes ventanas. Había un viejo puf rojo que habíamos tenido en la casa antes de trasladarlo al apartamento. Tenía una pequeña raja en su base de plástico y poco a poco iba perdiendo las bolitas del relleno, pero lo echaba de menos. Cuando el apartamento estaba libre, subía con un libro a leer allí.

—Puedes subir igual. Chet no te va a morder.

—¿Tiene coche?

—¿Si tiene coche? Dios, creo que no. Creo que, por no tener, no tiene ni un sitio donde vivir ahora mismo, aparte de con nosotras.

—¿Y cómo llegó hasta aquí si no tiene coche?

Se rio antes de chuparse el dedo pringado de humus.

—Eres una burguesita. Tesoro, no todo el mundo tiene coche. Cogió un tren desde la ciudad. ¿Por qué me haces tantas preguntas sobre Chet? ¿No te cae bien?

—No, es asqueroso.

—Ja, ahora has hablado igual que tu padre. En fin, me da igual lo que penséis. Chet es un artista de la cabeza a los pies y entre todos le estamos haciendo un enorme favor al mundo del arte ofreciéndole un poco de espacio

para que se concentre este verano. No lo olvides, Lily. No siempre eres el centro del mundo.

Había sacado lo que quería de mi madre. Chet no tenía coche y había llegado en tren, lo que suponía que podía liar los bártulos y largarse sin más. Eso me facilitaba mucho las cosas. Empecé a prepararme, pasando tiempo en el prado que había junto a la vieja alquería, reuniendo las piedras más grandes que pude recoger. También empecé a dejarme ver y arrastré uno de los viejos sillones al trozo soleado del jardín entre la casa principal y el estudio de mi madre. No quería que Chet siguiera evitándome, ya que era vital ganarme su confianza hasta cierto punto, como lo era también que entabláramos algún tipo de relación. Los primeros días en los que me tumbé al sol, leyendo con los auriculares puestos, Chet no hizo acto de presencia. Un par de veces creí ver su silueta agazapada detrás de las lamas de cristal de la puerta del apartamento. Pero un día lo vi salir a fumarse un cigarrillo, de pie en el último escalón, vestido con su mono manchado de pintura, sin camiseta debajo. Eché un vistazo por encima de la novela de Agatha Christie que estaba leyendo y él me saludó con una inclinación de cabeza y levantando la mano. Mi primer instinto fue pasar de él, no darle el gusto de una respuesta, pero me obligué a levantar la mano y a devolverle el saludo.

Al día siguiente regresé a mi sillón de lectura. Hacía bochorno, la clase de tiempo con el que te despiertas sudada, te das una ducha fría y rompes a sudar otra vez nada más salir de la ducha. Llevaba mi bikini verde. Hacía dos años que lo tenía, pero mi cuerpo no se había desarrollado mucho. La parte de arriba me iba bien, pero la de abajo me apretaba un poco, porque ahora tenía caderas. Me había puesto encima unos pantalones cortos; ese mismo verano le había pedido a mi madre que me los comprara. Eran de madrás, con cuadraditos, y mi madre me había dicho que con ellos parecía una Kennedy, pero me los compró de todos modos. Cogí mi libro y un bote de protector solar y me instalé en el sillón, mirando al apartamento de Chet. No soportaba el sol, no soportaba el calor. Era pelirroja y tenía la piel pecosa, de modo que lo único que hacía el sol era oscurecerme las pecas. Me unté de arriba abajo con la crema solar, tratando de recordar si la elevada cifra del bote era algo bueno o malo. Estuve vigilando un rato el apartamento y enseguida vi que

Chet me espiaba desde la ventana. Adiviné la punta anaranjada de su cigarrillo iluminándose y apagándose. Habían pasado quince minutos, en los que había escuchado mi cinta de *Los miserables* y leído *Un crimen dormido*, cuando Chet apareció con una taza de café, bajó la escalera del estudio y se acercó tranquilamente hasta donde me encontraba apoltronada.

—Hola, Lily —dijo, deteniéndose a un metro y medio de distancia, mientras el sol, ya en lo alto del cielo, iluminaba el vello de sus brazos y sus hombros desnudos haciendo que casi pareciera centellear. Por cómo olía, sospeché que no se había duchado en varios días.

Le respondí con otro «hola».

—¿Qué lees?

Empecé a mostrarle la cubierta del libro con gesto desdenoso, pero entonces recordé que debía ser un poco simpática con él para que no sospechara nada cuando fuera a verlo al apartamento.

—Agatha Christie —expliqué—. Una de miss Marple.

—Estupendo —señaló él y dio un sorbo a su taza de café. Como todas sus cosas, la taza estaba pringada de pintura—. ¿Todo bien, tú?

Supe que en realidad me estaba preguntando si todo iba bien entre *nosotros*, después de lo ocurrido la noche que entró en mi cuarto. Quería averiguar si me acordaba de que había estado allí.

—Sí —contesté.

Inclinó la cabeza adelante y atrás.

—¡Qué puto calor hace aquí, por Dios!

Me encogí de hombros y volví a enfrascarme en el libro. Ya había hecho bastante, y la verdad es que no me apetecía seguir hablando con él. Fingí leer, pero noté que seguía mirándome. El sudor se me había acumulado donde se juntaban los dos triángulos de mi bikini y una gotita descendía a paso de hormiga por mi caja torácica. Reprimí el impulso de limpiarme el sudor con Chet de mirón, aunque el insoportable avance de la gota era como si sus ojos me estuvieran rajando con una navaja. Tomó otro ruidoso sorbo de café y se marchó.

Mi padre regresó. Hubo muchos gritos y algunas lágrimas. El ruso se fue y, durante un tiempo, mis padres no se separaron ni a sol ni a sombra, retomaron la costumbre de beber en la terraza a medio construir y escuchaban juntos álbumes de jazz. Me alegraba el regreso de mi padre por varias razones, y una de ellas era que, estando mis padres tan concentrados el uno en el otro, yo podría centrarme en deshacerme de Chet. Lo tenía todo preparado a la perfección en el prado, el montón de rocas iba creciendo de día en día y la cuerda colgaba hasta el fondo del viejo pozo. Se trataba simplemente de elegir el día perfecto, un día en el que nadie pudiera verme cruzar el jardín delantero de camino al apartamento de Chet o vernos después a los dos caminar hacia el bosque. El momento llegó un jueves tranquilo tres días después del regreso de mi padre. Había pasado la tarde leyendo *La casa torcida* y escuchando los ruiditos amortecidos que hacían mis padres cuando compartían una copa. Habían empezado temprano, tomándose una botella de vino durante la comida, y luego se habían instalado en la terraza para pasarse a la ginebra y escuchar música. Cuando terminó el último disco y no empezó uno nuevo, oí que la puerta de su habitación se cerraba con un golpetazo y luego unas risas. Miré por la ventana de mi cuarto; caía la noche y las sombras de los árboles se extendían cada vez más sobre la maleza del jardín. Era el momento perfecto. No teníamos otros invitados en Monk's House, y era improbable que mis padres salieran de su habitación hasta la mañana siguiente.

Me puse unos vaqueros, calcetines y zapatillas de deporte. Los mosquitos habrían salido ya y no me apetecía que me picaran en los tobillos. Encontré una camiseta de tirantes blanca que tenía desde hacía años. Tenía bordada una mariposa y me iba un poco pequeña. Quería asegurarme de que Chet me seguiría al prado. Guardé en el bolsillo delantero la pequeña navaja plegable que me había regalado mi abuelo materno. No tenía previsto usarla, pero era agradable sentirla contra mi muslo. Chet era impredecible y no quería que intentara follar conmigo antes de llegar al pozo. También agarré una pequeña linterna de bolsillo del último cajón de la cómoda que teníamos al pie de la escalera. El bosque siempre estaba oscuro, especialmente al atardecer.

Salí por la puerta principal y, tras descender los peldaños de madera,



enfilé por el camino asfaltado que llevaba a la calle. Atajé por el jardín al ver con preocupación que la luz menguaba demasiado deprisa. Detrás del estudio, el cielo estaba cubierto de unas nubes finas y rosadas que parecían pinceladas de pintura aguada. Al pasar junto a mi sillón, noté un olorcillo a humo de tabaco y, tras levantar la vista, vi a Chet salir al rellano. Era perfecto. No tendría que llamar a su puerta o preocuparme por que quisiera obligarme a entrar en el apartamento.

—Eh, pequeña Lily —dijo, arrastrando las palabras.

Me detuve y lo miré.

—Chet, ¿puedes hacerme un favor? —Creo que era la primera vez que pronunciaba su nombre y la palabra me sonó rara en la boca, como una grosería que me tuvieran prohibido decir.

—¿Un favor? Por ti, Julieta mía, lo haría todo, porque, aunque no te llamaras *rosa*, olerías igual de bien. —Se llevó las manos al pecho. Supe que estaba recitando algo de la obra de Shakespeare, pero no se sabía bien la historia. Julieta estaba en el balcón y Romeo abajo.

—Gracias. ¿Puedes bajar?

—Estaré contigo enseguida, Julieta mía —aseguró, y lanzó su cigarrillo, que describió un elevado arco en el aire. Aterrizó en el camino asfaltado, con una explosión de centellas. Se metió en el apartamento y yo esperé. Había pensado que estaría nerviosa, pero no lo estaba.

## 5

### Ted

Después de recoger nuestro equipaje en el aeropuerto Logan, pasé con Lily por la terminal E, dejando atrás la fila de taxis detenidos con el motor al ralentí, y nos dirigimos al parking principal. Me hizo parar en cuanto nos quedamos a solas en el oscuro aparcamiento. El piloto nos había dicho que la temperatura en Boston era de doce grados, pero el viento aullaba y esparcía la basura, haciendo que el ambiente resultara mucho más frío.

—Veámonos dentro de una semana —dijo ella—. Elijamos un sitio. Si cambio de opinión, no apareceré. Y si eres tú quien cambia de opinión, entonces tampoco apareces y será como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar.

—De acuerdo. ¿Dónde nos encontramos?

—Dime un pueblo donde no conozcas a nadie —propuso ella.

Pensé un momento.

—Vale. ¿Qué te parece Concord?

—¿Concord en Massachusetts o Concord en New Hampshire?

—Concord, Massachusetts.

Acordamos reunirnos en el bar del hotel Concord River Inn el sábado siguiente a las tres en punto de la tarde.

—No me sorprenderá si no apareces —señaló—. O si te asustas.

—Lo mismo digo —respondí, y nos dimos la mano.

Me pareció un formalismo extraño estrecharle la mano a alguien que se había ofrecido a ayudarme a matar a mi mujer. Lily se rio un poco, como si tuviera la misma sensación de extrañeza. Su mano era pequeña en la mía y me pareció tan frágil como una pieza de porcelana cara. Contuve el impulso de atraerla hacia mí.

En vez de ello, pregunté:

—¿Vas en serio?

Ella me soltó la mano.

—Lo verás dentro de una semana.

Llegué temprano ese sábado al hotel Concord River Inn. Cuando Lily me había pedido vernos en un pueblo donde nadie me conociera, había elegido Concord, y si bien era cierto que no conocía a nadie allí, no lo era menos que ese sitio había tenido un destacado papel durante mi infancia. Crecí en Middleham, a unos quince kilómetros al oeste de Concord, y a unos cincuenta de Boston. Middleham es una antigua comunidad agrícola, una amplísima extensión de tierras de cultivo y explotaciones forestales. En los años setenta, se llevaron a cabo dos grandes proyectos urbanísticos: calles sin salida bautizadas con los nombres de los árboles que habían ocupado antes aquel espacio y solares de un acre con casas prefabricadas cortadas por el mismo patrón. Todo ello apareció de la noche a la mañana para alojar a los empleados de Lextronics, una empresa cercana donde mi padre trabajaba.

Barry, mi padre, había estudiado en el MIT y era programador informático cuando la mayoría de la gente no sabía lo que era un programador. Conoció a Elaine Harris, mi madre, en Lextronics, donde ella trabajaba como recepcionista, y era, sin duda, la mujer más guapa que había visto en su vida. No sé a ciencia cierta si mi padre había salido con otras mujeres antes de conocer a mi madre a los treinta años de edad, pero me sorprendería que así fuera. Mi madre, en cambio, había vivido una relación tormentosa con otro estudiante de la Universidad de Boston que se alargó varios años hasta que cumplió los treinta. Aquel estudiante había sido jugador profesional de hockey sobre hielo durante un par de temporadas, pero tuvo

una lesión de rodilla que terminó retirándolo. Mi madre me dijo un día que, cuando la relación se acabó —y se dio cuenta de que había desperdiciado ocho años de su vida con un «mujeriego»—, se juró en ese mismo instante que se buscaría un marido que fuera sencillo, soso y previsible. Y resultó que el hombre que buscaba era Barry Severson. Salieron juntos seis semanas, estuvieron prometidos otras seis y finalmente se casaron en una pequeña ceremonia en West Hartford, Connecticut, la ciudad natal de mi madre.

La razón de que Concord fuera un lugar importante en mi historia era que mi madre soñaba con mudarse allí. En los primeros años de matrimonio, llegó a la conclusión de que el aislamiento de Middleham se le hacía insufrible, y se obsesionó con ese barrio residencial para familias acomodadas, con sus viviendas de tejados a dos aguas, sus amas de casa elegantemente vestidas y sus tiendas de orfebrería. Como mi padre se había hartado de oírla hablar sobre el tema, mi madre a veces me ponía de punta en blanco y me llevaba, en ocasiones junto con mi hermana, a comer a Concord, a menudo en el hotel Concord River Inn, y luego íbamos de tiendas y compraba ropa nueva, joyas o queso roquefort y una botella de pinot grigio en la Concord Cheese Shop. No fue ninguna sorpresa ni para mi padre ni para mí cuando, durante mi último curso de secundaria en el instituto de Dartford-Middleham, mi madre abandonó a mi padre y alquiló un piso en la principal calle comercial del centro de Concord. Vivió allí un año, antes de mudarse a California con un contable divorciado.

Mi padre, ya jubilado, sigue viviendo en Middleham, donde dedica su tiempo a montar dioramas sobre la guerra de la Independencia. Voy a visitarlo los jueves por la noche. Si la temperatura supera los quince grados, me prepara un filete en su barbacoa. Si está por debajo, me cocina una olla de chili con carne. Mi hermana lo visita en años alternos por Acción de Gracias. Es la única vez que la vemos, porque vive en Hawái con su segundo marido y los cuatro hijos del anterior matrimonio de él. Ve a mi madre mucho más, en parte porque mi madre sigue viviendo en California y, en parte, porque ella y mi hermana se parecen mucho. A veces pienso que, cuando se produjo el divorcio, la familia se fracturó en fallas de género y geográficas: mi padre y yo nos quedamos en el este; mi madre y mi hermana se fueron al oeste.

Subiendo con paso firme por la escalera del Concord River Inn, era imposible no pensar en mi madre y yo sentados en el comedor de paredes empapeladas con nuestros platos de langosta con salsa Newburg, mi madre tomando sorbitos de un cóctel pink lady y yo de un vaso de Pepsi con una rodaja de limón. Lily y yo habíamos quedado en el bar y no en el comedor. Lo que había olvidado era que había dos bares en el laberinto de pasillos del hotel, uno recoleto y en forma de «L» justo enfrente del comedor, y otro más grande hacia el final. Elegí el más pequeño, porque estaba vacío y podía ver desde mi taburete el pasillo que llevaba hacia el bar del otro lado. Pedí una Guinness y me obligué a tomármela despacio. No tenía la menor intención de emborracharme esa tarde.

Había pasado mucho tiempo con mi mujer durante la semana anterior, tras mi regreso de aquel viaje de negocios a Londres. Miranda tenía montones de ideas para amueblar la casa de Maine. En la biblioteca de casa, teníamos una mesa de juego *vintage* cubierta de recortes de catálogos e imágenes impresas de internet. Procuré no pensar en ella y en Brad Daggett mientras me mostraba un sinfín de artículos que la casa necesitaba tener a cualquier precio. Accedí a todo: los suelos embaldosados con calefacción radial en todos los cuartos de baño, la cocina Viking Range de veinte mil dólares; la pequeña piscina cubierta. Y mientras iba asintiendo a todo, lo que me permitía soportarlo era saber que Miranda iba a morir y que yo iba a ser el responsable de su muerte. Lo pensaba sin parar un instante, dándole vueltas a la idea como si estudiara un diamante desde todas las perspectivas posibles, buscando defectos o fisuras, buscando sentimientos de culpa o dudas, pero no encontré nada. Lo único que descubrí fue la renovada convicción de que Miranda era un monstruo que debía sacrificar.

Regresó a Maine el jueves, tras obligarme a prometerle que iría a verla el fin de semana. Antes de marcharse, me llevó a la biblioteca para mostrarme otras cosas que quería encargarse de su pila de catálogos. Entonces me enseñó en su móvil la imagen de un cuadro que según ella quedaría perfecto en el comedor.

—Mide 183 por 274 centímetros —dijo—. Quedará perfecto en la pared sur.

Miré la imagen diminuta. Me pareció ver la cabeza de un hombre con las orejas en llamas.

—Es un autorretrato de Matt Christie —explicó—. Me han garantizado que es una buena inversión. Investiga un poco si no me crees. —Entonces mencionó una suma absurda en una frase que también incluía la palabra *ganga*.

—Lo pensaré —prometí.

Dio un saltito sin separar del todo los pies del suelo y me dio un beso.

—Gracias, gracias. —Me puso la mano en la entrepierna, rozándome con un dedo la cremallera de los vaqueros. Pese a mis sentimientos por ella, noté que se me ponía dura—. Cuando vengas a Maine, te lo agradeceré como es debido, ¿vale? —aseguró, bajando la voz.

Tuve el impulso repentino de darle la vuelta y empujarla contra la mesa de juego, tal y como había visto tirársela a Brad Daggett, pero no me fiaba de mí mismo. No me fiaba de que no terminara aplastándole la cara contra los catálogos o llamándola «puta infiel». En vez de ello, le señalé que probablemente no podría subir a Maine hasta el sábado por la noche como muy pronto. No me pareció muy decepcionada.

Después de hacer el equipaje para el largo fin de semana, la acompañé al garaje donde guardábamos nuestros coches. Cuando terminó de meter sus cosas en el Mini Cooper, le dije:

—Espero que Brad no te dé problemas ahí arriba. Con todo el tiempo que pasáis juntos.

—¿A qué te refieres?

—Nunca ha intentado ligar contigo, ¿no?

Se volvió hacia mí con una expresión pensativa en el rostro.

—¿Brad? Qué va, es un profesional como la copa de un pino. ¿Por qué? ¿Estás celoso?

Interpretó la frase a la perfección, con la mezcla justa de sorpresa, intriga y naturalidad. Si no los hubiera visto juntos con los prismáticos, jamás habría creído que mi mujer y el maestro de obras tenían un lío. Los primeros años que estuve con Miranda, siempre pensé que era una persona con las emociones a flor de piel, alguien incapaz de mentir. ¿Cómo había podido

equivocarme tanto?

Se metió en el asiento del conductor y me mandó un beso a través de la ventanilla antes de maniobrar con su coche por los estrechos pasadizos del garaje. Me dominó la convicción de que tenía que hacerlo. Con esas pocas y sencillas palabras, al negar su relación con Brad, quedaron disipadas todas las dudas que pudiera tener.

Lily llegaba tarde y, mientras me bebía a sorbitos la Guinness, me convencí de que no iba a aparecer. Sentí una extraña mezcla de alivio y decepción. Si no volvía a verla, mi vida regresaría a la normalidad. ¿Estaba en condiciones de afirmar que asesinaría a mi mujer si no podía contar con su ayuda y su ánimo? ¿Me atrevería a dar el paso? Si lo hacía y no me descubrían, ¿qué le impediría a Lily saltar a la palestra y contarle a la policía que durante un vuelo transatlántico le había confesado borracho el crimen antes de cometerlo? No, si Lily no aparecía, tendría que enfrentarme a mi mujer, decirle que me había enterado de su aventura y pedirle el divorcio. Lo que seguiría sería un no acabar de disputas legales y humillaciones rituales, pero sobreviviría. Miranda se llevaría un buen pellizco de mi dinero —aun a pesar del acuerdo prematrimonial—, pero siempre podría ganar más. Y Brad recibiría su merecido. Es decir, mi mujer.

Pero la decepción que sentía mientras esperaba solo en el Concord River Inn, convencido ya de que nunca más vería a Lily, también se debía a que alimentaba la secreta esperanza de que la razón de aquel encuentro fuera en parte de naturaleza romántica. No había conseguido quitarme de la cabeza la imagen de su rostro hermoso y pálido, ni el tacto de su fina mano en la mía. Una aventura con Lily quizá era la venganza que tenía que descargar contra Miranda y Brad. Ojo por ojo. Y no se me había pasado por alto que el lugar que habíamos elegido para esa copa de tarde también era un hotel. Intuí la presencia de todas esas camas vacías justo por encima del techo con vigas de madera del bar.

Como había estado haciendo toda esa semana, empecé a reconstruir de forma obsesiva el vuelo nocturno a Boston, la aparición inopinada de esa

mujer que deseaba ayudarme a matar a mi esposa. Recordaba bien la noche, a pesar de toda la ginebra. De hecho, la recordaba a la perfección, frase por frase, pero era como evocar un sueño levemente irreal. No estaba muy convencido de confiar en la claridad de todos mis recuerdos, o de si había empezado a proyectar mis propias ambiciones y deseos sobre la evocación de aquellas horas. Desde que había vuelto a casa, había tratado de encontrar información sobre Lily, como no podía ser de otro modo. Visité la web del Winslow College y encontré una página muy básica que resumía los objetivos y los méritos de los Archivos Winslow. Constaban dos nombres en el directorio del departamento. Otto Lemke, archivero jefe, y Lily Hayward, archivera. Cada uno tenía su número de teléfono, pero la dirección de correo electrónico era la misma para ambos: archives@winslow.edu. Busqué en internet más información sobre Lily Hayward y no encontré nada que pareciera guardar relación con ella. Ningún perfil de Facebook. Ni de LinkedIn. Ni imágenes. No me sorprendió. No me había parecido la clase de persona que tiene presencia en internet. Y, aunque la tuviera, dudaba que hubiera arrojado algo de luz sobre lo que quería averiguar de ella. ¿Por qué una desconocida accede a ayudar a alguien a asesinar a su esposa? ¿Qué sacaba ella de todo eso?

Al poco de terminarme mi pinta de Guinness, la vi aparecer. Caminaba despacio por aquel pasillo tortuoso, echando vistazos por las puertas abiertas, y me volví en el taburete para indicarle con un saludo que entrara en el bar.

—Estás aquí —dijo con una nota de sorpresa.

—Tú también —respondí—. Vamos a sentarnos a una de esas mesas. ¿Qué te pido?

Quiso una copa de vino blanco. Le pedí un sauvignon blanco; yo seguí con la Guinness y llevé las bebidas a la mesa esquinera que Lily había elegido. Era como la recordaba, con la única diferencia de que llevaba la larga melena en un sencillo recogido. Cuando le puse la copa en la mesa, se estaba quitando una americana gris. Debajo llevaba una rebeca beis sobre una blusa azul marino. Tenía las mejillas coloradas de estar en la calle.

Hubo un momento de incomodidad cuando empezamos a beber y ninguno de los dos dijo ni una palabra de inmediato.



—Esto es como una segunda cita que sale mal —comenté, tratando de romper el hielo.

Se rio.

—Creo que ninguno de los dos esperaba que el otro apareciera.

—Habla por ti. Yo sí creía que ibas a venir.

—Supongo que lo que no esperaba era que tú aparecieras. Me imaginé que te habrías despertado a la mañana siguiente con una resaca tremenda y el recuerdo nebuloso de haber conspirado con alguien para matar a tu mujer.

—Es verdad que tuve una resaca tremenda, pero recordaba todo lo que hablamos.

—¿Y sigues queriendo matarla? —Lo dijo como si me preguntara si todavía me apetecían las patatas fritas que acababa de pedir en un restaurante. Pero había en su mirada cierta picardía o quizá mejor un afán retador. Me estaba poniendo a prueba.

—Más que nunca —afirmé.

—Entonces puedo ayudarte. Siempre y cuando todavía quieras mi ayuda.

—Por eso he venido.

Observé a Lily mientras se echaba atrás de forma casi imperceptible en su silla y sus ojos se apartaban de mí, permitiéndome echar un vistazo al pequeño bar. Seguí su mirada, empapándome del suelo de madera sin barnizar y del techo, que como mucho medía dos metros veinte de alto. Había otro cliente en el bar, un hombre trajeado que había ocupado mi taburete vacío y se estaba tomando un café irlandés con nata encima.

—¿Te parece bien el sitio? —pregunté.

—No te conoce nadie aquí, ¿verdad?

—He estado aquí antes, pero no, no conozco a nadie en Concord.

Pensé en mi madre, en el último año que vivió en esa ciudad. Me pregunté si habría frecuentado aquel bar. ¿Era allí adonde iba a buscar a su segundo marido? ¿Había conocido allí a Keith Donaldson, el divorciado que la convenció de mudarse a California? Al final no se habían casado, pero seguía viviendo en California, ahora con otro hombre. La veía menos de una vez al año.

—Te noto nervioso —dijo Lily.

—Lo estoy. ¿No crees que sería raro que no lo estuviera?

—¿Estás nervioso por lo que estamos planeando hacer o soy yo quien te pone nervioso?

—Las dos cosas. Ahora mismo me estoy preguntando qué haces tú aquí. Una parte de mí cree que en realidad trabajas para algún cuerpo de seguridad y que quieres obtener una grabación en la que relate cómo pretendo asesinar a mi mujer.

Lily se rio.

—No llevo ningún micro. Si no estuviéramos en un espacio tan público como éste, te permitiría cachearme. Pero, si lo llevara, ¿en serio crees que podría detenerte por planear el asesinato de tu mujer? ¿No sería inducción policial a la comisión de un delito?

—Seguramente. Supongo que podría esgrimir tan sólo que intentaba seducirte hablando de matar a mi mujer.

—Eso sería una novedad. ¿Es lo que estás haciendo?

—¿Qué? ¿Intentar seducirte?

—Sí.

—¿Seguimos jugando al juego del avión? ¿Toda la verdad? Entonces no te mentaré diciendo que no he pensado en ti de esa forma, pero no, todo lo que te conté sobre mi mujer y cómo me siento es verdad. Fui sincero contigo en el avión.

—Y yo lo fui contigo. Quiero ayudarte.

—Te creo —afirmé—. Lo que ocurre es que no entiendo del todo tus motivos. Entiendo lo que yo obtengo de lo que estamos planeando...

—Un divorcio rápido —indicó Lily antes de sorber un poco de vino.

—Sí, un divorcio rapidísimo...

—Pero te preguntas qué saco yo...

—Sí. Eso es lo que me gustaría saber.

—Me imaginaba que te harías esa pregunta —dijo—. De lo contrario, me habría preocupado un poco. —Me clavó sus ojos intensos—. ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre mi visión del asesinato? ¿Que no es tan inmoral como la gente cree? Lo pienso de verdad. La gente se llena la boca hablando sobre la santidad de la vida, pero hay tantísima vida en este mundo, y cuando alguien

abusa de su poder o, como ha hecho Miranda, se aprovecha del amor de otra persona, ese alguien merece la muerte. Puede sonar a castigo extremo, pero yo no lo veo así. Todo el mundo vive una vida plena, aunque sea muy corta. Todas las vidas constituyen vivencias completas. ¿Conoces la cita de T. S. Eliot?

—¿Cuál de ellas?

—«El momento de la rosa y el momento del tejo duran lo mismo.» Sé que no es una justificación del asesinato, pero creo que pone de manifiesto hasta qué punto la mayoría de la gente piensa que todos los humanos merecen vivir una larga vida, cuando la verdad es que cualquier tipo de vida, por pequeña que sea, es con toda probabilidad mucho más de lo que merecemos. Creo que la mayoría de la gente idolatra la vida hasta tal punto que al final permiten que los demás se aprovechen de ellos. Lo siento, creo que estoy divagando. Cuando te conocí en la sala del aeropuerto y luego hablamos en el avión, fuiste tú quien decidí contarme que fantaseabas con matar a tu mujer, lo cual me dio pie a explicarte mi filosofía sobre el asesinato. Y ya está, la verdad. Me gusta hablar contigo y, si vas en serio con lo de asesinar a Miranda, entonces voy a ayudarte con todo lo que esté en mi mano.

Había estado mirando a Lily durante su breve discurso, había advertido su fugaz momento de apasionamiento, su rostro acercándose al mío como un fanático del bronceado que se inclina hacia el sol para sacar el máximo partido de sus rayos. Luego la había visto recular, como si temiera haberse sincerado demasiado. Giró el tallo de la copa de vino entre los dedos. Me pregunté por un momento si no estaría loca y, en cuanto se me ocurrió pensarlo, decidí saltar al vacío de todos modos. Conocía bien esa sensación. Así había amasado enormes sumas de dinero, corriendo riesgos absurdos.

—Quiero hacerlo —dije—. Y quiero que tú me ayudes.

—Lo haré.

Tomó otro sorbo de vino. La luz de un aplique de latón hizo que el vino brillara y se reflejó también en su cara pálida. Me parecía más hermosa, pensé, con el pelo recogido, pero también más severa. Me recordó a algunas de las modelos que aparecían en los catálogos que recibía mi mujer. Catálogos repletos de muchachas altas con aspecto de tener dinero, vestidas

con chaquetas de *tweed* y vaqueros, posando junto a caballos o enfrente de casas de campo construidas en piedra. Las modelos de esos catálogos nunca se reían.

—Tengo una pregunta —apunté—. Exactamente, ¿a cuántas personas has matado tú? —Quise expresarlo en tono jocoso para que pudiera escaquearse de la pregunta, pero también me apetecía saber si Lily predicaba con el ejemplo.

—No voy a responderte a esa pregunta —repuso—. Pero sólo porque todavía no nos conocemos bien. Eso sí, te prometo que cuando tu mujer esté muerta te contaré todo lo que quieras saber. No tendremos secretos. Ya tengo ganas.

Su cara se endulzó al decirlo, y sentí que en ese salón silencioso se oían los tambores de una promesa de sexo implícita. Mi vaso estaba vacío.

—¿Lo has pensado? ¿Has pensado en cómo podríamos hacerlo? —pregunté.

—Sí, mucho —dijo, y apartó a un lado su copa de vino, dejándola alineada con mi pinta de cerveza—. Disponemos de una enorme ventaja, y esa ventaja soy yo. Puedo ayudarte y nadie sabe que nos hemos visto. Soy una cómplice invisible. Podría darte una coartada y, como nadie sabe que nos conocemos, la policía me creería. No tenemos ninguna relación, tú y yo. Y hay otras formas de que pueda ayudarte, además.

—No te pido que te ocupes tú del asesinato.

—No, lo sé. Lo importante es que, con mi ayuda, podemos reducir muchísimo las posibilidades de que nos descubran. Ésa es la parte más complicada. Cometer el crimen es fácil. La gente lo hace todos los días. Pero casi nadie se salva de la policía.

—¿Y nosotros cómo lo conseguiremos?

—La forma de cometer un crimen y que no te descubran es ocultar el cuerpo tan bien que nadie logre encontrarlo jamás. Si no hubo asesinato, tampoco habrá asesino. Pero hay muchas formas de esconder un cadáver. Puedes dejarlo a la vista de todo el mundo pero conseguir que parezca lo contrario de lo que ha ocurrido en realidad. Eso es lo que hay que conseguir con Miranda, porque si desaparece, la policía no parará de buscarla hasta dar

con ella. Cuando examinen su cadáver, la historia que éste cuente no puede tener nada que ver contigo. Ha de llevar a la policía por un camino que nunca los conduzca a ti. Tengo que hacerte una pregunta. ¿Qué sentimientos te provoca Brad Daggett?

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes opinión sobre si ha de vivir o morir?

—Sí la tengo. Quiero que muera.

—Perfecto —dijo ella—. Eso facilita muchísimo las cosas.

## 6

### Lily

Cuando Chet volvió a salir del apartamento y se reunió conmigo en el jardín, me alegró ver que se había puesto una camiseta debajo del mono de pintor. Seguía oliendo mal, como a sidra que se hubiera vuelto rancia. Le dije que había encontrado algo en el prado que había al otro lado del bosque y que necesitaba que me ayudara. Le dije que se lo habría pedido a mi padre, pero que estaba ocupado. Chet soltó un gruñido de solidaridad, como si supiera que mis padres se hallaban reunidos en su habitación.

Entramos en la estrecha franja de pinar que separaba el terreno de mis padres del terreno abandonado colindante.

—¿Has estado en el prado? —pregunté.

Iba detrás de mí, tropezando un poco, y con el antebrazo en alto como si las ramas fueran a azotarle la cara en cualquier momento.

—Di un paseo hasta las vías del viejo ferrocarril cuando llegué aquí —explicó. Las vías se hallaban en dirección contraria a la que íbamos.

—Este prado es una maravilla —comenté—. Está detrás de una vieja alquería donde ya no vive nadie. Voy todos los días.

—¿Está muy lejos?

—Hay que pasar por estos árboles.

Trepamos por el muro de piedra medio derrumbado que delimitaba el bosque. La luz espectral del sol poniente daba a las escasas flores silvestres

del prado un color tornasolado. El cielo estaba virando del rosado a un violeta oscuro.

—Hermoso —afirmó Chet, y sentí un fugaz e irracional enfado al ver que estaba disfrutando de mi prado.

—Por aquí. —Me encaminé al pozo.

—Tú también. Tú también eres hermosa.

Me obligué a dar media vuelta y a mirarlo.

—Lo siento —dijo él—. Hablaba solo... Pero, Dios, mírate. Ni te imaginas lo hermosa que eres, ¿no, pequeña Lily? No te importa, ¿no? Si sólo te miro. —Se balanceó un poco, mesándose con una mano aquella barba revoltosa.

—No me importa, pero antes necesito que me ayudes. Hay un pozo abandonado y hay algo abajo atado a una cuerda y no puedo subirlo.

—Estupendo. Vamos a echar un vistazo. Qué raro encontrar un pozo abandonado aquí arriba, ¿no?

Hice caso omiso de su pregunta y lo guie por el prado. Hacía años que conocía ese pozo. No era muy profundo. Con una linterna podías ver el fondo; no había nada, salvo unas cuantas piedras y a veces un poco de agua acumulada si había llovido. Ni siquiera estaba segura de que fuera inicialmente un pozo, y no un agujero profundo, quizá el principio de un pozo que habían dejado sin terminar. Lo había descubierto a los nueve años más o menos, correteando por el prado. Una de mis pisadas había provocado un ruido hueco, de madera, y después de arrancar unos hierbajos amarillentos y secos, descubrí la tapa, una tabla cuadrada podrida que parecía colocada allí para evitar que alguien como yo se cayera dentro. Apenas cubría el agujero rectangular del pozo y fue fácil levantarla. Los lados del pozo estaban revestidos con capas de piedra. Aquel día no llevaba una linterna encima, de modo que tiré unas piedras para hacerme una idea de la profundidad. Dieron en algo sólido al cabo de un segundo más o menos, así que concluí que no era muy profundo. En ese momento, pensé que tal vez era un escondrijo para un tesoro o una pista de un misterio más grande. Corrí a por una linterna, pero fue decepcionante. El agujero del pozo no era más que eso, un agujero cavado en la tierra que se estaba desmoronando sobre sí mismo.

Cuando le mostré el pozo a Chet, me dijo:

—¡Mira por dónde! ¿Cuándo lo has descubierto?

—Hará una semana más o menos —mentí—. Lo primero que vi fue la cuerda y luego saqué la tapa. No es muy profundo, creo, pero no puedo subir la cuerda sola. Está atada a algo que pesa mucho.

Meter la cuerda en el pozo había sido uno de los preparativos. Unos días antes, había encontrado un buen trozo de cuerda de aspecto desgastado y una vieja estaca de hierro en el sótano de nuestra casa y me lo había llevado todo al prado. Até con fuerza un extremo de la cuerda a una de las piedras más grandes que había desenterrado del prado y la bajé al pozo. Luego anudé el otro extremo a la estaca de metal y la clavé hondo en la tierra. No me pareció que quedara muy auténtico, pero daba igual. Lo único que necesitaba era que Chet quisiera averiguar qué colgaba del otro extremo de la cuerda. Esa mañana había entrado en el cuarto de baño de mis padres y había encontrado algo en su armario, un pequeño tubo en el que se leía «Loción». Me lo había llevado al pozo y había embadurnado los primeros palmos de cuerda con aquel pringue para el pelo para que fuera difícil agarrarse a ella. Lo había hecho porque me preocupaba que la cuerda fuera demasiado fácil de izar y que Chet pudiera hacerlo de pie. Necesitaba que se agachara frente al agujero del pozo. Resultó que me había tomado demasiadas molestias. Chet, comportándose como un niño emocionado, se puso de rodillas frente al pozo y agarró la cuerda.

—Puaj, ¿qué tiene esta cuerda?

—No lo sé —respondí—. Es una especie de barro.

Se acercó los dedos a la nariz y se los olió.

—No huele natural. Huele a champú.

—Igual alguien no quiere que lo subamos.

Me había colocado justo detrás de él. Estiró el cuello para verme. Vi que uno de sus ojos húmedos y saltones me miraba el pecho. La piel se me tensó y se me erizaron los brazos.

—¿Te gustan las mariposas? —preguntó, sin apartar los ojos del bordado de mi camiseta de tirantes.

—Supongo —dije, y me aparté un poco sin querer.



De pronto sentí asco, además de rabia contra mí misma, por haber traído a aquel hombre a mi prado secreto. Por supuesto que no le importaba lo que hubiera en el fondo del pozo. Por supuesto que lo único que le importaba era el sexo. Quería meterme su pene dentro antes de subir la cuerda. Había sido una boba. Quise decir algo, pero no se me ocurrió nada; tenía la cabeza en blanco y la boca seca.

Pero entonces Chet me preguntó:

—¿No se lo has contado a tus padres?

—No —contesté—. Se pondrían furiosos conmigo y, si aquí dentro aparece algo que valga la pena, seguro que no me dejarán quedármelo.

—Voy a echar un vistazo de todos modos —señaló, antes de volver a poner la vista en el agujero del pozo—. Oye, ¿qué gano yo si encontramos un cofre del tesoro ahí abajo?

Estaba haciendo lo que había esperado que hiciera, bajando las manos por la cuerda para intentar asirse mejor. Metió media cabeza en el agujero y se inclinó hacia delante sin levantar las rodillas del suelo.

—No te caigas —pedí. Era algo que había planeado decir para que se sintiera más seguro.

—¿Es muy profundo?

—No mucho, creo.

Chet pegó dos potentes gritos en el pozo, que regresaron como eco.

—Deja que te sujete. —También había planeado decírselo, para que se acostumbrara a notar mis manos en la espalda. No quería intentar empujarlo y luego ver cómo se volvía de pronto y me atacaba.

Agarré la tela de sus pantalones con los puños justo cuando indicaba:

—Lo tengo. Ya sube.

Reuní toda mi energía y le empujé lo más fuerte que pude. Chet intentó levantar la cabeza, pero la tenía metida en el agujero y se golpeó la nuca con una de las piedras que revestían las paredes del pozo. Todo su cuerpo se venció hacia el agujero, cayendo, y por un momento pensé que iba a precipitarme con él, una posibilidad que ni siquiera se me había ocurrido. Pero inexplicablemente logró echar atrás las piernas y detener la caída. Me tiré a un lado y oí su grito de sorpresa. Una de sus pesadas botas había

quedado trabada entre dos de las piedras planas que rodeaban la boca del pozo.

—¡Dios! —gritó, y luego—: ¡Ayúdame!

Oí que algo se rompía al caer en el fondo del pozo. Sus gafas, pensé.

Me levanté. Se me había enganchado una uña a su mono de trabajo y me la había roto. Me di cuenta porque había agitado la mano por instinto y unas gotitas de sangre me habían salpicado la cara.

—Lily, por Dios, ayúdame.

Me agaché junto a las rocas donde su pie había quedado trabado. Era obvio que no lo iba a retener mucho rato y que, de todos modos, terminaría cayendo, pero agarré la suela gastada por el borde y la empujé hacia abajo. Chet soltó un gruñido y luego oí el ruido de su cuerpo rozando contra las paredes, seguido de un potente golpe cuando impactó en el fondo del pozo. Había esperado que gritara un poco más, pero se quedó callado. Sólo se oía el roce de los restos de tierra y piedra que caían en el pozo, así como dos cuervos que se graznaban el uno al otro en la otra punta del prado.

Me saqué del bolsillo trasero la linterna que había traído y la giré para encenderla. No daba un haz de luz muy potente, pero me bastaría para ver en la oscuridad del pozo. Había pensado que tendría las manos temblorosas, pero no era así. Me notaba concentrada y ensimismada al mismo tiempo, tal y como me sentía cuando leía un libro y se me iba la tarde en la lectura. Me asomé al borde del pozo y dirigí el haz de la linterna al fondo. Estaba convencida de que Chet habría sobrevivido a la caída y de que me suplicaría que lo ayudara a salir. Estaba preparada para eso. En vez de ello, estaba tendido en el fondo, panza arriba, con las piernas pegadas contra uno de los lados y el cuello doblado en un ángulo raro. Lo miré durante un rato. Mi linterna no era muy potente y había un remolino de polvo en el pozo, pero no me pareció que se moviera. Entonces vi un movimiento casi imperceptible y oí un pequeño suspiro que podía proceder de Chet o de cualquier cosa que se depositara en el pozo después del golpe.

Me levanté y caminé los pocos pasos que me separaban del montón de piedras pesadas que había acumulado. Elegí la más grande, un pedazo afilado de roca gris con una veta de cuarzo que la atravesaba de parte a parte. Tendría

que cargarla con los dos brazos, de modo que me puse la linterna entre los dientes. Regresé al pozo caminando como un pingüino, puse un pie a cada lado y doblé la cintura. Apuntando la linterna a la oscuridad, alineé la roca lo mejor que pude y la solté directamente sobre la cabeza de Chet. No miré la roca después de soltarla, pero sí oí el ruido que hizo cuando impactó en su cabeza. Fue como el sonido de una sandía que revienta. Si Chet había sobrevivido a la caída, después de la piedra seguro que ya no vivía.

Me dolían los brazos de cargar con la roca y me quedé agachada un rato. Un cuervo me miraba desde su atalaya en un arce moribundo en el límite del prado. Me pregunté si podía oler la muerte en el aire y concluí que era probable que sí pudiera. Agachó la cabeza y batió sus negras alas. Tuve la sensación de que me daba la bienvenida a un mundo especial.

Después de apagar la linterna y guardármela en el bolsillo, arranqué la estaca del suelo y la tiré al pozo junto con la cuerda encerada. Luego cargué seis rocas grandes del montón y las fui tirando sobre Chet. Terminaría de cubrirlo más adelante, pero me imaginé que no me iría mal adelantar trabajo. Habría seguido, pero se estaba haciendo de noche. Las nubes se habían vuelto violeta y oscuras, y el prado y el bosque circundante perdían sus colores, apagándose en unas variaciones granuladas de gris. Mi plan inicial era regresar al apartamento encima del estudio de mi madre y empezar a recoger las cosas de Chet, llevarlas por el bosque hasta el pozo y tirarlas dentro. Entonces lo cubriría todo con más rocas y volvería a poner la tapa de madera. Pero al caminar por la oscuridad del bosque, viendo que mi linterna de bolsillo apenas iluminaba un cuadradito de suelo delante de mí, decidí que recogería sus cosas esa misma noche, pero que las llevaría al pozo a primera hora de la mañana. Sabía que mis padres dormirían hasta tarde.

Conocía muy bien el apartamento encima del estudio. Era uno de mis sitios favoritos cuando estaba libre, pero no lo había visto desde que Chet se había instalado a principios de verano. Me agobiaba la idea de que Chet tuviera muchas cosas y que me costara hacerlo desaparecer todo, pero no fue así. Aquel hombre seguía viviendo con lo que le cabía en un enorme petate de color verde militar que tenía abierto en la cama individual. Empecé a registrar la habitación empleando la linterna, pero enseguida pensé que podía encender

la lámpara. Si se daba la casualidad de que cualquiera de mis padres mirara por la ventana de la habitación hacia el estudio, difícilmente les sorprendería ver luz en el apartamento de Chet. De hecho, les sorprendería más no verla.

La lámpara proyectaba una débil luz amarillenta sobre las paredes encaladas y los anchos tablones de madera sin tratar que formaban el entarimado. Había muy pocos muebles en el apartamento del estudio, tan sólo mi querido puf, que parecía deshinchado, y un par de butacas tapizadas, ambas con desgarrones en la tela por los que asomaba la espuma del relleno. La butaca con el estampado de espiguitas de color pastel era otro de mis sitios de lectura favoritos. Me alegró comprobar que Chet la había usado para apilar algunos libros. Significaba que no se había sentado en ella.

Había unas cuantas prendas de ropa tiradas alrededor del catre, un par de camisetas de manga corta y unos calzoncillos blancos. Usé una de las camisetas para recoger los calzoncillos del suelo y metí ambas cosas en el petate. Un olor corporal rancio, picante, salió de la bolsa a medio llenar, pero el apartamento no olía tan mal como había imaginado. Predominaban los olores a aguarrás y ceniza. En el centro del espacio había una lata de café casi llena de colillas de tabaco. La recogí y traté de imaginar dónde dejarla, pero enseguida caí en que también podía meterla en el petate. Chet no volvería a ponerse su ropa.

Del cuarto de baño, recogí su cepillo de dientes, un tubo casi vacío de dentífrico, una piedra blanca y cristalina en un envoltorio en el que se leía que era un desodorante y un bote verde de champú Pert. Dejé en la jabonera lo que quedaba de una pastilla de jabón llena de pelos. En la cocina —en realidad, un rincón con un fregadero, unos pocos armarios y un fogón eléctrico—, agarré dos paquetes de fideos *ramen* y una garrafa de plástico de vodka Popov. Vacíé la garrafa en el fregadero y la guardé en uno de los armarios. De pronto me asusté al darme cuenta de que estaba dejando mis huellas por todo el apartamento y que debería haberme puesto unos guantes. Pero al día siguiente tendría tiempo de sobra para limpiar las cosas. Además, si todo iba como había previsto, nadie sospecharía que Chet había sido asesinado. Tan sólo parecería que había liado los bártulos. Costaba imaginar que alguien fuera a echarlo de menos.

Después de llenar el petate, cerré la cremallera y lo levanté para asegurarme de que podría cargar con él por la mañana. Pesaba, pero era manejable. Lo único que quedaba de Chet en el apartamento era su material de pintura. Había cuatro lienzos, tres de los cuales apoyados contra la pared, de modo que no podía ver qué había pintado en ellos. El cuarto seguía en el caballete. Estaba en las primeras pinceladas, apenas unos cuantos bloques de color sobre algunas marcas a lápiz, pero aun así vi que era la piscina en el jardín trasero de nuestra casa y que en un rincón de la misma había bosquejado una figura. No había detalles, pero supe que era yo. Era un lienzo más bien pequeño, no mucho más grande que una pantalla de televisión normal. Lo saqué del caballete y lo retorcí hasta que el frágil bastidor de madera se partió. Entonces lo puse en el suelo y apilé encima los demás lienzos. Casi no los miré, pero me pareció que los cuadros estaban terminados. Manchurroneos abstractos de color con alguna que otra silueta que parecía humana. Podría haberlos pintado yo.

El caballete tenía que ser de Chet, porque estaba prácticamente segura de no haber visto ninguno en el apartamento. Era pequeño, con tres patas extensibles. Se podía plegar hasta darle el tamaño de un maletín, un bloque de madera lacada con un asa para transportarlo. Lo puse encima del montón de cuadros.

Eché un vistazo a la habitación, pensando que lo había recogido todo. Si me dejaba algo, parecería que Chet se lo había olvidado.

El dedo me palpitaba donde se me había roto la uña. Me lo miré de cerca. Como la sangre se había coagulado, adquiriendo un aspecto marrón y pegajoso, pensé que era probable que no hubiera manchado nada en el apartamento. De pronto me dieron ganas de salir de allí y volver a mi cuarto. Además, tenía hambre. A menos que mis padres hubieran bajado, había sobras de pastel de carne en la nevera.

Puse la alarma del despertador a las seis de la mañana. Pero cuando mi reloj en forma de lechuza empezó a ulular ya estaba despierta, levantada y medio vestida. Había dormido bastante, pero había sido esa clase de sueño en el que

eres consciente de cada chirrido, ruido y crujido que hace una casa vieja, en el que crees que no has dormido ni un minuto, pero de pronto entiendes que los extraños pensamientos que has tenido eran en realidad sueños y ves que la cortina brilla ligeramente y que ya ha amanecido.

Tuve que hacer tres viajes para cargar con todo desde el apartamento hasta el pozo. Lo primero fue el petate, y resultó lo más difícil. A ratos tuve que arrastrarlo por el suelo cuando se me hacía demasiado pesado cargar con él. El prado estaba cubierto de rocío y se me mojaron los bajos de los vaqueros. Eché un vistazo al fondo del pozo antes de tirar el petate. Chet seguía allí, enterrado bajo las rocas que había dejado caer. Unas pocas moscas negras revoloteaban con torpeza sobre su cuerpo. En el siguiente viaje cargué con los tres lienzos más grandes. No pesaban mucho, pero eran engorrosos y tuve que romper uno para poder meterlo en el pozo. En el último viaje llevé el pequeño caballete de mochilero y el cuadro que Chet había empezado, aquél en el que salía en la piscina. Después de tirarlos al pozo, agarré el resto de las rocas que había desenterrado y también las tiré. Fue una experiencia agradable, sobre todo ver cómo desaparecía todo rastro de Chet bajo el montón de rocas. Había utilizado una vieja pala oxidada para soltar algunas de las rocas del suelo. Seguía en el prado, y la usé para cavar unas cuantas paladas de tierra que fui tirando al pozo hasta conseguir que allí abajo pareciera que no había más que tierra y rocas. Sabía que no había quedado perfecto, pero estaba contenta.

Lo último que hice antes de marcharme del prado fue tirar la pala oxidada en el pozo y volver a poner la tapa. Con los dedos mugrientos, repartí por encima algunos hierbajos largos y secos para camuflarla. Di una vuelta por la zona antes de marcharme, mirando de cerca el suelo para asegurarme de que no me olvidaba de nada, pero todo estaba en orden, ni siquiera había una colilla. Chet había desaparecido del mundo. Era una mañana tranquila, tan sólo interrumpida por el zumbido cada vez más potente de los insectos y el graznido de los cuervos, que eran los verdaderos dueños del prado. Les contesté graznando, como hacía a veces, y me pregunté qué debían de pensar de mí.

De vuelta en casa, me di una larga ducha, frotándome los dedos para

sacarme hasta el último resto de tierra. El ruido del agua caliente sobre mi cuerpo me hizo sentir poderosa y segura al mismo tiempo. Cuando mi madre abrió la puerta del cuarto de baño y dijo mi nombre, pegué un bote y casi perdí el equilibrio al resbalar sobre el plato de la ducha.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, tesoro. Papá y yo hemos pensado que tal vez te apetecería ir a desayunar a Shady's.

—Vale —dije—. ¿Cuándo?

—En cuanto salgas de la ducha.

Antes íbamos más a menudo a la cafetería Shady's. Era el sitio favorito de mi padre y probablemente el mío también, sobre todo para desayunar. Pedí unas tostadas francesas con guarnición de beicon extracrujiente. Mis padres estaban sentados al otro lado de la mesa, con los hombros pegados, compartiendo incluso un bol de macedonia que habían pedido para acompañar el refrito de picadillo de ternera de mi padre y la tortilla francesa de mi madre. Chet se me pasó por la cabeza durante todo el desayuno, pero esos pensamientos se desvanecían en cuanto mi padre o mi madre soltaban algún comentario para hacerme reír o cuando pensaba en lo rica que estaba mi comida. Me notaba el estómago como una taza vacía que nunca podría terminar de llenar.

—Tienes buen apetito, Lily —comentó mi madre.

—La niña está creciendo, casi está hecha una mujer —señaló mi padre.

Lo pasé bien durante el desayuno, incluso cuando mis padres me lo estropearon preguntándome una vez más si quería saltarme otro curso escolar. Algunos de mis profesores lo habían aconsejado al final del curso anterior y ya había dicho que no a principios de verano. Mi madre había seguido insistiendo, de modo que la castigué negándome a ir en julio a un campamento artístico de verano. Sabía que mi madre esperaba con ganas esas dos semanas que pasaba fuera de casa. Me sorprendió que el tema volviera a salir, pero no duró mucho y no me estropeó del todo el desayuno.

No oí comentario alguno sobre Chet durante una semana y empecé a preocuparme. Pensaba si no sería extraño que no me refiriera a su ausencia. De ahí que un día, durante la comida, aprovechando que mi padre no estaba

en casa y que mi madre tenía un día de pocas palabras, preguntase qué había sido de Chet.

—Chet se marchó. ¿No lo sabías?

—¿Adónde se ha ido?

—Dios, Lily, no lo sé. Supongo que al sofá de otro. Ni siquiera se dignó despedirse. Hay que ser imbécil y desagradecido.

Esa tarde me acerqué al apartamento. Me pareció que mi madre o mi padre habían subido a adecentarlo un poco. Habían quitado las sábanas del catre y el cubo de la basura de la cocina estaba vacío. Me senté en mi butaca un momento, aunque no tenía ningún libro. Las ventanas estaban abiertas y una brisa fría, la primera en mucho tiempo, entró en el apartamento. Había estado esperando dos cosas después de asesinar a Chet. Que me descubrieran y sentirme mal. Ninguna de las dos había ocurrido todavía, y supe en aquel momento que nunca ocurrirían.



## 7

### Ted

Cuando le conté a Miranda que estaba planeando pasar una semana en Kennewick a principios de octubre, vi una expresión de sincero placer en su rostro. Estábamos sentados cara a cara en la cocina de la planta baja de nuestra mansión, comiendo unos tallarines con salsa de almejas (el único plato que sé cocinar) y terminando una botella de pinot gris.

—Será estupendo —dijo—. Te tendré para mí sola toda una semana.

Busqué en su cara algún rastro de falsedad, pero no vi nada. Sus ojos castaño oscuro se iluminaron con lo que me pareció una emoción sincera. Y por un instante creí en ella y sentí la calidez y la seguridad que te embarga cuando alguien quiere pasar tiempo contigo. Aquella sensación se desvaneció un segundo después y una vez más me quedé fascinado ante las dotes interpretativas de mi mujer, ante su hipocresía innata. ¿No tenía ningún sentimiento de culpa por lo que estaba haciendo con Brad Daggett?

—¿Reservamos otra vez la suite? —preguntó.

—¿Cuál?

—Bah... Qué pronto te olvidas. El primer sitio donde estuvimos. Con el jacuzzi.

—Sí. Claro.

Después de recoger los platos, subimos a ver la tele, decidiéndonos por un *remake* de *La huella* que daban en uno de los quinientos canales de cine

que teníamos contratados. Miranda se había puesto el camión corto que se había aficionado a llevar por la noche y estaba tumbada en el sofá, con los pies en mi regazo. Estudié sus dedos, meticulosamente pintados de un rosa oscuro. Le agarré un pie con las manos y le pasé el pulgar por la planta, casi tan suave como la de un recién nacido. No dijo nada, pero su cuerpo reaccionó arrimándose a mí casi de forma imperceptible al tiempo que arqueaba los pies. Su laxitud me volvía dolorosamente consciente de mi cuerpo, de mis hombros contracturados, de la camisa incómoda que todavía llevaba puesta, de la forma envarada de sentarme junto al reposabrazos del sofá, con el codo doblado en un ángulo forzado. Aparté la mano del pie de mi mujer, pero ella no pareció darse cuenta. Sabía que no tardaría en dormirse, antes de que la película hubiera terminado.

Pasar una semana en Maine había sido idea de Lily. Me lo había propuesto hacia el final de nuestro encuentro en el hotel Concord River Inn. Me dijo que era importante que me hiciera una idea de lo que estaba ocurriendo en Maine, cómo eran los horarios de Brad, cómo ocupaba Miranda sus días.

—Si estoy yo, todo será distinto —le había dicho—. Miranda y Brad no se comportarán igual.

—No importa. Me interesan más los hábitos laborales de la cuadrilla que trabaja en tu casa. ¿Cuánta gente suele haber allí? ¿Cuántas veces se queda Brad solo en la casa? Límate a observar. Cuanta más información recopilas, mejor nos irá.

Me pareció bien. Lo más difícil fue despejar mi agenda una semana entera. Pero había insistido, y Janine, mi asistente, había logrado reprogramar todos mis compromisos. El plan consistía en llegar a Kennewick a última hora de un viernes y regresar a Boston nueve días después, un domingo por la tarde. Era una sensación rara, pero había empezado a tener ganas de pasar esa pequeña temporada lejos de la oficina y, en secreto, me alegraba pensar que obligaría a Brad y a Miranda a poner su aventura en cuarentena. Me pregunté cuál sería la reacción de Brad cuando Miranda se lo contase. Sentado en mi sofá, después de haberle dado la gran noticia a mi mujer, ya sentía que el equilibrio de fuerzas empezaba a inclinarse a mi favor.

Miranda tuvo un pequeño espasmo y me volví para mirarla a la luz parpadeante de nuestro televisor de ochenta y cuatro pulgadas. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Se había quedado dormida. Estuve un rato mirándola, perdiendo el hilo de la película. Sus curvas quedaban resaltadas por las largas sombras de la sala, y su rostro, perfilado a la luz del televisor, parecía ofrecer una versión en blanco y negro de sí misma. Su boca se abrió un poco más y un nervio palpitó en su sien. Me fascinaba aquella belleza suya tan cruda, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que no envejecería bien. Su rostro, redondeado como el de una muñeca, perdería la tersura y su cuerpo de modelo erótica se llenaría de colgajos. Pero no llegaría a vieja, ¿verdad? Iba a asesinarla, ¿no? Ése era el plan, y la idea de hacerlo, y no pagar las consecuencias, me colmaba de una sensación de satisfacción y poder, pero también de temor y tristeza. Odiaba a mi mujer, pero la odiaba precisamente porque la había amado. ¿Estaba cometiendo un error del que me arrepentiría toda la vida? Cuando lo pensaba así, cuando empezaba a asustarme por lo que planeaba hacer, me apetecía ponerme en contacto con Lily, oírla hablar del asesinato con aquella tranquilidad suya, como si estuviera hablando de tirar un sofá viejo. Pero habíamos acordado no hablar durante un tiempo, no reunirnos hasta que hubiera pasado mi semana en Maine, y ése era otro de los motivos por los que tenía ganas de subir esos días a Kennewick. Cada día que pasaba me acercaba un día más a reunirme de nuevo con Lily.

John, el conserje del hotel que solía atender en la recepción, me contó que Miranda estaba en la taberna Livery y luego se ofreció a subirme las maletas a la suite. Le di las gracias y fui a buscar a Miranda, bajando por la estrecha escalinata colonial que se hundía de forma abrupta en las plantas inferiores del establecimiento. La taberna, bautizada en honor a la cuadra de caballos que había sido antaño, tenía suelos de piedra, una chimenea también de piedra y una larga barra de roble que se curvaba como las líneas de un yate. Miranda estaba sola en el bar, pero conversaba animada con la camarera tatuada, que se llamaba Sid o Cindy. Nunca conseguía quedarme con su

nombre.

Las interrumpí, besé a mi mujer y me fijé en la ausencia de sabor a tabaco en su boca, y acto seguido pedí un dry martini de Hendrick's. Me quité la chaqueta de lana, que había quedado empapada tras el paseo desde el coche hasta el hotel. En Boston apenas lloviznaba, pero en Maine caía un diluvio, y ni siquiera con los limpiaparabrisas al máximo se veía bien la carretera.

—Estás chorreando —señaló Miranda.

—Llueve a mares.

—Ni me he enterado. No he salido en todo el día.

Sid/Cindy estaba preparándose el cóctel.

—Tu mujer sabe disfrutar de la vida —declaró, y soltó una carcajada gutural nada más decirlo.

—Bien que lo sé. —Me volví hacia Miranda—. ¿Qué has hecho todo el día?

—No lo he desperdiciado en absoluto. He tomado decisiones sobre los muebles de todas las habitaciones de invitados, me han dado un masaje y he esperado, con el aliento contenido, a que llegara mi marido. Ah, casi me olvidaba. —Levantó su cerveza casi vacía—. Por esta semana. —Acerqué mi copa de ginebra fría a su vaso y tomé un largo trago que me hizo entrar en calor de inmediato—. ¿Has comido? —preguntó Miranda.

Le dije que no y abrí la carta para echar un vistazo.

Nos quedamos en el bar hasta la hora del cierre y me emborraché tanto que, cuando Miranda y yo subimos tambaleándonos a nuestra suite en la parte trasera del hotel y me tiré desnudo en la cama extragrande, casi no me acordaba ya de los motivos que me habían llevado a Maine para una semana entera, ni de Brad Daggett, ni tampoco de Lily.

Había dejado de llover por la mañana, todas las nubes habían sido barridas hacia el mar y lucía uno de esos días de octubre que sirven para vender calendarios. El cielo exhibía un azul duro, metálico, y los árboles se habían convertido en ramilletes de tonos rojos y amarillos. Después de comer, subimos a pie a la casa. Cronometré el paseo: tardamos veinticinco minutos yendo por Micmac Road, no mucho más que lo que se tardaba yendo por el sendero de los acantilados. La carretera 1A era la más transitada de esa

parte del mundo, pero aquel tramo de Micmac Road ofrecía magníficos paisajes, vistas sobre el Atlántico que se iban sucediendo desde los riscos, de modo que nos cruzamos con muchos coches durante nuestra caminata. Micmac Road se bifurcaba de la 1A en Kennewick Center y luego pasaba por Kennewick Harbor y Kennewick Beach, los tres núcleos principales que conformaban el municipio. Kennewick Beach era la parte menos exclusiva del litoral, un largo tramo arenoso atestado de bungalós de alquiler y con un camping al otro lado de la calzada que se llenaba de autocaravanas durante la temporada de verano. No estaba muy seguro, pero creía recordar que Miranda me había contado que Brad era el dueño de uno de esos grupitos semicirculares de bungalós de alquiler y que, desde que se había divorciado, vivía en uno de ellos todo el año. No había prestado atención cuando Miranda me habló de esos detalles porque entonces no sabía que aquel hombre se acostaba con mi mujer. Ahora, en cambio, sí prestaba atención. A todo.

Sólo había un coche aparcado en nuestra entrada, una camioneta Toyota con un adhesivo en el que se leía: «Si Dios no hubiera querido que comiéramos animales, no los habría hecho de carne».

—Es de Jim —dijo Miranda—. Brad le ha encargado instalar el pladur del sótano.

Rodeamos la casa hasta llegar a la parte de atrás y entramos por las puertas de la terraza. Me resultó imposible no pensar en la última vez que había estado allí, cuando primero espí a Brad y a Miranda mientras compartían un cigarrillo en la cocina y, más tarde, agazapado al final del sendero de los acantilados, los vi follar en nuestra futura sala de estar.

—Espera a ver el bar del sótano.

Miranda me guio por el vestíbulo, que ya tenía instalado un parquet de madera noble. Sus pasos resonaban con fuerza en el espacio vacío. Jim estaba abajo, escuchando rock clásico en una polvorienta radio mientras almorzaba, encaramado a un bidón de cemento Quikrete que estaba boca abajo. Me pareció que al vernos se ponía nervioso y se incomodaba, como si lo hubieran sorprendido dormido en el trabajo en vez de comiéndose sencillamente un sándwich.

Bajó la música.

—Brad llegará un poco más tarde. ¿Lo estaban buscando?

—Sólo hemos venido a echar un vistazo. Ted no había bajado aquí desde, desde...

Se volvió hacia mí y yo me encogí de hombros. Pensé que no había estado en esa parte de la casa desde justo después de que terminaran la estructura. Sabía que Miranda había puesto mucha insistencia en hacerme una guarida masculina para mi uso exclusivo, aunque no se lo había pedido en ningún momento. Se la imaginaba con muebles de cuero, una mesa de billar, una barra completa y paredes pintadas de rojo oscuro. La primera vez que había hablado de ello, me lo tomé como una muestra de generosidad, interpreté que quería diseñar un rincón especial en la casa sólo para mí. Ahora, pensándolo mejor, me cabreaba que estuviera gastándose el dinero que tanto sudor me había costado ganar en algo que ni siquiera sabía si iba a usar algún día.

Me hizo una visita guiada, me enseñó las repisas terminadas de la barra, el espacio donde iría la mesa de billar y varias muestras de los distintos colores que tenía en mente para las paredes. Cuando nos fuimos, Jim se había acabado el almuerzo y había retomado el trabajo. Sonaba una canción de Steely Dan en la radio.

No vimos a Brad ese día hasta que por fin terminamos la visita a la casa y salimos de nuevo al camino de acceso para regresar a la carretera. Llegó con su atronadora camioneta y, al frenar de golpe, esparció un montón de gravilla. Apagó el motor y salió de un salto del asiento del conductor. Llevaba unos chinos azul marino y una camisa de franela metida por dentro, y se movía con una relajada actitud atlética. Me estrechó la mano, como siempre hacía, y me miró con total confianza a los ojos cuando me preguntó cómo veía los progresos de la obra. Mientras conversábamos, Miranda no parecía mostrar ningún interés, y se volvió para mirar la casa y las vistas del océano, tranquilo y en calma a la luz de aquella tarde serena.

—Tengo entendido que te quedarás toda esta semana —dijo Brad.

—Pensé que no me vendrían mal unas breves vacaciones. Controlar un poco a Miranda.

Brad se rio. Quizá estaba sacando las cosas de quicio, pero me pareció

que se reía con un entusiasmo excesivo. Pude ver los empastes de su dentadura. Con el rabillo del ojo, alcancé a ver que Miranda giraba la cabeza para mirarlo.

—Ella es la auténtica encargada de la obra. Tenía una vocación y no supo reconocerla: este trabajo —indicó Brad.

—No para de decírmelo.

—Eh, estoy aquí —protestó Miranda—. Podéis incluirme en la conversación.

Antes de que Miranda y yo nos pusiéramos en marcha de camino al hotel, le dije a Brad que se pasara por la taberna esa noche a tomarse una copa con nosotros. Nos aseguró que lo intentaría.

—Mira que eres simpático —espetó Miranda cuando llegamos a Micmac Road.

—Pues tú también lo eres con él. Sólo intentaba ser agradable para que no tenga la sensación de que debe mantenerse a distancia ahora que estoy aquí.

—¿A qué te refieres?

—Creía que erais amigos. ¿Nunca habéis quedado en la taberna del hotel para tomar una copa?

—Claro que no. Vive en este pueblo. No va a pagar cinco dólares por una Bud Light.

—¿Por dónde sale la gente que vive aquí a tomarse una copa?

—Hay un sitio que se llama Cooley's, junto a Kennewick Beach, pero nadie me ha invitado todavía. Podríamos pasarnos esta semana. No podemos cenar en el hotel todas las noches.

—Pues me apunto —dije.

La acera se estrechaba un poco durante un trecho, y Miranda me tomó por el brazo, acercándose a mí. Pese a que lucía el sol, hacía frío en los tramos de acera que quedaban a la sombra.

—¿Crees que Brad se pasará esta noche? —pregunté.

—No tengo ni idea. Quizá se sienta obligado porque firmas los talones y se lo has pedido. Pero no me sorprendería si decide no venir.

—¿No os habéis tomado una copa juntos ni una vez? Como compartís cigarrillos y todo eso, pues imaginé que sí.

—Por favor, eso te molestó mucho, ¿no? No, Brad y yo no somos amigos, pero sí tenemos buen trato. Es empleado nuestro y está haciendo un trabajo estupendo, y por eso lo respeto, lo cual no significa que tenga que salir con él de copas. Además, según tengo entendido, no le faltan amigos y amigas con los que salir a beber en este pueblo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué has sabido?

—Alguien de su equipo de albañiles comentó que bebe mucho y folla mucho. Por eso lo abandonó su mujer. Lo cual no es asunto nuestro siempre que haga bien su trabajo. ¿Por qué te interesa tanto de repente?

—Voy a pasar aquí una semana. Pensaba que iba a conocer a gente, a algunos de los individuos con los que has tratado.

—Aquí sólo he hecho una amiga. Es Sid. Fue ella quien me habló del Cooley's y de la mala fama de Brad. Vamos a la habitación, dormimos un poco y luego nos tomamos una copa. ¿Te parece?

Brad no apareció por la taberna esa noche. Miranda y yo nos sentamos en el extremo curvo de la barra. Tomamos vino y conversamos con Sid, aunque estaba atareada con los parroquianos del sábado noche. Sid llevaba el pelo rubio de punta y tenía todo un brazo cubierto de complicados tatuajes. Cuando hablaba con nosotros, no apartaba la vista ni un momento de Miranda, algo a lo que estaba más que acostumbrado y que en otros momentos de mi vida me habría gustado. A lo mejor Miranda y Sid también se acostaban. A lo mejor Miranda se acostaba con todo bicho viviente en Kennewick.

A lo largo de la noche, cada vez que alguien abría las pesadas puertas de la taberna, echaba un vistazo para ver si se trataba de Brad. O bien Miranda sabía que no iba a pasarse o bien le daba igual, y como dudaba de que le diera igual, supuse que de alguna forma se había enterado de algo que yo desconocía, que ambos habían encontrado la manera de comunicarse o que sabía desde el principio que Brad tenía otros planes.

No volví a ver a Brad hasta el lunes por la tarde, cuando una fría neblina entró desde el océano y decidí explorar el sendero del acantilado. Miranda se estaba echando la siesta. Esa mañana habíamos dado un paseo en coche por la costa para ver un faro que según decían merecía la visita. Estaba al final de



una barra de arena donde la niebla era particularmente espesa. Hicimos unas fotos en las que el faro casi no se veía y luego continuamos costa arriba y paramos a comer en una marisquería barata que cerraba esa semana porque ya era el final de la temporada. De vuelta en el hotel, Miranda propuso una siesta, como hacía todas las tardes, y me pareció bien. Era extraño, pero el sexo que estábamos teniendo desde que supe que me era infiel era mejor que antes. La rabia que sentía hacia mi mujer me había vuelto egoísta, menos interesado en sus necesidades, tan sólo interesado en las mías, y ella respondía como nunca le había visto hacer.

Esa tarde había puesto a Miranda boca abajo y la había penetrado por detrás, obligándola a quedarse en esa postura incluso cuando me dijo que quería verme la cara. La cubrí con mi cuerpo, hundiendo la cara en el pelo enmarañado de su cuello, sujetándola por las muñecas. Me sorprendió que se corriera un poco antes que yo, soltando una especie de gáñido extraño. Después murmuró: «Has sido una bestia hoy. Me ha gustado». Se acurrucó en posición fetal y vi cómo se dormía. Conté las cuentas de su espinazo, estudié los hoyitos simétricos sobre sus nalgas, me pregunté por el origen de un morado del tamaño de una moneda de veinticinco centavos que le descubrí en la parte alta del muslo. Cuando empezó a roncar ligeramente, mis pensamientos volvieron a caer en lo paranoico. ¿Se quedaba así de relajada después de acostarse con Brad? ¿Consideraba que merecía una vida entera disfrutando de los servicios de lacayos que se dedicaran a satisfacer sus necesidades? Toda la tensión que el sexo había apagado por un momento regresó multiplicada. Me pregunté cómo sería la sensación de asestarle un puñetazo con todas mis fuerzas en la nuca.

Me vestí y salí sin hacer ruido de la habitación, sin dejarle una nota. Me sentí mejor cuando llegué al sendero del acantilado, envuelto en la fría neblina, contemplando el océano opaco. Caminé deprisa, concentrándome en el suelo resbaladizo, intentando no pensar en la última vez que había tomado aquel sendero hacia la casa. Cuando llegué al final del camino, miré qué hora era y comprobé que me había llevado poco más de treinta minutos llegar a mi nueva casa desde el Kennewick Inn. Me quedé en el promontorio, mirando la fachada posterior. Esta vez no temía que me descubrieran. Era un

terrateniendo inspeccionando su casa solariega. Crucé por la tierra mojada y luego di un rodeo a través de un bosquecillo de abetos balsámicos hasta llegar a la parte delantera. Cuando me acercaba al camino de acceso, vi que una camioneta arrancaba y supuse que había estado a punto de encontrarme con Brad. Pero cuando terminé de rodear la casa, vi su camioneta de dos toneladas y a él al lado, con un cigarrillo asomando en la boca. Estaba marcando un número en su móvil, pero paró en cuanto me vio. Sonrió y el cigarrillo cabeceó arriba y abajo. Le sonreí y me encaminé hacia él, con la mano tendida.

Había llegado la hora de conocer a Brad Daggett.

## 8

### Lily

No había planeado enamorarme, pero ¿quién planea algo así? Eric Washburn era estudiante de tercer curso y presidente de una fraternidad «literaria» llamada Saint Dunstan's en el Mather College, aunque cuando lo conocí todavía no lo sabía. Nos conocimos en la biblioteca. Era la hora de cerrar de una gélida noche de febrero y fuimos los últimos en salir, pasando juntos por unas puertas batientes de cristal tras las que nos recibió un viento helado que nos hizo saltar las lágrimas. Eric me ofreció un cigarrillo, que no acepté, y luego se encendió uno y me preguntó en qué dirección iba. Me acompañó hasta Barnard Hall, un gesto que en su momento me pareció que obedecía tan sólo a la galantería y no a motivos más siniestros. En la entrada de mi residencia, me invitó a una fiesta que se celebraba ese jueves en Saint Dunstan's. Le dije que iría. No era especialmente guapo: tenía la cara larga y la frente despejada, la nariz huesuda y las orejas demasiado grandes, pero era alto y delgado y tenía una voz grave y casi melodiosa. Esa noche llevaba un abrigo gris marengo y una bufanda de color borgoña enrollada varias veces al cuello. Había oído hablar de Saint Dunstan's, sabía que era la sociedad más elitista de un *college* que ya de por sí traía incorporado un buen elenco de esnobs salidos de los institutos más refinados, y conocía a la perfección su sede, la Mansión, un edificio de piedra y pizarra de estilo neogótico que presidía el límite septentrional del campus, donde el Mather College se abría

a los desiertos urbanos de las calles de New Chester. Era un edificio precioso: sus muros de piedra estaban ornados con esculturas y gárgolas, su puerta principal tenía un alto arco y en todas sus ventanas había vitrales. Si el *college* me había atraído, era sobre todo por aquel tipo de arquitectura. Había barajado varias universidades, pero el Mather College, una institución privada con doscientos años de historia y poco menos de mil alumnos, había sido el único sitio que me había dado buena impresión. Con sus residencias de ladrillo con tejados a dos aguas, sus pasajes abovedados y su extensión de césped cuadrangular rodeada de olmos, parecía un campus congelado en una época pretérita, el campus de una novela de misterio ambientada en los años treinta, donde cuartetos de chicos entonaban canciones *barbershop* y las chicas, vestidas con faldas, caminaban a paso ligero entre clase y clase. Pese al gran disgusto de mi madre, que me había animado a decidirme por Oberlin, su propia alma máter, desde que tenía cinco años, y la sorprendente indiferencia de mi padre, había optado por el Mather College.

—Lily —dijo Eric, después de invitarme al Saint Dunstan's—. ¿Cómo se apellida tu familia?

—Kintner.

—Ah, ya. Eres Kintner. Me contaron que estabas por aquí. —Por su forma de decirlo, sonó un tanto ensayado, como si ya supiera quién era yo.

—¿Conoces a mi padre?

—Por supuesto. Escribió *Botones a la derecha*.

Me sorprendió. La mayoría de los fans de mi padre mencionaban *El más leve desatino*, su farsa de internado, y nunca había oído a nadie que se refiriera a su comedia sobre la vida de un sastre londinense.

—¿A qué hora? —pregunté. Estaba sujetando la puerta exterior de Barnard Hall y tenía ganas de entrar.

—Sobre las diez. Espera un momento. —Eric metió la mano en el bolsillo de su enorme abrigo y sacó una tarjetita cuadrada que me entregó. Era blanca, con una impresión tipográfica de una calavera—. Enséñala en la entrada.

Le di las buenas noches y entré en mi residencia. Jessica, mi compañera de habitación, seguía despierta y le conté lo de la invitación. Estaba muy metida en la vida social del *college* y quise averiguar qué sabía ella de Eric

Washburn y de esa fiesta que se celebraba todos los jueves por la noche.

—Te ha dado la tarjeta de la calavera —dijo al tiempo que me la arrebató de los dedos. A continuación, añadió, levantando todavía más la voz—: El puto Eric Washburn te ha dado la tarjeta de la calavera.

—¿Qué sabes de él?

—Es como de la realeza. Creo que su tatatatatarabuelo básicamente construyó Mather. ¿De verdad que no habías oído hablar de él?

—Algo he oído sobre Saint Dunstan's.

—Pues claro que has oído algo. ¿La invitación incluye acompañante?

—No creo. No me lo ha dicho.

Fui a la fiesta y fui sola. Cuando llegué, Eric ya estaba allí, detrás de la barra, y me preparó un vodka con tónica sin preguntarme qué me apetecía. Luego me cogió del brazo y me presentó a varios de los cofrades de Saint Dunstan's antes de retomar sus obligaciones como barman. Me dijo que se turnaban en el trabajo los jueves por la noche y que le había tocado la peor parte. El interior de la Mansión me decepcionó un poco, había esperado encontrar algo que se pareciera más a su fachada gótica. Aunque no sabía qué con exactitud. ¿Alfombras persas y butacas de cuero? En cambio, no vi más que una versión algo mejorada de las otras fraternidades que había visitado en mi primer año de universidad. Salas de techos bajos, muebles destartados y un olor omnipresente a Marlboro Lights y cerveza barata. Curioseé por las salas de la planta baja, conversando con varios de los miembros de la fraternidad, muchos de los cuales se interesaron por mi padre. Después de tomarme mi tercer vodka, me acerqué a la barra para despedirme de Eric y agradecerle que me hubiera invitado.

—Ven la semana que viene —dijo, sacándose del bolsillo otra invitación con la calavera—. No estaré en la barra.

Cuando llegué a mi cuarto, Jessica me suplicó que se lo contara todo hasta el último detalle. Le expliqué la verdad, que Saint Dunstan's no era para tanto y que todos me habían parecido simpáticos, aunque sin ser arrebatadoramente fascinantes. Le conté que no había pasadizos secretos ni rituales de iniciación. Le conté que no había una sala con las paredes cubiertas con los cráneos de chicas de primer año.

—Qué asco, Lily. No has conocido a Matthew Ford, ¿no?

—He conocido a un Matthew. Era bajito, con el flequillo largo.

—Dios, está buenísimo.

Para bien o para mal, Saint Dunstan's se convirtió en el principal escenario de mi vida social durante el invierno y la primavera. Acudí a todas las fiestas de los jueves por la noche y a alguna que otra cena como pareja de uno de los socios. No sabía muy bien por qué me invitaban tan a menudo. Eric parecía tener novia, una alumna también de tercero que se llamaba Faith y solía revolotear a su alrededor cuando las fiestas terminaban. Una noche, entré en la sala de billares de la Mansión y los vi besándose. Estaban apoyados contra una biblioteca empotrada. Faith estaba de puntillas y, aun así, Eric debía agacharse para besarla. Tenía una mano enredada en su pelo y la otra apretada contra su cintura. Estaba frente a mí y nos miramos un instante antes de que pudiera escabullirme de la sala.

Otros miembros de la sociedad (Saint Dunstan's no era en sentido estricto una fraternidad y no se referían a sí mismos como «hermanos») intentaban de vez en cuando ligar conmigo, pero nunca recurriendo al manoseo sudoroso que había tenido que sufrir en las fraternidades las pocas veces que había acompañado a Jessica durante el primer semestre. No, las insinuaciones en las fiestas de los jueves por la noche solían consistir en tartamudear cumplidos sobre mi aspecto, seguidos de torpes invitaciones a tomar otra copa o a cualquier variedad de droga recreativa en la habitación del interesado en la residencia. Me negaba siempre, no tanto porque los chicos que me lo proponían fueran particularmente repelentes, como porque, a pesar de la presencia de la belleza castaña de Faith, estaba enamorada de Eric Washburn, y lo había estado desde la primera fiesta en la Mansión, cuando había salido de detrás de la barra para guiarme por las salas, presentándose a sus amigos. Había sido su forma de cogerme del brazo, justo por encima del codo, como si estuviera diciendo, a los demás y a mí, que le pertenecía, aunque sólo fuera de forma superficial. Por Eric seguía yendo a Saint Dunstan's, aunque lo pasaba bien hablando con otros socios, incluso cuando se me insinuaban borrachos. Los chicos que conocí allí encajaban a la perfección en la categoría de pijos de colegio privado, chicos que habían

nacido entre algodones y creían ser la repanocha (como solía decir mi madre), pero por regla general también solían ser educados, y su tema principal de conversación no era lo muy borrachos que habían terminado la noche anterior o lo muy borrachos que planeaban terminar esa noche. Eran chicos que se las daban de hombres adultos, de modo que se esforzaban un poco más tratando de impresionarme con su pensamiento político y sus ideas sobre literatura. Y, aunque todo aquello no fuera más que un subterfugio, les agradecía el esfuerzo.

Como la primera invitación a Saint Dunstan's me la había cursado Eric, siempre lo buscaba para despedirme de él cuando me marchaba de una de las fiestas del jueves por la noche. Entonces me ponía una de sus tarjetas con la calavera en la mano y me pedía que volviera la semana siguiente. Si no lo veía al final de la fiesta, se las ingeniaba para entregarme una invitación durante la semana, y una vez incluso me dejó la tarjeta en mi buzón del centro de estudiantes. Yo consideraba que aquellas invitaciones eran el testimonio de un galanteo en clave menor. Muy menor, pero para mí era la primera vez. Y con eso me bastaba.

Tuve mi último examen de aquel primer curso de universidad un martes por la tarde, y había planeado coger el autobús a la mañana siguiente en New Chester para viajar a Shepaug, donde mi madre me recogería para llevarme a Monk's House. Después del examen, tenía pensado recoger mis pocas cosas y disfrutar de la soledad de esa última noche en Barnard Hall. Jessica había terminado antes sus exámenes y se había marchado la víspera. Al regresar de mi examen de Introducción a la Literatura Americana, encontré una tarjeta con la calavera en el suelo de linóleo de mi habitación, con un mensaje de Eric garabateado al dorso: «Dos barriles llenos. Ven y ayúdanos a terminarlos». Después de hacer las maletas, caminé por el campus enlodado hacia la Mansión y no me sorprendió encontrar tan sólo a unos pocos socios con sus novias, reunidos alrededor de la barra. La mayoría de los estudiantes se habían marchado. Eric parecía contentísimo de verme y yo bebí más de lo que solía, feliz al darme cuenta de que Faith no había aparecido. Incluso le pregunté a Eric por ella.

—Ah, se ha ido, Kintner. Literal y figuradamente.

—¿Qué quieres decir? —Tuve la repentina y pavorosa sensación de que Faith había muerto sin que me hubiera enterado.

—Se ha marchado de aquí. —Hizo un gesto a su alrededor con la palma abierta de la mano—. Y se ha marchado de aquí. —Se señaló el corazón y varios de sus amigos se rieron a carcajadas. Vi que Eric estaba más borracho de lo que lo había visto nunca.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas. No era para mí. Con viento fresco y adiós muy buenas. —Hizo otro gesto teatral.

Supe de pronto que Eric me había invitado a Saint Dunstan's para seducirme y que iba a permitírselo. Era lo que había esperado. No me hacía muchas ilusiones de que la cosa fuera más allá de un rollo de una noche, pero era virgen y había decidido que había llegado el momento. No era tan boba como para creer que tenía que perder la virginidad con alguien que estuviera enamorado de mí, pero sí era importante perderla con alguien a quien yo amara.

La Mansión de Saint Dunstan's tenía tres habitaciones individuales en el primer piso. Como Eric era el presidente, disfrutaba de la habitación más grande, un cuarto individual de altos techos con vistas a la capilla del *college*. En vez de un catre individual sin adornos, tenía una cama de cuatro columnas talladas en una oscura madera teñida. Parecía más nervioso que yo cuando nos echamos en la cama completamente vestidos y empezamos a besarnos. Se excusó para ir al cuarto de baño, momento que aproveché para quitarme la ropa y meterme bajo el edredón. Cuando regresó, se había mojado la cara con agua fría y su boca olía a pasta de dientes. Se quitó toda la ropa salvo los calzoncillos y se metió conmigo bajo el edredón.

—¿Me pongo un preservativo? —preguntó.

Le dije que sí. No le conté que era virgen porque no me apetecía que le entraran dudas. Lo hicimos dos veces esa noche, la primera con él encima. Como era tan alto, me vi cautivada por los escasos pelos en forma de triángulo que cubrían el centro de su delgado pecho. Se movía con torpeza y no estaba muy segura de que él estuviera disfrutando, pero cuando levanté las rodillas a la altura de su cintura, pronunció mi nombre en un fuerte susurro y



terminó. Volvimos a hacerlo esa misma noche conmigo encima. Me ayudó ver su cara debajo de mí, iluminada tenuemente por una farola al otro lado de la ventana. Había terminado amando su cara, a pesar de todas sus imperfecciones. Las orejas de soplillo, su gran frente, los labios finos. Eric tenía unos ojos asombrosos, castaño oscuro con unas hermosas y gruesas pestañas como las de una chica. Estando encima de él, cambié de ritmo, frenando un poco, y luego volví a acelerar. Después de hacerlo unas cuantas veces, Eric me agarró contra él, se metió uno de mis pezones en la boca y se estremeció. Luego me preguntó si había tenido un orgasmo. Le dije que no, pero que había estado bien, lo cual era cierto. Me fui antes de que se hiciera de día. Vi que se estaba despertando mientras me vestía, pero logré escabullirme de la habitación antes de que despegara los ojos. No quería oír falsas promesas. Durante el verano, sólo quería guardar buenos recuerdos de Eric.

Aquel verano fue el primero después de que mis padres tomaran la decisión definitiva de divorciarse. Mi madre estaba que se subía por las paredes. Se había obsesionado con los rumores que circulaban de que David ya estaba comprometido otra vez y, al mismo tiempo, organizaba con frenesí una exposición de su obra para una galería de Nueva York. Hablé un par de veces con mi padre por teléfono y me invitó a visitarlo en Londres, pero decliné la oferta, feliz ante la perspectiva de pasar todo el verano leyendo en Connecticut. Gracias a Dios, Monk's House estaba libre de invitados. Mi bondadosa tía estuvo por allí todo el mes de agosto, pero mi madre había optado por un verano libre de parásitos, en palabras suyas. No recibí noticias de Eric, pero, aunque hubiera querido ponerse en contacto conmigo, no habría tenido forma de hacerlo. No creía que él supiera dónde vivía ni tampoco que tuviera el número de teléfono de mi madre, que no figuraba en ningún listín telefónico.

En mi solicitud para mi segundo año en el Mather College, había pedido una habitación individual, pese a las protestas de Jessica, que decía que congeniábamos de maravilla como compañeras de cuarto. En agosto, recibí una carta del departamento de residencias en la que se me informaba de que me habían asignado una habitación cuádruple con tres chicas a las que no

conocía de nada. O bien me quedaría atrapada con tres alumnas que eran lo bastante antisociales para haber pedido todas ellas habitaciones individuales en su segundo año de universidad, o bien eran tres amigas que habían solicitado una habitación triple. La parte buena del asunto era que la habitación estaba en Robinson Hall, la residencia más antigua del campus, una torre de ladrillo que daba a la explanada central. Todas las habitaciones para cuatro de aquella residencia tenían asientos de obra junto a las ventanas y algunas incluso disponían de chimenea.

Llegué a última hora de la tarde el día de la mudanza. Mis tres nuevas compañeras de habitación eran a todas luces un grupito muy unido de amigas, y habían decorado la sala de estar con carteles de películas de David Lynch y de los Smiths. Las tenía vistas del primer año, pero no las había conocido en persona. Las tres tenían el pelo negrísimo y la tez pálida: eran versiones góticas de chicas de instituto elitista. Para mí, tenían el mismo aspecto que Winona Ryder en tres películas distintas. La más radical llevaba el pelo en punta y sólo vestía de negro, como Winona en *Bitelchús*. Las otras dos eran un poco más esnobs: una, la Winona de *Reality Bites* (melenita corta con la raya al lado) y la otra, la Winona de *Sirenas* (rebecas de punto, perlas y flequillo; tal vez irónico, tal vez no).

Desconozco qué impresión se llevaron de mí las Tres Winonas esa noche de septiembre, cuando me presenté con unos pantalones pirata y una camisa de lino con cuello, pero, pese a sus pintalabios oscuros y las orejas con dos agujeros, fueron simpáticas conmigo y se ofrecieron a bajar la música de Joy Division mientras deshacía las maletas. Acababa de aceptar una copa de vino de la Winona de *Sirenas* cuando se oyó un golpe en la puerta. Era Eric Washburn. Me quedé tan sorprendida que por un instante pensé que había venido por una de mis nuevas compañeras de habitación. Pero había venido por mí. Llevaba unas bermudas y una camisa de vestir y olía a cigarrillos y a whisky. Regresé con él a la Mansión y subimos directamente a su cuarto. Me contó que se había pasado todo el verano pensando en mí, que se había desesperado intentando averiguar dónde vivía. Hasta me dijo que estaba seguro de que me amaba. Y yo, como una boba, lo creí.

## 9

### Ted

Brad y yo habíamos empezado tomando cervezas, pero luego nos pasamos en algún momento al Jameson con ginger ale. Estábamos sentados a una mesa de altos asientos en el Cooley's, uno de los pocos bares que abrían todo el año en la zona de Kennewick Beach. En las cartas se alardeaba de que llevaba abierto desde 1957. Nadie se atrevería a dudar de la veracidad de tal afirmación. El fondo del local estaba abarrotado de cacharros cochambrosos, traídos por centenares de viajeros de marcas de bebidas alcohólicas a lo largo de los años. Lámparas de pared Schlitz. Un espejo Genny Light. Un perro lámpara Spuds MacKenzie. No puse inconveniente cuando nos pasamos al Jameson con ginger ale. Me facilitaba la tarea de servirme un ginger ale sin alcohol cuando me tocaba a mí acercarme a la barra a pedir la siguiente ronda.

Después de encontrarme a Brad frente a la casa preparándose para marcharse, había sido yo quien le había propuesto salir a tomar una cerveza. Aceptó de buen grado, se ofreció a que fuéramos en su coche y bajamos los tres kilómetros hasta Kennewick Beach. Llegamos al Cooley's justo después de que dieran las cinco y fuimos los primeros clientes. La camarera, una chica en edad universitaria vestida con unos ceñidos vaqueros negros y una camiseta de tirantes violeta, dijo: «Hola, Braggett», cuando nos vio entrar.

—¿Cómo te ha llamado? —pregunté después de tomar asiento en el

reservado de en medio.

—Braggett. Es mi apodo por aquí. Brad más Daggett. Historias del instituto. La primera ronda la pago yo, jefe.

Se desplazó sobre el asiento del reservado y salió de camino a la barra. No sabía qué quería sonsacarle exactamente a Brad tomándome unas copas con él, pero Lily me había pedido que recabara información y eso era lo que estaba haciendo. Cuanto más supiera sobre él, mejor me iría.

Durante la primera hora de esa tarde, Brad y yo hablamos sobre los progresos en la construcción de la casa. La impresión que me dio fue la misma de siempre: ochenta por ciento profesional como la copa de un pino, veinte por ciento cantamañanas, como aquel vendedor de concesionario de coches que tiene la honestidad de quitarte de la cabeza la tapicería de cuero pero se las ingenia para endosarte un carísimo sistema de navegación por satélite. Nos tomamos unas Heineken y, mientras conversábamos, no le quité ojo de encima. Bebía de lo lindo, puliéndose cada botella de tres largos tragos. Y, aunque todavía era un hombre guapo, empezaba a asomar cierto desgaste en sus facciones. Su rostro bronceado presentaba algunas lesiones solares y los primeros albores de un tono sonrosado de bebedor en ambas mejillas. Pese a su complexión musculada, había cierta flacidez en su papada que su perilla entrecana sólo disimulaba a medias. Su mejor rasgo eran sus ojos marrón oscuro y una intacta mata de pelo negro con unas primeras canas en las sienes.

Después de hablar sobre la casa durante unas cuantas cervezas, dije:

—Espero que Miranda no te haya incordiado demasiado. Es muy puntillosa cuando quiere.

—Eso es bueno. Los peores clientes son los que cambian de parecer a cada rato. No, la señora Severson ha estado estupenda.

Sacó entonces un Marlboro de una cajetilla que había estado en la mesa desde que nos sentamos. Golpeó unas cuantas veces el filtro contra la madera barnizada y a continuación me preguntó si me importaba que saliera a la calle a fumar.

Mientras estuvo fuera, eché un vistazo a mi teléfono, que no había parado de vibrar en silencio dentro de mi bolsillo durante los veinte minutos

anteriores. Miranda me había enviado una serie de textos que culminaban con un: «En serio, ¿dónde c... te has metido?». Le respondí escribiéndole que estaba tomándome unas copas con Brad y que no tardaría en volver al hotel. Le dije que podía salir a cenar sin mí. Me respondió con un «Vale», seguido unos segundos después de una serie de besos.

Me volví en el reservado y miré por las ventanas delanteras del Cooley's hacia donde Brad estaba de pie, echando vaharadas de humo en la noche ya oscura. Por el ángulo de su cabeza, me pareció que también estaba mirando su móvil, tal vez escribiendo algún mensaje. A lo mejor también le estaba escribiendo a mi mujer. Se apoderó de mí un arrebató momentáneo de furia, pero me obligué a recordar que me hallaba en una misión de investigación. La guerra había dado comienzo con la más insignificante de las escaramuzas, y cuanto más bebiera Brad, tantas más posibilidades tendría de descubrir sus puntos flacos. Fui a los lavabos, llevándome la cerveza llena hasta los tres cuartos de botella, y la vacié casi entera en el lavamanos con la esperanza de mantenerme sobrio hasta cierto punto.

Cuando Brad regresó, Miranda no volvió a aparecer en la conversación. Empezó a hacerme preguntas sobre mi trabajo y mi vida en general, y cuando supo que había estudiado en Harvard me preguntó qué sabía sobre el programa de hockey y a cuántos torneos interuniversitarios de Boston había asistido. Aunque aquello me traía sin cuidado, el caso es que durante mi segundo año en Harvard había ido a un par de partidos con mi compañero de habitación, un estudiante de inglés obseso de los deportes que terminaría alcanzando el éxito como director de una revista. Después del hockey, comentamos la temporada anterior de los Red Sox, tema que conocía un poco mejor. Le conté que compartía abono en uno de los palcos de lujo y le prometí llevarlo a algún partido la temporada siguiente. Después de pasarnos al Jameson, y temiendo haber agotado ya mi limitado repertorio de conversación deportiva, le pregunté sobre su divorcio.

—Tengo dos hijos estupendos —dijo después de sacar otro cigarrillo de su cajetilla y golpear la punta varias veces contra la mesa—. Y una jodida tocapelotas por exmujer.

—¿Vive con los niños?

—Salvo fines de semana alternos. Mira, esto se lo reconozco, y no diré más, pero es una buena madre y los chicos están mejor con ella. Pero si nuestro matrimonio no hubiera terminado a tiempo, o yo la mataba o ella me mataba a mí, y no hay más que hablar. Era un puto no parar. «Brad, ¿dónde cojones te has metido? No vuelvas tarde y arregla el lavabo, Brad. Brad, ¿no te molesta trabajar en todas esas casas preciosas mientras tu mujer y tus hijos viven en este cuchitril?» Un no parar. Es una suerte que no tuviera una puta pistola. —Sonrió de oreja a oreja. Tenía los dientes ligeramente amarillentos por el tabaco—. Ya sabes de qué te estoy hablando, tío —continuó—. O quizá no. ¿Cómo te putea Miranda?

—No me putea. Somos como recién casados. Todo bien en el paraíso.

—No me jodas —dijo Brad, alzando la voz—. Seguro que sí —añadió.

Había empezado a arrastrar las palabras. «*Sheguero-que-shi.*» Entonces me ofreció su puño por encima de la mesa y yo lo golpeé con el mío, con torpeza, devolviéndole la sonrisa. ¿Cómo era posible que aquel tipo estuviera tan borracho de repente? Aunque llevábamos unas dos horas bebiendo sin parar, Brad me había parecido sobrio cinco minutos antes.

—No, Miranda es genial —aseguré.

—Lo que me faltaba —declaró Brad—. Entiéndeme, no te lo tomes a mal, no es que seas feo o yo qué sé, pero ¿cómo conseguiste agenciarte una mujer así?

—Supongo que tuve suerte.

—Sí, suerte y unos cuantos millones de dólares. —Nada más decirlo, se le desencajó el rostro de arrepentimiento. No tuve ocasión de responderle porque al instante me ofreció una mano, con la palma hacia arriba, y añadió —: Jo, tío. Eso no venía a cuento. No quería decirlo como me ha salido.

—No pasa nada —repuse.

—No, sí que pasa. No venía a cuento para nada. Soy un capullo y he bebido demasiado. Lo siento, tío. Tiene suerte de estar contigo. Estoy seguro de que el dinero no tiene nada que ver.

Sonreí.

—No, estoy seguro de que el dinero sí tiene algo que ver. Y no lo llevo mal.

—No, tío. No conozco nada bien a Miranda, pero no le importa todo ese rollo. Salta a la vista.

Brad parecía estar a punto de acometer un tedioso monólogo de disculpa, de modo que me puse contento cuando una rubia pintada como una puerta se metió a su lado en el reservado y le dio un golpe en la cadera.

—Eh, Braggett —soltó, y luego me tendió la mano. Agarré sus dedos flojos en lo que supuestamente era un apretón de manos mientras ella me saludaba—: Hola, soy amiga de Braggett. Me llamo Polly. Estoy segura de que no has oído una palabra sobre mí.

—Pol —dijo Brad—. Te presento a Ted Severson. Es el que está haciéndose la casa en Micmac.

—No me jodas. —Polly me sonrió. Aun a pesar de ir pintada como un payaso, saltaba a la vista que era una mujer guapa y que, con toda probabilidad, incluso había sido hermosa años atrás. Rubia natural, ojos azules y enormes pechos que mostraba bajo una camiseta con escote de pico y una rebeca de lana. La parte de su pecho que quedaba a la vista estaba muy bronceada y cubierta de pecas—. Brad me lo ha contado todo sobre la casa. He oído que será preciosa.

—Ésa es la idea —señalé.

—En fin, chicos, me apetecía entrometerme en vuestra sesioncilla de amigotes, pero ahora que veo que estáis hablando de negocios, habéis dejado de interesarme.

—Tómame una copa —ofrecí.

—No, gracias. Os dejo hablando de vuestras cosas.

Salió del reservado, dejando tras de sí una dulzona vaharada de perfume.

—¿Tu novia? —pregunté a Brad.

—En octavo seguramente —respondió él, riéndose y mostrándome su dentadura casi al completo—. Pero, ahora que está aquí, no me importaría largarme a otra parte. Vivo aquí al lado. ¿Todavía tienes sitio para otra copa? Si quieres, luego te llevo al hotel.

—Claro —dije, aunque lo último que me apetecía era tomarme otra copa, y lo penúltimo, meterme en un vehículo con Brad borracho al volante. Pero era una oportunidad para ver dónde vivía y no podía dejarla escapar.

Había refrescado, pero la neblina se había levantado y un sinfín de estrellas se deslizaban en el firmamento. Aunque los bungalós de alquiler de Brad estaban a unos trescientos metros de distancia, me llevó en su camioneta y aparcó de forma errática frente a la primera de una docena de casitas en forma de caja de zapatos y dispuestas en semicírculo que miraban a la playa desde el otro lado de la calzada. Un letrero pintado a mano decía: BUNGALÓS MEDIA LUNA, y a continuación venía un número de teléfono.

—Miranda me ha dicho que todo esto es tuyo —indiqué, mientras abría la cerradura del oscuro bungaló. En todos ellos reinaba la oscuridad. La única luz que recibían procedía de una solitaria farola y del resplandeciente firmamento de aquella noche.

—Mis padres son los dueños, pero yo los administro. Ahora es temporada baja, pero en verano funcionan bastante bien.

Pulsó el interruptor de una lámpara de pie al entrar por la puerta. Dentro, el sitio era más agradable de lo que había imaginado, pero también más sombrío; apenas un puñado de muebles prácticos, las paredes pintadas de blanco y casi vacío. El único objeto que indicaba que se trataba de la casa de Brad y no de un bungaló de alquiler era un enorme televisor sobre una peana que parecía fuera de lugar en aquella sala de estar relativamente pequeña. Había pensado que el interior del bungaló olería a tabaco, pero no era así.

Brad fue directo a la nevera de la cocina americana y yo cerré la endeble puerta nada más pasar. Oí dos chapas que saltaban de sendas botellas y Brad volvió ofreciéndome una Heineken fría. Nos sentamos en el sofá beis. Él se arrellanó un poco, con las piernas bien separadas. La botella de cerveza parecía pequeña entre sus grandes manos morenas.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunté, por decir algo.

—Un año más o menos. Es una solución provisional.

—Sí —convine—. Me lo figuro. Me refiero a que no creo que te apetezca vivir aquí mucho tiempo.

Nada más decirlo me sentí un poco mal y vi una expresión momentánea de odio que oscureció el rostro de Brad y que pronto fue sustituida cuando frunció las cejas por un gesto pensativo.

—Como te he dicho, es provisional. Hasta que mejoren las cosas.



No contesté nada y nos quedamos en silencio. Eché un vistazo y me fijé en que la pila de revistas de pesca sobre la mesa de centro estaba alineada en ángulo recto con la esquina de la mesa. El mando a distancia, también colocado en ángulo recto, descansaba sobre las revistas. En la mesilla lateral que me quedaba más cerca había una foto enmarcada de un niño y una niña, tomada en una barca. Los dos niños, que parecían tener doce y diez años, llevaban chalecos salvavidas de color naranja.

Cogí la fotografía.

—¿Son tus hijos?

—Jason y Bella. Esa foto se la saqué en mi vieja barca. La vendí a principios de este verano y me compré una lancha Albemarle. ¿Te gusta pescar?

Le dije que no, pero continuó hablando sobre su lancha. Casi no le prestaba atención, pero en realidad daba lo mismo. Estaba averiguando cosas sobre Brad Daggett. Aun dejando de lado el detalle de que se acostara con mi mujer, estaba descubriendo que Brad Daggett no me caía nada bien. Era un borracho egoísta que, con toda probabilidad, no haría sino volverse todavía más borracho y egoísta a medida que fuera envejeciendo. Sus hijos no le importaban más que para poner una foto de ellos en su casa, y no tenía claro que fuera capaz de interesarse por nadie más que por sí mismo. Era un signo negativo en este mundo. Pensé en Lily, y pensé también en Brad encontrando un repentino final, y vi que me daba igual. De hecho, quería hacerlo. No sólo porque de esa forma castigaría a Brad por lo que había estado haciendo con mi esposa, sino también porque hacerle desaparecer de la Tierra sería positivo. ¿La vida de quién estaba mejorando? No la de sus hijos, ni la de su exmujer. No la de esa tal Polly que había conocido en el bar, quien tal vez pensara que eran pareja. Era un capullo, y con un capullo menos en el mundo todos saldríamos ganando.

Interrumpí el monólogo de Brad sobre su lancha y le dije que quería ir al cuarto de baño. Estaba tan limpio como el resto del apartamento. Vacíé la botella de cerveza en el lavamanos y eché un vistazo a su botiquín. No había mucho que ver. Cuchillas de afeitar, desodorante y algo para el pelo. Un gran frasco de ibuprofeno genérico. Una caja de tinte para el pelo que no estaba

abierta. Un frasco de antibióticos recetados que había caducado hacía más de un lustro. Lo abrí y miré dentro; el frasco estaba lleno de unas pastillitas azules en forma de diamante que identifiqué como Viagra. De modo que el semental Brad no era tan semental después de todo. No pude contener una carcajada. Cuando regresé a la sala de estar, él seguía despatarrado en el sofá, pero tenía los ojos cerrados y su pecho se elevaba y se hundía acompasadamente. Me quedé mirándolo un rato, intentando sentir algo más que asco, intentando sentir pena, tal vez, sólo para ponerme a prueba. No sentí ninguna.

Antes de irme revisé sin hacer ruido algunos de los cajones de la cocina abierta. En uno de ellos guardaba las herramientas, una cinta métrica, un carrete de cordel, un rollo de cinta aislante. Hacia el fondo del cajón encontré un revólver de doble acción Smith & Wesson. Me sorprendió, pero sólo porque antes había bromeado diciendo que habría matado a su mujer si hubiera tenido un arma. Tuve el impulso de robarlo, pero enseguida me di cuenta de que con toda probabilidad sabría quién se lo había quitado. Lo dejé donde lo había encontrado, pero sí me llevé una llave muy nueva de una caja repleta de llaves parecidas. Nunca la echaría de menos, y era posible que abriera la puerta de su bungaló o, quizá, incluso, de todos los Bungalós Media Luna.

Eché una última ojeada antes de irme. Brad no se había movido. Salí al aire frío y salobre de la noche y probé la llave en la puerta. Entró en la cerradura y la abrió. Dejé la puerta sin cerrar y me guardé la llave en el bolsillo. Saqué el móvil y, cuando ya me disponía a llamar a Miranda y a pedirle que viniera a recogerme, decidí que prefería dar un paseo. La sensación del frío contra mi piel era agradable. Respiré hondo por la nariz y la sal del aire me hizo sentir más vivo de lo que me había sentido en una larga temporada. Eché a andar. Eran unos pocos kilómetros de camino y me sentía como si tuviera toda la energía del mundo.

# 10

## Lily

Durante todo mi segundo curso en la universidad, que era el cuarto y último de Eric, pasé casi todas las noches de jueves, viernes y sábado en su habitación en la primera planta de la Mansión de Saint Dunstan's. En aquel tiempo, pensaba que estaba viviendo la época más feliz de mi vida. Más adelante, al volver la vista atrás, me di cuenta de que en realidad había sido un período de incertidumbre y angustia, y no sólo por lo que había terminado ocurriendo. Estaba enamorada de Eric Washburn y él me decía que estaba enamorado de mí. Yo lo creía, pero también sabía que éramos jóvenes y que Eric se graduaría pronto y había hecho planes para instalarse en Nueva York y buscar empleo en el mundo de las finanzas. Y mi idea era irme a Londres el curso siguiente para estudiar restauración en el Instituto de Arte Faunce. Aunque a veces hablábamos sobre nuestro futuro, me obligaba a recordarme que todo iba a cambiar cuando Eric se graduara.

Ese año llevé dos vidas paralelas pero compatibles. De domingo a jueves, hacía todas las lecturas y los trabajos de la universidad. Mis compañeras de habitación, las Tres Winonas, ponían la música a todo volumen y fumaban sin parar, pero eran sorprendentemente calladas, y hasta cierto punto me resultaban simpáticas. Descubrí que tenía mucho en común con la Winona de *Sirenas*, una rata de biblioteca quien, al igual que yo, había crecido teniendo como ídolo a Nancy Drew. Los jueves por la noche iba a la Mansión de Saint

Dunstan's para la fiesta semanal. Me llevaba mi bolso más grande, con una muda de ropa de repuesto y un neceser con lo imprescindible, ya que siempre pasaba la noche allí y a veces me quedaba todo el fin de semana. Desde el viernes por la mañana hasta última hora del domingo, Eric y yo rara vez nos separábamos, con la excepción de las clases, sus partidos de ráquetbol o *ultimate frisbee*, o cualquiera de los partidillos improvisados que le parecía importante ganar. Veíamos películas en el teatro del campus, en ocasiones nos aventurábamos por New Chester para comer en un italiano y algunas veces íbamos a fiestas que no organizaba Saint Dunstan's ni ninguno de sus miembros, pero eran las menos. Nos instalamos en una relación cómoda presidida por una rutina predecible, una cotidianidad de bromas que sólo él y yo entendíamos, y lo que me parecía un sexo de lo más compatible. Nos llamábamos Washburn y Kintner el uno al otro. Por suerte, nos libramos de todo dramatismo en forma de desengaños o infidelidades. Yo estaba encantada con nuestra historia, pero me lo guardaba para mí misma; nadie más que Eric sabía hasta qué punto era fuerte el afecto que le tenía. Él me correspondía con los mismos sentimientos y a veces hablábamos de nuestro futuro juntos después de terminar los estudios en el Mather College.

Faith, su exnovia, también era alumna de último año y seguía siendo una habitual de las fiestas de los jueves por la noche. Ahora salía con Matthew Ford y, como éramos las novias respectivas de los dos socios más destacados de Saint Dunstan's, Faith se encariñó conmigo ese curso e incluso me preguntaba de vez en cuando por mi relación con Eric, aunque nunca mordió el anzuelo. Faith no me caía demasiado bien, porque era frívola y falsa, y además le gustaba ser el centro de atención, pero no me importaba pasar algún rato con ella. Si Faith no se hubiera dejado ver en absoluto, entonces la curiosidad por la chica que había salido dos años con Eric tal vez se habría magnificado hasta convertirse en una obsesión. Pero sí se dejaba ver, y acabé conociéndola un poco. Gracias a ello, no se metió en mi imaginación.

Entendía bien qué había atraído a Eric de Faith. Tenía la cara redondita, llevaba el pelo negro y corto, y era sexi. Por su ropa, parecía salida directamente de una universidad pija de la costa Este, pero siempre llevaba los jerséis un poco demasiado ceñidos y las faldas un poco demasiado cortas.

Cuando hablaba, se te acercaba mucho y te desarmaba mirándote a los ojos, pero tenía la risa fácil y contaba bromas divertidas sobre sí misma. Si íbamos juntas a alguna parte, Faith me enlazaba el brazo y, si estaba detrás de mí, a veces me pasaba los dedos por la melena. Mis padres nunca habían sido afectuosos conmigo en un sentido físico, de modo que aquella facilidad de Faith para el contacto a menudo me resultaba inquietante y de vez en cuando reconfortante.

Una noche, estando borracha, me dijo que quería estudiar el color de mis ojos. Se me acercó mucho y sus ojos castaños invadieron mi campo de visión.

—Tienes como un tapiz ahí dentro —dijo, y sentí su cálido aliento contra mi mejilla—. Hay motitas de gris, amarillo, azul, marrón y rosa.

Eric no hablaba casi nunca de Faith, pero una noche, estando acostados en la cama, me preguntó si me molestaba que pululara tan a menudo a nuestro alrededor.

—No creo —reconocí—. Ha decidido que somos íntimas. ¿Lo has visto?

—Faith se hace íntima de cualquiera. No, no me hagas caso. Creo que le caes bien de verdad y que quiere ser tu amiga, sólo que...

—No te preocupes. Sé a qué te refieres. No tengo la menor intención de convertirme en su mejor amiga. No creo que tengamos nada en común. Aparte de ti.

—No, no tenéis nada en común. Doy fe de ello. No es mala persona, y ella y Matt hacen buena pareja.

—Supongo —dije.

Y ésa fue toda la conversación que mantuvimos a propósito de Faith.

Ese verano regresé a Monk's House. Mi madre se había echado un novio nuevo, Michael Bialik, un hombre barbudo que daba clases de lingüística en la universidad y, sorprendentemente, parecía tener los pies en el suelo. Era dueño de su propia casa a menos de un kilómetro de la nuestra, un granero reformado donde vivía con su hijo, un prodigio del piano que se llamaba Sandy. A Michael le encantaba cocinar y, por eso, mi madre pasaba gran parte del tiempo en la casa de él, dejándome Monk's House para mí sola. El

trabajo que había encontrado en la biblioteca sólo me ocupaba cuatro horas diarias de lunes a viernes, y dedicaba el resto de mi tiempo entre semana a leer o a pasearme por la finca. Estaba enamorada y estaba tranquila. Hasta regresé a mi prado favorito, el lugar donde reposaban los restos de Chet. La tapa del pozo seguía en su sitio. Tenía el mismo aspecto que años atrás, cuando la descubrí, oculta por hierbajos que el invierno había amarilleado. La alquería vecina continuaba desocupada.

Mi plan inicial era visitar a Eric en Nueva York los fines de semana, pero cuando vino a Monk's House se enamoró del sitio, o por lo menos eso fue lo que dijo.

—Quiero pasar todos los fines de semana aquí, Kintner. Tendremos una vida perfecta. Entre semana, en la ciudad, y luego puedo coger el tren del viernes por la noche y estar contigo. Fines de semana en el campo.

—¿No te aburrirás?

—Ni por asomo. Esto me encanta. ¿Qué te parece la idea? En realidad, te estoy pidiendo que te quedes todo el verano aquí.

—Pues no haces más que describir todos los veranos de mi vida. No, no me importaría. Y te tendré a ti para esperar con ilusión los fines de semana.

Y, así, nuestro verano terminó siendo una réplica de nuestro curso escolar. Entre semana, a mi aire. Fines de semana, juntos. No me importaba porque nunca me había molestado quedarme sola. Y los días que pasaba sin él eran días que me acercaban paso a paso al fin de semana, a ver a Eric bajándose del tren de cercanías, con la bolsa de viaje colgada del hombro y una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Y esos fines de semana eran por ello mismo mucho más intensos. Lejos del Mather College, nuestra relación parecía más madura, más cómoda. Nos sentíamos casados. Así que, no, no me importaba ver a Eric dos días a la semana.

Y a él tampoco, y tenía sus propias razones.

No habría descubierto esas razones y podría haberme marchado a Londres ese otoño convencida de que Eric seguía siendo el amor de mi vida, si no hubiera sido porque mi padre viajó a Nueva York la última semana de agosto y me pidió que fuera a comer con él. Iba a publicar otro libro, una colección de cuentos, y había volado a Nueva York para reunirse con su

agente y la editorial que le publicaba en Estados Unidos, además de hacer una lectura en Strand Books. No me había invitado a la lectura, lo cual no me sorprendió. Le había pedido una vez —en mi penúltimo año de instituto, creo recordar— si podía asistir a una de sus lecturas, y él me respondió: «Dios, Lily, eres mi hija. No quiero exponerte a eso. Si ya es insoportable pensar que algún día tendrás ganas de leer mis libros, ni te figuras lo que me apetece que me veas leerlos en voz alta».

De forma que me tomé un día libre en la biblioteca y me subí al tren de Nueva York. Comí con mi padre en un restaurante pijo pegado al vestíbulo de su hotel en el centro y hablamos sobre el año que iba a estudiar en Londres. Me prometió enviarme un e-mail con una lista de amigos y parientes que tendría que visitar, junto con algunos de sus sitios favoritos en la ciudad, que en su mayoría eran pubs. Luego intentó sonsacarme algún cotilleo sobre mi madre y su nuevo novio. Se llevó un buen chasco al enterarse de que el profesor de lingüística era, en resumidas cuentas, un tipo decente. Después de comer, nos separamos delante del hotel. «Has salido bien, Lil, a pesar de los padres que te han tocado», dijo, no por primera vez. Nos dimos un abrazo para despedirnos. Era un día extrañamente agradable para ser finales de agosto, de modo que me encaminé al centro, hacia la oficina de Eric, que nunca había visitado. El ambiente, que había sido bochornoso durante todo aquel mes, de pronto había perdido toda la humedad, y me sentía feliz caminando a mediodía por los tranquilos pasajes de la ciudad. Todavía no había decidido si asaltaría a Eric en plena jornada laboral para darle una sorpresa, pero lo estaba pensando, y ya me imaginaba la cara que pondría al verme entrar en su despacho. Me arrancó de aquel ensimismamiento oír que alguien gritaba mi nombre. Me volví y vi a Katie Stone, una alumna de último año del Mather College a quien conocía de las fiestas en Saint Dunstan's. Cruzaba la calle y me saludaba.

—Imaginé que serías tú —dijo Katie, subiendo a la acera justo cuando un taxi amarillo pasaba a toda velocidad por su lado—. No sabía que pasabas el verano en la ciudad.

—No lo paso aquí. Estoy en la casa de mi madre en Connecticut, pero mi padre ha venido y acabo de comer con él.

—¿Te apetece un café? Me han dejado salir del trabajo antes de tiempo. Dios, Nueva York es deprimente en agosto.

Nos metimos en el local de una cadena de cafeterías que había en la esquina más cercana y ambas pedimos *lattes* con hielo. Katie se pasó el rato cotorreando sobre alumnos del Mather College que ambas conocíamos y sobre algunos de los que nunca había oído hablar. Era una recopiladora y distribuidora de chismorreos, y me sorprendió que no me preguntara por Eric, de modo que la interrogué:

—¿Ves mucho a Eric?

Los ojos de Katie se abrieron un poco al oír su nombre.

—Oh, habría preferido no tocar el tema. No, no lo veo mucho, pero sí un poco. Ya sabes que trabaja por aquí.

—Sí, lo sé. ¿Por qué no querías tocar el tema?

—Es que no sabía cómo te iba a sentar, ahora que ya no os veis. No sabía si te apetecía hablar de él.

Un frío ardor se me subió a las mejillas. Había estado a punto de decirle a Katie que, por supuesto, seguía viéndome con Eric, pero algo me había contenido. En vez de ello, pregunté:

—¿Por qué? ¿Le pasa algo malo?

—No, que yo sepa. Lo he visto un poco, pero nunca está aquí los fines de semana. Su padre está enfermo. Seguramente ya lo sabías, ¿no?

—No —dije—. ¿Qué le pasa?

—Cáncer, creo. Eric va a verlo todos los fines de semana. ¿Seguro que tienen muy buena relación? —Entonó aquella última frase como si fuera una pregunta y, con esfuerzo, asentí, pese a la apremiante necesidad que sentía de salir de la cafetería y alejarme de Katie.

Por fortuna, su móvil empezó a sonar y, mientras hurgaba en su enorme bolso, me excusé. Le pedí la llave al camarero y me encerré en un lavabo que por su tamaño más bien parecía un armario. La cabeza me iba desbocada, tratando con desesperación de asimilar la información que acababa de recibir, y si bien una parte de mí ponía en duda lo que Katie me había dicho — confiando en que debía de tratarse por fuerza de un absurdo malentendido—, la parte más lógica de mi ser era consciente de que era verdad, que había sido



una boba. Eric llevaba una doble vida y nadie sabía que pasaba conmigo los fines de semana. Después de devolver la llave, vi que Katie seguía con el móvil y aproveché la oportunidad para darle una palmadita en el hombro, señalarme el reloj con el dedo y dirigirme a toda prisa hacia la puerta. Ella bajó el móvil y se puso de pie, pero me limité a decir «lo siento» con los labios y seguí mi camino.

Una vez fuera, eché a andar por una callejuela residencial. Una de las mansiones tenía unos escalones enfrente que quedaban a la sombra de un árbol frondoso. Me senté en lo más alto de la escalinata, sin preocuparme de que el dueño pudiera verme y decirme que me largara. No sé cuánto tiempo estuve sentada en esos escalones, pero seguramente fueron alrededor de dos horas. Durante un rato me sentí destrozada, pero no tardé mucho en empezar a recobrar la serenidad. Analicé la situación. Eric había compartimentado su vida conmigo de tal forma que sólo nos viéramos durante los fines de semana y nunca en la ciudad. Era su modo de manejarse en la vida, el mismo que había utilizado durante el curso anterior. Pero ¿por qué mentía sobre adónde iba los fines de semana? Sólo podía haber un motivo, que Eric estuviera liado con alguien en Nueva York.

Poco antes de las cinco de la tarde, me puse a caminar en dirección al edificio de oficinas de Eric. Sabía la dirección, pero no qué aspecto tenía. Caminé despacio, escrutando la multitud que encontraba a mi paso. Tenía claro que no podría soportar encontrarme con él, pero no podía abandonar la ciudad todavía. Quería ver dónde trabajaba, quizá incluso verlo sin permitir que él me viera a mí.

Su oficina se hallaba en un anodino edificio de cuatro plantas, con la fachada de piedra, junto a un local de perritos calientes Gray's Papaya. Me senté en un banco de la acera de enfrente, mirando a la entrada, y rescaté un *New York Post* de una papelera que había cerca, desplegándolo delante de mí, pero sin apartar los ojos de las puertas de la entrada. Minutos después de que dieran las cinco, salieron unos cuantos hombres trajeados y una mujer con falda y blusa. No vi a Eric, pero no tardaría en salir con el siguiente grupo de tres hombres. Llevaba un traje gris claro y, en cuanto pisaron la acera, los tres se encendieron al mismo tiempo un cigarrillo. No me sorprendió ver fumar a

Eric, aunque me había dicho que lo había dejado el día de la graduación. Nunca se había fumado un cigarrillo estando conmigo en Connecticut los fines de semana, pero eso era porque interpretaba dos personajes distintos. Sus colegas, con los cigarrillos encendidos, echaron a andar hacia el centro, pero él se quedó quieto un momento, mirando su móvil. Un taxi amarillo se detuvo y pensé que Eric iba a meterse dentro, pero en vez de ello se bajó del taxi una pelirroja con un cortísimo vestido retro y le dio un beso en la boca mientras él apartaba el cigarrillo.

Hablaron un momento y Eric mantuvo todo el tiempo la mano en la redondez de la cadera de ella.

Me dolía el pecho, y el mundo empezó a titilar ante mis ojos. Por un instante pensé que iba a darme un infarto. Entonces el peor momento pasó. Enderecé la espalda, respiré hondo y estudié a aquella chica. Me sonaba, pero todavía no le había visto la cara. El hecho de que fuera pelirroja como yo fue como si me clavaran un puñal, aunque resultaba evidente, incluso vista desde lejos, que la melena pelirroja de aquella mujer era obra de un estilista y no de la genética.

Eric y la pelirroja se dieron la vuelta y durante un momento insoportable pensé que iban a bajar del bordillo y a cruzar la calle hacia mí, pero se encaminaron hacia el norte, con los brazos enlazados. Los observé desde detrás de mi periódico y finalmente obtuve una buena visión de la cara de la novia neoyorquina de Eric. Era Faith, una Faith pelirroja. Volviendo la vista atrás, no me sorprendió en absoluto que fuera ella —por supuesto que lo era—, pero sí me dejó perpleja cómo había cambiado de estilo, que su melena fuera pelirroja como la mía. Y me enfadé mucho. Hacía años que no estaba tan cabreada.

# 11

## Ted

Antes de darnos las buenas noches en el Concord River Inn, después de haber decidido que no era mala idea pasar un tiempo en Maine con Brad y Miranda, Lily y yo planeamos nuestra siguiente cita. Sería dos sábados después de la primera, a la misma hora, pero en el Camposanto de Old Hill, que se extendía sobre una colina que se elevaba por encima de Monument Square, en el centro de Concord. Había bancos en el cementerio y podríamos sentarnos y hablar. Además, llamaríamos menos la atención que en la taberna del hotel.

Llegué a primera hora de la tarde de ese sábado. Había turistas en el pueblo, pero ninguno de ellos había subido a la colina. Me senté solo en un frío banco de hierro forjado, que miraba a los tejados de la calle principal. El cielo estaba encapotado y tenía el color del granito. Un viento obcecado levantaba las hojas de colores del suelo. Busqué a Lily, estudiando los coches que giraban en torno a Monument Square, aunque no tenía ni idea de qué coche conducía. Intenté adivinarlo. Un coche clásico, pensé, pero con un toque de estilo. Un BMW antiguo quizá, o un Austin Mini original. Pero cuando localicé a Lily, no estaba saliendo de ningún coche, sino caminando a buen paso por la calle principal, cubierta con un abrigo verde que le llegaba a las rodillas, mientras su melena pelirroja saltaba con cada zancada.

Vi cómo se dirigía al cementerio y la perdí de vista cuando se hundió bajo el perfil de los tejados. Me emocionó volver a verla. En parte, la emoción

obedecía a la cada vez más exacerbada fijación romántica que sentía por ella, pero también me emocionaba poder contarle cómo me había ido el viaje y cómo le había birlado a Brad la llave que abría la puerta de su casa. En cierto sentido, me sentía como un niño que vuelve a casa con un buen boletín de notas que enseñarle a su madre.

Lily volvió a aparecer en mi campo visual cuando empezó a subir por la vereda de baldosas del cementerio. Me sonrió antes de sentarse en el otro extremo del banco.

—Menudas vistas —dijo con la voz algo entrecortada después de subir por la empinada cuesta.

—Te he visto pasando por la calle principal. ¿Has notado si alguien te vigilaba?

—No, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Me preocupaba llegar tarde y que te hubieras marchado.

—Bah, no me habría ido nunca. Tengo mucho que contarte.

Se volvió hacia mí. A la luz gris de aquel mes de octubre, su cara parecía falta de todo color, mientras que su melena lucía más pelirroja de lo que la recordaba, dotada de un tono inquietantemente vivo entre aquellas lápidas monocromas. Quise acercarme y tocarla, cerciorarme de que era real, pero me reprimí.

—¿Has estado en Maine? —preguntó.

—Sí —afirmé, y procedí a contarle la historia de mi semana allí, el rato que había pasado con Brad, que había estado en su casa y me había llevado su llave.

—¿No crees que la echará en falta? —inquirió.

—No. Tenía un montón de llaves en el cajón. Es su negocio, así que supongo que necesita muchas. Imagino que serán llaves maestras que abren las puertas de todos los bungalós.

—Bueno, seguro que alguna utilidad le encontraremos. Eso sí, cuando todo haya terminado, acuérdate de deshacerte de la llave o de devolverla a su casa. No pueden descubrirte ningún tipo de prueba encima si te cogen. Ya lo sabes.

Asentí, y Lily quiso saber:

—¿Qué más averiguaste sobre tu casa? ¿Hay fecha prevista para el final de las obras?

Le dije que Brad me había contado que esperaba tenerlo todo listo para principios de diciembre, primeros de enero como muy tarde.

—Eso significa que tendremos que movernos de prisa. Es importante actuar antes de que la casa esté terminada.

Diseñamos el plan, adónde debería ir y cuándo, y qué tendríamos que hacer cada uno. Lily me lo explicaba como si fuéramos dos compañeros de clase en nuestro último año de instituto repartiéndonos las tareas de la presentación de nuestro proyecto de ciencias de final de curso. Yo siempre había sido una persona atenta a los detalles —no me quedaba otro remedio, teniendo en cuenta mi trabajo y el dinero que ganaba—, y lo que me habría salido espontáneamente en aquel momento habría sido tomar notas, pero sabía que no podíamos dejar nada por escrito. Nada en absoluto. Como me había dicho Lily hacía un momento, ésa sería la última vez que nos veríamos antes de que me convirtiera en viudo, y luego podríamos volver a vernos, por casualidad, como si no nos conociéramos. Hablando con ella, mientras memorizaba lo que había que hacer, noté el principio de una opresión en el pecho, una sensación de bloqueo en la garganta y la mandíbula. Incliné la cabeza a un lado. El cuello me crujió.

—¿Estás bien? —preguntó Lily.

—Perfecto. Sólo que todo empieza a ser real. Una cosa era planear mi viaje de investigación a Maine, pero esto es un poco distinto.

Ella se incorporó y se chupó el labio inferior bajo el superior. Vi preocupación en su mirada.

—No tienes por qué llegar hasta el final, ¿lo sabes? —señaló—. Lo hacemos por ti, no por mí, y lo último que me apetece es que hagas algo que te vaya a atormentar el resto de tu vida.

—No es eso lo que me asusta. Quizá lo que me preocupa es que se tuerza algo.

—Si lo hacemos tal y como lo hemos planeado, nada irá mal. Deja que te haga una pregunta: si hubiera hoy un terremoto en Maine y Miranda y Brad murieran, ¿cómo te sentirías?

—Feliz —dije sin tener que pensarlo—. Todos mis problemas quedarían resueltos y ellos habrían recibido su merecido.

—Pues eso es lo que estamos haciendo. Estamos provocando un terremoto que los sepultará a los dos. Y, si lo hacemos bien, todos, incluidos los detectives que estudien el caso, se limitarán a suponer que Lily fue asesinada por Brad y que éste puso tierra de por medio. Centrarán todos sus esfuerzos en encontrarlo, pero nunca lo conseguirán. Tal vez sospechen de ti una temporada. Sería extraño que no lo hicieran, pero nada de lo que descubran te incriminará y tu coartada será a prueba de bomba.

—Vale, te creo.

—Oye, si en cualquier momento decides que no quieres seguir adelante, házmelo saber y punto. Pero si lo que te preocupa es que algo salga mal, no creo que tengas que estar preocupado. Si nos mantenemos despiertos y nos ceñimos a lo planeado, ni siquiera te van a considerar sospechoso. Miranda y Brad recibirán su merecido, y no sólo eso; piensa en todo el cariño que vas a recibir. Tu joven y hermosa esposa asesinada por el bruto de su amante. Vendrán a ti como moscas.

Lily estaba sonriendo. Se apartó un mechón de pelo de la frente.

—Que quede claro —dije—. Ése no es el motivo.

—¿No?

—No, a menos que tú..., eh..., te presentaras voluntaria a hacerlo.

Lily seguía sonriendo.

—Veo que la historia se complica.

—O se vuelve más sencilla —repuse.

Se rio.

—Exacto, más sencilla.

Nos miramos un momento y la sonrisa de Lily se apagó. Se encogió de hombros y se abrochó unos botones más del abrigo.

—¿Tienes frío? —quise saber.

—Un poco. ¿Damos un paseo? Nunca he estado aquí.

Me pareció bien y dimos una vuelta por las lápidas inclinadas y desgastadas, cogidos del brazo. Nos movíamos a gusto juntos, sin tener que hablar, como si fuéramos una pareja de ancianos con años de recuerdos

compartidos. Leímos algunas inscripciones que, en su mayoría, conmemoraban vidas transcurridas en el siglo XVIII, muchas de ellas cercenadas prematuramente a edades que en la actualidad se considerarían trágicas. Pero habían vivido sus vidas. Y, por más jóvenes que fueran en el momento de la muerte, poco importaba ahora que hubieran pasado tantos años desde su desaparición.

En algunas de las lápidas las letras se habían desgastado tanto que se habían convertido en jeroglíficos ilegibles, y muchas tenían calaveras aladas y las palabras MEMENTO MORI. RECUERDA QUE VAS A MORIR. Pasé el dedo por encima de uno de los grabados, una calavera en forma de bombilla con redondos ojos de lechuga y una dentadura completa. Entre la calavera y la inscripción había dos pares de tibias cruzadas.

—Me pregunto cuándo dejaron de poner representaciones de la muerte en las lápidas —dije—. Dan en el blanco.

—Sí, es verdad —convino Lily, acercándose más con su brazo.

El cementerio descendía un poco en la parte más alejada y nos detuvimos por debajo de su cota más alta, al pie de un árbol todavía engalanado de hojas amarillentas. Nos volvimos casi a la vez, la estreché entre mis brazos y nos besamos. Su jersey tenía el tacto de la lana de cachemira. Lily tembló.

—¿Sigues teniendo frío? —inquirí.

—No —respondió ella, y nos besamos más, unos besos que cada vez eran más húmedos, mientras hacíamos que nuestros cuerpos se aproximaran entre sí.

Le pasé una mano por el jersey, notando los perfiles de sus costillas, la pequeña elevación de su pecho, un pezón erecto. El ruido de una rama que se quebraba nos hizo girar las cabezas. En la loma más alta del cementerio, una solitaria silueta se agachó para hacer una fotografía a una de las lápidas. Nos separamos, pero continuamos mirándonos.

—¿Terminamos por hoy? —dijo.

—De acuerdo. —Mi voz sonó un poco ronca.

—¿Te sabes el plan? ¿Quieres que lo repasemos otra vez?

—Lo tengo claro. Está todo aquí. —Me di un golpecito en la frente.

—Perfecto.

No nos movimos todavía.

—Así que, más adelante —añadí—, ¿podremos seguir con esto?

—Me gustaría.

—¿Y me contarás todos tus secretos?

—Sí. Te lo contaré todo. Tengo ganas de hacerlo.

Recordé el comentario que había hecho medio en broma en el Concord River Inn, cuando le pregunté a cuánta gente había matado. Una vez más me pregunté con quién me estaba relacionando. Y una vez más me dije que me daba igual.

—Deberíamos marcharnos por separado.

—Lo sé. O terminaremos saliendo en una de las fotos de ese hombre.

Levanté la vista hacia la loma. El hombre ahora estaba de pie, enfocando con su cámara una hilera de lápidas inclinadas.

—Voy yo primera —dijo Lily.

—Vale. Hasta la próxima...

—Exacto. Hasta entonces... Buena suerte.

Se alejó de mí, ascendiendo hacia la loma del cementerio. El hombre de la cámara no se volvió a mirarla. Me quedé donde estaba, con el sabor de sus labios todavía en los míos. Me subí la cremallera de la chaqueta y hundí las manos en los bolsillos. El cielo, aún del color del granito, se había iluminado un poco, de modo que tuve que guiñar ligeramente los ojos para seguirla con la mirada. Por primera vez desde que había decidido asesinar a mi mujer, deseé que ocurriera ya. Me sentía como un niño antes de Navidad, viendo que los días se alargan, cada uno de ellos convertido en una miniatura de la eternidad. Deseaba la muerte de Miranda. Se había burlado de nuestro amor. Se había burlado de mí. No paraba de pensar en cómo solía mirarme, y todavía lo hacía a veces, como si yo fuera el centro del universo. Y entonces me había arrancado el corazón. ¿Y cómo iba a poder compartir el dinero que había ganado con una mujer que me había hecho eso, que me había arrancado el corazón como si no tuviera ninguna importancia para ella? Ése era mi motivo, y me dije que era auténtico.

Pero ahora también tenía otro motivo. Tenía a Lily. Iba a hacerlo por Lily. Iba a asesinar a mi mujer para poder estar con ella. Y ese motivo tenía más



sentido que cualquiera de los demás.

# 12

## Lily

Disponía de toda una semana antes de coger el avión a Londres para mi curso en el extranjero, y le dije a Eric que tenía un tremendo resfriado de finales de verano y que quizá sería mejor que no viniera a verme. Le pareció bien, con la condición de que pudiera acercarme al aeropuerto JFK el martes que salía mi vuelo. Había pensado que pasar ese par de horas con él en el coche me resultaría más difícil, pero al final fue sencillo. Me obligué a actuar como si no hubiera ocurrido nada.

Durante el verano, Eric y yo habíamos hablado varias veces sobre mi año de estudios en Londres. Le había dado la oportunidad de expresar cualquier reparo que tuviera, pero él había insistido en que teníamos que seguir juntos, continuar siendo exclusivos el uno para el otro. Su primera visita estaba prevista para octubre, seis semanas después de mi desembarco en Londres. Él ya había comprado el billete. De modo que, cuando nos despedimos en la zona de embarque del aeropuerto JFK, Eric dijo:

—Seis semanas parecen mucho, pero en realidad no es tanto tiempo. Pronto nos veremos.

—Eh —respondí yo—. Puede que esto te parezca extraño, pero quiero que sepas que lo entenderé si esta separación se te hace demasiado larga. Si quieres tomarte un descanso, estar con otra, no voy a saltar de alegría, pero no te lo reprocharé. Ahora es el momento de decírmelo. No más tarde.

Pareció preocupado y me miró directamente a los ojos.

—¿Quieres eso?

—No, qué va. Pero quiero que me digas la verdad. No me lo tomaría bien si me engañaras.

—Nunca vas a tener que preocuparte por eso. Nunca.

Busqué en su semblante algún indicio de que me estuviera mintiendo. Era algo que había hecho durante muchos años viviendo con mis padres y había acabado por considerarme una persona que sabía ver cuándo la estaban engañando. Pero no vi nada en la cara de Eric salvo amor y sinceridad.

—Tengo tantas ganas de verte en octubre... —dije, y lo abracé con fuerza un momento, mientras un Range Rover parado detrás de nosotros hacía sonar la bocina.

En cierta forma, no le estaba mintiendo. Era verdad que esperaba con ilusión su visita. La cara que había puesto, ese gesto amoroso e inocente, había sellado su destino. Todavía no sabía cómo iba a hacerlo, pero sí sabía que encontraría la forma de castigarlo cuando fuera a verme a Londres.

El Instituto de Arte Faunce aceptaba a muy pocos alumnos extranjeros cada año, de manera que, durante mi semana de acogida, me alojé en un hotel de Russell Square junto con unos cuarenta estudiantes de Estados Unidos, todos matriculados en algo que se llamaba la Academia de Ultramar para el Estudio en el Extranjero, una institución que sólo acogía a alumnos estadounidenses en su año de estudios fuera del país. En esa semana —además de las reuniones de bienvenida y algunas sesiones de orientación—, se esperaba de nosotros que formáramos grupos y buscáramos alojamiento. Nos facilitaron una lista de agencias inmobiliarias especializadas en apartamentos de alquiler temporal y nos dijeron que tendríamos más posibilidades de encontrar algo si formábamos grupos de cuatro o seis personas. Al final resultó que muchos de los alumnos estadounidenses habían llegado de sus respectivas universidades con los grupos ya formados. Un día, justo cuando me estaba preguntando si podría encontrar un estudio para mí sola, se me acercó una alumna guapa con la lista de agencias arrugada en la mano.

—¿Ya tienes grupo? —preguntó.

—Aún no. ¿Y tú?

—No, pero mi hermana mayor hizo este curso y me contó que es mentira eso de que es más fácil si vas en un grupo grande. Por algún motivo, les interesa que los alumnos formen grupos grandes. Pero en realidad es mucho más fácil encontrar un apartamento sólo para dos, así que he echado un vistazo y te he visto a ti. —Lo dijo todo de un tirón, con un marcado acento texano.

—Me gustaría compartir piso si te apetece —dije, feliz de haber conocido a alguien que parecía tener una mínima noción de los trámites que había que hacer para alquilar piso.

Dio un pequeño brinco y su larga melena castaña saltó sobre sus hombros.

—¡Estupendo! Todos estos grupos son mixtos y, no me malinterpretes, me gustan los chicos, pero no tanto como para compartir piso con uno. Me llamo Addison Logan. Mi familia me llama Addie, pero he pensado que me gustaría probar con mi nombre completo, Addison, estando aquí, en Londres, aunque puedes llamarme como mejor te parezca.

—Yo soy Lily Kintner —me presenté, y nos dimos un apretón de manos.

Nos llevó dos días de visitas, pero al final encontramos un piso de una habitación en el semisótano de un bloque eduardiano de apartamentos en el barrio de Maida Vale. Estaba a unas cuantas paradas de metro del Instituto Faunce y de las clases de Addison, pero era el barrio más bonito que nos habían enseñado. Addison me comentó que era el único sitio de los que habíamos visto que no le daba ganas de ducharse de inmediato, así que me pareció bien. Llamé a mi padre —que estaba de profesor visitante ese semestre en alguna universidad californiana— para decirle que había alquilado piso en Maida Vale, y me contestó que era una repija, me habló de un pub llamado Prince Alfred y acabó diciéndome que «el único defecto de Londres es toda esa panda de estudiantes de Estados Unidos que hay».

Addison y yo al final nos hicimos buenas compañeras de piso, principalmente porque nuestros horarios casi nunca coincidían. Unas tres semanas después de nuestra llegada, incluso empezamos a vernos menos

todavía porque ella se había liado con otro texano del programa que tenía un piso en Camden Town.

—Sé que es cutre tener que viajar a Londres para terminar saliendo con un chico de Lubbock que se llama Nolan, pero es mono.

—No te disculpes —le indiqué.

—Y tu chico se llamaba Eric, ¿no?, ¿cuándo vendrá al final?

Se lo dije y prometió que no me daría la lata durante la estancia de Eric. Yo le insistí en que me daba igual lo que hiciera, aunque lo cierto es que prefería que Addison no se pasara por el piso mientras él estuviera conmigo. Además de enfrascarme en los estudios en el Instituto y explorar las librerías y los museos de Londres, había estado dedicándome a planear la forma de matar a Eric sin que me descubrieran. Y estaba bastante segura de haber descubierto la manera.

La primera parte del plan se basaba en la naturaleza competitiva de Eric. Había pasado el tiempo suficiente viéndolo jugar al billar en Saint Dunstan's para saber la rabia que le daba perder. Procuraba disimular, pero cuando perdía, sobre todo con alguien que le caía mal, se le quedaban los ojos en blanco e intentaba encontrar la forma de jugar la revancha con ese alguien y ganarle. Y ese mismo verano, cuando Eric venía a verme a Monk's House, me había preguntado una vez por el enorme roble del patio trasero. Había visto dos banderolas descoloridas clavadas al tronco, una a tres cuartos de altura y la otra cerca de la cima. Le expliqué que un verano el mejor amigo de infancia de mi padre había pasado un mes en casa y que los dos se habían turnado trepando por el tronco para ver quién lograba clavar más alto su bandera. Estuvieron semanas dale que te pego y la cosa sólo terminó cuando mi padre, borracho, se cayó desde la primera rama una noche y se rompió la muñeca. Después de contarle la historia a Eric, supe que él querría intentar trepar por el tronco. Y lo hizo. Le costó varios intentos, pero al final llegó más alto que mi padre y su amigo.

—¿Cómo crees que se sentiría tu padre si pongo mi bandera ahí arriba?

Me reí.

—Supongo que le daría igual. Le divertiría.

—No necesito hacerlo, pero si piensas que le parecería divertido...

—¿Siempre has sido así de competitivo?

Me miró enfurruñado.

—No creo que sea tan competitivo. Tendrías que ver a mi hermano.

En su momento, atribuí la negativa de Eric a que no se conocía muy bien a sí mismo, pero ahora la consideraba parte de su hipocresía innata. Ponía mucho empeño en que la gente no se enterara de su deseo imperioso de ganar a toda costa. Era demasiado revelador. Y, además, ponía al descubierto una faceta de su personalidad que no podía cambiar. Así pues, cuando me enteré de que se celebraba una competición de cerveza en el Bottle and Glass, un pub cochambroso al final de mi calle, supe que podría convencer a Eric de que tomara parte. No necesitaba que estuviera borracho para lo que había planeado, pero sin duda ayudaría.

Llegó a Londres un sábado frío y lluvioso. Addison, fiel a su palabra, había hecho una maleta el viernes por la noche para pasar unos días con Nolan.

—Guapa, debes de estar emocionadísima —dijo.

—Lo estoy.

—Pues por lo menos intenta parecerlo.

—Es que estoy nerviosa —expliqué—. En realidad, no entiendo por qué, pero lo estoy.

—Se te pasarán los nervios a los cinco minutos de que llegue. Lo que os hace falta es un buen revolcón. —Se rio, tapándose la boca con la mano.

El vuelo de Eric había salido de Nueva York la noche anterior y tenía previsto el aterrizaje alrededor de las ocho de la mañana. Le había enviado un e-mail con las indicaciones para llegar a mi piso. No le había mentado a Addison al decirle que estaba nerviosa, aunque no lo estaba por lo que había planeado hacerle a Eric, sino por el tiempo que tendríamos que pasar juntos antes de poder llevar a cabo mi plan. Sabía que querría acostarse conmigo nada más llegar, y tuve que hacer de tripas corazón para asumirlo. Me dije que sería una prueba, una forma de comprobar qué sentimientos me despertaba Eric en realidad. Sabía que estar con él jamás cambiaría cómo me había hecho sentir su traición, pero me preguntaba si acaso podría trastocar

mis planes de poner fin a su vida. Lo dudaba, pero era una forma de averiguarlo. Y, si todo funcionaba según lo previsto, Eric sólo me incordiaría unas doce horas. Podría soportarlo.

El timbre sonó a las nueve y media, y subí la breve escalera hasta el rellano de mármol lleno de muescas para abrirle la puerta. Estaba arrugado como una pasa después del vuelo y tenía el pelo tieso en la nuca. Nos abrazamos y nos besamos, y luego lo acompañé escaleras abajo hacia el sótano y le mostré el piso.

—Estarás agotado —señalé.

—Sí, pero no quiero pasarme todo el día durmiendo. Igual me echo una siesta y luego salimos a dar una vuelta.

—Hay un buen pub en esta calle. El Bottle and Glass.

—Vale. Déjame dormir un rato y listo. Máximo una hora, y sólo si me acompañas.

Le dije que se acostara y que luego me metería en la cama con él, con la esperanza de que se quedara dormido. Pero después de que Eric entrara en la habitación y de pasarme quince minutos preparándome una taza de té con toda la parsimonia del mundo, decidí que en realidad sí me apetecía meterme en la cama con él. No sólo era una prueba; también era una forma de decirle adiós. Entré en la pequeña habitación oscura. Eric se movió debajo de las mantas y oí su respiración acompasada. Me quité toda la ropa y me acurruqué detrás de él. Se agitó un poco pero no se despertó. También estaba desnudo, y el tacto de su cuerpo largo y cálido pegado al mío no me dio el asco que había imaginado. Pasé una mano por su torso firme, bajando hasta su vientre plano, y le toqué el pene. Se puso duro al instante y balbuceó algo a la almohada que no entendí, antes de volverse lentamente hacia mí. Separé las piernas y lo rodeé con ellas. Quiso decir algo, pero le bajé la cabeza para colocarla junto a la mía. Su pelo olía bien. Me la metí dentro y tapé nuestras cabezas con la sábana y la manta. Hicimos el amor en esa cueva oscura y sofocante, sin hablar, moviéndonos juntos con un ritmo pausado y soñoliento.

Cuando acabamos, volvió a dormirse y me aparté de él con cuidado, bajándome la manta y la sábana hasta la cintura. El aire frío era agradable sobre mi pecho desnudo, sobre mi piel húmeda de sudor. Pensé en lo que

había planeado hacerle a Eric esa noche y traté de sentirme mal. Lo comparé con Chet, quien había querido acostarse con una niña, pero Chet por lo menos no había fingido estar enamorado de nadie. Eric era una mala persona de la cabeza a los pies, alguien que se movería por la vida sirviéndose solamente de lo que se le antojara e hiriendo a todas las personas que lo quisieran. Le había hecho entrega de mi amor —de mi vida, en realidad—, y él había tratado ambas cosas con desdén.

Poco después del mediodía, Eric se despertó desorientado y muerto de hambre. Se dio una ducha, se vistió y salimos a explorar mi barrio. Lo llevé a un puesto de comida rápida y pedimos sándwiches y unas bebidas, que nos llevamos a un parquecillo que se llamaba Rembrandt Gardens y colindaba con un canal. Había dejado de llover, pero las nubes seguían estando bajas y oscuras, y el agua goteaba de los árboles formando charcos por todas partes. Extendí mi chaqueta sobre un banco de madera y nos sentamos y comimos los sándwiches. Terminamos justo en el momento en que una lluvia escasa empezaba a caer en las hojas que teníamos encima.

—Siento este tiempo —dije.

—Es tiempo de pub —indicó.

—¿Listo para una copa? El Bottle and Glass no está muy lejos de aquí. Ni se te ocurra participar en el desafío de cerveza. Es lo único que te pido.

—¿De qué va eso?

No tuve que hacer más. Cuando llegamos al Bottle and Glass, un pub que era de lo más anodino y angosto para Londres, con bancos de madera y el suelo sin enmoquetar, Eric leyó la información sobre el concurso de cerveza y se fijó en los nombres de los vencedores anteriores. Para quedar immortalizado en las paredes del Bottle, lo único que tenías que hacer era beberte una pinta de cada uno de los diez tiradores de cerveza del bar en un tiempo máximo de cinco horas. Vigilaban tus visitas a los lavabos para asegurarse de que no vomitaras. Eric me señaló que no le parecía especialmente difícil. Yo había pensado lo mismo y se lo había planteado a Stuart, el camarero, la semana anterior. Me había respondido que la mezcla de cervezas, desde *porter* hasta *bitter*, pasando por *pilsner* y *cider*, era una auténtica montaña rusa y que resultaba mucho más difícil de lo que pudiera



parecer a primera vista. Había visto a muchos tipos fortachones abandonar o vomitar antes de concluir la ronda.

—Voy a hacerlo —dijo Eric, dirigiéndose tanto a mí como a la camarera de ese día, una mujer mayor que no había visto hasta entonces.

—¿En serio, Eric? —repuse.

—Perfecto, cariño —terció la camarera, al tiempo que sacaba un formulario de inscripción—. Apunta tu nombre aquí donde pone «Salida» con la hora que es y yo me ocupo del resto. Cuando te hayas terminado la décima pinta, lo único que tendrás que hacer es venir otra vez a la barra y firmar con tu nombre aquí abajo. El resto es cosa tuya. La mayoría pierden sus últimas pintas en el lavabo.

Me quejé un poco más, sólo para aparentar, pero sabía que Eric no iba a dar su brazo a torcer. La primera cerveza era una Fuller's ESB, y lo acompañé. Nos llevamos las pintas a una mesa en un rincón.

—Estoy de vacaciones —declaró, antes de tomarse un largo trago.

—No quiero que estés enfermo todos estos días.

—No lo estaré. Diez pintas en cinco horas. Pan comido.

Aguanté unas tres horas y media. Saltaba a la vista que Eric estaba decidido a completar el reto, pero se enfrentaba a su séptima pinta, una *porter*, y se la estaba bebiendo bastante despacio.

—Lo que pasa es que estoy lleno —dijo, pero sus palabras, por el *jet lag* y por la cerveza, sonaron pastosas en su boca.

—¿Nos rendimos? —propuse—. Estoy harta de estar sentada en este pub.

—No voy a rajarme ahora que he llegado tan lejos. —Eché un vistazo al local.

Algunos de los parroquianos que habían aparecido cerca de la hora del cierre se habían enterado del intento de Eric de dejar su huella en las paredes del local. Sabía que Eric continuaría a toda costa.

—Pues entonces me voy. Me muero de hambre y no quiero seguir comiendo patatas fritas. Voy a un restaurante indio y me llevo la cena a casa.

—Lo siento, Lily.

—No lo sientas. Pásalo bien. Procura no potar en la barra. Nos vemos dentro de un par de horas. ¿Sabrás volver a casa?

—Vives en esta misma calle, ¿no?

Me fui. Había anochecido, y del cielo, inflamado de profundos tonos violeta, caía una fina llovizna. Caminé directamente al restaurante indio de la esquina en el que había estado tantas veces. Pedí un *rogan josh* y un *korma* de pollo, y me tomé una Coca-Cola mientras esperaba la comida.

—¿El *rogan josh* no lleva frutos secos? —pregunté, mientras el dueño me preparaba la cuenta.

Sabía la respuesta, pero quería que quedara constancia de mi pregunta.

—El *rogan josh* no frutos secos, pero anacardos en el *korma* de pollo.

—Es verdad, lo sabía. Gracias.

Regresé al apartamento con las bolsas de comida. Las dejé en la mesita de madera de la cocina y fui a la habitación para investigar en la maleta de Eric. Había traído varias mudas, *Batiendo a Wall Street* de Peter Lynch y ropa de deporte para salir a correr. Sus dos EpiPen estaban en una bolsita para sándwiches dentro de un bolsillo interior de la maleta cerrado con cremallera. Tenía que llevar una siempre encima —se lo había repetido mil veces—, pero sabía que no lo haría. Su alergia a los frutos secos era letal, pero era la vanidad lo que le impedía cargar con esas inyecciones de adrenalina cuando salía. «¿Qué se supone que tengo que hacer, Kintner? ¿Llevarlas en una riñonera?» Se había convencido de que nunca comería nada en público que tuviera la más remota posibilidad de estar cocinado con frutos secos. Cogí las EpiPen y las escondí debajo del colchón; luego regresé a la cocina. Tenía hambre y comí un poco de esos platos indios de las tarrinas antes de verter el *korma* de pollo en un bol grande. Nivelé el pollo y la salsa amarilla y saqué metódicamente cada anacardo, metiéndolos en un mortero de piedra que había encontrado en uno de los atestados armarios de nuestra cocina. Cuando me aseguré de que había pescado todos los anacardos, cogí la mano de mortero y majé la mitad hasta conseguir una pasta fina que incorporé al *korma*. Luego volví a meter la comida en su tarrina. Cogí los anacardos que sobraban, los envolví en un trozo de papel de cocina y los escondí en la nevera detrás de las salsas. Lavé el mortero y la mano, y también el bol, y los guardé en su sitio. Puse las tarrinas de comida india en la mininevera del apartamento. El *korma* de pollo era uno de los platos favoritos de Eric, y el

restaurante de New Chester donde lo pedíamos nunca lo preparaba con frutos secos. Todo estaba a punto. Sólo tenía que esperar.

Traté de leer *Los secretos de Oxford* de Dorothy Sayers, pero me costaba concentrarme. No es que estuviera nerviosa, pero quería zanjar el asunto. Eric había empezado el reto a la una y media más o menos, de modo que terminaría de una forma u otra a las seis y media. Sobre las seis y cuarto sonó el estridente timbre de la puerta. Me puse en pie de un salto. Me pregunté si se habría dado por vencido, pero cuando llegué a la puerta y la abrí me encontré a Addison. Estaba llorando, sus hombros subían y bajaban convulsos, mientras rebuscaba la llave en su bolso.

# 13

## Ted

En mi penúltimo año en el instituto de Dartford-Middleham le pedí a una chica un año más joven que yo que me acompañara al baile de final de curso. Rebecca Rast era una rubia popular con la que había hecho amistad mientras trabajábamos los dos en el periódico del instituto. Pareció contenta cuando se lo propuse, aunque sabía que le iban más los deportistas. No me importaba, lo único que quería era tener a alguien que me acompañara.

Pero una semana antes del baile me encontré con Rebecca en una fiesta de la cerveza celebrada en una base militar abandonada en el pueblo de al lado. Había oído hablar de esas fiestas, aunque nunca había ido a ninguna. Había un centenar de estudiantes, los coches estaban aparcados sobre el asfalto reventado del viejo parking de la base y los chicos iban y venían por la empinada colina que se elevaba en el flanco sur de los edificios tapiados. Casi todos habían traído packs de seis latas que habían birlado de las casas de sus padres o habían comprado sus hermanos o hermanas mayores. Yo había ido con mi mejor amigo, Aaron, quien, como yo, no era ni popular ni un marginado. Antes de bajarnos de nuestros coches, casi dimos media vuelta, impresionados por la escena y avergonzados por no haber llevado nada de beber. Pero cuando vi a Rebecca saltar de un descapotable con un grupito de amigas, me convencí de que, por lo menos, debería saludar a la chica que iba a acompañarme al baile la semana siguiente.

Para mi sorpresa, me pareció que estaba encantada de verme, y pasamos gran parte de la fiesta juntos, bebiendo cervezas calientes en la colina y luego explorando la base abandonada. Terminamos encima de una azotea baja a la que subimos por una escalera de incendios oxidada. Miramos las estrellas, que latían desenfocadas por toda la cerveza que habíamos tomado, y entonces empezamos a besarnos. Era una cálida noche de primavera y Rebecca llevaba una blusa sin mangas que le dejaba el vientre al aire y una falda vaquera corta, y me dejó tocarla por todas partes hasta que, en cierto momento, me señaló que deberíamos frenar a menos que tuviera un preservativo. No llevaba ninguno, pero esa misma noche, acostado en mi cama, me dije que debía conseguir uno lo antes posible, y desde luego antes de la noche del baile. Pensarlo me entusiasmaba, pero aún me entusiasmaba más el hecho de tener novia por primera vez.

La noche del baile recogí a Rebecca en la modesta casa de sus padres cerca del estanque de Middleham. Mientras su madre nos hacía fotos, su padre permanecía apoyado en su Dodge Dart, fumándose un puro y echándome miradas fulminantes bajo su gorra de los Patriots de Boston. Me sentí aliviado cuando nos encontramos a salvo dentro de mi coche de camino al Holiday Inn donde se celebraba el baile. Rebecca llevaba un vestido azul claro escotado. Se había peinado la melena con unas trenzas francesas y olía a vainilla.

Pese a algún mal rato debido a mis nervios, las primeras horas del baile fueron bien. Rebecca estaba habladora y coqueta. Comimos unos san jacobos de pollo resacos y bailamos unas cuantas veces. Durante uno de los bailes lentos, le di un beso tierno en la sien. Ella se me arrimó y pensé en el preservativo que estaba en su envoltorio de aluminio y que llevaba escondido detrás de mi carnet de conducir en la cartera.

No fue hasta unos veinte minutos antes del final del baile cuando todo se vino abajo. Había ido a los lavabos y, al regresar, vi que Rebecca ya no estaba en nuestra mesa. La descubrí en el extremo opuesto de la pista de baile, apoyada en la pared y hablando con un estudiante de penúltimo año a quien reconocí: era Bill Johnson, un defensa del equipo de fútbol americano del instituto. Me quedé de piedra, mis extremidades se enfriaron y se me hizo

un nudo en la garganta. En vez de cruzar la infinita distancia de la sala para enfrentarme a ellos, regresé a mi mesa y desde allí vi cómo Rebecca y Bill se abrazaban, después se besaban y finalmente se marchaban del baile juntos.

Coincidió con Rebecca en el pasillo del instituto el lunes por la tarde. Pensé que tal vez se disculparía, pero al mirarla sus ojos apenas me rozaron y dio media vuelta. Esa misma semana supe que ella y Bill habían empezado a salir juntos. No sabía si el hecho de que muy pocos de mis compañeros de instituto parecieran estar al corriente de que me había humillado la noche del baile me hacía la experiencia más llevadera o insoportable. Sí sé, en cambio, que si Rebecca por lo menos hubiera intentado disculparse conmigo, quizá todo habría sido diferente.

Tramé mi venganza durante más de un año. Si tenía que hacerle algo a Rebecca, era lógico que dejara pasar un poco de tiempo. De lo contrario, habría sido el sospechoso más probable. Durante mi último año en el instituto, me centré en sacar las mejores notas que pude y en evitar verme envuelto en más situaciones que pudieran resultarme humillantes. Me aceptaron en Harvard, lo que sorprendió incluso a mi orientador pedagógico, y si bien la admisión ya me pareció una forma de venganza, seguía deseando que Rebecca me las pagara. Lo ideal sería encontrar una manera de humillarla tal y como ella lo había hecho conmigo, pero no se me ocurría ninguna. Me decidí por mi segunda opción: darle un susto de muerte.

Una semana antes de la graduación, en una tarde encapotada, aparqué mi Ford Escort al final del parking de Licores Arnie's y luego me interné por un breve trecho de bosque nacional hasta llegar a la parte trasera de la casa de los Rast. Si alguien se hubiera cruzado conmigo, habría visto a un chico con una chaqueta vaquera y una gorra de béisbol con la visera bajada, un atuendo que por lo general no habría llevado nunca. Pero nadie me vio. Llevaba una palanca en la mochila para forzar la puerta trasera, pero me la encontré abierta. Sabía que no habría nadie en casa, que el señor Rast se había marchado hacía meses y que la señora Rast trabajaba en una farmacia durante el turno de día. Y sabía, y esperaba, que Rebecca llegaría sola a casa después del final de las clases a las tres de la tarde. Me escondí en el armario de su habitación y aguardé.

Pensándolo ahora, recuerdo el terror y la emoción que sentí en ese espacio angosto y oscuro, con la ropa de Rebecca Rast crujiendo contra mi cuerpo, con la cara cubierta por el pasamontañas, que empezaba a hacerme sudar. Había dejado la puerta del armario ligeramente entreabierta y alcancé a oír el coche de Rebecca deteniéndose en la entrada y a ella entrando en la casa y subiendo poco a poco la escalera. Primero fue al lavabo, donde permaneció un rato que se me hizo largo. Luego oí que tiraba de la cadena y entraba en su habitación, tarareando sin afinar, para sí misma. El corazón me latía tan fuerte en el pecho que me pregunté cómo no lo oía. Había planeado salir del armario de golpe, con mi pasamontañas, pero no me hizo falta. Rebecca vino directa a la puerta del armario y la deslizó sobre sus rieles. Di un paso hacia ella, con unas tijeras en una mano y cinta de embalar en la otra. Abrió la boca para gritar, pero se quedó muda. Vi cómo se le iba todo el color de la cara y creí que iba a desmayarse, pero de pronto se volvió y echó a correr. La plaqué por la espalda y sólo entonces me di cuenta de que se había desvestido e iba en ropa interior. La sujeté en el suelo y pude rodearle la cabeza y la boca con la cinta de embalar y luego le até las manos y los tobillos. No fue fácil, me dio varias patadas, pero me contuve y no solté palabra para que no supiera quién era. Después de tenerla bien amarrada con la cinta de embalar, la arrastré al armario y, antes de cerrar la puerta, le pasé el filo de las tijeras por el cuello. Cerraba los ojos con todas sus fuerzas y le saltaban las lágrimas. Oí el fuerte olor de la orina.

Tiré la chaqueta, el pasamontañas, las tijeras, la palanca y la mochila en un contenedor detrás de la licorería. Volví en coche a casa, temblando, mientras mis emociones se debatían entre la enorme satisfacción de haberme vengado de Rebecca por el dolor que me había causado y una sensación angustiada de vergüenza al pensar que aquello se me había ido de las manos. Esos sentimientos me duraron todo el verano, y la vergüenza a veces era reemplazada por el espantoso temor a que me descubrieran. Me humillarían en público y me enviarían a la cárcel y no podría ir a Harvard. Pero la policía no se presentó y, a medida que avanzaba el verano, empecé a pensar que me había salido con la mía. Sólo una vez tuve noticias del incidente a través de una amiga mía muy cotilla que se llamaba Molly. Me dijo que Rebecca Rast

—«Sabes quién es, ¿no? Por Dios, si fuiste con ella al baile de fin de curso, ¿no?»— había sido víctima de un ataque en su propia casa y que alguien la había atado y metido en el armario, y que todo el mundo pensaba que había sido su padre, ese asqueroso que trabajaba en la gasolinera. Eso fue todo lo que supe.

Todavía sueño con Rebecca Rast. En esas pesadillas —porque lo son sin lugar a dudas—, ella muere la noche que la amordacé con la cinta de embalar y la metí en el armario. Cuando sueño con ella, me domina el sentimiento de culpa y me aterroriza que puedan descubrir que soy el culpable. Soñando, no soy capaz de recordar si pretendía matarla o tan sólo asustarla. Pero, en cualquier caso, soy un asesino y esa evidencia ha tomado el control de mi vida.

La mañana del viernes que Miranda iba a volar a Miami Beach para una despedida de soltera, me desperté después de uno de esos sueños. Estaba solo en la cama y permanecí en ella un momento, dejando que las imágenes de la pesadilla aparecieran como fogonazos en mi mente antes de desaparecer. Al principio, pensé que había vuelto a soñar con Rebecca Rast, pero entonces me di cuenta de que la mujer a la que había matado en sueños era Miranda. La había encerrado en el armario de Rebecca y había muerto allí. Empecé a recordar otras escenas del sueño. Un funeral en el que nadie me miraba. El miedo terrible a haberme olvidado de esconder el cadáver. Una imagen de mi padre, con agua saliéndole por la nariz. Un campo en el que me pasaba horas cavando agujeros. Durante un terrible momento, pensé que esos cuadros no procedían de mis sueños, sino de recuerdos recientes. No era la primera vez que tenía esa sensación, siempre me ocurría cuando me hallaba en ese estadio intermedio entre el sueño y la vigilia, esa espantosa impresión de que lo que estaba soñando era de hecho real, que era un asesino y que sólo era cuestión de tiempo que todo el mundo lo supiera. Sacudí la cabeza y me dije que había sido un sueño. Luego me levanté de la maraña de sábanas y cogí el teléfono de la cómoda. Eran las ocho pasadas, mucho más tarde de lo que solía despertarme. El coche que había pedido Miranda llegaría a las ocho y media para llevarla al aeropuerto Logan. Me puse unos vaqueros y un jersey de algodón y bajé.



—¿Qué tal, dormilón? —dijo ella cuando la encontré en el comedor.

Estaba sentada a la mesa rústica de principios del siglo XX, con el equipaje al lado. Llevaba un vestido corto azul y unas botas vaqueras rojas y estudiaba con avidez la pantalla de su móvil.

—¿No tendrás frío con eso?

Levantó la vista.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Le pediré al conductor que ponga la calefacción a la temperatura de Miami. —Apagó el móvil, lo metió en su bolso y se levantó—. ¿Qué te va a sacar de la cama mientras esté fuera?

—Para empezar, siempre estás fuera, así que no es ninguna novedad. Y, en segundo lugar, el trabajo, como es evidente.

—Podrías salir a cenar con Mac esta noche. Seguro que está por aquí.

—Pues la verdad es que no está. Ha ido al funeral de su tía. ¿Te acuerdas de que te lo conté? No, voy a sacar el cordero del congelador. Una cena especial, sólo para mí.

—Pues qué bien. Cómetelo todo. Casey me ha dicho que esta noche iremos a comer cangrejo moro a Joe's.

Le saqué las maletas al vestíbulo, reprimiendo el impulso de comentar lo mucho que pesaban para un fin de semana de tres días. Miranda echó una ojeada por la vidriera emplomada de la puerta principal.

—Ya ha llegado la limusina —dijo, y me atrajo hacia sí para darme un abrazo inusualmente fuerte—. Te voy a echar de menos, Teddy —añadió.

—¿Pero cuánto tiempo piensas estar fuera?

Me dio una palmada en el pecho.

—No me tomes el pelo. Es verdad que te voy a echar de menos. Eres un buen marido, ya lo sabes.

—Yo también te echaré de menos —respondí, tratando de imprimir algo de sentimiento a mi voz.

Por cómo se estaba comportando, me pregunté por un momento si la despedida de soltera era una mentira. ¿Iba a encontrarse con Brad en Miami?

Miranda abrió la puerta y el chófer bajó de un salto de su Lincoln Town Car y subió la escalera corriendo para recoger el equipaje. Miranda lo siguió hasta el coche, mientras una fuerte racha de viento le levantaba el dobladillo

del vestido. Se volvió para decirme adiós con la mano y me pareció vulnerable en aquella ropa extemporánea que no la protegía del frío. Cuando me disponía a cerrar la puerta de casa, sacó unas enormes gafas de sol de su bolso, se las puso y me mandó un beso.

El día se alzaba ante mí. Tenía que hacer unas llamadas y revisar un prospecto de emisión de acciones, pero eso sólo me llevaría media mañana. Me preparé una taza de café y me puse delante del ordenador. Busqué en Google el nombre de Lily Hayward por enésima vez, pero no obtuve ningún resultado que se pareciera a ella, al margen de su presencia en el directorio del Winslow College. Luego busqué el pueblo de Winslow y consulté la ruta entre mi casa y un restaurante de aspecto prometedor en el centro de la población. ¿Qué mal había en que me acercara en coche a comer allí? Iba a ser un bonito día de octubre; tras un caluroso y largo verano, las hojas de otoño estaban en pleno apogeo. Podría dar un paseo, comer algo, visitar la ciudad donde vivía Lily. Y si la veía —y las posibilidades eran escasas—, ¿qué mal habría en ello? No tendríamos que saludarnos y, si lo hacíamos, ¿de verdad cambiaría algo?

Terminé mi trabajo, me di una ducha y me vestí. Una vez en el garaje, en vez del Audi decidí sacar mi Porsche 911 de 1976 restaurado, el coche que me había comprado después de cerrar mi primer gran trato. Evité la autopista de Boston y me dirigí hacia el río, donde tomé la autovía de Storrow Drive. El río estaba lleno de remeros universitarios, entrenándose para el inminente fin de semana de la regata Head of Charles. Lucía un día perfecto, las estelas de vapor de los aviones eran la única mácula en el cielo. Levanté la vista, preguntándome si estaba viendo los rescoldos del avión que se llevaba a mi esposa a Florida.

Después de circular por Storrow Drive, cogí la Soldiers Field Road y luego crucé por Waltham y Newton hasta llegar a la Boston Post Road, que tomé en sentido oeste a través de la periferia de Boston de camino a Winslow. Mientras cambiaba de marcha, me pregunté por qué diantres había encargado mi Audi con cambio automático. El siguiente coche que me comprase lo tendría manual.

Bajé por la calle principal del centro de Winslow, buscando aparcamiento

en el sorprendente ajeteo de aquella ciudad. Las universitarias cruzaban en grandes grupos la calzada. En su mayoría, eran muchachas con vaqueros y botas, con el pelo recogido en coletas. Esperando a que algunas de aquellas muchachas cruzaran por el paso de peatones, eché una ojeada a través de la verja que delimitaba el campus universitario. Alcancé a ver tres edificios bajos de ladrillo que rodeaban una explanada de césped perfectamente cuidado. Una hilera de robles marcaba un sendero a través del campus. ¿Se encontraba Lily en uno de los edificios que podía ver? ¿Era Lily el tipo de mujer que se lleva un tentempié al trabajo o era de las que bajan al centro del pueblo para comer? A fin de cuentas, era viernes, un soleado día de octubre. El coche que tenía detrás pitó, metí primera en el Porsche y doblé por una calle lateral con estacionamiento de pago. Encontré sitio y caminé de vuelta a la zona de restaurantes por la que había pasado antes. El sitio sobre el que había leído —el Carvery— estaba allí, pero elegí un restaurante llamado Alison's, que tenía una mesa exterior que daba tanto al alto sol del mediodía como al campus del Winslow College. Pedí un bloody mary y una ensalada Cobb a la universitaria que trabajaba de camarera y me dediqué a mirar a la gente que pasaba por la acera. Las estudiantes tenían la cara impoluta y fresca típica de las muchachas que viven con fervor su feminismo. Cargaban con unas mochilas tan enormes que cualquiera habría dicho que podrían arrastrar el placaje de un jugador de fútbol americano. Entre las no universitarias, predominaban las amas de casa de mediana edad que habían salido de compras y a comer. Llevaban pañuelos cosidos a mano y prendas con volantes que disimulaban sus caderas. Vi también a unos cuantos ejemplares de profesor, hombres con el pelo mal cortado y americanas de *tweed*, y mujeres que parecían versiones más viejas de las solemnes universitarias jóvenes. Pero no vi a Lily, ni siquiera cuando, después de comer y de un segundo bloody mary, di un paseo por el campus del Winslow College.

Era una bonita universidad. El campus descendía suavemente desde el centro de Winslow hacia un estanque rodeado por un sendero. Me senté un rato en un banco de madera en el jardín botánico, al lado de un invernadero con un alto tejado terminado en punta. No había nadie a la vista, y supuse que sería el tipo de sitio donde Lily bajaría a comer. En ese mismo banco tal vez.

Estuve sentado hasta que las nubes aparecieron en el cielo, el sol se esfumó y de pronto empezó a refrescar.

Me había olvidado de echar más monedas en el parquímetro después de comer y encontré una multa de aparcamiento del municipio de Winslow bajo mi limpiaparabrisas. Quince dólares. Me la guardé en el bolsillo de la chaqueta y me agaché para meterme en el Porsche. De pronto me noté cansado y fui por la autopista todo el camino hasta Boston. Llegué a casa justo en el momento en que recibía un mensaje de texto de Miranda, en el que me decía que había aterrizado sin problemas en Miami y que la fiesta ya había empezado. Le respondí con otro mensaje y luego fui al ordenador a consultar mi correo electrónico. Era una etapa tranquila de mi vida y, francamente, tampoco es que me hiciera falta trabajar. La Bolsa, tras años de estancamiento, empezaba a dispararse otra vez. Mi cartera de acciones estaba en perfecto estado de salud y, si trabajaba, era sólo para ocupar mi tiempo.

Otro mensaje de Miranda: «No te olvides de sacar el cordero del congelador».

Le respondí agradeciéndole el recordatorio.

De hecho, me había olvidado del cordero y bajé a la cocina del semisótano. Saqué las chuletas del congelador y las puse bajo el grifo. El mensaje de Miranda era raro, tanto como el adiós almibarado con el que me había obsequiado al marcharse. ¿Estaba tramando algo siniestro? ¿O cabía la posibilidad de que hubiera roto con Brad y se sintiera de pronto arrepentida? En cualquier caso, eso no restaba ni un ápice de dolor a lo que me había hecho.

Entré en la bodega que teníamos al lado de la cocina y elegí un syrah del Viejo Mundo que maridaría la mar de bien con el cordero. Descorché la botella y decanté el vino. Las chuletas estaban empezando a ablandarse, de modo que las dejé en un bol de agua fría en su envoltorio de film y subí al salón. Como todavía no había echado un vistazo al periódico, me senté en la butaca reclinable y leí las noticias del día mientras me tomaba un gin-tonic a sorbitos. Al cabo de un rato, dejé el periódico y me puse a pensar en Miranda, en Brad, en Lily y en todo lo que había pasado o estaba a punto de ocurrir desde que había conocido a Lily en aquel avión que salía de Londres. Sin

querer, volvía una y otra vez al sueño que me había despertado esa mañana. La espantosa sensación de que, una vez que has asesinado a alguien, ya no puedes volver atrás y *desasesinarlo*. Nunca más te despertarás tras haber soñado y podrás quedarte tumbado en la cama, diciéndote para tus adentros que, por mucho que tu vida sea un repertorio completo de pecados, no eres un asesino. De pronto entendí que mi proyecto de asesinar a Miranda y a Brad se había convertido en un medio para la consecución de un fin, se había convertido en la forma de acercarme más a Lily, y que no era necesario cometer aquellos asesinatos para conseguirlo. Bastaba con decirle a Miranda que quería el divorcio y luego enviarle un e-mail a Lily preguntándole si tenía la noche libre para quedar a cenar conmigo. Aparte de nosotros, nadie conocería jamás los planes que habíamos tramado. Miranda podía quedarse con Brad, y yo, con Lily, y el mundo seguiría girando. Siempre se me había dado bien separar las cosas y metería en una caja toda la rabia y la vergüenza que me había provocado lo ocurrido con Miranda, y la cerraría. Pondría mi matrimonio en manos de los abogados; con la mitad de todo mi dinero habría de sobra. Una sensación de alivio me recorrió el cuerpo. Era como despertarse de una pesadilla y darse cuenta de que sólo había sido un sueño, que no había ocurrido en realidad.

Sonó el timbre de la puerta y di un pequeño salto en la butaca.

Mientras me dirigía a abrir, miré instintivamente mi reloj. Acababan de dar las seis. ¿Quién podría ser? Me dije que debía de tratarse de un mensajero e intenté recordar si estaba esperando un paquete.

Pasé la cadena de la puerta y la abrí unos quince centímetros. Era Brad Daggett, con una sonrisa algo avergonzada en la cara. Me costó un momento asumir que Brad, de Maine, estuviera en el umbral de mi casa en Boston. Me parecía absurdo, como ver a un hombre de esmoquin en una feria de campo.

—Ted —dijo, y su voz me sonó algo entrecortada—, qué bien que estés aquí. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto —accedí, al tiempo que retiraba la cadena y abría la puerta—. Entra, por favor.

En cuanto esas palabras salieron de mi boca, me arrepentí de haberlas dicho. Nada bueno podía explicar que Brad hubiera venido desde Maine a

verme. Estaba a medio entrar en la casa cuando empujé un poco la puerta para detener su avance.

—Brad, ¿qué estás haciendo aquí?

—Déjame pasar, Ted, por favor. Ahora te lo explico. —Le temblaba la voz y el aliento le apestaba a alcohol.

Nuestras miradas se encontraron, y de pronto me entró miedo. Empujé con más fuerza la puerta, pero él no se movía. Se metió la mano en el bolsillo y vi la pistola que había sacado.

—Déjame pasar, Ted —repitió, y reulé mientras Brad entraba en mi casa.

# 14

## Lily

—Addison, ¿qué pasa? —pregunté.

—Puto Nolan —dijo ella mientras entraba por la puerta y me seguía escaleras abajo. Se estaba sacudiendo las gotas de lluvia de la chaqueta y me salpicó la nuca.

—¿Os habéis peleado? —inquirí al entrar en nuestro apartamento.

Me miró, secándose las lágrimas de las mejillas con las palmas de las manos.

—Tiene una novia en la Texas Christian University. Una novia con la que va *en serio*.

—Mierda —solté—. ¿Cómo te has enterado?

Addison me contó que se había metido en su ordenador y había leído sus e-mails, y que después él se lo había confesado todo y le había dicho que había querido contarle lo de Linda, pero que al principio había pensado que ellos dos —Addison y él— sólo estaban liados y que ahora ya no sabía qué pensar. La escuché sin prestar atención, mientras abría una botella de vino y le servía una copa, pero mi mente iba a mil por hora intentando imaginar qué hacer cuando Eric llegara a casa. ¿Tenía que abandonar el plan, explicarle a Eric que estaba casi segura de que el *korma* de pollo llevaba anacardos o debería dejar que todo siguiera su curso con Addison como testigo? A lo mejor, tener a Addison en casa era una ventaja. Podría confirmar mi versión

de los hechos, es decir: que Eric, después de llegar borracho, había comido un plato indio con anacardos por error y que no habíamos podido encontrar a tiempo su EpiPen. Pero también, con Addison en casa, las cosas podían torcerse por muchos motivos. Quizá llamaría a una ambulancia que llegase a tiempo. Quizá se daría cuenta de que la EpiPen no estaba donde Eric creía que estaría. Y si Eric preguntaba por el *korma* de pollo, si la receta llevaba o no frutos secos, entonces no podría mentir delante de ella. Y lo más importante de todo: Addison no se merecía ver cómo Eric moría de un *shock* anafiláctico. Decidí cancelarlo.

—Espera, ¿dónde está Eric? ¿Su avión no ha llegado? —preguntó mientras giraba la cabeza y escudriñaba nuestro pequeño apartamento como si Eric estuviera allí y por alguna razón no lo hubiera visto.

—¿Conoces ese desafío que tienen montado en el Bottle and Glass?

—¿La historia esa de las diez pintas?

Le conté que Eric había insistido en que podría hacerlo y también que me había entrado hambre, me había cansado de esperarlo y al final me había largado por las buenas.

—Supongo que ninguna de las dos está teniendo una noche feliz con su hombre.

—Bueno, sobreviviré —dije—. A ti sí que te han jodido. ¿Qué vas a hacer?

Antes de que Addison pudiera responder, volvió a sonar el timbre de la puerta.

—Es Eric —señalé—. Prepárate. Seguro que viene hecho polvo.

—Lily, será mejor que me vaya. Se me había olvidado del todo que venía esta noche. —Addison se puso de pie y agarró su bolso de la mesa de la cocina.

—Ni de broma. Te quedas aquí conmigo.

Volví a subir la escalera, concienciándome para encontrarme a Eric borracho, pero cuando abrí la puerta no era Eric quien estaba esperando, sino Nolan, con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Mira, el bígamo —declaré, y él me dirigió una mirada de confusión.

—¿Está aquí?



Nolan era alto y delgado y tenía las orejas coloradas y brillantes. Su pelo, muy corto, era de un rubio casi blanco y llevaba un collar de caracolillas muy ceñido al cuello.

—Está en casa —respondí—, pero eso no significa que quiera verte. Quédate aquí y bajo a preguntárselo.

Dejé a Nolan en el rellano y bajé la escalera hasta el sótano. Addison se estaba sirviendo otra copa de vino.

—Adivina quién ha llegado.

—¿Quién? —Parecía verdaderamente desconcertada.

—Nolan. Lo he dejado arriba. ¿Quieres que le diga que se vaya?

Ella soltó un largo y dramático suspiro.

—No, quiero verlo.

No se movió de la mesa y entendí que esperaba que fuera a buscarlo. Por lo menos había subido esa escalera veinte veces aquella noche, o eso me parecía, y cuando llegué a la puerta oí unas voces masculinas que conversaban animadas. Reconocí en una de ellas la voz de Eric; había llegado del pub.

—Veo que os acabáis de conocer —constaté al abrir la puerta y encontrarlos juntos. Eric tenía una mano puesta sobre el hombro de Nolan y le estaba contando el reto del pub. Supe que lo había logrado al ver cómo se volvía hacia mí con una hermosa sonrisa de oreja a oreja—. Y parece que has triunfado —añadí dirigiéndome a Eric.

—Por los pelos —dijo él—. Joder, es mucho más difícil de lo que parece.

—Bajad. Eric, deja tranquilos a Nolan y a mi compañera de piso. Tienen que hablar.

Bajamos los tres por la ruidosa escalera. Addison esperaba en la puerta con gesto decidido. Nolan dijo «Ad» con la voz ronca. Eric se presentó y su voz sonó bastante normal para alguien que se había metido tal cantidad de cerveza entre pecho y espalda. Era uno de sus rasgos inmutables, aquella simpatía civilizada en toda circunstancia. Un manipulador, en resumidas cuentas.

Eric y yo entramos mientras Nolan y Addison se quedaban en nuestro tétrico rellano, cuya única luz provenía de una solitaria bombilla que colgaba

al aire de un cable. Puse a Eric al corriente de lo ocurrido, tratando de detectar cualquier reacción que pudiera tener al oír que Nolan estaba, como él mismo, saliendo con dos mujeres a la vez.

—¿Crees que lo van a arreglar? —preguntó, y a renglón seguido añadió, sin darme tiempo a responder—: Necesito comer algo.

Me disponía a decirle que había comida india en la nevera y que se la podía calentar, pero que prefería que no se arriesgara con el *korma* de pollo porque creía que llevaba frutos secos, cuando Addison volvió a entrar en el apartamento.

—No os preocupéis. Vamos a daros un poco de intimidad. Salimos a tomar una copa.

Nolan estaba detrás de ella, y adiviné por la rojez en torno a sus labios que se habían estado besando en el recibidor. No tengo ni idea de lo que Nolan pudo haberle dicho, pero había funcionado. Addison agarró su abrigo y su bolso y salieron juntos a la noche lluviosa. De repente entendí que volvía a tener el terreno despejado para mi plan si así lo decidía. La barriga se me removía de ansiedad, pero lo que había presenciado entre Nolan y Addison si acaso había reforzado mi decisión. Demasiadas veces tipos como Nolan y Eric destrozaban corazones y se quedaban tan anchos.

—Mira, Eric —dije—. Estoy agotada. Yo también he bebido más de la cuenta y Addison me ha dejado hecha polvo. Me voy a la cama. Hay comida india en la nevera si te apetece. Te he pedido un *korma* de pollo.

—Eres una jodida santa —aseguró, y me dio un beso empalagoso en la comisura de los labios.

Fui a la habitación, dejé la puerta entreabierta y me quité los vaqueros y la sudadera para enfundarme mi pijama de lana que me mantenía en calor en nuestro frío apartamento. Oí que Eric rebuscaba por la cocina, oí ruido de platos, luego el estridente zumbido del microondas viejo. Me llegó el aroma del *korma* —el punto de especias y de leche de coco— mientras se calentaba. Estaba sentada en el borde la cama. Me sentía tranquila, pero mi mente era un torbellino que engendraba un sinfín de visiones. Vi a Chet en el prado al anochecer, tambaleándose por encima de mí, sin saber que estaba a punto de morir. Vi a Eric saliendo del trabajo, encendiéndose un cigarrillo,

encontrándose con Faith. Vi a Eric la primera noche que hicimos el amor, sus ojos marrón oscuro a un par de centímetros de los míos.

El microondas dejó de zumbiar y oí que Eric abría y cerraba la puerta. Luego reinó el silencio un rato. Supuse que estaba comiendo deprisa, quizá todavía de pie.

Un minuto después se abría de par en par la puerta de la habitación. Eric estaba en el umbral, con la tarrina de comida en la mano, y la piel de su cara ya se había enrojecido. Tenía hinchado el contorno de los ojos.

—Esto lleva frutos secos —dijo señalando la tarrina. Sonó como si estuviera hablando con la boca llena de algodón.

—¿Estás seguro? ¿Dónde tienes la EpiPen? —pregunté.

—En la maleta. —Manoteó frenéticamente en el aire, señalando con el dedo.

Cogí la maleta del suelo y la puse a los pies de la cama. Eric dejó la tarrina en el escritorio de mi habitación y se dirigió con rapidez a la maleta, dándome un empujón para apartarme. Buscó en el bolsillo con cremallera donde había dejado las inyecciones y luego se volvió hacia mí, con la mirada dominada por el pánico y la rojez de su piel cada vez más visible. Empezó a rascarse el cuello con una mano.

—¿No las has traído? —inquirí, levantando la voz para fingir miedo.

—Sí —contestó, y casi no pude entender la palabra. Sonó como si llegara desde muy lejos, el grito de un hombre atrapado en una cueva angosta y húmeda a muchos metros de profundidad.

Eric vació la maleta sobre la cama y se puso a revolver sus cosas. Se sentó, con el cuerpo rígido y los labios fruncidos, intentando hacer llegar aire a sus pulmones. Lo ayudé a buscar entre su ropa y sus productos de aseo, pero me agarró del brazo e imitó el gesto de llamar por teléfono.

—¿Quieres que pida ayuda? —pregunté.

Eric asintió. El sarpullido alrededor de su cuello y su garganta se había hinchado de forma inquietante, como masas continentales en un mapa en relieve. Pero su cara seguía lívida, aunque iba tomando un tono azulado por momentos. Corrí a la habitación de al lado, cogí el teléfono y me quedé quieta un instante, escuchando lo que ocurría en el dormitorio. Oí otra

cremallera que se abría y luego un golpe sordo. Colgué con cuidado el auricular, conté despacio hasta diez, caminé hasta la puerta y miré la cama. Eric estaba inconsciente, con una mano todavía en el cuello, pero ya no se lo rascaba. Sencillamente, tenía la mano apoyada allí, inerte. Estuve observándolo el tiempo suficiente para cerciorarme de que ya no respiraba, y entonces, sólo para asegurarme, esperé un minuto más y crucé la habitación para ponerle dos dedos en la garganta y buscarle el pulso. No tenía. Regresé al teléfono y marqué el 999, di mi nombre y mi dirección y le dije a la mujer cuya alegre voz sonaba al otro lado de la línea que mi novio estaba teniendo un *shock* anafiláctico.

Después de hacer la llamada, me moví sin perder un segundo. Saqué los anacardos que había guardado en papel de cocina en la nevera y añadí un puñado al *korma* de pollo que quedaba en el bol de Eric (conservaba el calor del microondas) y otro a la tarrina del restaurante. Luego me deshice del papel tirando de la cadena del váter y me lavé las manos. Eric no se había movido en la habitación. Metí la mano debajo del colchón y saqué la bolsita de plástico con las dos EpiPen sin usar. Las cosas de Eric estaban tiradas por toda la habitación. Borré mis huellas de la bolsita con un par de calcetines y luego la metí en una de sus zapatillas de correr. Parecía un buen sitio donde guardar un medicamento para una emergencia. Eric nunca lo habría elegido, pero eso no iba a contárselo a nadie. Como tampoco le contaría a nadie que le había dicho que el *korma* de pollo no llevaba frutos secos. Yo contaría que había llegado borracho y que era probable que hubiera decidido comerse el *korma* de pollo de todos modos mientras yo estaba en la cama, y que luego no habíamos podido encontrar las EpiPen. Repasé si tenía que hacer algo más para preparar la escena. Pensé que sería una buena idea apretarle unas cuantas veces el pecho para hacer ver que había intentado reanimarlo. ¿Un forense podría determinarlo? Estaba a punto de ponerme a ello cuando el timbre volvió a sonar.

Corrí escaleras arriba para abrirles la puerta a los médicos.

Al cabo de tres días, después de que la familia de Eric recibiera la

notificación correspondiente y se hubieran resuelto los trámites para repatriar el cadáver, el agente de policía que había llegado después de los médicos ese viernes por la noche se presentó en mi apartamento para comunicarme que no se abriría ninguna investigación.

Recibí la noticia con agrado, pero también con cierta sorpresa. Había leído tantas novelas inglesas de misterio que di por hecho que cualquier muerte que resultara un poco extraña originaría una investigación, y que en ese caso todas las pruebas apuntarían a una trágica muerte fortuita. En cierto modo, fue una decepción.

—De acuerdo —dije poniendo cara de confusión—. ¿Qué significa eso?

—Tan sólo que el forense ha decretado que el fallecimiento ha sido accidental y no estima necesario practicar exámenes complementarios. En mi opinión, diría que es una decisión acertada, aunque una investigación oficial tal vez habría censurado al Bottle and Glass y ese reto de la cerveza que tienen organizado. Igual me paso por el pub y se lo comento.

El agente era una persona amable, a juzgar por su mirada, y llevaba un bigote que le oscurecía el labio superior. Era la segunda vez que le contaba todos los hechos relevantes. Que Eric estaba borracho y que le había dicho que el *korma* llevaba frutos secos y que se lo había comido igualmente y luego no se había acordado de dónde tenía guardado el medicamento.

—Es usted muy amable —afirmé.

—Sí, quizá me pase por ese pub y hable con ellos un poco —repitió. Se demoró un momento en la puerta y luego se volvió para irse. Me había dicho cómo se llamaba, pero no me acordaba.

Mi orientadora en el Instituto Faunce me preguntó si quería regresar a Estados Unidos y le dije que no tenía inconveniente en quedarme en Londres. Que si se celebraba un funeral casi con toda seguridad acudiría, pero que, a pesar del trauma, estaba feliz en Londres y con el programa de estudios. Era la verdad: me encantaba mi apartamento en aquel sótano de Maida Vale, como me encantaba también que Addison, después del accidente, casi nunca se pasara por él. Jamás me había considerado una persona de ciudad, pues prefería la quietud de Connecticut a la sofocante humanidad de Nueva York. Sin embargo, aquel barrio residencial de Londres era distinto. Había algo

tranquilizador en sus largas hileras de bloques de pisos, en el arbolado y anónimo bullicio que reinaba en aquel barrio tan civilizado. Las calles de la zona eran tan tranquilas que el canto de los pájaros se oía más a menudo que los ruidos de los humanos. Me alegró saber por e-mail que los Washburn habían optado por un entierro íntimo para la familia y que se había previsto un funeral más grande para más adelante. Pensé que asistiría. Para empezar, sería raro si no lo hacía, pero también quería ver si Faith aparecía y, si lo hacía, qué reacción tendría al verme. Todavía me preguntaba si había conspirado con Eric para engañarme durante el verano o si, como yo, también había sido víctima de su hipocresía. Pretendía averiguarlo.

Un mes y medio después de la muerte de Eric, tomé un camino distinto desde la estación de metro hacia mi apartamento y pasé por el Bottle and Glass. Era una noche fría y oscura, y las ventanas del pub vertían a la calle una luz tenue y las siluetas de los bebedores que habían terminado su jornada laboral. No había entrado desde el día que murió Eric. Empujé las puertas y me metí entre el gentío, rodeada de un murmullo de voces inglesas que conversaban en voz baja. Pedí una pinta de Guinness en la barra y me llevé el vaso a la pared donde se explicaba el reglamento del reto de la cerveza. Nada había cambiado, y me pregunté si aquel simpático agente de policía se había pasado al final a hablar con los dueños del pub para modificar el reto. Si había sido así, no le habían hecho caso. Junto a las normas había un gran tablón de madera repleto de placas con nombres estampados; eran los nombres, en su mayoría masculinos, de quienes habían logrado la hazaña. Busqué el final de la lista. Eric Washburn era el penúltimo nombre. También había un tablón cubierto de polaroids enganchadas con celo. Todos los retratos parecían idénticos: hombres pálidos, con gesto adormilado, sujetando en la mano una pinta vacía de cerveza. Encontré la foto de Eric en la esquina superior derecha. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y en sus ojos había un brillo en el que reconocí un gesto de orgullo. Conservaba un poco del bronceado del verano, y con la cabeza en esa posición sus hermosas pestañas de niña eran todavía más visibles. Pensé en quedarme con la foto, pero al final lo reconsideré. Estaba bien allí. Era un testamento.

Mientras me terminaba la Guinness, pensé que mi carrera como asesina

había concluido. No sólo porque ya no tuviera más estómago para ello, sino también porque nunca más tendría la necesidad de hacerlo. No iba a permitir que nadie se me volviera a acercar tanto, que nadie me hiriera como había hecho Eric. Ahora era una mujer adulta. Había sobrevivido a la vulnerabilidad de la infancia y a los peligros del primer amor. Me consolaba saber que jamás me hallaría en ninguna de esas dos posiciones y que, en adelante, sería la única responsable de mi felicidad.

Esa noche regresé a mi apartamento vacío, me preparé una cena sencilla y luego me instalé en mi butaca favorita a leer un rato.

Se extendía ante mí una vida larga y sin complicaciones.

# 15

## Ted

Reculé por el recibidor, sin dejar de mirar la pistola en la mano de Brad.

—¿De qué vas? —le espeté, y eché un vistazo a su cara.

No parecía encontrarse bien. Su piel, por lo general rubicunda, tenía ahora un tono grisáceo, y los músculos de su cuello estaban en tensión. Llevaba una chaqueta vaquera con un forro de borreguillo y una película de sudor cubría su frente. Parecía borracho.

—Qué chabola tan bonita tienes —dijo, y las palabras le salieron con un ritmo extraño, como si las hubiera ensayado.

—¿Quieres que te la muestre, Brad? ¿Te apetece una copa?

Frunció el ceño como si mi propuesta lo hubiera confundido.

—Sí, mucho más guapa que el antro temporal en el que vivo yo, ¿no? Aquí es donde vive un hombre de verdad, ¿no?

Me asaltó un recuerdo. La noche que Brad y yo habíamos bebido juntos. Le había comentado algo acerca del sitio donde vivía. La mirada de odio en su cara. Y de pronto supe que Brad había venido a matarme y, en vez de dejarme dominar por el pánico, me enfrenté a la situación con calma y racionalidad, con la mente trabajando a un ritmo frenético. Sabía que podría persuadirlo de que no lo hiciera. Sabía que era más inteligente que él.

—En serio, Brad. ¿Qué estás haciendo con esa pistola?

—¿Qué crees tú que he venido a hacer? —escupió, al tiempo que la



levantaba y me apuntaba a la cabeza. Todo lo que había en la sala desapareció salvo aquella pistola.

—Por Dios, Brad. Piensa un poco.

Tenía la mirada fija en el arma. Seguramente era la misma que había visto en el cajón de Brad en Kennewick. Un revólver de doble acción. Vi cómo ponía el pulgar para amartillarla. ¿No sabía que bastaba con apretar el gatillo? Tenía que hacer algo, atacar o huir. Estaba a medio metro de distancia y de pronto me vi lanzándome contra él. La última vez que me había peleado había sido en tercero de primaria y había perdido contra un niño que se llamaba Bruce que iba a primero. Lo empujé con todas mis fuerzas, haciendo girar su cuerpo de forma que la pistola ya no me apuntara. Brad salió despedido hacia atrás y se dio un ruidoso golpe en la cabeza con la puerta de la entrada. Pensé que tal vez lo había noqueado, pero soltó entre dientes una palabra que no llegué a comprender. Me volví y salí corriendo hacia la escalera. Cuando llegué al primer escalón, pensando ya en el teléfono del primer rellano, oí la potente detonación de la pistola de Brad y sentí un golpe de aire en la espalda, como si la bala me hubiera esquivado por un par de centímetros. Seguí subiendo por la escalera a grandes trancos. Cuando llegué arriba, oí que Brad venía detrás de mí; sus botas de trabajo golpeaban ya los primeros peldaños. Me lancé hacia el teléfono que estaba sobre una vieja mesita, y tropecé y caí sobre el suelo enmoquetado, derribando teléfono y mesita. Algo caliente se derramaba de mi estómago y me puse la mano. Cuando la retiré, me sorprendió ver sangre y, por un momento, me pregunté de dónde venía. Y entonces vi a Brad de pie frente a mí, apuntándome con el arma. Respiraba con dificultad y le colgaba un hilo de saliva del labio inferior.

—¿Por qué? —pregunté y, en cuanto lo dije, lo supe.

Brad no era un psicótico que había decidido matarme porque había insultado el sitio donde vivía. Lo hacía por mi mujer. Y en un instante toda la historia se desplegó ante mí. Miranda estaba utilizando a Brad para deshacerse de mí. Quería quedarse con todo el dinero. ¿Cómo no lo había visto antes? Una fuerte punzada de dolor me atravesó la barriga e hice una mueca, luego casi me reí.

Levanté la vista y miré la cara estúpida de Brad y su arma temblorosa.

—Miranda nunca estará contigo —afirmé.

—No tienes ni puta idea.

—Brad, te está utilizando. ¿De quién crees que van a sospechar? Está en Florida. Tenéis una aventura. Todo el mundo lo sabe.

Vi una expresión de duda en su rostro y sentí un resquicio de esperanza. Me apreté el orificio de salida de la bala en el estómago. La sangre que manaba entre mis dedos con cada latido era caliente y espesa.

—Te lo tienes muy creído —dijo.

—Brad, eres un imbécil.

—Eso ya lo veremos —repuso, y apretó el gatillo.

## SEGUNDA PARTE

### La casa a medio construir

# 16

## Lily

—¿Qué tal? —le dije a Ted Severson.

Estaba sentado a la barra de la sala *business* del aeropuerto de Heathrow. Lo había reconocido al instante, pero dudé de si él me había reconocido a mí. Sólo nos habíamos visto una vez, hacía unos pocos años, cuando me había encontrado por casualidad a Faith Hobart en un mercadillo al aire libre en el South End de Boston.

—Ahora me hago llamar Miranda —me había dicho Faith aquel día.

—Ah.

—Es mi nombre auténtico. Faith es mi segundo nombre. Miranda Faith.

—Creo que no me lo habían contado. Así que has perdido la fe en tu nombre.

Se rio.

—Supongo que sí. Te presento a mi prometido, Ted.

Un hombre guapo, algo envarado, que estaba mirando una caja con tipos de imprenta, se volvió y me dio la mano. Tenía el apretón seco y firme de un estrechador de manos profesional, pero después de unas pocas palabras de rigor sobre lo agradable que había sido conocerme volvió a centrar la atención en la caseta. Le expliqué a Faith/Miranda que tenía un compromiso y que debía irme. Antes de marcharme, me dijo en voz baja:

—Fue terrible lo de Eric. Siento no haberme puesto en contacto contigo

después, pero estabas en Londres y...

—Da igual, Faith. No pasa nada.

Me marché. Había pensado muchas veces en lo que podría ocurrir si volvía a encontrarme a Faith. (Supongo que a partir de ahora debería llamarla Miranda.) ¿Cómo reaccionaría al verme? ¿Se había sorprendido al saber que Eric había muerto en Londres mientras estaba conmigo? ¿Él también la había engañado a ella? Pero después de encontrármela en aquel mercado, de verla con su nueva melena azabache, sus botas de quinientos dólares y en compañía de un novio distraído, y teniendo en cuenta, además, con qué tranquilidad había expresado su interés por mí, lo supe. Supe que ella había participado activamente del engaño. Cuando estaba con Eric en Nueva York, Miranda sabía que él seguía viéndose conmigo los fines de semana en Shepaug. ¿Era su forma de vengarse por que hubiera empezado a salir con Eric? ¿Era una de esas mujeres que se ponen calientes quitándoles el hombre a otras? Por un breve instante, en el South End de Boston, reviví la puñalada en el pecho que había sentido cuando supe fuera de toda duda que Eric me había traicionado con Miranda y entendí que mi vida nunca más volvería a ser la misma.

Pensé que no valía la pena preocuparse, y lo cierto es que no me preocupé demasiado, pero cuando vi a Ted Severson en el aeropuerto (Miranda y él ya se habían casado; había leído el anuncio de boda en el *Globe*) decidí hablar con él. «¿Qué tal?», le dije, dándole la oportunidad de reconocermé, aunque supe que no lo haría. Levantó la vista; no tenía ni idea de quién era. Era evidente que estaba borracho: tenía enrojecido el contorno de los ojos y le colgaba el labio inferior. Estaba tomando dry martinis. Pedí uno también, aunque odiaba ese cóctel.

Compartimos el vuelo de vuelta a Boston y me contó con todo detalle su desdichada vida, que Miranda le estaba engañando, los sentimientos que tenía de rabia y de resignación. Me lo contó porque creía que no volvería a verme. En otras circunstancias, nunca me lo habría explicado. Llegó incluso a confesarme lo mucho que odiaba a su mujer y bromeó con que quería matarla. Me dije a mí misma que no debía involucrarme, pero supe en cuanto empezamos a hablar que era demasiado tarde. Miranda había vuelto a orbitar

alrededor de mi vida, y no por casualidad. Quizá era por egoísmo, o quizá por afán de justicia, o quizá por una razón completamente distinta, pero durante las semanas siguientes convencí a Ted Severson de que asesinara a Miranda y también a Brad Daggett, su amante. No era difícil. Y justo cuando estábamos a punto de llevar a cabo nuestro plan, recogí una mañana el *Sunday Globe* de la escalera de mi casa y, mientras me tomaba un café en la mesa de mi cocina, descubrí una foto de Ted, un pequeño recuadro pixelado, encima de una columna en la sección de noticias locales.

Leí el artículo con la taza de café a medio camino de mis labios.

VECINO DEL SOUTH END  
MUERE TIROTEADO EN SU PROPIA CASA

Boston. La policía está investigando el homicidio de un vecino de Boston ocurrido a última hora de la tarde del viernes en el distrito de Worcester Square, en el South End.

La policía acudió a un aviso de disparos a las 18.22. Según Henry Kimball, detective de la Policía de Boston, la víctima, Ted Severson, de 38 años de edad, fue hallada en el rellano de la primera planta de su residencia, y se declaró su fallecimiento en la escena de los hechos.

«También estamos investigando un robo cometido el viernes por la tarde en la misma manzana que el homicidio —ha declarado el detective Kimball—. Todavía no sabemos si los dos delitos están relacionados, pero solicitamos a cualquier persona que disponga de información que se ponga en contacto con nosotros.»

A Ted Severson, presidente de la Sociedad Severson, una empresa de consultoría, le sobrevive su esposa, Miranda Severson, Hobart de soltera, quien se hallaba en Florida en el momento del tiroteo.

Según un vecino, Joy Robinson, Ted y Miranda Severson «eran una joven y preciosa pareja. Parecían la clase de gente que sale en televisión. No puedo creer que les haya ocurrido esta desgracia. Y además en este barrio».

Cualquier persona que disponga de información sobre el homicidio o el robo puede llamar a la línea de Lucha contra el Crimen de la Policía de Boston.

Dejé el café en la mesa y volví a leer el artículo. Me había quedado helada. No se me había ocurrido en ningún momento que, mientras Ted y yo tramábamos el asesinato de Miranda, ella pudiera estar haciendo lo mismo con el de su marido. Tenía que haber sido Miranda, y con la ayuda de Brad. Era impensable que aquello fuera un robo cualquiera que había terminado en un asesinato. Era demasiado perfecto que Miranda estuviera fuera, en Florida, con una coartada tan sólida. Seguro que Brad había bajado de Maine para matar a Ted. Quizá había entrado a robar en una casa cercana para confundir

las cosas. Quizá no. En cualquier caso, Miranda se había librado de Ted y ahora todo su dinero se lo quedaría ella.

Pensé en Ted. Lo habían encontrado asesinado a balazos en el rellano de la primera planta de su casa. Seguro que dejó entrar a Brad y luego trató de escapar corriendo. Seguro que supo que iba a morir y que Miranda lo había orquestado todo. Se me hizo un nudo en la garganta y noté que las lágrimas acudían a mis ojos, pero no cayeron. Me había encariñado de Ted. Cuando hablamos en el avión, tan sólo había visto en él un instrumento para recabar información sobre mi némesis de la universidad. Miranda Faith Hobart era un cabo suelto en mi historia y, por más daño que me hubiera hecho quitándome el novio, siempre había pensado que no podía ser una persona verdaderamente venenosa. Pero después de hablar con Ted en el avión y escuchar cómo le había traicionado, supe que me equivocaba. Esa mujer estaba podrida hasta la médula.

Y quizá sentí la emoción de tener de nuevo a una presa en el punto de mira. Lo reconozco. Matar era un ansia que no había podido saciar en años.

Pero Ted había empezado a gustarme. O incluso más que eso. Cuando nos besamos en el cementerio de Concord, me sorprendió la reacción que tuve, la intensidad de las sensaciones que me provocó aquel simple beso. Me dije, como siempre hacía cuando me liaba con un hombre, que enamorarse quedaba descartado por completo. Sabía que nunca más podría volver a pasar por eso. Sin embargo, Ted me gustaba mucho. Era guapo, pero se mostraba algo torpe, como si nunca hubiera terminado de acostumbrarse a su buena fortuna. Uno de esos hombres que son dueños del mundo pero sin ser del todo conscientes de ello. Era fácil imaginarse por qué lo había atraído Miranda. No sólo era la mujer más sexi de cualquier reunión, sino que además se sentía increíblemente cómoda en su propia piel. Seguro que lo atrajo esa característica suya. Pero más allá de la intensidad de nuestro beso —las hojas amarillas a nuestro alrededor, su mano en mi jersey—, lo que de verdad había vivido con Ted era la infrecuente sensación de poder ser yo misma con alguien, de poder compartir secretos con otro ser humano. Él me contaba sus pensamientos más enterrados, el deseo de matar a su mujer, y un día —me había dicho a mí misma— tal vez podría contarle mi pasado.

Pero ahora Ted había muerto.

Y lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que quería volver a verlo y que nunca más podría hacerlo.

Consulté en internet para ver si podía averiguar algún detalle más acerca de lo acaecido aquel viernes por la tarde. No encontré nada aparte de unos pocos artículos de prensa que repetían la información publicada por el *Globe*. Reflexioné un poco más sobre el asesinato y sobre cómo lo habría diseñado Miranda. Seguro que había sido Brad quien había apretado el gatillo. Cabía la posibilidad de que hubiera un tercer implicado, pero lo dudaba. Así pues, ¿cómo lo habían organizado? Miranda sale de viaje y se asegura de que Ted esté solo en casa ese viernes por la tarde. Brad baja en coche desde Maine. Lo primero que hace es entrar a robar en la casa de un vecino. Debía de tratarse de un vecino sobre el que Miranda tenía información. Debía de saber que el dueño de la casa estaba fuera y que no tenía un sistema de alarma antirrobo. Esa parte sería bastante fácil. Después del robo, Brad habría ido a la casa de Ted y habría llamado a la puerta. Ted lo habría dejado entrar y entonces lo único que habría tenido que hacer Brad era dispararle. Parecería un robo que había salido mal. Entonces Brad habría regresado a Maine.

Pensé en la coartada de Brad. Seguro que tenía una, pero ¿cómo iba a tenerla si había bajado en coche desde el sur de Maine hasta Boston y vuelta, con un robo y un asesinato de por medio? Habría tardado tres horas por lo menos, era muy posible que más, porque habría tenido que respetar los límites de velocidad en la autopista. Tal vez Miranda contaba con que nadie conocía su historia con el maestro de obras. Pero ¿era eso posible? Ted lo había descubierto. Algún vecino del pueblo tenía que saberlo. ¿Los trabajadores de Brad? ¿El camarero del Kennewick Inn? No parecía muy probable que hubieran conseguido llevarlo en completo secreto.

Yo lo sabía, evidentemente. Eso me situaba en una posición única: era depositaria de toda la información de Ted Severson, y nadie en el mundo estaba al corriente de que nos habíamos conocido. Podía acudir a la policía, por supuesto, y contárselo todo, aunque desde luego sin mencionar que Ted también había planeado asesinar a su mujer. Pero no iba a hacer eso. No era en absoluto imposible que la policía hiciera una chapuza de investigación y



Miranda quedara en libertad. Y, aunque la detuvieran y la condenaran, se convertiría en una celebridad nacional. Ya me lo imaginaba: una mujer de su atractivo que había convencido a su amante para que asesinara a su marido. Las televisiones se regodearían en su historia durante años.

Miranda se merecía un castigo, ahora más que nunca.

Envié un mensaje de texto a mi amiga Kathy para decirle que no me encontraba bien y que prefería dejar la tarde de cine para otro día. Luego le escribí un e-mail a mi jefe en el Winslow College diciéndole que creía que me había resfriado y que me iba a tomar libre el día siguiente. Mi jefe tenía un miedo cerval a los gérmenes y siempre concedía alegremente las bajas por enfermedad.

Tenía mucho que hacer, y el primer paso era subir a Kennewick y conocer a Brad Daggett. Sabía que debía actuar rápido, porque la policía quizá le seguía ya la pista, y tenía que llegar allí antes que ellos.

## Miranda

Acababan de dar las diez de la mañana y podía oler el tufo a alcohol en su aliento. Tenía la parte alta de la frente perlada de sudor y la piel bajo sus ojos estaba hinchada y parecía amoratada.

—¿Has venido solo?

—Sí —dijo Brad.

Estábamos en la entrada de gravilla de la casa a medio terminar en Maine. Era domingo. Brad había matado a mi marido el viernes por la tarde, y supe, con sólo echarle un vistazo, que había juzgado mal sus aptitudes. Parecía febril, con los ojos muy brillantes.

—Todo ha ido bien —afirmé—. La policía cree que es un robo que ha salido mal. Tal y como lo planeamos.

—Sí —volvió a decir.

—¿Cómo estás? Pareces enfermo.

—No me siento muy bien. Fue más difícil de lo que imaginaba.

—Lo siento, amor mío —aseguré—. No te vas a sentir así mucho tiempo. Te lo prometo. Nos casaremos. Y serás rico. Confía en mí, esta sensación no va a durar.

—Sí, lo sé.

—Entonces tienes que calmarte. Si la policía viene a hablar contigo, no puedes tener este aspecto de zombi, ¿vale? Ya está hecho. Ted está muerto y

no hay vuelta atrás.

Un coche pasó por Micmac Road y Brad giró la cabeza para mirarlo. Yo miré a Brad. Era una mañana fría y su aliento se condensó en el aire. Se volvió de nuevo hacia mí.

—No sé si es buena idea verse aquí —expuso, y sacó un cigarrillo de la cajetilla de Marlboro que llevaba en el bolsillo delantero de su cazadora. Lo encendió con una cerilla haciendo pantalla con las dos manos, aunque no hacía viento.

—Eres mi maestro de obras. Acaban de asesinar a mi marido y tenía que pedirte que parásemos las obras unos días mientras resuelvo todo lo que hay que hacer. No es para tanto. Voy de camino a ver a mi madre. Nadie sabe lo nuestro. Nadie. Tienes que tranquilizarte, Brad.

—Lo sé. Me tranquilizaré. Sólo es que... Tú no estabas. Parecía asustado.

—Claro que parecía asustado, cariño.

—Y también hay algo más.

—¿Qué?

—Creo que sabía lo nuestro.

—¿A qué te refieres?

—Dijo algunas cosas. Dijo que nunca estarías conmigo y que me estabas utilizando.

—Seguramente ató cabos. En cuanto te vio entrar por la puerta con la pistola, entendió que tú y yo estábamos juntos. Es imposible que se hubiera enterado antes.

—Creo que sí lo sabía. No me pareció sorprendido. Se comportó como si lo supiera desde hacía tiempo.

Pensé un momento, preguntándome si era posible, pero al final concluí que no lo era.

—¿Cómo iba a saberlo? —le solté a Brad.

—No tengo ni puta idea, Miranda, pero te digo que lo sabía. —Había subido el tono de voz y su mano, con el cigarrillo entre los dedos, oscilaba arriba y abajo mientras hablaba.

—Calla, no pasa nada. Quizá lo sabía, pero ahora está muerto, así que da igual, ¿vale?

—A lo mejor se lo explicó a alguien.

—¿A quién se lo iba a explicar? Lo conozco. No tenía amigos íntimos. Quizá sólo sospechaba de nosotros, pero no se lo habría contado a nadie. Te lo prometo.

—Vale. —Dio una larga calada de su cigarrillo con fruición.

—Escúchame bien, cariño. Tienes que preparar tu historia. Eres maestro de obras y trabajabas para Ted y para mí. Él nunca se pasaba por la construcción, pero yo sí. Te parecía una mujer aburrida de la vida porque metía las narices en todos los detalles, pero aparte de eso todo bien. No intenté seducirte. Tú no intentaste seducirme a mí. ¿Por qué ibas a echar a perder un negocio como éste? Con una pareja podrida de dinero. No tienes ni idea de quién puede haber matado a Ted. No tienes ni idea de si Ted y yo éramos felices. Lo parecíamos las veces que nos viste juntos, pero, francamente, no es que te fijaras demasiado. Y punto. Eso es todo lo que sabes.

—Vale.

—Repítemelo.

—Por Dios, Miranda, lo he captado.

—Vale. Ahora cuéntame lo de tu noche con Polly. ¿Cómo fue?

—Bien. Comimos en el Cooley's y luego seguimos bebiendo hasta que nos fuimos a eso de las tres de la tarde. Volvimos a mi casa. Estaba bien borracha. Se durmió antes de que me marchara.

—¿Te la tiraste?

—Por Dios, Miranda.

—No lo pregunto por mí. Me da igual. Supongo que conviene que te la hayas tirado, por si la interrogan para comprobar tu historia.

—¿Por qué iban a interrogarla? Creía que habías dicho que...

—No van a interrogarla, pero intento asegurarme. Es tu coartada. Quiero saber qué va a explicarles en el improbable caso de que la policía quiera verificar tu coartada.

—Lo hará bien. Lo más seguro es que diga que soy su novio y que salimos a beber un poco y que luego nos acostamos en mi casa. Dirá que me quedé allí toda la tarde. No les contará que se quedó durmiendo la mona. La

conozco.

—¿Seguía allí cuando volviste?

—Sí, no se había movido.

—¿La despertaste?

—Sí, hice lo que me pediste. La desperté. Eran cerca de las diez y la acompañé a su coche.

Otro vehículo pasó por las curvas de Micmac Road y Brad se volvió de nuevo. Había tirado el cigarrillo y con la mano libre se atusó un poco una patilla.

—Vale —convine—. Voy tirando. Dile al equipo que se tome un par de días libres, ¿de acuerdo?, el tiempo necesario para que decida qué voy a hacer. Te llamaré, pero sólo por motivos de trabajo, ¿entendido?

—Sí, ya me lo habías dicho.

—No nos va a ocurrir nada, Brad, te lo prometo. No creo que la policía vaya a hablar contigo.

—Lo sé.

Di un paso adelante y eché un vistazo a la carretera para asegurarme de que no pasara nadie, y entonces agarré la mano grande y nudosa de Brad y la guie hacia la ingle de los pantalones de yoga que me había puesto aquel día. No llevaba braguitas, y el viernes, durante las pocas horas que estuve en Miami, había ido con mis amigas a un *spa* y me había sometido a la tortura de una brasileña completa. Me metí los dedos de Brad entre las piernas.

—Y cuando todo esto haya terminado —le susurré—, tú y yo vamos a tomarnos unas largas vacaciones en una isla tropical donde nadie nos conozca y te voy a follar hasta dejarte ciego.

—Vale, madre mía... —exclamó, apartando su mano de mí y dando un paso atrás—. Nos verá alguien.

—Te preocupas demasiado —repuse—. Ése es tu problema.

—Vale —repitió, y sacó otro cigarrillo de la cajetilla. Se volvió para echar una ojeada a su camioneta, pensando probablemente en la botella que tenía guardada en la guantera.

—Tengo que irme, cariño —señalé, y me metí en mi coche—. Quédate tranquilo, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza y salí del camino de gravilla girando en redondo. Brad había sido un gran error. Estaba claro. Lo único que podía hacer era confiar en que la policía limitara su investigación a Boston y que nunca lo interrogaran.

Volví a tomar la interestatal 95 y me puse cómoda para el largo viaje hasta Orono. Después de casarme con Ted, había tratado de convencer a mi madre de que se mudara más cerca de Boston, pero ella había insistido en quedarse en Maine. Le di algo de dinero y acabó comprándose una casa de ciento cincuenta metros cuadrados en pleno centro del pueblo, de la que se enamoró porque la cocina iba con una nevera de acero inoxidable y unas encimeras de granito. Le dije que comprar una bonita casa en Orono era como comprar media plaza de aparcamiento en Boston, pero aun así no quiso mudarse al sur. Creo que el motivo de que quisiera quedarse en Maine era poder restregar a sus amigas el dinero que había recibido. Además de la casa, también se compró un armario de ropa nueva y un Mercedes.

—¿Le has contado a tu padre que ahora voy en Mercedes? Una vez tuvimos uno, seguro que te acuerdas, pero no nos duró ni cinco minutos —me dijo después de comprar el coche.

—A papá le da igual qué coche conduzcas, mamá.

—Eso lo piensas porque es una especie de intelectual que no da importancia a los coches que tiene la gente.

—No, mamá, lo que le da igual es qué coche conduzcas tú.

De eso habían pasado ya unas cuantas semanas. No habíamos vuelto a hablar hasta la víspera, cuando la llamé para contarle que Ted, su yerno, había sido asesinado mientras intentaban robar en casa. Le dije que subía a pasar un par de noches, que no quería quedarme en Boston.

—Claro que sí, Faith.

Mi madre seguía llamándome Faith, mi segundo nombre, el nombre con el que me había hecho llamar desde los seis años hasta que terminé la universidad. Cuando le anuncié a mi madre que volvía a llamarme Miranda, ella se negó: «Con lo que me ha costado acostumbrarme, Faithy. No pienso volver atrás ahora».

Le había dicho al detective Kimball que subiría a Maine a pasar unos días

con mi madre, y noté enseguida que la idea no le hacía mucha gracia.

—Podríamos buscarle una habitación de hotel en Boston —me había respondido—. Su madre podría bajar.

—¿Es importante que me quede en Boston?

—Sería práctico tenerla aquí para responder a cualquier pregunta que pueda surgirnos.

El detective Kimball hablaba en voz baja, y yo no me explicaba cómo alguien que se mostraba tan nervioso había podido ascender en el escalafón del departamento de policía. Tenía el pelo castaño, un poco demasiado largo, y los ojos marrones. Llevaba una americana de *tweed* con vaqueros. Me recordaba a alguna de las almas en pena que trabajaban en la revista literaria de mi universidad cuando era estudiante. Me pregunté lo rápido que podría hacer que se enamorara de mí. Bastante rapidito, pensé.

—Sólo voy a Maine. Tiene mi número de móvil. No puedo quedarme... No puedo quedarme en mi casa ahora mismo. Supongo que lo entiende...

—Claro que lo entiendo, señora Severson. Lo entiendo a la perfección. En fin, nos mantendremos en contacto. La llamaré enseguida si descubrimos algo en la investigación.

Tuvimos esa conversación después de que me hicieran identificar el cadáver de Ted. Volví en taxi desde la comisaría e hice una maleta. Brad había pensado que viajar a Maine tan pronto levantaría sospechas, pero yo opinaba que era lo más normal del mundo.

Después de perder a mi marido, nadie se sorprendería de que quisiera pasar unos días con mi madre. Eso sí, siempre que no supieran cómo era. Pero subir en coche a Maine me daba la oportunidad de parar en Kennewick, echarle un vistazo a Brad y ver hasta qué punto debía preocuparme por su nerviosismo. Según pude comprobar, tenía motivos más que sobrados de preocupación.

Tras dejar atrás Portland, empezaron a desaparecer del dial las emisoras más soportables, y puse uno de los recopilatorios que Ted me había grabado en un CD. Empezaba con una canción que, según él, había sonado en la fiesta en la que nos conocimos. *Mansard Roof* de Vampire Weekend. No recordaba que hubiesen puesto la canción en la fiesta, pero me gustaba y la canté.

Cuando me casé con Ted, todavía no había planeado matarlo. No lo quería, pero me gustaba bastante. Y era generoso. Me permitía gastarme su dinero sin refunfuñar. Aunque lo cierto era que Ted no tenía motivos de queja; por lo que había podido adivinar, el dinero nunca se le acabaría. Entonces, una mañana, me desperté en Boston y el sol entraba por la ventana de nuestro dormitorio. Miré a Ted: todavía dormía profundamente y tenía los pliegues de la almohada marcados en la cara. Observé de cerca una pequeña sombra de barba debajo del mentón que suponía que se había olvidado de afeitarse el día anterior. Roncaba un poco, pero cada respiración entrecortada empezaba con un pequeño hipo nasal, como si su aliento se hubiera enganchado en el borde de algo. Era exasperante escucharlo, y caí en la cuenta de que iba a pasar el resto de mi vida despertándome al lado de la misma cara, mirándola cada día, viendo cómo envejecía año tras año, cómo roncaba cada vez más. Bastante cruz tenía con eso, pero además sabía que, en cuanto se despertara, Ted me miraría y su rostro rebosaría de satisfacción y me diría algo como «¿Qué tal, bonita?». Eso era lo peor de todo. Tendría que sonreírle cuando lo único que me apetecía era borrarle esa estúpida sonrisa de la cara de una bofetada. Aquella mañana Ted se movió un poco y supe que iba a despertarse. Todo lo silenciosa que pude, aparté el edredón y bajé las piernas al suelo. No fui lo bastante rápida. Él se despertó, me pasó un dedo por la espalda y me dijo con la voz amuermada: «¿Adónde vas, sexi?». Y justo en ese instante supe que no sería capaz. Quería el dinero, pero no podía permitirme una vida entera junto a Ted. Ni por casualidad. Las obras de la casa en Kennewick acababan de empezar. Pensé en Brad Daggett, nuestro maestro de obras, y me pregunté si se le daría bien algo más que construir casas.

Cuando llegué a la periferia de Bangor, el CD había sonado entero dos veces, pero no lo quité. Salí de la interestatal 95, pasé por la torre de agua de Thomas Hill y doblé por Kenduskeag Avenue, que me llevó directamente al centro del pueblo. El paisaje era desolador, las hojas de los árboles se habían secado y caído. Casi no quedaba ninguna en el suelo porque las habían recogido o las habían triturado para convertirlas en abono. La ciudad había vuelto a adoptar su habitual paleta cromática de pizarra y ladrillo, y el cielo



bajo y gris se cernía sobre las casas bajas.

Me metí por State Street, que discurría a orillas del río Penobscot, y seguí en dirección norte hacia Orono. Cuando me hallaba a unos cuatrocientos metros de la casa de mi madre, mi móvil empezó a vibrar. Bajé la música y contesté.

—Señora Severson, soy el detective Kimball.

—Hola —dije, y aunque podía llamarme por cualquier motivo, el corazón me dio un pequeño salto.

—Siento molestarla, pero tenemos una pregunta. ¿Por casualidad sabe usted lo que hizo su marido el día..., el viernes, durante el día?

—Pues..., por lo que recuerdo, estuvo en casa todo el día. Lo vi por la mañana antes de coger el avión a Florida. Me dijo que tenía trabajo que hacer y que esa noche tenía previsto cenar solo en casa. Iba a cocinar cordero. Le envié un mensaje de texto para recordarle que lo sacara del congelador. — Fingí un ligero temblor en la voz.

—Vale... ¿Su marido conocía a alguien en Winslow, Massachusetts?

Frené un poco mientras buscaba la casa de mi madre.

—Winslow. No creo. ¿Por qué?

—Hemos encontrado en su coche una multa de aparcamiento del municipio de Winslow. Es de las dos y treinta y tres de la tarde del viernes en que falleció su marido. Sólo era la curiosidad de saber si usted tenía alguna idea de por qué habría ido en coche hasta allí.

Vi la entrada de mi madre, el Mercedes cupé en blanco diamante, y aparqué al lado.

—No tengo ni idea. ¿Dónde está Winslow? Es donde hay esa universidad, ¿no?

—Sí. ¿Su marido tenía contactos comerciales allí?

—Es posible. Pero no tengo ni idea. ¿Por qué? ¿Creen que tiene algo que ver con lo que pasó?

—No, no. Sólo seguimos cualquier pista que surja. Así pues, usted no tiene conocimiento de que su marido se viera con nadie el viernes.

—Que yo sepa, no, pero no estaba allí...

—Desde luego. Muchas gracias, señora Severson. Si piensa en algo o

recuerda a quién podía conocer su marido en Winslow, por favor, póngase en contacto con nosotros. ¿Tiene mi número de teléfono?

—Acaba usted de llamarme. Lo tengo.

—Perfecto. Muchas gracias.

Me quedé un rato en el coche, aunque podía ver la oscura silueta de mi madre echando un vistazo desde la ventana de su salón en el primer piso. Me inquietaba un poco que la policía juzgara necesario investigar adónde había ido Ted el día que lo habían asesinado. Había confiado en que darían por hecho que había plantado cara a un ladrón. Respiré hondo, me pregunté por un momento si mi madre todavía fumaba y si habría cigarrillos en casa, y luego me serené. Por supuesto que querían saber dónde había estado Ted durante ese día. Era una comprobación rutinaria. Pero ¿por qué había ido a Winslow y por qué no me lo había contado? No le había mentado al detective al decirle que no recordaba que Ted conociera a nadie en Winslow. Pero el nombre de la ciudad me sonaba de algo y no era capaz de recordar por qué exactamente. Alguien que conocía vivía allí o ¿quizá estaba confundiendo Winslow con Winchester? ¿Y por qué habría ido Ted a Winslow? ¿Era posible que él también tuviera secretos? Ahora tenía otro motivo de preocupación, además del miedo a que Brad se derrumbara. Siempre me pasaba lo mismo.

Salí al aire frío de Orono. Las hojas secas correteaban por la entrada. Saqué la maleta del asiento trasero del Mini y me encaminé a la puerta de la casa de mi madre.

## Lily

Durante el trayecto de Winslow a Kennewick no paré de pensar en lo que Miranda le había hecho a Ted. Era un ingenuo. Por más que Ted hubiera planeado la muerte de Miranda, así como la de Brad, sabía en lo más hondo de mí ser que no era un asesino nato, que no era un auténtico depredador. Y ahora me daba cuenta de que había sido la presa desde el principio. Me pregunté si había percibido inconscientemente que Miranda se la tenía jurada. ¿Era ésa la razón de que quisiera matarla, porque la sentía acechando a sus espaldas, como un ratón nota la presencia de un gato, agazapado y quieto entre la hierba alta?

Era un día gris y frío, pero había bajado un poco la ventanilla y, al salir de la interestatal 95 por la rotonda justo al norte de Portsmouth, pude oler el salitre del aire marino. No conocía bien Maine. Desde que me había instalado en Massachusetts, había visitado el cabo Cod unas cuantas veces, alojándome en la casa que tenía un compañero de trabajo y amigo en Wellfleet, pero casi nunca había cruzado la frontera norte de mi estado. Entré en la carretera 1 y pasé por Kittery, emporio de las tiendas de saldos, y vi el Trading Post donde Ted había comprado los prismáticos que había usado para espiar a Miranda. Pude imaginármelo en esa misma carretera hacía sólo unas semanas. Pude imaginarme cómo se habría sentido, esa terrible sensación de vacío en las entrañas cuando te ha traicionado la persona a la que amas.

Después de dejar atrás las tiendas de saldos, la carretera ofrecía vistas más amplias y vi destellos de marismas y, a lo lejos, el océano Atlántico, casi del mismo color gris que el cielo plomizo y sosegado.

Tardé un rato en encontrar el hotel Kennewick Inn. Salí de la carretera 1 a la altura de Kennewick Beach y luego tuve que retroceder en dirección sur hacia Kennewick Harbor. Pasé por delante de varios grupitos de bungalós de alquiler deslucidos por el salitre y me pregunté cuál de ellos era propiedad de Brad y su familia. También pasé por el Cooley's, con su letrero de neón apagado a primera hora de aquella tarde de domingo. Una camioneta esperaba ociosa en el aparcamiento y pensé si Brad ya estaría allí. Saliendo de Kennewick Beach, Micmac Road serpenteaba entre varias fincas caras. Estuve buscando la casa que Ted y Miranda se habían construido y la vi casi de inmediato; una monstruosidad beis encaramada a un promontorio apartado, con el negro océano detrás. Había dos enormes contenedores delante de la casa, pero no vi ningún vehículo.

Seguí conduciendo hasta llegar al hotel y aparqué en la entrada de gravilla prácticamente vacía. Debajo del cartel del establecimiento y sus alambicadas letras talladas en la misma madera, colgaba un anuncio que decía HABITACIONES LIBRES. Sabía que las habría. Era un domingo de octubre, y en esa época del año los turistas se dirigían a las montañas a disfrutar de los bosques otoñales y dejaban la costa a quienes vivían en ella todo el año.

Analicé el hotel Kennewick Inn. Era un edificio de madera justo al lado de la carretera, con un amplio descampado detrás, y en su restauración se había pretendido que pareciera tan antiguo como el edificio original. Toda la carpintería exterior había recibido una reciente mano de pintura blanca, e incluso a la luz gris de aquel día parecía prometer con su brillo una estancia de lujo y confort. No estaba segura de que fuera una buena idea coger una habitación; cabía la remota posibilidad de que Miranda también se hospedara allí. Aun así, resultaba improbable; acababan de asesinar a su marido y supuse que se encontraría en Boston ocupándose de todo. Pero no había forma de saberlo. Encontrármela no sería lo peor. No había ningún motivo para sospechar que yo tuviera nada que ver con su marido. Trazar una relación entre nosotros era imposible. Aun así, tal vez la pondría sobre aviso

y, para que mi plan funcionara, necesitaba que estuviera con la guardia baja.

Decidí quedarme. Lo cierto era que quería echar un vistazo al sitio donde había vivido Miranda gran parte del año anterior. La gente debía de conocerla. Tal vez cotillearan. Y todo ello podía ponerme en ventaja.

Mientras caminaba desde el coche hasta la recepción, noté que el aire acre olía a humo de leña. Un hombre con un mono de trabajo salpicado de pintura salió por la puerta lateral del establecimiento justo cuando yo llegaba y me la sostuvo para que pudiera pasar con mi maleta. Caminé sobre las tablas anchas y desiguales del entarimado hasta la desierta recepción. Al cabo de un minuto de espera llamé al timbre. Un hombre de pelo cano y bigote francés apareció por la puerta de un despacho contiguo. La placa que llevaba en el pecho lo identificaba como JOHN CORNING, CONSERJE.

—¿Deja la habitación?

—En realidad quiero una. Si tienen alguna libre. No he hecho reserva.

Tardamos quince minutos, tiempo que John dedicó a describirme varias de las habitaciones disponibles. Me decidí por una en la parte antigua del establecimiento. Fui debidamente avisada de que los techos eran bajos, pero también de que la habitación tenía una bonita vista del océano.

—¿De visita? —preguntó John.

—Tenía un par de días libres y nunca había subido hasta aquí, así que pensé en darme el capricho.

—Bueno, la verdad es que ha elegido usted el sitio ideal. Tenemos servicio de *spa*, pero no se puede usar sin avisar antes. Hay que pedir cita previa. El comedor está cerrado esta noche, pero en el sótano el Livery está abierto y la comida es igual de buena, si quiere que le diga. Pruebe el sándwich de langosta con ensalada y beicon. Y con gusto le recomendaré restaurantes cercanos. ¿Necesita que la acompañen a la habitación?

Le dije que no y subí por la estrecha escalera hasta la primera planta. La vista desde mi cuarto era una rodajita de océano detrás de un racimo de árboles apiñados en el risco al otro lado de la carretera, pero la habitación era bonita, con las paredes azul marino, muebles sencillos estilo Shaker y una cama de cuatro columnas con un *quilt* rojo, azul y blanco. Me pregunté, desde luego, si era la habitación donde Ted y Miranda se habían alojado.

¿Habrían dormido juntos en esa cama?

Deshice la maleta. Le había dicho a John en la recepción que me quedaría dos noches, pero había metido ropa en la maleta para más tiempo. Improvisaría sobre la marcha. Hacía demasiado calor en la habitación y el radiador crepitaba y silbaba, así que abrí la ventana y esperé a que el aire frío me envolviera. Las nubes bajas se iban aclarando a medida que caía la tarde y vi cómo se iba proyectando la larga sombra del establecimiento hasta llegar a la calle. Anochecería en menos de una hora. Había planeado dar una caminata por el sendero de los acantilados, pero preferí dejarlo para el día siguiente. Dejé la ventana entreabierta y me tumbé en la blanda cama. El techo estaba atravesado por oscuras vigas de madera, y me imaginé a Miranda en la habitación contemplando la misma vista. Me la imaginé sola, desnuda bajo las sábanas, pensando en los dos hombres de su vida —su esposo y su amante— y tramando el asesinato. Traté de pensar en Ted, pero mi mente se deslizaba sin parar hacia Miranda. ¿Era posible que me equivocara con ella y que a Ted lo hubiese asesinado realmente un ladrón asustado? No lo creía, pero sabía que cabía esa posibilidad. Era lo primero que tenía que averiguar y, para ello, necesitaba localizar a Brad cuanto antes.

Miranda dominaba mis pensamientos. La recordaba años atrás, mirándome a los ojos aquella noche de borrachera en Saint Dunstan's. Quería estudiarlos de cerca, me había dicho, y le había dejado que lo hiciera. Pude oler el rastro dulzón del vodka en su aliento mientras una de sus manos me tocaba la muñeca. Enumeré todos los colores que vio en mis ojos. Me pregunté en ese momento qué se traía entre manos. Pensé que tenía que ver con Eric, que estaba intentando asustarme porque había empezado a salir con su ex, pero ahora, en el hotel, imaginé que tal vez tenía algo que ver conmigo. ¿Qué había visto en mis ojos? ¿Había visto a Chet en el fondo del pozo? ¿Algo que teníamos en común y que iba más allá de Eric Washburn?

Un chico cuyo nombre he olvidado gritó «¡Besaos de una vez!» desde el otro lado de la sala y nuestros ojos dejaron de mirarse, pero ese momento quedó grabado en mi memoria. Me pregunté si ella también lo recordaba.

Estuve en la habitación hasta poco más de las cinco. Entonces me puse mis vaqueros más ceñidos, me hice una coleta y me maquillé más de lo que

solía, incluida una raya oscura en los ojos. Después de cenar en el Livery, planeaba bajar a la playa y echar un vistazo al Cooley's, pero para ello tenía que dar el pego.

El Livery estaba tranquilo cuando me senté a la barra. El barman, un gigante con aspecto de mala digestión y ataviado con tirantes y corbata, estaba cortando limones y limas mientras una camarera pasaba un paño sobre las mesas. El espacio del bar era alargado y estrecho. En un extremo había una chimenea apagada y, al otro, un hombre de larga melena cana estaba sacando de su funda una guitarra acústica y preparaba un amplificador. Colgué mi bolso de un gancho debajo de la barra de roble y pedí una botella de cerveza *light*. En el televisor instalado sobre las botellas estaban dando el resumen de los partidos de fútbol americano y fingí que me interesaba. Me preguntaba si se pasaría alguien por el bar un domingo por la tarde, pero sobre las seis, mientras me tomaba mi segunda cerveza, habían llegado ya por lo menos quince clientes, que en su mayoría habían tomado asiento ante la barra, y el guitarrista ya había cantado dos canciones de los Eagles. No había comido desde el desayuno y pedí una hamburguesa de pavo con boniatos fritos. Justo cuando me servían el plato, John, el conserje del hotel, se sentó a dos taburetes de distancia y pidió un dry martini de vodka Grey Goose.

—¿Qué tal? —dije, girando mínimamente mi taburete en su dirección.

Se me comió con los ojos. Era consciente de que mi aspecto era muy distinto del que tenía al entrar en el hotel. Al cabo de un segundo interminable, respondió:

—Hola, huésped sin reserva. ¿Le ha gustado su habitación?

—Es preciosa. Tenía usted razón.

—¿No se ha dado en la cabeza al pasar por la puerta?

—Casi.

Llegó su cóctel. El vodka formaba un menisco tembloroso en el borde de la copa.

—¿En serio esperas que me beba esto? —le soltó al barman, el cual, sin mediar palabra, sacó una pajita negra corta y la metió en el cóctel.

John bajó el nivel de vodka medio centímetro y luego le lanzó la pajita al barman, quien dejó que rebotara en su pecho y cayera al suelo.

—Tiene que ser agradable salir del trabajo y poder tomarte un dry martini a menos de cien metros —comenté.

—No era broma cuando le he dicho que este sitio es estupendo. Ya ve que soy el perfecto hombre anuncio, tomándome una copa en mi lugar de trabajo. —Su carcajada sonó casi como una risita al tiempo que los hombros se le sacudían arriba y abajo.

Conversamos mientras yo me comía la hamburguesa y él daba cuenta de su dry martini, echándole hielo a medida que iba consumiéndolo. Estaba a punto de resignarme a no oír ningún chismorreo sobre Ted y Miranda cuando John me preguntó al llegar su segunda ronda:

—¿Ha dicho que era de Boston?

—No exactamente. Vivo en Winslow, Massachusetts, a unos treinta kilómetros al oeste.

—¿Ha leído la noticia del asesinato en el South End? Ted Severson.

—Sí. Entraron a robar en su casa o algo así, ¿no?

—Eso es. El tipo se estaba construyendo una casa aquí, a menos de dos kilómetros subiendo por la carretera. —Señaló al norte con una mano gruesa y grande—. Siempre se hospedan aquí, bueno, se hospedaban.

—Dios mío. ¿Lo conocía?

—Lo conocía muy bien, y Miranda, su esposa, casi vivió aquí todo el año pasado.

—Vivía aquí y punto —afirmó el barman, rompiendo su silencio—. Bajaba a cenar más noches que las que faltaba.

—¿Sidney ya se ha enterado? —preguntó John al barman, y reparé en que dos mujeres jóvenes habían dejado de hablar y prestaban atención a nuestra conversación.

—No lo sé, pero seguro que sí. La noticia ha corrido por todo el pueblo.

—¿La casa está terminada? —inquirí, tratando de no quedar al margen de la conversación.

—No, todavía no —repuso John—. Si se da un paseo hasta el final del sendero de los acantilados, puede echarle una ojeada. Iba a ser enorme. La verdad es que duele un poco a la vista, pero se lo digo *off the record*.

—¿Qué cree que pasará con la casa?



—Ni idea, la verdad. Aunque no me extrañaría que Miranda tuviera pensado terminarla e instalarse aquí.

—Pues claro que se va a mudar aquí. —El comentario procedía de una de las dos fisgonas. Ambas eran veinteañeras, una llevaba un suéter de la Universidad de New Hampshire y la otra, una cazadora y una gorra de los Patriots. La mujer que había hablado, la que llevaba la sudadera, tenía una voz prematuramente rasposa, como si llevase fumando toda su corta vida.

—¿Eso crees? —preguntó John.

—Pues sí. O sea, que prácticamente vivía aquí y siempre decía que esto le encantaba y que la casa iba a ser alucinante y todo el rollo. La tipa es de Maine, ¿lo sabías? De Orono. O sea, que ahora que su marido ha muerto, quizá no quiera mudarse a una casa tan grande, pero tampoco me sorprendería que viniera. Puede vivir donde le dé la gana con toda la pasta que tiene.

—¿Por qué pasaba tanto tiempo aquí si la casa no estaba terminada? — quise saber.

Me respondió John.

—Estaba dirigiendo la obra. Decía que la casa casi la había diseñado ella sola. Su marido solía subir los fines de semana. Todos sabíamos quién era.

—¿Cómo era?

—¿Que cómo era? Majo, pero un poco frío, supongo. Aquí todos pensábamos que a Miranda la conocíamos muy bien, pero a Ted no tanto. Supongo que es porque ella pasaba muchos días aquí.

—Además, Miranda invitaba a copas en el bar, y Ted nunca lo hacía. — Esto lo comentó la joven de la gorra de los Patriots y, nada más decirlo, se quedó lívida al recordar que Ted había sido asesinado. Se tapó la boca con la mano y añadió—: No quería decir... —y no terminó la frase.

—¿Eran ricos? —interrogué.

Todos los presentes en nuestra pandilla de cotillas reaccionaron de inmediato. Las dos jóvenes exclamaron «¡Mucho!» al unísono y John resopló sonoramente, mientras el barman asentía con la cabeza en un único y exagerado movimiento.

—Estaban podridos de dinero —constató John—. Tendría que darse un

paseo por el sendero de los acantilados y ver la casa. Se ve a la legua. Tiene por lo menos diez habitaciones. No exagero.

El guitarrista solitario tocó los primeros compases de *Moonlight Mile* de los Stones y mis nuevos amigos hablaron de lo forrados que estaban Ted y Miranda Severson. La mujer de la sudadera con capucha usó la palabra «supermillonario», mientras que John confirmó que tenían «una posición muy desahogada». Fui al lavabo y, al regresar, vi que las mujeres tapaban con posavasos sus botellas de Bud Light Lime para salir a fumarse un cigarrillo y que John me había pedido otra cerveza.

—Ya que estamos de chismorreo —dije, sentándome de nuevo en mi taburete—, me parece raro que ella pasara tanto tiempo en un hotel sin su marido. ¿No se le ocurrió que pudiera estar viéndose con alguien?

John se acarició una punta de su bigote francés.

—No lo creo. Siempre parecía feliz cuando Ted subía a verla. —Una ligera frialdad había impregnado su voz, como si tal vez le hubiera hecho una pregunta de más.

—Sólo era curiosidad —aseguré—. Es muy triste todo.

Me quedé unas cuantas cervezas más. John se marchó después de su segundo dry martini de vodka, momento que aproveché para arrimarme a las dos mujeres y presentarme. Se llamaban Laurie y Nicole y ambas eran camareras, una en un restaurante de pescado en Portsmouth y la otra en el comedor de un hotel de playa a tres kilómetros de allí. Salían de fiesta los domingos por la noche. No querían hablar de otra cosa que no fuera de Ted y Miranda, y el tenor de la conversación alternaba entre lo respetuoso y el comentario procaz. Sobre las ocho, el Livery estaba casi abarrotado, y otra pareja, amiga de Laurie y Nicole, se había juntado con nosotras. Mark y Callie tenían treinta y tantos años y también se dedicaban a la restauración; gran parte de lo que se había comentado acerca del asesinato de Ted Severson se repitió después de que se sentaran con nosotras. Me quedé con ellos y sobre todo escuché. Ya había decidido que no me pasaría por el Cooley's hasta la noche siguiente. Aunque sólo había tomado cervezas *light*, había bebido muchas, en su mayoría gentileza de mis nuevos amigos, y me sentía demasiado borracha para fiarme de mí misma si hablaba con Brad Daggett.

Cuando ya se aproximaba la hora del cierre y el grupo se había vuelto más bullicioso, pregunté una vez más por la posibilidad de que Miranda estuviera liada con alguien en Maine.

—No lo creo —dijo Laurie, quien se había reservado el papel de persona más cercana a Miranda en el grupo—. Si tenía un lío, entonces no tengo ni idea de cuándo lo veía, porque no faltaba ni una noche por aquí y siempre subía directamente a su habitación cuando cerraban. No, no creo que tuviera nada por aquí. O sea, no hay mucho donde elegir por aquí.

—Sí, no andamos sobradas —apuntó Nicole.

—No te lo tomes a mal, Mark. Tú estás fichado, pero en serio, lo dudo mucho.

—Pero Miranda es una belleza. No sería tan descabellado —señaló Mark, y su novia, Callie, asintió alegre, al igual que Nicole y Laurie.

—¿De verdad? —pregunté.

—Por Dios, claro que sí. Era una belleza en plan modelo. Estaba buenísima.

—Le habrán tirado los tejos, ¿no?

—Si hubiera ido a otros sitios, seguro que sí. Como el Cooley's. Pero aquí no, la verdad es que no. Este sitio no es un bar para ligar que digamos.

—Sidney lo habría intentado —dijo Callie.

Una vez más reaccionaron al unísono, asintiendo con la cabeza.

—Sí, Sidney está obsesionada —explicó Laurie—. Lily, Sidney trabaja de barman aquí casi todas las noches. Estaba completamente enamorada de Miranda, pero, ya sabes, no era un sentimiento correspondido.

No averigüé nada más y, cuando el bar cerró a las diez, regresé a mi habitación, me puse los pantalones cortos y la camiseta con los que solía dormir, y me metí en la cama después de ahuecar las sábanas. No podía dormirme si me notaba los pies aprisionados. Apagué la lámpara de la mesilla de noche y la oscuridad en la habitación se hizo intensísima, una negrura a la que no estaba acostumbrada. En Winslow, donde vivía, el barrio era tranquilo, pero en mi calle había farolas y mi habitación nunca quedaba a oscuras por completo. Traté de pensar en Ted, pero la negrura de la habitación me hizo recordar dónde se hallaba en ese momento y, a medida

que me iba deslizando hacia el sueño, fue Miranda quien se internó en mi conciencia, sus ojos a un par de centímetros de los míos, su roce en mi muñeca convirtiéndose por momentos en una mano que me aferraba, sus afiladas uñas creciendo como garras y hundiéndose en mi carne.

## Miranda

Esa noche en Orono —después de cenar comida china a domicilio que estaba malísima y ver cómo mi madre hacía el esfuerzo de interesarse por mi difunto marido en vez de hablarme sobre su patética vida—, me retiré a la habitación sin decorar reservada a los invitados y me tumbé en una cama individual, que era el único mueble del cuarto. Las paredes estaban pintadas de un horroroso blanco pastel con tonos limón, e incluso a la tenue luz de las farolas de la calle su cursilería se me hacía asfixiante.

Estaba completamente desvelada. Seguía angustiada con Brad, con que no fuera capaz de controlarse, y también seguía preguntándome por qué Ted había ido a Winslow el mismo día que Brad lo había matado. Me había pasado el día pronunciando el nombre —«Winslow, Winslow»— para mis adentros. Estaba segura de conocer a alguien que vivía allí. Por supuesto, a ese alguien también lo conocía Brad, y me estrujé los sesos pasando revista a todas nuestras amistades comunes para intentar averiguarlo de una vez. Pero de momento no se me ocurría nada.

Me mordí la piel que rodea la uña del pulgar hasta que noté el sabor de la sangre y luego me obligué a parar. Pensé en levantarme y bajar a buscar el tabaco que mi madre fingía no tener, pero sabía que, si me oía, saldría de su habitación y volvería a darme la tabarra. En vez de ello, intenté masturbarme, la única forma segura que conocía de dormirme. Me imaginé una sucesión de

hombres sin rostro, como siempre hacía, pero sus caras eran reemplazadas sin cesar por la de Ted o la de Brad, y al final lo dejé y me resigné a pasar la noche en vela. Miré el techo, donde se proyectaba de vez en cuando algún abanico de luz procedente de los coches que circulaban por la calle.

Debí de quedarme dormida porque me desperté con mi madre inclinada sobre mí con un batín rosa y el pelo todavía mojado después de haberse dado una ducha.

—Por Dios, mamá —dije.

—Lo siento, Faithy. Sólo quería mirar a mi hija durmiendo plácidamente.

—De eso se trataba. Estaba durmiendo plácidamente.

—Entonces vuelve a dormirte. Estaré abajo, en la cocina. Te mantendré caliente el desayuno.

Después de que se fuera, me quedé despierta en la cama mirando el móvil. Lo había tenido apagado desde la noche anterior y tenía como mil mensajes de voz y de texto de amigos que me enviaban sus pésames y me preguntaban si podían hacer algo por mí. Me conecté para ver si había alguna novedad sobre el asesinato de Ted y no me pareció que hubiera nada nuevo; los artículos todavía giraban alrededor de aquel robo desgraciado y de cómo todo el barrio se había unido en solidaridad y temor. Que no hubiera ninguna novedad era la mejor de las noticias, me dije, y decidí que ese mismo día volvería a Boston, o quizá a Kennewick. Pasar otro día y otra noche con mi madre quedaba descartado.

Mientras desayunábamos, conversamos sobre mis planes, y mi madre sólo me preguntó cosas para las que ya tenía respuesta. Siempre había sido así. «¿Qué ropa vas a llevar para tu primer día de clase?» «¿En qué universidad piensas matricularte?» «¿Por qué piensas que tu padre haría algo así?» Esa mañana me preguntó adónde pensaba irme a vivir ahora que Ted ya no estaba.

—No en Boston, por supuesto —respondió, antes de que pudiera hacerlo yo—. Me lo figuro.

—Lo más seguro es que me quede en Boston.

—Faithy, no digas eso. Después de lo que ha ocurrido. Es evidente que tu barrio no es un sitio seguro. Nunca pensé que lo fuera, y no me equivocaba.

Vi esa película con Matt Damon sobre el Southie...

—Mamá, vivo en el South End, no en South Boston. Son barrios completamente distintos.

—Pues salta a la vista que no lo son. O, si son distintos, qué más da si son igual de violentos y peligrosos. Podrías venirte aquí, demostrarle a todo Orono la vida que te has labrado. Con el dinero que tienes, podrías comprarte la casa más grande del pueblo.

—Mamá, no quiero hablar de eso, no es el momento, ¿vale?

Es de justicia reconocer que en ese instante asintió solemne y se puso a fregar los platos soltando discretos suspiros de los que yo era la beneficiaria. Le perdoné los malos modales y el egoísmo. Siempre terminaba haciéndolo. Dicen que las personalidades ya están formadas y definidas cuando cumplimos los cinco años, pero la personalidad de Sandra Roy, por lo menos durante la segunda mitad de su vida, quedó íntegramente definida por el día en que mi padre, jefe del Departamento de Historia de la Universidad de Maine, perdió su plaza por sus devaneos con una alumna de primer año. Hasta ese día, mi madre había pensado que disfrutaba de una vida de lujo. Supongo que, en cierto modo, así era. Se había criado en un bloque de apartamentos baratos en Derry y logró subir todos los peldaños hasta llegar a la Universidad de Maine, donde conoció a Alex Hobart, un alumno de grado originario de una ciudad de clase media en Vermont. En su tercer año de carrera, abandonó los estudios para casarse con él y unos pocos meses más tarde tuvo a mi hermano, Andrew, y un año después a mí. Siendo pequeños, mi padre obtuvo una plaza de profesor titular en el Departamento de Historia. Destacaba, y terminó convirtiéndose en el jefe de departamento más joven de toda la historia de la facultad. Su sueldo, que aumentaba todos los años, era casi una fortuna en Orono, y mi madre, satisfecha con sólo dos niños a su cargo, convirtió nuestra casa colonial diseñada a medida en su proyecto personal. Cuando tenía nueve años, viajamos en familia a Europa y mi madre regresó con una nueva forma de hablar. Sonaba como una actriz estadounidense de los años cincuenta, recortaba las palabras y las adornaba con sonidos vocálicos vagamente británicos.

Entonces todo se derrumbó el año que entré en el instituto. Una chica de

primero de carrera que se había matriculado en el seminario de mi padre sobre el Antiguo Egipto lo grabó pidiéndole sexo a cambio de buenas notas. El caso se hizo público y a mi padre lo despidieron de inmediato. Mi madre lo echó de casa y le pidió el divorcio. Recuerdo ese año como un interminable monólogo de mi madre espoleado por la furia. Parecía culparlo más por haber perdido su bien remunerado empleo que por su tentativa de chantaje sexual. Esos monólogos iban dirigidos a mí. Andrew había descubierto la maría, luego a los Phish, y se pasaba todo el tiempo libre encerrado en su habitación con unos enormes cascos en la cabeza. No teníamos ahorros; todo el dinero de mis padres se había gastado en muebles para la casa y vacaciones, y dos años después del divorcio, mi madre vendió la casa colonial y nos mudamos a un ático de tres habitaciones que solía alquilarse a estudiantes. Andrew, que por entonces cursaba el último año de instituto, estuvo en el apartamento menos de un mes antes de trasladarse a la casa de un amigo. Mi madre rezongó, pero yo sabía que en realidad le daba igual. Había roto con los hombres en general, y eso incluía al zángano de mi hermano. «Ahora, sólo chicas», decía, insistiendo en que el apartamento era una solución provisional. Pero vivimos allí mis dos últimos cursos de secundaria. Mi hermano se graduó y se pasó un año entero siguiendo la gira de los Phish por todo el país, y terminó en San Diego, donde todavía vivía. Lo último que supe de él es que trabajaba en un bar de los que fabrican su propia cerveza y que se había juntado con una mujer que tenía cuatro hijos. Me llamó y me dejó un mensaje en el contestador tras la muerte de Ted, pero no le había devuelto la llamada, y casi con toda seguridad no lo haría.

Después del divorcio, mi padre se mudó a Portland, donde obtuvo una plaza de profesor adjunto en un centro de formación superior. Mi madre consiguió trabajo de recepcionista en la consulta de un dentista, y entre su sueldo y los míseros cheques que le pasaba mi padre para nuestra manutención lográbamos llegar a fin de mes. La cantinela constante en aquel hogar de dos mujeres era que la vida de mi madre no tenía arreglo, pero que la mía podía ser mejor. Y cuando decía *mejor*, mi madre pensaba en más dinero.

En el instituto, era una más del montón, pero robando en tiendas no tenía



igual. La mayoría de los robos los realizaba fuera de Orono, o bien en Bangor o en Portland, durante alguna de las visitas que le hacía a mi padre. Normalmente robaba en grandes almacenes, esos sitios que ponían en nómina a detectives que se paseaban intentando hacerse pasar por clientes. Los detectives recibían formación para identificar a los ladrones a partir de su lenguaje corporal, buscando personas que se comportaran de manera nerviosa o sospechosa. Nunca me pillaron porque nunca actué como una ladrona. Perfeccioné la indiferencia relajada de una muchacha con la tarjeta de crédito de sus padres que iba de compras sin una idea clara de lo que quería. Siempre llevaba encima un bolso grande y ponía mi mira en artículos pequeños y caros. Pañuelos. Perfumes. Me volví muy hábil.

La única vez que me descubrieron robando fue un compañero de clase en la farmacia de Orono. No tenía la costumbre de robar allí; quedaba demasiado cerca de casa y era una tienda adonde iba mucho. Estaba en mi penúltimo curso de instituto. Compré varios artículos a una de las viejas avispadas que trabajaban de cajeras, pero salí de la tienda con tres paquetes de cuchillas para mi Gillette Venus en el bolso.

Después de pasar por las puertas automáticas, oí la voz de un chico que decía:

—Creo que se te ha olvidado pagar algo.

Me volví. Era un crío que conocía del instituto. Se llamaba James no sé qué. No me había percatado de que trabajara en la farmacia.

—¿Perdón? —respondí, tratando de dar a entender que tenía cosas más importantes que hacer que hablar con un dependiente de farmacia.

—En tu bolso. He visto cómo escondías las cuchillas.

—Por Dios —exclamé, poniendo cara de sorpresa—. Me había olvidado por completo de ellas. —Empecé a caminar hacia la tienda—. Bueno, voy a...

El chico se rio, me agarró del brazo y se me llevó a través del sofocante aparcamiento. Era agosto, ese período anual de dos semanas en el que el norte de Maine se convierte en un horno bochornoso infestado de mosquitos. El asfalto se había reblandecido e impregnaba el aire de olor a alquitrán caliente.

—No voy a denunciarte —explicó—. Sólo te he visto. Me importa una

mierda que robes. Yo lo hago a todas horas.

—Ah. —Me reí—. Yo te conozco, ¿no?

Nos presentamos. Se llamaba James Audet e iba al mismo curso que yo, aunque había entrado en el instituto de Orono el año anterior con las clases empezadas. Era guapo, con los ojos azul claro, pómulos salientes y una buena mata de pelo rubio. También era bajito, detalle que compensaba con un cuerpo bien musculado, lo que le daba, al caminar, el aspecto de un gimnasta dando saltitos sobre las puntas de los pies. Yo era un poco solitaria en el instituto y me limitaba a esperar el momento de entrar en la universidad, decidida a conseguir que mis notas fueran lo bastante buenas para ganarme una beca que me permitiera estudiar fuera de Maine. No tardamos en hacernos amigos. Me confesó que creía que lo único que importaba en la vida era el dinero y que tenía previsto ganar muchísimo.

—Entonces cástate con una rica —dije. Estábamos en el Friendly's, un bar a dos pueblos de distancia donde nos gustaba quedar.

—Soy demasiado bajito. Las ricas prefieren maridos altos.

—¿En serio?

—Es un hecho comprobado. Tú, en cambio, sí que podrías casarte con un rico. Mira qué tetas.

—Bah. Parezco una friqui.

—Créeme. Eres la típica rarita de instituto que un día vuelve para una reunión de exalumnos y parece una modelo. Lo he visto cien veces.

—¿Lo has visto dónde?

—En las pelis, claro.

El verano que terminamos el instituto, los dos encontramos trabajo en la vulgar imitación de eje comercial que ofrecía Orono a sus vecinos, James en una pizzería y yo en la misma farmacia donde a veces me había dado por robar. Me habían aceptado en Mather, un *college* privado en Connecticut. Era una universidad que prestaba servicio principalmente a niños ricos de Nueva York y Boston, pero me había graduado con el tercer mejor expediente de mi promoción, y la situación económica de mis padres me garantizaba una beca por más de la mitad del importe de la matrícula. James iría a la Universidad de Maine, donde su padre era entrenador del equipo de lucha libre. Los dos

éramos vírgenes, y en julio de ese año decidimos acostarnos para no llegar a la universidad sin experiencia. Lo hicimos en el asiento trasero del Caprice Classic de James. Luego me preguntó cómo me había sentido. «Incestuosa», dije yo, y los dos nos reímos tanto que James se cayó del asiento y se magulló la cadera. Pero seguimos haciéndolo y nos propusimos ver juntos todas las películas buenas que estrenaran ese verano. Y así, saliendo juntos, pasamos el tiempo. En nuestra última noche juntos, antes de que mi padre viniera a recogerme para llevarme a Connecticut, James dijo:

—Ha sido un placer conocerte.

—Bueno, nos veremos por Acción de Gracias.

—No, sé que no. Seguro que tendrás un novio rico y no volverás a hablarme.

—Claro que te hablaré —aseguré.

Pero llevaba razón y casi no volvimos a vernos después de que empezáramos a ir a la universidad. Sólo pensaba en él cuando volvía a Maine. Me preguntaba ahora si se habría enterado de lo rica que era.

—¿Has sabido algo de los Audet? —le dije a mi madre después de recoger los platos del desayuno y trasladarnos al salón con los altos ventanales que daban a la iglesia metodista de al lado del cementerio.

—Su hijo Jim se casó hace poco. Ya lo sabías. Trabaja en un banco de Bangor, y he oído que su mujer está embarazada.

—¿Ahora se hace llamar Jim?

—Así lo llama Peg. No he vuelto a verlo desde el instituto. Por lo visto, sigue igual de bajito.

Mi móvil empezó a sonar. Reconocí el número del detective Kimball de la noche anterior. Tuve un pálpito de miedo.

—Mamá, tengo que cogerlo.

Respondí al teléfono mientras me dirigía a la cocina.

—¿Señora Severson?

—Sí.

—Soy yo otra vez, el detective Kimball. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —dije con la voz destemplada.

—Siento molestarla, pero tengo que pedirle que regrese a Boston.

—Está bien. ¿Por qué?

—Una vecina suya cree que vio al hombre que tal vez haya asesinado a su marido. Tenemos un retrato de su cara y queremos que venga a echarle un vistazo.

—¿Por qué? ¿Creen que puedo conocerlo? —pregunté, arrepintiéndome enseguida del tono que había empleado. Había sonado a la defensiva.

—No necesariamente. Seguimos considerando que se trata de un robo que salió mal, pero hemos de descartar cualquier otra hipótesis. Cabe la posibilidad de que el responsable fuera alguien que quería ver muerto a su marido, en cuyo caso tal vez usted podría identificarlo.

—Bajaré esta misma tarde.

—Estupendo, señora Severson. Sé que no será fácil para usted, pero cualquier ayuda...

—No será ningún problema.

El detective tosió como seis veces seguidas.

—Lo siento, un resfriado. Una cosa más. Por lo que respecta a acordarse de a quién podía conocer su marido en Winslow, ¿hubo suerte? Recuerde que se lo pregunté la última...

—No. He estado pensando, pero nada. Lo siento.

—Sólo me lo preguntaba. Por favor, llámeme cuando haya llegado a Boston. Puedo llevarle el retrato a donde usted me diga.

—Lo llamaré —dije, y colgué.

Oí a mi madre hablando por teléfono en el salón. La única palabra que alcancé a oír fue «horrible», que repitió varias veces. Miré por la ventana. El día se había ensombrecido, y las nubes, cargadas y violeta, desfilaban rápidas; se avecinaba una tormenta. La oscuridad exterior me permitía ver mi reflejo en la ventana de la cocina. Me miré a mí misma, sin dejar de estrujarme la cabeza pensando en Winslow. Sabía que conocía a alguien que vivía allí... ¿Era alguien del instituto o alguien del Mather College? Y entonces me vino a la cabeza, y de pronto supe en quién estaba pensando. Era Lily Kintner, esa rarita del Mather College que salía con Eric Washburn cuando éste murió en Londres. Recordé que había oído que vivía en Winslow y trabajaba en el *college* de bibliotecaria. Pero no conocía a Ted. Al menos,

no creía que lo conociera. ¿Era posible que se hubieran conocido años atrás cuando me la encontré en el South End? ¿Era a ella a quien Ted había ido a visitar?

Mi madre seguía al teléfono, susurrando a todo volumen, como si no pudiera oírle todo lo que decía, y subí a la habitación a hacer la maleta para volver a Boston.

## 20

### Lily

Ted me había dicho que el Cooley's era un antro de mala muerte, y tenía razón. La impresión que daba el local de falta de autenticidad se debía a largos años de acumulación de trastos kitsch. Si se hallara en Nueva York o Boston, casi pensarías que un hípster con veleidades de empresario lo había inaugurado un año antes. Pero allí, las lámparas de pared World of Schlitz acumulaban una pátina de roña auténtica y el barman gruñón estaba de verdad de mal humor, y no era un actor tratando de dar el pego. Me senté en la esquina más apartada de la barra sin perder de vista la puerta. Me preguntaba si reconocería a Brad Daggett cuando entrase. Creía que lo haría. Ted me lo había descrito como un cretino guapo y fornido al que empezaban a pesarle los años. Aquella imagen serviría para describir más o menos a la mitad de los parroquianos que acudían a un bar como el Cooley's un lunes por la noche, pero saber que Brad había asesinado hacía poco a un hombre también habría de servirme. Estaba segura de que podía reconocer a un asesino.

Había llegado poco después de las cinco, tras conducir desde el Kennewick Inn bajo una tormenta que había tizado el cielo del crepúsculo. Vi tres coches en el aparcamiento del Cooley's, pero era la primera clienta. Me instalé en mi taburete, me quité la chaqueta mojada y pedí una Miller Lite. El barman, que era la viva imagen del Ichabod Crane de Disney, abrió la

botella y me la dio, antes de dejar sobre la barra una carta plastificada con las esquinas abiertas. Le eché un vistazo; el pastel de almejas Cooley's era la especialidad de la casa.

Era una tarde tranquila. Si me había sorprendido la clientela relativamente animada que había encontrado la noche anterior en el Livery, no me sorprendió ahora la escasez de almas que se atrevían a adentrarse en el Cooley's aquella tarde lluviosa de lunes. Sobre las siete, los únicos clientes del local aparte de mí eran un hombre solitario, con setenta años a cuestas como mínimo, que había izado su considerable peso a un taburete para pedirse un whisky sour, dos rubias talluditas que hacían guardia en el otro extremo de la barra y dos turistas de mediana edad que, tras vacilar en la entrada, no habían tenido el valor de dar media vuelta y largarse, sentándose por fin en uno de los reservados de altos respaldos. Durante mis dos horas en el Cooley's, me tomé dos botellas de cerveza y probé el famoso pastel de almejas, que me habían servido en un plato desportillado junto a una montañita de tallos de perejil. Era una masa de pastel rellena de una mezcla de almejas picadas y pan rallado que tenía el color de la arena mojada en la playa. Por su sabor, parecía una versión que olía a pescado de ese asqueroso mejunje que sacas con el tenedor de las gambas rellenas. Probé dos bocados y luego pedí un plato de patatas fritas. Mi reacción dio la impresión de divertir al barman.

Había pasado gran parte del día en el Kennewick Inn, leyendo el periódico junto a la chimenea del vestíbulo antes de bajar al Livery para comer, donde me había servido Sidney, la delgada y guapa camarera que supuestamente estaba colada por Miranda. Mientras me comía mi ensalada, se movía detrás de la barra con resuelta intensidad, asegurándose de que todos los vasos estuvieran limpios y de pasar el paño por todas las superficies. Llevaba una camisa de vestir con las mangas subidas hasta arriba para presumir de bíceps. Tenía un brazo tatuado al completo de flores y chicas de calendario. Como no parecía muy habladora, opté por no preguntarle por Ted y Miranda. Pero justo antes de marcharme, una empleada del hotel bajó al bar para rellenarse un termo de Coca-Cola light y oí su conversación.

—¿No has hablado con Miranda? —le preguntó a Sidney la empleada, una morena muy maquillada que vestía un traje negro.

—Le dejé un mensaje en el contestador diciéndole lo mucho que todos lo sentíamos. No creo que volvamos a verla.

—Dios mío.

—Sí, exacto. Sigo pensando en ella..., en lo que pasó..., en Ted.

—¿Qué crees que hará? —La mujer del traje, que tenía aspecto de ser la coordinadora de actividades, dio un largo sorbo a su Coca-Cola light con una pajita.

—Eso es lo que todo el mundo me pregunta. Francamente, no tengo ni puta idea. Somos amigas, supongo, pero no es que la conozca tan bien. No me sorprendería que no volvamos a verle el pelo.

Dejé el dinero sobre la barra y me bajé del taburete. Había oído lo que quería saber. A menos que esa gente fuera discreta, no me pareció que los empleados del hotel y los parroquianos del Livery estuvieran enterados de que Miranda tonteaba con Brad a escondidas. No me sorprendió. Era evidente que se había esforzado muchísimo para ocultarlo, y si a Ted no le hubieran entrado sospechas después de haberlos visto compartiendo un cigarrillo, entonces nadie habría sabido que su relación iba más allá de la de jefa/empleada. Ese detalle me hizo comprender que era probable que Miranda tuviera planeado utilizar a Brad para asesinar a Ted desde el primer día. Ella nunca se había pasado por el Cooley's. Brad nunca había ido al Livery. Supuse que el único sitio en el que habían intimado era la casa en construcción, y sólo cuando no había otros empleados.

Después de comer, regresé a mi habitación y me puse las botas de senderismo y el anorak para dar una caminata por los acantilados. Me apetecía hacerlo. Hacía un tiempo fresco y ventoso, y el océano que había visto desde mi habitación del hotel mostraba una superficie gris y azotada por el viento. Miré la previsión meteorológica en mi móvil y vi que llegaba una tormenta fuerte, pero aún faltaban unas horas. Salí del hotel y crucé Micmac Road; el viento sacudía la ropa contra mi cuerpo. Bajé con cuidado los escalones rudimentarios que llevaban al breve tramo de playa donde empezaba el sendero de los acantilados. Aparte de mí, los únicos aventureros



en la playa eran un hombre quieto y un labrador chocolate que corría dando grandes saltos detrás de una pelota de tenis que el hombre le lanzaba con una catapulta de plástico. Me dirigí de inmediato al sendero. Había marea alta y las olas habían lamido las losas de piedra de los primeros cien metros de sendero, dejando el suelo resbaladizo. Más adelante, en cambio, el camino ganaba altura y cortaba por el interior, de forma que una pantalla de árboles y matorrales atrofiados —en su mayoría celastros, cuyas bayas amarillas abiertas por la mitad revelaban su pulpa roja, y acebos de Michigan— me protegía del viento. Caminaba despacio, no tanto por precaución como porque estaba saboreando la belleza del paseo. Nunca había sido muy amante de la costa; todos esos cuerpos sedentarios y embadurnados que se despatarraban a lo largo de la playa como trozos de carne en una parrilla. Quizá sea un prejuicio mío, porque mi piel blanca y pecosa, en vez de broncearse, se pone roja como si tuviera un sarpullido. Sí me gusta nadar, pero prefiero el agua de lagos y pantanos al salitre del mar, y nunca he sido capaz de soportar la sensación de la arena adherida a pies y piernas. Pero ese tramo concreto del litoral de Maine me provocaba otras sensaciones. Quizá se debía a esos cambios de tiempo espectaculares y a las nubes que se deslizaban a toda prisa, pero a lo largo de aquel camino me sentí envuelta por la belleza, por la fuerza primigenia de la naturaleza. Los grandes bloques de piedra gris eran mucho más seductores que los fugaces trechos de playa por los que suele desvivirse la gente cuando baja la marea. Respiré hondo varias veces como si tuviera sed de aquel aire marino.

No me crucé con nadie en el sendero. No me sorprendió. Cuando llegué al final y vi la fachada trasera de la casa de Ted y Miranda, el viento había arreciado y la lluvia racheada caía lateralmente y azotaba mi chubasquero.

Busqué el sitio donde Ted debía de haberse apostado con sus prismáticos. Vi varios posibles, pero un montículo cubierto de hierba detrás de un árbol pequeño y retorcido parecía ofrecer el mejor resguardo. Seguro que Ted tenía unos prismáticos muy buenos, ya que la casa parecía hallarse a una distancia inescrutable, al otro lado de una fea parcela de tierra nivelada. Sopesé cruzar el terreno y observar más de cerca la casa, pero me preocupaba que Brad o alguno de sus trabajadores pudiera estar dentro. En vez de ello, volví sobre

mis pasos. Las olas rompían contra las rocas y arrojaban al aire impetuosas explosiones de agua marina y espuma. Giré la cara contra la lluvia que venía de frente —ya no me preocupaba quedar empapada— y volví decidida pero con cautela por el sendero.

Ya en el hotel, fui al pequeño bar con chimenea de la planta baja, pedí un whisky caliente —la bebida para los días fríos a la que más recurría mi padre— y subí con el vaso a mi habitación, donde me lo tomé a sorbitos mientras me daba un buen baño en la profundísima bañera. Me sentía a gusto y tuve que recordarme que no estaba en Kennewick por casualidad, que tenía un amigo a quien vengar. Después del baño, dormí un poco y luego me enfundé los vaqueros ceñidos que me había puesto la tarde anterior, volví a maquillarme y bajé en coche hasta el Cooley's.

Ya llevaba allí tres horas en las que me había tomado tres cervezas *light* cuando asumí que era muy posible que Brad no fuera a aparecer. Los turistas se habían marchado, y también las dos mujeres de la barra. Desde entonces, habían entrado tres hombres solitarios, y cada vez que habían pasado por la puerta exterior, sacudiéndose la lluvia de las chaquetas, había esperado ver a Brad. Pero uno de los hombres apenas tenía veinte años, el otro era un tipo fondón con una gran barba y el tercero entró con un *blazer* azul sobre una camisa de vestir blanca y unos vaqueros perfectamente planchados. Tenía la edad correcta, pensé, unos cuarenta años, pero iba bien afeitado. Aun así, lo observé con atención. No era descartable que Brad se hubiera afeitado la perilla que me había comentado Ted, como tampoco lo era que se hubiera puesto elegante por algún motivo. Tal vez una reunión con un nuevo cliente. Tal vez había quedado con una mujer. Vio que lo miraba, levantó una ceja en dirección a mí y alzó su pinta de cerveza. Clavé la vista en mi móvil para disuadirlo de que viniera. Había concluido que probablemente no se trataba de Brad. Estaba sentada lo bastante cerca para ver la tersura de sus manos y las mechas en las puntas de su pelo. No podía ser Brad, a menos que fuera un genio del crimen y hubiera cambiado por completo de aspecto. Pagué la cuenta en efectivo y salí con paso vacilante del Cooley's sobre los altos tacones que no estaba acostumbrada a calzar.

—No se vaya por mi culpa —dijo el hombre del *blazer* azul cuando pasé

a su lado.

Me volví y lo estudié.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Chris.

—¿Dónde trabaja, Chris?

Pareció un poco confundido por mi interrogatorio, pero me respondió.

—Soy el encargado del Banana Republic de Kittery. ¿Nos conocemos?

—No —dije—. Era simple curiosidad. Buenas noches, Chris. —Y continué caminando hacia la salida del bar.

Fuera, la lluvia racheada de horas antes había amainado hasta dar paso a una llovizna constante. La dirección del viento había cambiado y, aunque el océano se extendía justo al otro lado de la calzada, el aire olía a pinos y a tierra fresca. Cubriendo dos plazas de aparcamiento, una camioneta esperaba con el motor al ralentí y la ventanilla del conductor bajada. Al pasar por su lado, noté un olor a humo de cigarrillo en el aire húmedo. Me metí en mi coche y me pasé un rato haciendo ver que buscaba algo en el bolso, esperando a que el conductor de la camioneta se terminara el cigarrillo y saliera para poder verlo. Justo cuando sacaba las llaves del bolso, oí que se apagaba el motor de la camioneta y, al volverme, pude ver el elegante arco de una colilla que atravesaba volando el aparcamiento y aterrizaba en un charco con un audible crepitar. Un hombre alto salió de la camioneta. Quedaba iluminado por un foco exterior instalado en la fachada del Cooley's. Tenía el pelo oscuro y la espalda ancha, y cuando se volvió para cerrar la puerta del vehículo, pude ver con toda claridad su oscura perilla. No podía ser otro que Brad.

No tenía la menor intención de seguir sus pasos y entrar en el bar.

—Brad —dije, y alzó la cabeza hacia mí para mirarme.

Pese a la escasa luz del aparcamiento, pude ver que tenía los ojos hinchados por la falta de sueño y que mostraba el aspecto agitado y espectral de alguien que ha hecho algo muy malo.

—¿Yo? —dijo.

—Es usted Brad, ¿no?

—Pues sí.

—¿Brad Daggett?

—Exacto. —Eché una mirada disimulada al aparcamiento, tal vez esperando la presencia de un equipo de policías armados hasta los dientes, listos para abatirlo si hacía algún gesto repentino.

—¿Podemos hablar un momento? ¿Aquí fuera? Es importante.

—Claro, por supuesto. ¿La conozco?

—No —dije—. Pero tenemos amigos en común. Conozco muy bien a Ted y a Miranda Severson. Escuche, aquí fuera llueve y hace frío. ¿Podemos sentarnos en mi coche y hablar un momento? O, si lo prefiere, podemos sentarnos en su camioneta si le resulta más cómodo.

Volvió a echar una ojeada al aparcamiento. Sabía que la mente debía de funcionarle a pleno rendimiento, preguntándose quién podía ser yo y qué quería de él.

—No tiene de qué preocuparse —aseguré, poniendo una voz que sonara lo más tranquilizadora posible—. ¿Por qué no nos sentamos en su camioneta?

—Claro, por supuesto —repuso, y abrió su puerta.

Di tres pasos sobre el asfalto mojado del aparcamiento y abrí la puerta del acompañante. Antes de subir, abrí la cremallera de mi bolso. Casi en lo más alto del mismo descansaba una pistola eléctrica diseñada para simular una linterna. No creía que fuera a necesitarla, pero quería ser precavida. No tenía ni idea de cómo había encajado Brad el hecho de haber asesinado a un hombre a sangre fría hacía menos de una semana, pero era de suponer que estaría acelerado, paranoico, y que era muy posible que fuera peligroso.

—Así que conoce a los Severson —dijo Brad, cuando estuvimos sentados en la camioneta, con una voz que parecía de forzada naturalidad. El interior estaba limpio como una patena y olía a tabaco y a ambientador.

—Sí —asentí—. Bueno, conocía a Ted Severson y conozco a Miranda.

—Fue horrible lo que...

—Lo que le pasó a Ted. Sí que lo fue. Por eso estoy aquí. Deje que le hable un momento, Brad, ¿de acuerdo? No le gustará lo que voy a decirle, pero tiene que escucharme. ¿Cree que podrá hacerlo?

Lo miré directamente a la cara. Tenía enrojecido el contorno de los ojos, y su piel, pese al intenso y curtido bronceado que lucía, presentaba la flacidez

de un hombre que no se encontraba bien. Su aliento olía a cereal húmedo, y me pregunté cuánto había tenido que beber ya a esas horas. Asintió.

—Claro, claro.

—Brad, tengo que pedirle un favor. Un gran favor. Y, si me hace ese favor, entonces no le diré a nadie que la tarde del viernes pasado usted bajó en coche hasta Boston y asesinó a Ted Severson.

Me preparé para lo peor, poniendo la mano en la pistola eléctrica de mi bolso abierto. Pensé que iba a lanzarse contra mí o que montaría en cólera y me diría que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Sin embargo, el labio inferior se le descolgó un poco, la mandíbula se le tensó y, por un instante, pensé que iba a echarse a llorar. Me equivocaba, ya que Brad me dijo con una voz que sonó seca y desesperada:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Ahora mismo —respondí—, soy tu mejor amiga en este mundo.

## Miranda

Salí de Orono por el mismo camino por el que había llegado, pasando una vez más por Bangor. Antes de entrar en la interestatal 95, paré a poner gasolina en una estación de servicio local donde un adolescente me llenó el depósito. Me quedé sentada en el coche, inquieta, pensando en Brad. ¿De verdad que al muy idiota lo habían visto en mi barrio la tarde del asesinato? Rezaba por que el retrato que tenía el detective fuera de cualquier otra persona, o que, por lo menos, no se pareciera ni por casualidad a Brad, porque si se parecía a él —aunque sólo fuera un poco— no me quedaría más remedio que decir algo. Y, si eso sucedía, entonces la policía interrogaría a Brad Daggett, y estaba segura de que no sabría manejarse en esa situación. Me lo imaginé con la cara sudorosa y la mirada inquieta; a la policía le bastaría con un vistazo para saber que habían dado con el hombre al que buscaban. Y se derrumbaría, vaya que sí. Con una hora en una sala de interrogatorios tendrían más que suficiente. Y entonces mi única salida sería asegurar que Brad deliraba, que era evidente que se había obsesionado conmigo y que había asesinado a Ted por su cuenta. Incluso podría contarle a la policía que nos habíamos acostado un par de veces en la casa que me estaba construyendo, pero que nunca le había sugerido que matara a mi marido. Sería su palabra contra la mía y nunca podrían demostrar que estuviera involucrada en el asesinato. Pero la gente lo sabría. Vaya que sí. Me

di cuenta de que estaba apretando los dientes y dejé de hacerlo.

Respiré por la nariz, saboreando el olor de la gasolina mientras esperaba que el empleado pasara mi tarjeta de crédito. Empezó a llover, gotas gruesas, intermitentes, que golpeaban sonoramente contra el techo de mi coche cuando salí de la gasolinera de camino a la interestatal 95.

Me pasé gran parte del trayecto hasta Boston pensando en Brad. Quizá diera la talla cuando la policía lo interpelara. Quizá su coartada se sostendría. Y quizá —con un poco de suerte— el retrato que tenía el detective no se parecía en nada a Brad. Ésa sería la mejor de las posibilidades, pero estaba segura, en lo más hondo de mi ser, de que el retrato sería la viva imagen de Brad, de que la había cagado y había permitido que alguien lo viera. Al cabo de un rato, me obligué a pensar en otra cosa y empecé a reflexionar sobre Lily Kintner, esa mujer que vivía en Winslow y a quien nunca habría dedicado ni un solo pensamiento si no hubiese sido porque Ted había ido a aquel pueblo el viernes anterior y había vuelto con una multa de aparcamiento. Hubo una época en la que Lily había sido una presencia constante y molesta en mi vida. Iba dos cursos por detrás de mí en el Mather College. La conocí en tercero de carrera, cuando Eric Washburn, el chico con el que salía entonces, le regaló una invitación a Saint Dunstan's.

—¿Quién es? —le había preguntado. A mí no me habían invitado a las fiestas del jueves por la noche en Saint Dunstan's hasta mi segundo año en el *college*, y sólo después de llevar tres semanas acostándome con Eric Washburn.

—¿Sabes quién es David Kintner, el novelista? —dijo Eric.

—No —respondí yo.

—Es su hija.

Vino a la fiesta la noche de ese mismo jueves y casi no la vi. Parecía una niña abandonada salida de una novela victoriana; delgada, pálida y con una larga melena pelirroja. La observé un rato, y lo primero que pensé era que estaba nerviosa, intentando fundirse con la pared en la que estaba apoyada con una copa en la mano, demasiado asustada para hablar con nadie. Pero me acerqué a ella, eché otro vistazo y concluí que en realidad le daba igual que la hubieran invitado a Saint Dunstan's. Casi parecía que no le interesaba todo

aquello, como una chica en la última fila de una clase aburrida. ¿De verdad era consciente de lo que suponía conseguir una tarjeta con la calavera en el primer año de carrera? Pensé que no volvería, pero siguió viniendo, todos los jueves, y era obvio que Eric empezó a interesarse por ella. Encontré uno de los libros de su padre en la biblioteca y leí unas páginas en una cabina de consulta del sótano. Se suponía que era una comedia, pero se centraba sobre todo en las crueldades que se prodigaban entre sí los alumnos de un internado inglés. Me pareció la clase de libro estúpido que Eric idolatraría. De todos modos, ya no me importaba demasiado, porque había empezado a acostarme con Matthew Ford, el cual hacía que Eric pareciera prácticamente de clase media.

En mi último año de carrera, Eric y Lily se hicieron pareja. No me molestó. Matthew y yo encajábamos mucho mejor de lo que nunca había hecho con Eric. A diferencia de Eric, Matthew era lo bastante inseguro como para compensarlo comprándome cualquier cosa que se me antojara. Le contaba historias de lo más rocambolescas, por ejemplo, que procedía de un adinerado clan francocanadiense, pero que a mi padre lo habían desheredado por haberse mudado con su mujer y sus retoños a Maine y educar a su hija de forma exclusiva en inglés. Antes de las vacaciones de Navidad de ese año, le dije a Matthew que necesitaba mil dólares para escabullirme a Montreal y visitar a mi abuelo paterno, que se estaba muriendo. Me los dio en dinero contante y sonante. Era una buena relación, pero no abrigaba ilusión alguna de que fuera a continuar más allá del último año de carrera. Supuse que a Eric y a Lily les pasaría otro tanto, sobre todo teniendo en cuenta que ella sólo iba a segundo, pero cuanto más los veía juntos, más me daba cuenta de que iban en serio. Por lo menos, Lily iba en serio; eso resultaba evidente. No estaba segura, en cambio, de que Eric pudiera amar de verdad a alguien. En ese sentido, era como yo, alguien que podía encender o apagar la llama a voluntad. Estando juntos, una vez me había dicho que no le costaba nada mantener relaciones al mismo nivel con dos mujeres al mismo tiempo. Nunca se me olvidó aquel comentario, y durante la semana posterior a los exámenes de final de carrera, mientras los alumnos de cursos inferiores seguían estudiando, me ocupé de recordárselo.



—¿Me estás proponiendo algo? —preguntó.

Estábamos sentados en lo alto de la escalera de Saint Dunstan's, compartiendo un cigarrillo, y oíamos a los últimos resistentes de una fiesta en la planta baja. Habían puesto Radiohead y alguien pedía a gritos que cambiaran la música.

—No lo sé —respondí—. Todo el mundo piensa que Lily y tú vais en serio.

—¿Y tú y Matthew?

—Capítulo cerrado el día de la graduación.

—Vaya, vaya.

—Oye —dije, mientras le acariciaba la mandíbula rasposa—. Hemos terminado los exámenes. ¿Qué me dices?

Nos liamos esa noche y continuamos haciéndolo durante todo el verano. Eric iba a ver a Lily a casa de sus padres los fines de semana y entre semana estaba conmigo. Ella nunca venía a la ciudad y él les dijo a sus amigos que iba a visitar a su padre enfermo los fines de semana. En broma, me teñí de pelirroja y le dije a Eric que fingiera que sólo tenía una novia. Me encantaron esos fines de semana sola en Nueva York. Había subarrendado un apartamento de una habitación en el Village, de modo que disponía de los sábados y los domingos para mí sola. Me imaginaba a Eric y a Lily en el campo, enamorados, y no me importaba lo más mínimo. De hecho, me hacía reír.

Eric murió ese otoño en Londres. Había ido a visitar a Lily y se había olvidado de su medicación para la alergia. Cayó fulminado por culpa de unos frutos secos. Durante un tiempo me pregunté cómo lo habría pasado Lily. Me llegó que había muerto en su apartamento, delante de ella. Me la imaginaba buscando desesperadamente su EpiPen mientras trataba de mantenerlo con vida. Siempre pensé que Lily había sido afortunada. Sólo había conocido a Eric como novio fiel. Nunca supo la verdad sobre él.

Me la encontré por casualidad unos años después. No estaba en Facebook, pero había oído rumores acerca de ella, que se había convertido en una especie de bibliotecaria en el Winslow College, y algo más acerca de su padre, quien por lo visto había sufrido un accidente de coche en el que había

muerto su segunda esposa. La reconocí al instante. No había cambiado nada: pálida, con pinta de niña abandonada, el mismo pelo a lo Pippi Calzaslargas cortado igual que siempre, la misma cara inexpresiva. Le dije que sentía mucho lo que le había pasado con Eric Washburn y ella me dedicó una mirada fija e impertérrita. Hasta ahí llegó nuestra comunicación. Traté de recordar si le había presentado a Ted y pensé que era muy posible que así hubiera sido, pero no estaba segura. Sí recordé su mirada fría, sus ojos verdes casi translúcidos. ¿Se había enterado de lo mío con Eric ese verano? Y, si lo había sabido, ¿cabía la posibilidad de que la muerte de Eric no hubiese sido accidental? No lo creía, pero por alguna razón me sacaba de quicio volver a tenerla metida en la cabeza. Había muchas explicaciones posibles para que Ted hubiera viajado a Winslow el viernes anterior; la posibilidad de que tuviera algo que ver con Lily no podía ser más remota.

Llegué a Boston a las cuatro de la tarde. Aparqué en la calle a tres manzanas de mi casa y me metí en el bar de un hotel boutique, donde me tomé un vodka con hielo y pedí un plato de *orecchiette* con langosta. Estaba muerta de hambre. Cuando me terminé la pasta, regresé al coche y llamé al detective Kimball. Cogió la llamada de inmediato.

—Estoy en Boston —le dije.

—Estupendo —contestó—. ¿Dónde se encuentra? Puedo recogerla si le parece bien y llevarla a la comisaría.

Le expliqué que estaba al lado de nuestra casa, aparcada en la calle, sin saber qué hacer ni adónde ir. Puse una voz un poco entrecortada al decírselo.

—Es lógico. Si me espera allí, puedo ir a recogerla. Luego, si quiere, puede hacer algunas llamadas desde la comisaría. Quizá tenga amigos con los que pueda pasar la noche o ir a un hotel...

El detective llegó diez minutos después en un Mercury Grand Marquis blanco y me llevó a la comisaría. Su coche olía a cigarrillos liados a mano y a caramelos de menta. Vestía vaqueros y una chaqueta de pana. Su corbata parecía *vintage* y estaba descosida en uno de sus lados.

—Le agradezco mucho que haya vuelto a Boston —aseguró mientras sorteaba el tráfico con una mano al volante y la otra sobre la rodilla, marcando con el índice el ritmo de una música inexistente—. La pista que

tenemos nos da muy buenas sensaciones. Creemos tener una descripción detallada del hombre que asesinó a su marido.

—¿Cómo? —pregunté.

—Una mujer que había ido a ver a unos de sus vecinos estaba sentada en su coche escribiendo un mensaje en el móvil. Vio salir a un hombre de la casa donde entraron a robar, la casa de los Bennett, en el número 317, ¿los conoce?, y luego lo vio dirigirse a su casa. Nos ha dicho que se fijó en él porque el hombre le pareció sospechoso y nervioso. Pasó justo por debajo de una farola y obtuvo una buena visión de sus rasgos faciales. Ha trabajado con nuestro dibujante y hemos sacado un buen retrato, creo.

El detective me echó una mirada rápida. Sonreía con cierta timidez, como si no estuviera seguro de cómo comportarse. Vi que me escrutaba con la mirada.

—¿Por qué quiere que eche un vistazo al retrato? ¿Cree que podría conocerlo?

—Barajamos esa posibilidad. Nuestra testigo afirma que el sospechoso llamó al timbre de su casa. Su marido abrió la puerta y habló un momento con él. De hecho, la testigo afirma que dejó de mirar porque le pareció que se conocían. Cuando miró otra vez, el hombre no estaba, y supuso que había entrado en la casa.

—Dios mío —dije—. ¿Era un conocido de Ted?

—Sólo es una posibilidad entre varias, señora Severson. También pudo ser un ladrón cualquiera que convenció a su marido de que lo dejara entrar. Por eso queremos que eche un vistazo al retrato.

—¿Están seguros de que el hombre que se presentó en la puerta de mi casa es el mismo que disparó..., que disparó a mi marido?

El detective giró alegremente el volante para meter el coche en una plaza de aparcamiento frente a la comisaría.

—Eso creemos —respondió, al tiempo que apagaba el motor—. La testigo afirma que estaba en el coche sobre las seis de la tarde, y ésa es la hora de defunción aproximada que ha estimado el forense. No oyó el disparo, pero tenía el coche en marcha y las paredes de su casa son muy gruesas, según tengo entendido.

Agaché la cabeza y respiré hondo por la nariz.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el detective.

—He tenido días mejores. Lo siento. Sólo necesito un momento...  
Entremos a echar un vistazo a ese boceto.

No hablamos mientras el detective Kimball me acompañaba a la comisaría y me franqueaba, después de llamar a un timbre, las puertas de la protegida recepción para conducirme después por un pasillo de paredes de ladrillo y suelos de linóleo llenos de arañazos. Lo seguí a una sala diáfana llena de cubículos. Me movía despacio. Por lo que me había dicho, era obvio que habían visto a Brad. Reprimí la rabia que sentía y traté de pensar en lo que me convenía decirle al detective. Por poco que el retrato se pareciera a Brad, tendría que identificarlo, pues, de lo contrario, sospecharían de mí cuando por fin lo localizaran. Lo que ansiaba con todo mi ser era ver un retrato que no se le pareciera en nada y me permitiera afirmar con honestidad que no tenía la menor idea de a quién estaba mirando.

Llegamos al escritorio del detective, situado en un cubículo delimitado por unas mamparas. Me ofreció una silla de plástico y él se instaló en una silla giratoria con el asiento acolchado. Tenía la mesa hecha un caos, pero las carpetas y los papeles sueltos parecían organizados en pilas distintas y todas ellas estaban coronadas por un pósito de diferente color. Cogió una carpeta de una de las pilas más bajas y la abrió.

—¿Puede ver bien aquí? —preguntó.

Estábamos sentados bajo un brillante fluorescente empotrado en un techo bajo de placas de poliestireno, y le dije que podía ver perfectamente. Sacó un papel de un sobre portadocumentos y lo giró para que pudiera ver el retrato. Era una representación bastante buena de Brad; el cuello grueso, la perilla negra, los ojos oscuros, quizá un poco demasiado pegados debajo de unas cejas muy pobladas. Su rasgo más característico —el pelo abundante que le nacía muy abajo en la frente— quedaba oculto por una gorra de béisbol. Sentí sobre mí la mirada del detective Kimball. Noté que lo dominaba la emoción.

—No sé —señalé, y saqué el labio inferior mientras estudiaba el retrato para darme unos segundos más de tiempo. Pero el parecido era demasiado evidente para que no me refiriera a él—. ¿Sabe a quién se parece? —proseguí

—. Se parece a nuestro maestro de obras en Maine. Brad Daggett. Pero Brad apenas conocía a Ted, y ni siquiera vive en Boston, así que... —Me incorporé y miré al detective—. No sé si esto les será de mucha ayuda.

—¿Brad Daggett? —repitió él—. ¿Puede deletrear el nombre? —Lo anotó—. ¿Qué puede decirme de él?

—No mucho, la verdad. Trabajo codo a codo con él, pero no tengo mucha idea de su vida privada. La verdad es que no me imagino por qué razón iba a bajar Brad a ver a Ted o terminar asesinándolo. No tiene ningún sentido.

—¿Era su maestro de obras? ¿Es posible que su marido y el señor Daggett tuvieran algún conflicto de dinero?

—No sin que yo lo supiera. Yo era la única que trabajaba estrechamente con Brad y tomaba la mayor parte de las decisiones económicas. No. Imposible.

—Entonces ¿tuvo usted algún conflicto con él? ¿Tuvo algún problema, por pequeño que fuera?

—Detalles sin importancia, como cuando compró unas molduras para el techo que no eran las que había pedido, pero nada significativo. Era muy profesional, y además le pagábamos de maravilla. De verdad que no se me ocurre ningún motivo por el que pudiera tener algo en contra de Ted.

—¿Está casado?

—¿Quién, Brad? No creo. Lo estuvo porque estoy bastante segura de que tiene hijos, pero nunca me habló de su mujer.

—¿Y alguna vez se mostró impertinente con usted? ¿Alguna vez le dio la impresión de que..., eh..., de que le parecía atractiva? —Tartamudeó un poco al decirlo y pareció sentirse incómodo. Me pregunté por un instante si aquella energía nerviosa del detective era auténtica o si la estaba fingiendo.

—No. Quizá se lo parecía, pero nunca me lo hizo saber. Como le he dicho, era muy profesional. —Volví a mirar el retrato, impresionada por lo mucho que se parecía a Brad y cabreada por que hubiese sido tan imbécil como para permitir que lo vieran. Luego añadí—: A medida que lo voy mirando, sigo pensando que se parece a él, pero sólo de forma superficial. Es un hombre con perilla. Eso es todo.

—De acuerdo. —Kimball puso el dedo sobre el retrato y volvió a girarlo

hacia él—. Vamos a hablar con él. ¿Tiene su número de teléfono?

Saqué mi móvil y le di el número de Brad al detective.

—No puedo creer que... —comencé.

—No, no, me hago cargo. Pero tenemos que estudiarlo, aunque sólo sea para descartarlo de la investigación. Mi hipótesis es que el asesinato de su marido es justo lo que parece. Un ladrón que entra en casas buscando joyas y otros artículos pequeños. Quizá el asesino tenía algún tipo de pretexto para convencer a su marido de que le abriera la puerta. ¿Diría que Ted era un hombre confiado? ¿Habría dejado pasar a un desconocido si se le hubiera presentado con una buena excusa?

Lo pensé un momento, diciéndome para mis adentros que la respuesta sincera sería un «no» rotundo.

—No me extrañaría —respondí—. La vida le sonreía y nunca le había ocurrido nada malo. Con todo el dinero que había ganado, pensarías que..., pero lo cierto es que era bastante confiado.

El detective Kimball volvió a arrellanarse en su silla giratoria y me hizo un gesto de asentimiento. Advertí que íbamos terminando y me puse nerviosa. Sabía que, en cuanto se quedara solo, el detective llamaría a Brad, y no confiaba en absoluto en que Brad supiera lidiar con aquella llamada, por mucho que hubiésemos repasado lo que iba a decir cien veces. Pensé en intentar llamarlo antes para avisarlo y calmarlo un poco, pero caí en que la llamada dejaría rastro y que la policía sabría que lo había llamado inmediatamente después de haberlo identificado en el retrato.

—¿Sabe? —expliqué, dándome cuenta de lo importante que era no ocultarle ninguna información a la policía—. De hecho, vi a Brad Daggett ayer por la mañana. Tenía que decirle que suspendíamos las obras de la casa. Iba de camino a Maine.

—Ah. —El detective dejó que el respaldo de la silla se inclinara hacia delante.

—Lo vi del todo normal. Un poco afectado, pensé, por lo que le había ocurrido a Ted.

—Como le he comentado, lo único que queremos hacer es borrarlo de la lista. Estoy seguro de que tiene una coartada. Por lo que usted me ha contado,

no parece que tenga nada que ver con esto. Ah, una cosa más, señora Severson, los agentes encargados de la escena del crimen han terminado con su casa, así que puede volver cuando quiera. No sabía si...

—Debo volver —apunté—, sólo para recoger un poco de ropa, y entonces veré si tengo ánimo para quedarme allí.

—De acuerdo. —Se levantó y yo hice lo mismo—. He de quedarme en la comisaría —señaló—, pero ¿puedo buscarle un agente para que la acompañe a su coche o a su casa?

—No, gracias. Puedo ir en taxi.

—Bien, entonces le pido un taxi. No se imagina lo que le agradezco que haya venido a echar un vistazo al retrato. Nos ha sido de mucha ayuda y, por mi experiencia, una vez que obtenemos la identificación, la detención no se hace esperar. Seguro que alguien conoce a este hombre.

Me quedé de pie un momento, sin saber si debía marcharme, consciente de que las cosas podían empezar a aclararse deprisa. La cabeza me daba vueltas, sabía que la policía interrogaría a Brad, suponía que en cuestión de horas. Lo había aleccionado, pero no lo suficiente. Y además había otras cosas que tener en cuenta, como que Ted, en su última visita a Kennewick, se había encontrado con Brad y se habían emborrachado juntos en el bar de la playa. Era algo completamente impropio de Ted. Me hizo preguntarme sobre lo que Brad me había dicho el día anterior, que estaba convencido de que Ted se había enterado de lo nuestro. Quizá era así, pero ¿cómo era posible que lo supiera? Y, si lo sabía, ¿se lo habría contado a alguien? Con todo, aun en el caso de que no se hubiera enterado, el hecho de que Brad y Ted se hubieran tomado unas copas juntos haría que Brad pareciera más sospechoso todavía a ojos de la policía.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el detective Kimball con cierta incomodidad, y me di cuenta de que me había sorprendido plantada delante de la mesa, ensimismada, durante unos cinco segundos.

Bajé los hombros, fingí contener un sollozo, luego levanté la vista y lo miré, dejando que me brotaran las lágrimas. El detective apartó enseguida la mirada echando una ojeada a la oficina, pero di un paso hacia él y se vio obligado a estrecharme entre sus brazos. Empecé a sollozar, acercándolo a

mí, hundiendo la cabeza debajo de su mentón. Me arrimé lo suficiente hasta notar que mis pechos quedaban aplastados contra su torso.

—No pasa nada, señora Severson —dijo, al tiempo que me rodeaba los hombros con un brazo y dejaba el otro colgando a un lado.

Me estaba separando de él, deshaciéndome en mil disculpas, cuando la detective James, su compañera, una negra alta, apareció por encima de mi cabeza y me preguntó si necesitaba algo.

—Sólo un taxi —respondí—. Lo siento. Lo siento mucho.

—No se preocupe. La entiendo muy bien. —Con suavidad, la detective James se había quedado al cuidado de la viuda desconsolada y, con ternura no exenta de firmeza, se me llevaba lejos del escritorio de Kimball.

Me paré y me volví.

—Ah, detective —añadí—. ¿Recuerda lo que me preguntó ayer, sobre si conocía a alguien en Winslow?

El detective seguía de pie, con el móvil en la mano.

—Sí, me acuerdo.

—He pensado en alguien. Se llama Lily Kintner. Estudié con ella en el Mather College. Estoy segura de que no tiene nada que ver con que Ted fuera a Winslow el viernes, pero...

—¿Se conocían ellos dos? ¿Tenía usted una relación estrecha con ella?

—No. No la teníamos. De hecho, me robó el novio en la universidad, así que no es santo de mi devoción... Pero Ted y ella no se conocían... Bueno, quizá se vieron un par de veces, si no recuerdo mal. Me la encontré por casualidad en Boston hace unos años.

—¿Cómo se escribe su apellido?

Se lo dije. Era evidente que no existía relación alguna entre Ted y Lily, pero imaginé que no me vendría mal ofrecerle a la policía otra pista que investigar. Tal vez retrasaría lo que ahora parecía inevitable: que detuvieran a Brad y que él, con toda probabilidad, me entregara a la policía.

Le dije a la detective James que me encontraba bien, que lo único que quería era marcharme.

—¿Está segura de que no quiere que le sirva un vaso de agua antes de irse? —me preguntó con su voz ronca, mirándome desde arriba.



Supuse que debía de medir más de metro ochenta. Seguramente debía de sentirse un poco cohibida por su altura, porque siempre la vi con zapatos planos. Traje pantalón oscuro, camisa de vestir y zapatos planos. Y nunca llevaba joyas. Me ponía más nerviosa que el detective Kimball. No es que creyera que sospechaba de mí; lo que ocurría era que no tenía la menor idea de lo que pensaba. Me miraba de la misma forma que podría haber mirado al empleado de un peaje de autopista.

—¿La acompaño a la calle, señora Severson?

—No. No hace falta. Y llámeme Miranda.

Me dirigió una inclinación de cabeza y dio media vuelta. Estaba casi segura de que tampoco se maquillaba.

El detective Kimball debía de haber llamado, porque cuando llegué a la puerta de la comisaría vi que un taxi me esperaba. Ya había anochecido y había empezado a llover. Tuve la sensación de que el mal tiempo me había perseguido todo el camino desde la casa de mi madre.

## Lily

Dejé la habitación del Kennewick Inn a primera hora de la mañana del martes, pensando que podría bajar directamente en coche hasta el Winslow College. No tenía sentido perder otro día de trabajo y encima llamar la atención. Me había tomado dos tazas de café en el hotel, pero paré en el Dunkin' Donuts de Kittery para pedirme otro para llevar. Estaba derrotada. Había estado hablando con Brad varias horas la noche anterior, primero en la camioneta y luego en el bungalow donde vivía. A pesar de lo que le había hecho a Ted, me daba un poco de pena. Era una piltrafa de hombre, y cuando entendió que no iba a delatarlo se me agarró como un náufrago a un salvavidas. Me dijo que concertaría el encuentro con Miranda para esa noche a las diez. Si ella estaba de acuerdo, me llamaría a mi casa desde el teléfono público del Cooley's. Sólo dejaría sonar el teléfono dos tonos, pero el número aparecería en el lector digital de mi teléfono fijo.

Llegué a la oficina antes que nadie. Después de iniciar sesión en el e-mail del trabajo, no me sorprendió enterarme de que mi jefe, Otto, se había ido a casa antes de tiempo la tarde del día anterior, lunes, tras haber notado que él también se había resfriado, y que creía que iba a tomarse libre el martes. Otto Lemke era de largo el hombre más sugestionable que he conocido, sobre todo en lo tocante a los padecimientos físicos. Tan sólo haberle hecho saber el domingo que no me encontraba bien lo había sumido probablemente en un

torbellino de enfermedades psicosomáticas. Dedicué esa mañana a redactar breves descripciones de las colecciones archivadas en nuestra biblioteca para la web interna destinada a alumnos y profesorado. Cuando hube hecho bastante para justificar una mañana de trabajo, caminé hasta la otra punta del campus, donde se encontraba la cafetería gestionada por alumnos en la que compraba la comida casi todos los días. La tormenta del día anterior había dejado el mundo limpio y reluciente, como un coche recién salido de un túnel de lavado. El cielo despejado brillaba con un intenso azul metálico. El aire fresco olía a manzanas. En la cafetería, pedí un sándwich de ensalada de atún al curri y me lo llevé a uno de los bancos de piedra con vistas a la hilera de robles que dividía la explanada cuadrangular. Sus ramas de rojo encarnado crujían al ritmo de la fuerte brisa. Tenía una buena vida, y por un instante me pregunté por qué me había metido en los sórdidos asuntos de Miranda, Ted y Brad. Lo que planeaba hacer la noche del día siguiente en Kennewick suponía un riesgo enorme. Todo dependía de Brad, cuya fragilidad era tan grande que casi podías verle las grietas, pero también de que Miranda no sospechara nada cuando él le propusiera el encuentro. Me sentía vulnerable y no al cien por cien segura, pero sabía que, habiendo llegado tan lejos, no dudaría en ir hasta el final. Ted merecía ser vengado y Miranda merecía un castigo, ahora más que nunca.

Esa tarde tenía programada una cita fuera del campus con una antigua alumna de más de ochenta años que se había ofrecido a donar objetos de sus años universitarios al archivo. Esas visitas eran a menudo la mejor parte de mi trabajo y, a veces, también la peor. Todo dependía del grado de lucidez mental y de las expectativas que tuviera la antigua alumna o el profesor. En ocasiones, lo único que conservaban eran unos cuantos libros de texto hechos polvo y algunos apuntes de clase; a menudo se trataba de gente que vivía sola y buscaba alguien con quien charlar un rato, alguien que no tuviera más remedio que aguantar sus largas batallitas sobre sus años de universidad. Otras veces, sin embargo, ocurría que esas antiguas alumnas eran dueñas de auténticos tesoros de material de archivo. Estas últimas eran las muchachas que lo habían guardado todo. Los menús de la cena de gala antes de las fiestas navideñas de 1935. Fotografías de la ventisca de marzo de 1960,

cuando la nieve acumulada alcanzó los dos metros de altura. Un poema autógrafa de cuando May Gylys fue la escritora visitante de la universidad. Nunca sabía qué podían depararme aquellas visitas y sólo las concertaba cuando la persona que me convocaba vivía a una distancia razonable en coche. En caso contrario, pedíamos a los donantes que nos remitieran por correo todo su material.

A punto estuve de cancelar la visita de aquella tarde. Todavía me notaba cansada por la falta de sueño, y no estaba muy segura de poder acompañar a una desconocida en un viaje en el tiempo por sus años mozos. Aun así, me dije que en la medida de lo posible debía cumplir con mis actividades programadas, de modo que me puse en camino hacia el oeste, pasando por varios pueblos, hasta llegar a Greenfield, donde Prudence Walker, promoción de 1958, residía. Estaba rastrillando hojas secas cuando llegué y tenía varias bolsas llenas que había colocado ya en su trozo de acera para que las recogieran. Vivía en una aseada casa estilo cabo Cod situada en un barrio en el que dominaban la arquitectura colonial y las casas de madera con el entramado a la vista. Aparqué en la rampa de acceso, detrás de un Toyota Camry último modelo, y Prudence Walker dejó su rastrillo y se acercó a saludarme.

—¡Hola! Muchas gracias por venir. Le ha hecho a esta anciana un gran favor. —Vestía una falda vaquera desteñida y un anorak verde. Llevaba el pelo cano recogido en un moño.

—No tiene importancia —dije bajando del coche.

—Lo tengo todo guardado en esa caja. Justo ahí, sobre el escalón de la entrada. Se lo habría llevado yo misma, pero he consumido todas mis energías bajándola del altillo hasta donde lo ve. Por lo visto, en aquella época, decidí que tenía que conservarlo todo. En general, son álbumes de recortes, pero también he incluido todos mis apuntes de clase, los programas de las asignaturas y unos cuantos exámenes. Me dijo que los quería, ¿no?

—Me lo llevaré todo. Le agradezco de nuevo las molestias.

Me acerqué al escalón de la entrada y recogí la caja, que pesaba mucho. Prudence Walker me acompañó. Caminaba con paso irregular, bajando el hombro derecho cada vez que adelantaba la pierna del mismo lado.

—Me da coraje haberla hecho venir hasta aquí en coche y luego mandarla de vuelta sin más, pero quiero acabar de rastrillar todas estas hojas antes de que caiga el sol. ¿Le apetece un vaso de agua, quizá?

—No, gracias —dije, al tiempo que metía la caja en el maletero.

Dando marcha atrás para salir de la entrada, la vi volver con paso inseguro a su rastrillo, que había dejado apoyado en un arce. Sentí una llamarada de amor por esa mujer, tan libre para deshacerse de su vida pasada, para no volver la vista atrás, pero en realidad lo que sentía no era más que gratitud por que no me hubiera obligado a pasarme toda una tarde sentada hojeando sus álbumes de recortes.

Dejé la caja en Winslow, respondí a unos e-mails y luego volví a casa, una construcción de estilo rústico de 1915 con dos habitaciones. Daba a un pintoresco estanque, asqueroso para nadar (era un criadero de mosquitos todo el verano), pero aceptable como pista de patinaje sobre hielo en los fríos meses de invierno. Miré el teléfono fijo y vi que todavía no había recibido la llamada del Cooley's. Sí me habían llamado desde la consulta de mi médico para recordarme una visita, y también mi madre, aunque no había dejado ningún recado. Todavía no eran las cinco y decidí que intentaría dormir un rato antes de preparar la cena. Me eché en el sofá del salón y, justo cuando estaba sumiéndome en un sueño ligero, sonó el timbre de la puerta y me incorporé sobresaltada, sin saber por un instante dónde me encontraba. Me pasé los dedos por el pelo, me levanté y fui al recibidor. Eché un vistazo a través del borde de cristal emplomado que recorría un lateral de la puerta y vi a un treintañero de aspecto algo desgredado que se rascaba el cogote. Abrí un poco la puerta, sin quitar la cadena.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunté.

—¿Es usted Lily Kintner? —dijo el hombre, sacándose la cartera de su americana de espiguilla. Antes de que pudiera responder, abrió la cartera para mostrarme una placa de detective del Departamento de Policía de Boston—. Soy el detective Kimball. ¿Le importa que charlemos un momento?

Quitó la cadena y le abrí. Restregó las suelas de sus zapatos en el felpudo y entró.

—Me gusta su casa —afirmó echando un vistazo.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarlo? Me ha despertado la curiosidad. —  
Di unos pocos pasos lentos hacia la sala de estar y él me siguió.

—Bueno, el caso es que su nombre ha aparecido en una investigación y tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Tiene un momento?

Le ofrecí la butaca de cuero rojo y él se sentó en el borde. Yo me instalé en el sofá. Me daba miedo escuchar lo que estaba a punto de decirme, pero también estaba ansiosa por saberlo.

—¿Qué puede decirme de Ted Severson?

—¿El hombre al que asesinaron en Boston este fin de semana?

—Ajá.

—Puedo decirle lo que leí en el periódico, pero nada más. Es verdad que había una relación lejana entre nosotros, pero no lo conocía. Estaba casado con una antigua compañera de universidad.

—¿Fue a la universidad con Miranda Severson? —El detective se sacó una libretita de la chaqueta y la abrió. Luego extrajo un trozo minúsculo de lápiz de la espiral de la libreta.

—Sí, en el Mather College. Entonces se llamaba Miranda Hobart. Bueno, Faith Hobart, de hecho.

—¿Tenía un nombre distinto?

—Faith es su segundo nombre, creo. Así se hacía llamar en la universidad.

—¿Han mantenido el contacto? ¿Cómo se enteró de que Ted Severson se había casado con ella? —Se reacomodó un poco en la butaca, echándose ligerísimamente hacia atrás.

Llevaba el pelo un poco largo, sobre todo para un detective de la policía. Sus ojos castaños eran redondos y descansaban bajo unas cejas muy pobladas. Tenía una nariz imponente y una boca que podría ser de una chica, con un carnoso labio inferior.

—Nos encontramos en Boston hace unos años. Fue por casualidad.

—¿Iba acompañada ese día de su marido?

—¿Sabe?, es justo lo que me pregunté después de leer la noticia. Iba con un hombre, creo, y nos presentó, pero no guardo un recuerdo muy claro de él. Cuando leí lo que había pasado en Boston, no daba crédito. Detective..., era

Kimball, ¿verdad? Iba a poner la cafetera. ¿Hago café para dos? —Me levanté, consciente de que mi actitud podía resultarle sospechosa, pero necesitaba pensar un momento.

—Bueno, perfecto. Si se hace usted uno.

—A no ser que crea que podemos terminar con esto enseguida. De hecho, tengo mucha curiosidad por saber por qué ha venido —indicé mientras caminaba hacia la cocina.

—No. Ponga la cafetera. Me apetece mucho un café.

Ya en la cocina, respiré hondo, puse el agua a hervir y eché unas cucharadas de café molido en el fondo de mi cafetera francesa. Algo debía de haber ocurrido para que me relacionaran con Ted Severson, y tenía que extremar la cautela para que no me sorprendiera mintiendo o en una contradicción. Habían descubierto algo, pero no sabía hasta qué punto. Cuando el agua rompió a hervir, la vertí sobre el café e introduje el émbolo. Puse la cafetera en una bandeja con dos tazas, un brik de leche y un cuenco con terrones de azúcar, y me lo llevé todo al salón. Me asustó ver al detective de pie, examinando muy de cerca los lomos de los libros que tenía en la estantería empotrada.

—Lo siento —dijo, volviendo a sentarse en el borde de la butaca—. Tiene algunos libros interesantes. Espero que no le moleste que se lo pregunte..., es la hija de David Kintner, ¿verdad?

Dejé la bandeja en la mesa de centro y volví a sentarme en el sofá.

—Pues sí. ¿Lo conoce? Por favor, sírvase usted mismo el café.

—Sí, sé quién es. He leído varios de sus libros y una vez lo vi en una lectura pública. En Durham, New Hampshire.

—¿De verdad?

—Era todo un espectáculo.

—Eso dicen. Nunca lo he visto leer en público.

—¿En serio? Me sorprende.

—No se sorprenda. Es mi padre, y lo que hace para ganarse la vida no me resulta precisamente fascinante. O al menos no me lo parecía cuando era más joven.

Vi cómo el detective se preparaba su café, añadiendo leche pero no

azúcar. Tenía unas manos hermosas, con dedos largos y finos. De pronto reparé en lo mucho que se parecía a Eric Washburn. Delgado y masculino, pero con unos rasgos faciales casi de muchacha. Boca de labios rojos y carnosos. Pestañas espesas. Dio un sorbo a su café, volvió a dejar la taza en la mesilla y señaló:

—¿Sabe que no me ha resultado nada fácil encontrarla aquí? ¿Sigue siendo una Kintner o se cambió el nombre legal a Lily Hayward?

—No, sigo llamándome Kintner, de forma legal. Los vecinos me conocen como Lily Hayward. Era el apellido de soltera de mi abuela paterna. No le dé demasiadas vueltas. Lo que ocurre es que, como trabajo en una universidad, la gente conoce a mi padre y todos sus antecedentes, y cuando conseguí empleo aquí, decidí utilizar otro nombre.

—Es lógico.

—¿De modo que sabe lo que le ha ocurrido a mi padre?

—El accidente en Inglaterra.

—Exacto.

—Sí, he oído hablar de ello. Lo siento. Me encanta su padre. He leído todos sus libros, de hecho. Creo recordar que el último se lo dedicó a usted.

—Sí. La pena es que no fuera un libro mejor.

El detective sonrió.

—No estaba tan mal. Creo que los críticos se pasaron un poco. —Dio otro sorbo a su café y se quedó callado un momento.

—Bien —dije yo—. Volvamos a Ted Severson. Sigo sin entender muy bien qué hace aquí.

—En fin, todo podría ser una coincidencia, por supuesto, pero Ted Severson estuvo en Winslow el día que fue asesinado. Lo sabemos porque le pusieron una multa de aparcamiento. ¿Por casualidad no iría a verla?

Sentí furia por la estupidez de Ted, seguida de un punto de tristeza. Había venido a buscarme. Había venido a mi pueblo. Negué con la cabeza.

—Como le he dicho, no lo conozco y él no me conoce a mí. Debimos de vernos una o dos veces como mucho...

—Estuvo en Inglaterra en septiembre, ¿verdad?

—Sí. Fui a ver a mi padre después de que saliera de la cárcel. De hecho,



piensa trasladarse de nuevo a Estados Unidos y viajé para echarle una mano con parte de la logística.

—¿Recuerda en qué vuelo regresó?

—Puedo mirarlo si quiere.

—No se moleste. Sé qué vuelo era. El mismo en el que volaba Ted Severson después de un viaje de negocios que hizo al Reino Unido. ¿Recuerda haberlo visto en el avión?

Estaba preparada para esa pregunta. Así pues, sabían que Ted y yo habíamos volado juntos. Aunque era muy improbable que supieran que nos habíamos encontrado al cabo de unos días en el Concord River Inn. ¿Se habían enterado de que había viajado a Kennewick el día anterior? Seguramente no, pero no les resultaría difícil averiguarlo.

—¿Tiene una foto suya? —pregunté.

—Aquí no, pero si tiene acceso a internet...

—Perfecto, volveré a comprobarlo, pero sí recuerdo haber hablado con un hombre durante ese vuelo y, ahora que lo pienso, es probable que fuera Ted Severson. De hecho, nos encontramos en el bar del aeropuerto de Heathrow. Recuerdo haber pensado cuando nos vimos que parecía conocerme. Por su forma de saludarme. Pero luego nos presentamos y conversamos un rato. No me resultó conocido.

—¿No intercambiaron sus nombres?

—Sí, pero no me quedé con el suyo. O, si lo hice, no me sonó.

—Pero usted le dio su nombre.

—Sí. Y le dije que trabajaba aquí, en Winslow.

—De forma que, si hubiese querido, podría haber recabado información sobre usted y venir a buscarla, ¿verdad?

—En teoría —dije—. Aunque, si de verdad hubiese querido ponerse en contacto conmigo, no veo por qué no habría podido llamarme.

—¿Le dio su número de teléfono?

—En realidad, no.

—Así que es posible que intentara averiguar su número y, como no lo consiguió, viniera en coche hasta aquí.

—Claro, supongo que sí. Pero no me parece lógico. Tuvimos una

conversación agradable, pero no flirteamos. Además, estaba casado y...

El detective sonrió y se encogió de hombros.

—Quizá sencillamente se le pasó por alto. Es algo que vemos todos los días. Un tipo conoce a una mujer y la mujer no le da mayor importancia. Luego, lo siguiente que sabe de él es que la está acosando. Y viceversa también, pero no es tan frecuente.

—¿Cree que me estaba acosando?

—No tengo ni idea. Sólo queríamos saber por qué motivo viajó en coche hasta aquí el día que lo asesinaron. Es una muerte sospechosa, así que revisamos cualquier detalle que haya ocurrido en fecha reciente y nos parezca llamativo. Pero si viajó hasta aquí con la esperanza de encontrarla, entonces no veo qué relación podría tener con su muerte.

—No, yo tampoco.

—¿Puedo preguntarle si tiene una relación sentimental, señorita Kintner?

—Sí, puede hacerlo. Y, no, no estoy saliendo con nadie. Y llámeme Lily.

—Sólo es por verificar, Lily. ¿Ningún exnovio celoso en su vida?

—No, que yo sepa.

El detective miró su libretita de espiral y guardó silencio un momento. Me había relajado. Creía haberme defendido de la mejor forma posible. No podía negar mi encuentro con Ted en el avión. Había testigos. Pero no había razón para reconocer nada más. Si la policía averiguaba que había pasado dos noches en Kennewick inmediatamente después del asesinato, bastaría con asegurar que se trataba de una coincidencia. Les parecería raro, pero ¿qué podía pasarme? Lo cierto era que no tenía nada que ver con el asesinato del viernes por la tarde.

—Disculpe, Lily, pero he de hacerle una pregunta más. ¿Puede decirme dónde se encontraba el viernes por la tarde?

—Estuve aquí. Sola. Me preparé la cena y luego vi una película en la tele.

—¿Vino alguien? ¿Alguna visita?

—No, lo siento. Creo que no.

—Está bien. —Se terminó el café y se puso de pie—. ¿Podemos buscar una fotografía de Ted Severson en internet para que pueda darme una identificación válida? —preguntó.

—Desde luego —dije, y fui a buscar mi portátil.

Juntos, encontramos una foto que ilustraba un artículo sobre el asesinato de Ted, y dije que sí, que estaba casi segura de que era el mismo hombre con el que había conversado en el avión.

—Es rarísimo —afirmé—. Leí el artículo y me di cuenta de que en cierto modo conocía a ese hombre, o que por lo menos conocía sin duda a su mujer, y luego resulta que me lo había encontrado hacía poco y que había hablado con él.

En la puerta, el detective Kimball se metió la mano en el bolsillo interior de su americana y apuntó:

—Ah, una cosa más. Casi se me olvida. —Sacó una llave suelta, todavía reluciente—. ¿Le importa si compruebo si esta llave abre su puerta?

Me reí.

—Qué dramático. ¿Cree que ese hombre tenía una llave de mi casa?

—No, no lo creo, pero la encontramos escondida entre sus cosas, y tengo que comprobar todas las posibilidades. Simplemente quiero descartar su casa, nada más.

—No, adelante. Lo entiendo.

Debía de ser la llave que Ted había robado en la casa de Brad, seguramente una llave maestra que abría todos los bungalós de alquiler. Si Brad terminaba siendo uno de sus sospechosos, sólo era cuestión de tiempo que descubrieran que la llave era suya.

Miré cómo el detective introducía la llave en la cerradura de mi puerta. Se deslizó con facilidad en la ranura y durante un aterrador instante de confusión pensé que la llave giraría, que tal vez, por inexplicable que fuera, Ted tenía de verdad una llave de mi casa. Pero no giró. El detective la movió un par de veces y la sacó.

—Pues no —dijo—. Aunque tenía que comprobarlo. Nos ha ayudado mucho. Si recuerda algo más...

Sacó una tarjeta y me la entregó. Bajé la vista un momento y vi que se llamaba Henry. Me quedé en la puerta mientras veía cómo se alejaba en su coche. Casi había anochecido y el cielo estaba surcado de nubes anaranjadas. Detrás de mí, el teléfono fijo sonó un par de veces y luego paró. Me acerqué,

aunque ya sabía qué diría el auricular. Lo cogí y vi en la pantalla las palabras «Llamada perdida» y el número. El prefijo era el 207. Lo compararía con el número del teléfono público del Cooley's, que había apuntado en el reverso de una servilleta, pero estaba casi segura de que sería el mismo. La llamada significaba que Brad había acordado encontrarse con Miranda esa misma noche. Todo iba según lo planeado. La visita del detective me había puesto un poco nerviosa, pero tan sólo, como él mismo había dicho, me estaba descartando de la investigación.

Abrí la nevera y eché un vistazo, decidiendo qué iba a prepararme de cena.

## Miranda

Cuando estuve planeando con Brad el asesinato de Ted, me había planteado por un momento comprar un par de móviles no rastreables provisionales. Por si acaso. Había sido estúpido descartar la idea pensando que era preferible no dejar ninguna prueba física que pudiera señalarnos. Ahora, sin embargo, habría dado un brazo por tener esos móviles. Caminaba como una posesa por la casa del South End desquiciada del todo, preguntándome si debía llamar de una vez a Brad y avisarlo de que iban a interrogarlo. Ni siquiera sabía si lo ayudaría. A lo mejor se ponía todavía más histérico si sabía que irían a verlo. Y también me preguntaba si lo mejor no sería decirle directamente que una mujer lo había reconocido y que debía hacer las maletas, largarse en su camioneta y darse a la fuga.

Imaginé distintos escenarios.

«Según su registro de llamadas telefónicas, señora Severson, después de identificar a Brad Daggett como el hombre que fue visto entrando en su casa, usted llamó a ese mismo señor Daggett por la noche. Y ahora no podemos localizarlo. ¿De qué hablaron exactamente durante la conversación de diez minutos que mantuvieron?»

Les diría que había llamado a Brad para comunicarle que la policía tal vez querría interrogarlo porque yo había afirmado que el sospechoso guardaba cierto parecido con él. Le había dicho que no se preocupara, que nadie

pensaba en realidad que estuviera involucrado. Nunca me lo habría imaginado, detective. En serio, ¿por qué iba a pensarlo?

«Le alegrará saber, señora Severson, que esta mañana hemos detenido a Brad Daggett. No ha llegado muy lejos, la verdad. Lo han detenido en la frontera canadiense. Ha confesado el asesinato de su marido, y el caso es que ha adornado la confesión con una bonita historia. ¿Le importaría venir a la comisaría a responder a unas preguntas?»

No, que Brad huyera quedaba descartado. Tenía que aguantar el tipo el tiempo suficiente hasta que la investigación se enfriara. En un futuro tenía planes para Brad, pero tendrían que esperar.

Estaba mirando por el ventanal de la sala de estar del primer piso. Había anochecido, y ver la lluvia incesante casi me serenó. En la otra acera, brillaban las habitaciones iluminadas de las mansiones de los vecinos. Vi pasar una silueta detrás de una de aquellas ventanas, también una cortina que se cerraba.

Me quedé un rato junto al ventanal. Todavía no había encendido ninguna luz en la casa, y me sentí invisible mientras contemplaba mi rincón de la ciudad. Vi un coche que bajaba despacio por la calle y pasaba por un socavón arrojando un abanico de agua a la acera. ¿La policía ya me estaría vigilando? ¿Me consideraban sospechosa? Era lunes. El asesinato había sido el viernes y todavía no habían detenido a nadie. Seguro que se estaban poniendo nerviosos, y sabía que, hasta cierto punto, no les quedaba más remedio que considerarme sospechosa. Era la mujer de un hombre rico que había muerto en extrañas circunstancias. Pero ¿había algo más? Pasé las cortinas del ventanal, cerciorándome de que quedaran bien ajustadas en medio, y entonces encendí una lámpara. Se proyectó un círculo de luz pálida en la sala. Parpadeé un par de veces y la apagué. Me tumbé a oscuras en el sofá, preguntándome si había sido un error volver a casa. Quizá me habría sentido mejor en una habitación de hotel, como me había sugerido aquel detective con cara de niño.

No paraba de visualizar el momento en que un detective abordara a Brad y le

preguntara dónde había estado el viernes por la tarde. Me lo imaginaba sudando, tartamudeando, levantando las inmediatas sospechas del detective. Me había equivocado con Brad. Cuando nos conocimos, tan sólo había visto en él a un maestro de obras arrogante y algo estúpido. Seducirlo había sido facilísimo. Había esperado a que nos quedáramos solos en la casa. Le gorroneé un cigarrillo, no sin antes pedirle que no se lo dijera a mi marido.

—Eh —me había dicho—. No le voy a contar nada a su marido que no quiera que le cuente.

Fue a principios de agosto y llevaba un vestido corto abotonado por delante. Me lo quité por la cabeza, me desembaracé de las braguitas y me tumbé sobre la encimera recién terminada de la cocina. La altura era imposible, y Brad tuvo que arrimar una caja de baldosas y ponerse encima. Fue incómodo e insatisfactorio, pero luego mentí y le expliqué, con lágrimas en los ojos, que era la primera vez que mantenía relaciones sexuales después de la primera semana de casados, que mi marido no sentía ningún interés de ese tipo por mí. Nos vestimos, lloré un rato y luego volvimos a desnudarnos y lo hicimos con Brad sentado en una de las sillas plegables que sus trabajadores habían traído para comer durante sus descansos. Me puse a horcajadas encima de él, de frente, y los músculos de las piernas me temblaban. La cara que puso Brad, sus ojos repasándome de arriba abajo, me dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Nunca lo haremos en otro sitio —le señalé esa tarde—. Sólo aquí y sólo cuando estemos seguros de que no aparecerá nadie. ¿Vale?

—Vale —accedió.

—Si se lo cuentas a alguien...

—No lo haré.

Al cabo de una semana le conté que soñaba a veces con matar a mi marido. Dos semanas más tarde, Brad me decía que estaba dispuesto a hacerlo por mí si era eso lo que quería. Fue así de fácil. Le expliqué que, si lo hacíamos bien y no cometíamos errores, nadie sospecharía jamás de ninguno de los dos y podríamos casarnos, comprar un yate e irnos de luna de miel todo un año. Cuando mencioné el yate, los ojos de Brad se iluminaron como nunca le había visto, ni siquiera cuando nos acostábamos. Había mordido el

anzuelo del sexo, pero era la avaricia lo que lo encadenaba a mí. Aunque en un principio había pensado que Brad sería capaz de mantener la calma, ahora ya no estaba tan segura.

Me levanté del sofá, estiré los brazos y salté un par de veces de puntillas con los pies descalzos. Tenía la piel erizada y la mente me iba a mil por hora. Me serví un dedo de vodka Ketel One con hielo y recorrí la casa a oscuras. Había una mancha en el rellano del primer piso, donde Ted se había desangrado. La policía me había informado para que no me asustara. La rocé con un dedo del pie, un charco marrón oscuro que casi se confundía con el tinte del parquet. El servicio de limpieza iba a venir por la mañana y no me olvidaría de comentárselo. Me llevé la copa a la sala de televisión e hice zapping un rato, decidiéndome finalmente por *Pretty Woman*, mi película favorita cuando era pequeña. De niña, también la daban a todas horas y me encantaba, aunque todavía tardaría unos años en entender lo que era una prostituta. Ahora me parecía una película estúpida, pero la vi de todos modos, recitando para mis adentros las frases de los personajes antes de que éstos las dijeran en la pantalla. Me calmé y, con la película terminada y el vaso vacío, supe que tenía que volver a Maine y hablar con Brad. Era necesario que estuviera preparado para lo que iba a ocurrir, y pensé que, si podía pasar un rato con él, todo iría mejor.

Tenía el coche aparcado en la calle en vez de en el garaje. Me puse unos vaqueros y una sudadera verde oscuro con capucha y salí de casa. De camino al coche, bajo la lluvia, reprimí la tentación de mirar a mi alrededor para ver si alguien me estaba vigilando. No tuve esa impresión. Había aparcado en una esquina de mi calle. Me metí en el coche, arranqué sin tener que hacer maniobras y me dirigí a la interestatal 93. Las carreteras estaban tranquilas y no me dio la sensación de que me estuvieran siguiendo. En ningún momento aparecieron de repente unos faros detrás de mí. Entré en la autovía, convencida todavía de que nadie me estaba siguiendo. Me decidí por el carril central, puse un CD y traté de relajarme. El asfalto, brillante por la lluvia, se extendía ante mí. Llegué muy tarde a los Bungalós Media Luna, bajo una llovizna que nada tenía que ver con la lluvia incesante de Boston. La camioneta de Brad no estaba frente a su bungaló. Supuse que estaría en el



Cooley's, pero preferí esperarlo allí. Estaría bien borracho cuando por fin tuviera la oportunidad de hablar con él, pero tenía la esperanza de que no lo estuviera tanto que no se le quedara nada. Mi idea era prepararlo para el interrogatorio, asegurarme de que sabía lo que iba a decir, y luego regresar a Boston antes del amanecer.

Aparqué al otro lado de la carretera, bajo un roble que tenía las ramas caídas por la lluvia, y aguardé. No tuve que aguardar mucho. La camioneta de Brad aparcó en la plaza que tenía frente a su bungalow en torno a las once de la noche. Había bajado un poco la ventanilla, pero aun así los cristales del Mini se habían empañado durante la espera y la camioneta de Brad no era más que un borrón. La bajé del todo y vi que otro coche, un Honda de líneas cuadradas tal vez, aparcaba junto a Brad. «Mierda —pensé—, seguro que es Polly.» Vi cómo salían de sus respectivos coches primero Brad y luego una mujer alta y delgada. Él le abrió la puerta del bungalow y ella entró primero. Llevaba algún tipo de cazadora reflectante, sin adornos, y unos vaqueros ceñidos. Era mucho más delgada que Polly y tenía unos andares mucho más seguros. Brad la siguió. Por cómo entraron en la casa intuí que no se trataba de un ligue normal y corriente. Se movían como ejecutivos entrando en una sala de reuniones. Esperé cinco minutos, luego me puse la capucha y salí del coche. Pensaba que todavía estaba lloviendo, pero sólo era el roble, las gotas que caían de las pocas hojas que quedaban en sus ramas.

Crucé la carretera y me acerqué al bungalow de Brad. Nunca había entrado, pero sí había estado en la puerta una vez, meses atrás, un día que le bajé unos planos, mucho antes de que él y yo nos liáramos. Recordé lo ordenado que me había parecido, y lo aséptico. Me acerqué discretamente a una ventana que estaba a la izquierda de la puerta. Estaba tapada con una veneciana, pero me fijé en cómo salía la luz al exterior y pensé que podría ver algo entre sus lamas. Quería saber si reconocía a la mujer. Casi me hallaba junto a la ventana cuando una lámpara se encendió sobre la puerta y una luz cruda y blanca cayó sobre la entrada. Me precipité hacia el lateral de la casa, haciendo crujir con mis zapatillas de deporte el suelo de conchas trituradas del acceso para coches. Arrimé la espalda contra la fachada de madera de la casa, allí donde las sombras eran más impenetrables, y esperé a que la

lámpara exterior se apagara. Lo hizo, al cabo de un interminable minuto. No oí que nadie se moviera dentro de la casa y la carretera seguía en silencio. Había una ventana en el lateral de la casa, lo bastante baja para que pudiera mirar por ella si me ponía de puntillas. Las venecianas estaban bajadas, pero había un pequeño hueco entre ellas y pude ver una cocina —una nevera blanca, una encimera vacía— y, más lejos, en la sala de estar, a Brad y a una mujer pelirroja que hablaban sentados en el sofá. Frente a ellos, en la mesa de centro, había dos botellas de cerveza. Durante un breve instante, pensé que se trataba de Lily Kintner, mi compañera del Mather College, y tuve un escalofrío, pero la mujer movió la cabeza y decidí que no podía ser ella. Llevaba un maquillaje de mal gusto: raya de ojos negra y pintalabios brillante, y a menos que Lily hubiera cambiado, no era en absoluto el tipo de mujer que se maquillaba.

Los observé un rato. Brad y esa mujer hablaban muy concentrados, pero por mucho que me esforzara no pude imaginar de qué hablaban. Él parecía derrotado, con los hombros caídos y la boca colgando. La mujer, fuera quien fuese, llevaba la voz cantante. Brad parecía un alumno estúpido intentando seguirle el hilo a su maestra. No era en absoluto lo que había esperado ver. Había esperado encontrarme a Brad retozando en su sofá con una furcia del Cooley's. No me habría hecho mucha gracia, pero lo habría preferido a lo que estaba viendo ahora. ¿De qué demonios estarían hablando?

Brad asintió varias veces seguidas, como una marioneta impulsada por unos hilos, luego hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su cajetilla de tabaco. La mujer se levantó y, al estirar los brazos, su camisa reveló un trozo de vientre pálido. Luego fue a la cocina. Tuve que armarme de valor, pero seguí espiando entre las lamas, rezando por que no mirara en mi dirección. Quería verla mejor. Abrió la puerta de la nevera, dobló la cintura para echar un vistazo dentro y pude fijarme en su perfil. Se parecía mucho a Lily Kintner, el mismo cuerpo de muchacho, la piel blanquísima, la melena pelirroja. Pero la ropa no encajaba.

La mujer sacó una botella de agua de la nevera y la destapó. Antes de regresar a la sala de estar, volvió la cabeza y examinó las encimeras inmaculadas de la cocina. Pude verla mejor; los fluorescentes de la cocina se

reflejaban en sus ojos, de un verde sobrenatural que pareció titilar un instante. Bajé los talones al suelo. Sí era Lily Kintner. Había visto sus ojos y ahora estaba convencida. Sin dudarlo, caminé deprisa de vuelta a mi coche, apartándome de la entrada de la casa para no activar de nuevo aquella lámpara con sensor de movimiento. ¿En qué cabeza cabía? ¿Cómo era posible que Lily hubiera conocido a Brad? Y no se trataba sólo de Brad, evidentemente. Aquel viaje de Ted a Winslow había sido para verla, sin duda. Así que se había relacionado con Ted. ¿Habían tenido una aventura? ¿La había empezado ella movida por un afán de venganza alimentado largos años? Y la pregunta más importante en ese momento: ¿cómo había dado con Brad y qué quería de él?

Me hundí un poco más en mi asiento y esperé. La cabeza me daba vueltas. Había parado de llover, pero el cielo seguía encapotado y me sentía protegida por la sombra negra del árbol que me cobijaba. Observé el bungalow de Brad, preguntándome si Lily pasaría la noche allí, pero sabiendo que me tocaba esperar por si al final se marchaba. Me asaltaron la mente un millón de posibilidades, pero en todas ellas era yo la perseguida. De algún modo, Lily me estaba persiguiendo.

Me pareció que habían transcurrido dos horas, aunque con toda seguridad tan sólo fue una, cuando la puerta del bungalow de Brad se abrió y apareció Lily. La lámpara exterior se encendió y la vi meterse en su coche. Salió dando marcha atrás y tomó Micmac Road en sentido sur. Se me pasó por la cabeza seguirla, descubrir adónde se dirigía, pero era más importante hablar con Brad y averiguar qué se estaba cocinando. Me obligué a esperar cinco minutos, por si acaso Lily recordaba que había olvidado algo y regresaba. Por último, crucé la carretera corriendo y llamé a la puerta de Brad con el puño. Entreabrió y me miró. Sus ojos saltones parecieron confundidos un momento. Me quité la capucha.

—Soy yo. Déjame pasar.

—Mierda —dijo él, y me abrió la puerta. Di un paso al interior y cerré detrás de mí. El aire olía a perfume barato.

—¿Qué coño hacía Lily Kintner en tu casa? —inquirí.

—¿Así se llama?

—Dios, Brad, ¿qué quería?

—La he conocido esta noche. Estaba en el Cooley's. Se ha acercado a hablar conmigo en el aparcamiento. —Miraba en todas direcciones, como si estuviera esforzándose en encontrar exactamente lo que quería decirme.

Reprimí el impulso de darle un puñetazo con todas mis fuerzas en la garganta.

—Brad, ¿qué coño quiere de ti?

Se encogió un poco y parecía un perro al que acaban de propinar una torta en el hocico.

—Quiere matarte, Miranda —dijo—. Quiere que lo prepare. Me ha dicho que es la única forma de que no termine en la cárcel. Te lo iba a contar, te lo prometo.

## 24

### Lily

Llegué a Kennewick a las ocho de la tarde del martes, veinticuatro horas después de preparar el plan con Brad. Sin tráfico, el trayecto desde Massachusetts era de poco más de una hora. Aparqué en el Admiral's Inn, un hotel recién inaugurado que habían metido con calzador en un promontorio que se levantaba al otro lado de la playa de Kennewick Harbor. El aparcamiento no estaba lleno, pero tampoco es que estuviera vacío. Había dado una vuelta hasta encontrar una plaza que me dejara encarada al breve tramo de playa y, más allá, a las tenues luces del Kennewick Inn. Me quedé sentada un rato en el coche. Era una noche despejada, el firmamento negro picado de estrellas amarillas. La luna, en cuarto creciente, se reflejaba sobre el océano. Me había llevado una linterna de bolsillo para poder orientarme por el sendero del acantilado y llegar a la casa de Ted y Miranda, pero no creí que me hiciera falta.

Horas antes, tras hacerme una sencilla tortilla con queso para cenar, había llamado a mi jefe a casa y le había dicho que todavía me dolía la garganta y que quizá estaba empeorando.

—No vengas mañana. Quédate en casa. Y cuídate —dijo, y noté que el terror se adueñaba de su voz.

—Bueno, mañana seguro que me quedo en casa.

—Sí, es lo que tienes que hacer. Y tómate la semana entera si hace falta.

Después de la llamada, revisé los detalles de mi plan. Era arriesgado. Todo dependía de que Brad fuera capaz de prepararlo todo como le había pedido, y no soportaba quedar a expensas de otras personas. Nunca lo había hecho, y en este caso tampoco lo habría hecho si no hubiese sido porque tenía que actuar deprisa. El detective a quien había conocido el día anterior — Henry Kimball— probablemente estaba estrechando el cerco alrededor de Brad y Miranda, o tal vez sólo de Brad. Todo se movía con rapidez y no quería que se me adelantara nadie.

Me quedé sentada un momento en el coche. Llevaba mi ropa más oscura, vaqueros negros y un jersey negro de cuello alto sobre varias prendas, ya que se esperaban temperaturas próximas a los cero grados. También me había puesto mis botas de acampada, que tenían unas buenas suelas, y me había hecho una trenza que había escondido bajo un gorro de lana verde oscuro con la borla cortada. Tenía una pequeña mochila gris para excursiones de un día y la había llenado con unos guantes, mi pistola eléctrica, la linterna, un termo lleno de café caliente, una petaca de brandy de albaricoque, un cuchillo para filetear pescado con su funda de cuero, una navaja suiza y unas cuantas bolsas de plástico.

Cuando salí del coche, hacía más frío del que había previsto. Llegaba del océano una brisa constante y fría y deseé haberme llevado un anorak. Guardé la linterna en el bolsillo trasero de mis vaqueros, me eché la mochila a los hombros, cerré el coche y me puse en camino, bajando del promontorio en dirección al inicio del sendero de los acantilados. Caminé fingiendo toda la tranquilidad que pude por si acaso alguien me estaba vigilando, imaginándome como la clase de persona que tenía la sana costumbre de salir a dar un paseo por la costa en las noches iluminadas por la luna. No me pareció que hubiera nadie que pudiera verme, y llegué al sendero de los acantilados a salvo de cualquier mirada.

Como tenía tiempo de sobra, caminé despacio y sólo tuve que encender la linterna una vez, cuando el sendero se internó en un angosto paso rodeado de árboles tortuosos. Por más impresionante que hubiera sido el paseo dos días antes durante aquella tarde ventosa, ahora era todavía más hermoso: las vistas sobre el océano ofrecían un resplandor argentado bajo la alta luna blanca.

Tuve la impresión de haberme colado en una película en blanco y negro de los años treinta, el mar y el cielo transformados en el fantástico marco retroproyectado de una velada perfecta y rutilante, romántica y melancólica al mismo tiempo. Seguí moviéndome, con todos los sentidos alerta, como si fuera un animalito que acababa de salir de su madriguera para aventurarse en un mundo gigantesco. Algo susurró en unos zarzales y me detuve para ver si se trataba de otro animal como yo o tan sólo del viento que soplaba racheado desde el océano. No oí nada más y me puse de nuevo en marcha. Cuando llegué al final del camino, me agaché y eché un vistazo a la imponente casa. A la luz de la luna, parecía terminada con su tejado a tres aguas perfilado contra el cielo. El descampado entre el océano y la fachada posterior de la casa, que de día parecía una extensión de tierra triturada, quedaba transformado a la luz de la luna y semejaba el majestuoso jardín que estaba destinado a ser. Me volví para mirar el cielo; un retal de nube se movía deprisa, a punto de pasar delante de la luna. Lo vi avanzar y, cuando cubrió la luna y el mundo se oscureció unos momentos, respiré hondo y crucé la finca de camino a la casa, con cuidado de evitar el agujero a medio cavar donde debía ir la piscina. Di dos amplias zancadas para subir a la terraza terminada, volví a agacharme, me quité la mochila de la espalda y abrí la cremallera. Saqué la pistola eléctrica y el cuchillo, mis guantes de piel y dos bolsas de plástico. Luego volví a cerrar la mochila y me incorporé, guardándome el cuchillo en uno de los bolsillos delanteros de los vaqueros y la pistola eléctrica en el otro. Cubrí mis botas de acampada con las bolsas de plástico, metiéndome los extremos por dentro de los calcetines de lana. Luego me puse los guantes y probé si las puertas correderas de cristal estaban abiertas como Brad me había dicho. Así era, y me adentré en la total oscuridad de la casa.

Cerré las puertas detrás de mí y me quedé quieta un momento, escuchando con atención, mientras dejaba que mis ojos se adaptaran a la oscuridad. Tardaron un rato, pero al final lo hicieron y el interior de la casa empezó a dibujarse como un cuadro gris y borroso. Pude distinguir los suelos terminados, en los que había repartidas varias pilas de baldosas y unas cajas enormes que contenían láminas de cartón yeso. Avancé hacia el vestíbulo y la entrada de la casa; las bolsas de plástico susurraban sobre el suelo. Me di con

algo en la cabeza y, sin querer, pegué un salto. Levanté la vista y vi que eran un par de cables que colgaban del techo, donde algún día iría una lámpara.

Caminé hacia la cocina, que daba al sur. Sus amplios ventanales me ayudaron a orientarme, y esperaba que uno de ellos mirase a la parte delantera de la casa. No era así, de modo que di media vuelta, moviéndome como a cámara lenta en medio de la luz granulosa. El aire dentro de la casa estaba tan frío como fuera y olía a serrín y a cola. Encontré la puerta principal, que doblaba en altura a cualquier ser humano, y eché un vistazo por una de sus ventanas laterales. Todo lo que alcancé a ver fue el enorme contenedor y algo que colgaba de uno de sus costados y ondeaba impulsado por la brisa, pero todavía ningún coche. La ventana iba del suelo al techo, de modo que me senté con las piernas cruzadas y esperé. Había llegado una hora antes de tiempo.

Durante esa hora me dije varias veces que podía levantarme y largarme sin más, volver sobre mis pasos por el sendero de los acantilados, meterme en mi coche y regresar a Winslow. Todavía no había hecho nada ilegal, nada que pudiera implicarme en ningún crimen. Pero también me decía que, si lo hacía, si me levantaba y me iba, tendría que vivir en un mundo en el que Miranda Hobart podría salirse con la suya. Ted estaba muerto. Eric Washburn estaba muerto. Y ambos quizá seguirían vivos si no hubiera sido por ella.

Oí la camioneta de Brad antes de verla. Había apagado los faros, pero el enorme vehículo ya avanzaba aplastando la gravilla de la entrada. Aparcó entre el contenedor y la casa. Aún había luz bajo el firmamento despejado y vi a Brad en el asiento del conductor y a Miranda en el del acompañante. Habían llegado un poco antes de tiempo según mi reloj, y Miranda se quedó dentro de la camioneta un minuto más o menos. Me pregunté de qué estarían hablando. Cuando ella abrió la puerta, la luz de cortesía de la camioneta se encendió y vi que Brad, con un cigarrillo apagado entre los labios, cubría rápidamente la luz con la mano mientras ella bajaba de un salto a la gravilla. Caminó hacia la casa contoneando las caderas tal como le recordaba hacerlo y con el pelo recogido debajo de lo que parecía una gorra inglesa. Cuando se acercaba a la puerta, me levanté y di un paso atrás, sumiéndome en la oscuridad más profunda de la casa. Mi corazón se puso a latir un poco más



deprisa en mi pecho y me noté toda la piel cargada de electricidad.

Oí una llave que se introducía y luego el ruido brusco de la cerradura al abrirse. La puerta se abrió hacia dentro y vi que Miranda daba medio paso al interior de la casa antes de detenerse. Fuera había arreciado el viento. Supe que, como yo, estaba dejando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad y que de momento no podía verme. Su rostro era gris en la escasa luz y tenía los ojos muy abiertos para intentar ver y los labios un poco separados. Vi su mano en el pomo de la puerta. También llevaba guantes.

—Aquí dentro —dije.

Se volvió y encendí la linterna, enfocando el haz de luz al suelo para que pudiera ver dónde me encontraba. En cuanto me situó en el espacio, volví a apagarla.

—¿Lily? —llamó.

—Entra. Tus ojos se adaptarán.

Cerró la puerta tras de sí.

—¿No te parece que todo esto es muy dramático? —preguntó, y en ese instante me abrumó el recuerdo de Faith, la chica de la universidad. Sarcástica, algo capciosa, hablando conmigo a la tenue luz de una fiesta en Saint Dunstan's, con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¿Te ha dicho Brad lo que pido?

Dio un paso hacia delante. Llevaba un abrigo de tres cuartos y tenía la mano derecha en uno de sus grandes bolsillos. Toqué por instinto la pistola eléctrica que llevaba en el bolsillo delantero de los vaqueros, cuyo extremo sobresalía.

—Sí —asintió Miranda, deteniéndose a un metro de mí. Habría querido apartarme un poco, pero no me apetecía que oyera el roce de las bolsas de plástico que llevaba en los pies—. Me ha sorprendido.

—¿Qué te ha sorprendido?

—Bueno, todo. Me sorprende que estés aquí. Que conocieras a Ted. Pero lo que más me ha sorprendido es que quieras sacarme dinero. No me parece digno de ti. ¿Tiene algo que ver con tu padre?

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Mató a alguien, ¿no? En Inglaterra. Seguro que tendrá que pagar a los

abogados.

—No, el dinero es para mí.

—Vale. No es asunto mío —convino—. Sabes que no puedo conseguírtelo enseguida. Hay que resolver el tema de la herencia. Estas cosas llevan su tiempo.

—Lo sé. Sólo quería verte esta noche aquí para poder hablar contigo en persona. Después podemos utilizar a Brad de intermediario.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Te acostabas con Ted? ¿Cómo fue? ¿Cómo llegasteis a conoceros?

—Un día cogimos el mismo vuelo. Estaba enterado de todo. Sabía que le ponías los cuernos con Brad. No lo engañaste.

Vi que Miranda se encogía de hombros en la luz difusa. Estaba lo bastante cerca para olerla. Tabaco. Una loción cara.

—¿Y por qué no me denunciaste a la policía si tan segura estás de que soy una persona horrible? —dijo.

—Te denunciaré, Faith, si no haces todo lo que te pido.

—¿Todo esto es por Eric? —preguntó.

Oí una puerta que batía dentro de la casa. Fuera, el viento soplaba todavía más fuerte.

—No —respondí—. No tiene nada que ver. Lo hago sólo por ti.

Miranda fue la primera en volverse. Brad había emergido de la oscuridad para situarse entre las dos, empuñando una voluminosa llave de tuerca en la mano derecha. Había entrado por las puertas de la terraza y se había movido con tanto sigilo que por un instante me pregunté si se había descalzado. Su rostro a media luz parecía desencajado, la mandíbula se le movía hacia delante y hacia atrás como si se hubiera atragantado con algo. Me miraba a mí. Vi que levantaba la pesada llave por encima de su cabeza y empezaba a bajarla.

## Miranda

Me costó dos horas y una cafetera achispada con un poco de whisky, pero al final Brad lo desembuchó todo. Me contó que había visto el coche del sheriff a primera hora de la noche frente a su casa. Se había asustado y había salido con la camioneta directamente entre los bungalós y se había dirigido a la cabaña de pescador que su padre tenía en Lebanon. A punto estuvo de decidir pasar la noche allí, pero entonces empezó a pensar que parecería raro, algo que un hombre culpable haría. Había regresado entonces a Kennewick, yendo al Cooley's en vez de a casa, y había sido allí donde había visto a Lily Kintner, que lo esperaba en el aparcamiento. Habían hablado en su camioneta; ella le había dicho que lo sabía todo del asesinato. Sabía que Brad y yo teníamos una aventura y que, juntos, habíamos planeado asesinar a Ted. Sabía que Brad había bajado en coche a Boston, había entrado primero en la casa de un vecino para fingir que el asesinato era un robo que se había torcido y que luego había llamado a la puerta de Ted, le había pedido pasar y lo había matado.

—¿Y cómo sabe todo eso? —inquirí.

—No se lo pregunté, Miranda. Tan sólo lo sabía. Lo sabía todo. —La voz de Brad se había elevado una octava y la mano le temblaba cuando bebía de su taza de café.

—Calla. Todo irá bien. Estoy aquí contigo.

—Lo sé. Iba a llamarte a primera hora de la mañana para contártelo todo.

—Cariño, sé que ibas a hacerlo. Pero es una suerte que haya venido esta noche. Nos dará más tiempo para decidir qué hacemos con ella. ¿Qué es lo que quiere?

Brad dudó.

—Se supone que he de decirte que quiere dinero.

—¿Qué coño significa eso de que *se supone*?

—Escúchame. Te lo estoy contando todo. Se supone que he de decirte que quiere sacarte dinero, un millón al año para que no se vaya de la lengua, y que quiere verse contigo mañana por la noche en la casa de Micmac Road. Quiere saber si estás de acuerdo.

—¿Mañana por la noche?

—Sí, a las diez. Te acerco en coche y habláis cara a cara en la casa.

—Dios.

—No, Miranda, no me estás escuchando. Eso es sólo lo que se supone que he de decirte. En realidad, quiere matarte. Está planeando matarte. Es lo que me ha explicado.

—¿Cómo? —pregunté. Fue la primera pregunta que se me pasó por la cabeza.

—Tiene una pistola eléctrica. Me ha dicho que luego te estrangularía. — Brad se secó la nariz con el dorso de la mano.

—No entiendo por qué te ha contado todo eso a ti.

—Te odia. Me ha dicho que te conoció en la universidad y que eres mala.

—¡Vaya por Dios! —expliqué.

—Parece que todo esto te hace feliz.

—¿Eso parece? No, estoy alucinada.

Y lo estaba, pero también tenía otra sensación que no era capaz de precisar del todo. Era como estar en el instituto y descubrir que el chico más mono de la clase habla bien de ti con sus amigos. Había cabreado a Lily y ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Y cómo cree que va a librarse de la policía? ¿Y cómo cree que te vas a librar tú? La policía ya sospecha de ti. Pero ¡si ya tienen a una testigo en Boston! Te vio una mujer, Brad, entrando en mi casa. Por eso estaba el

sheriff esta noche delante de tu bungalow. Te van a interrogar.

—¿De qué me estás hablando? —Le saltaron perdigones de los labios y algunos me dieron en la cara.

—Tranquilo, no es para tanto —mentí—. Tienes una coartada, ¿te acuerdas? Por eso había venido a verte. Te va a interrogar la policía. No sé cuándo, pero tarde o temprano. Tienes que recordar todo lo que hemos hablado. Cíñete al guion y todo irá bien.

—Pero ahora hay otra persona que lo sabe.

—Es verdad. Dame un momento para pensar. —Respiré hondo un par de veces, tratando todavía de hacerme a la idea de que Lily estuviera enterada de todo, de que quisiera matarme—. ¿Te ha dicho ella cómo conoció a Ted?

—No. Creía que lo sabrías. Pero está enterada de todo lo que ha pasado.

—¿Cómo cree que va a librarse después de matarme?

—Me ha contado que piensa ocultar tu cadáver y tu coche y que parecerá que te has largado por patas. Me ha asegurado que es la única forma de que la policía no me detenga. Se supone que he de llevarte a la reunión mañana por la noche y que luego tendré que ayudarla a subir tu cadáver a tu coche. Lo tiene todo pensado.

—Y entonces ¿qué? ¿Le has dicho que estabas dispuesto a hacerle ese favor?

—Me estaba dando un puto infarto, Miranda. Lo sabe todo. Le he dicho que lo pensaría. Se supone que mañana he de llamarla desde el Cooley's si consigo prepararlo. Dejar que el teléfono suene un par de veces para que el número quede grabado en el identificador de llamadas. Iba a contártelo todo, obviamente, pero le seguí la corriente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No, tienes razón. Has hecho bien. Estoy orgullosa de ti. Deja que piense un momento.

Brad se tiró de los pelos de una patilla.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —anunció—. Sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué?

—La mataré, Miranda. Será fácil. Subiré a escondidas para verte. Nadie sabe que está implicada en todo esto. Me lo ha confesado. Te llevaré a la

casa. Entonces entras por la puerta principal y yo rodeo la casa y entro por detrás. Dale cuerda y yo aprovecharé para colarme y golpearla con algo. Luego puedo enterrarla en el jardín.

—Lo harías por mí... —dije.

—He matado a tu marido por ti, Miranda. Te amo. Por supuesto que mataría a esa zorra.

Tenía todo el sentido del mundo. Supe que era la única salida que me quedaba. Si Lily lo sabía todo, habría que matarla. Pero estaba preocupada.

—¿Seguro que no se lo olerá? —pregunté pensando en voz alta—. Es demasiado arriesgado para ella venir hasta aquí para encontrarse conmigo...

—No viene a verte. Viene a matarte. Me lo ha dicho.

—A eso me refiero. ¿Cómo puede estar tan segura de que va a convencerte de que hagas esto por ella? Acaba de conocerte. ¿Seguro que es la primera vez que os veis?

—Escucha. Es una mujer convincente. Me ha explicado que era la única salida que me quedaba, que ibas a dejarme con el culo al aire, que cuando llegara la policía iba a ser mi palabra contra la tuya y que no habría ninguna prueba de que habías conspirado para asesinar a tu marido. Podrías contar que había perdido la cabeza, que me había obsesionado contigo. Aparte de mí, nadie más podría decir lo contrario.

Naturalmente, ése era el plan que tenía si llegaban a detener a Brad por el asesinato de mi marido. Reconocería que habíamos intimado una sola vez, en un momento de flaqueza mía, pero que nunca habíamos hablado de matar a Ted. «Ahora que lo pienso, le comenté a Brad Daggett que iba a bajar a Florida a pasar un largo fin de semana. Debió de pensar que... Seguro que debió de pensar que se lo decía porque quería... Dios mío.» Quizá sospecharían de mí, pero era imposible que pudieran condenarme.

—¿Y de verdad te has tragado toda esta mierda? —espeté, poniendo cara de asco.

—Claro que no. Te creo a ti, pero le he prometido que la ayudaría. He fingido que la creía. Nos hemos metido en un buen lío, Miranda. Lo sabe todo.

—Vale, vale. La veré en la casa y tú la matarás. Todo saldrá bien. Hay

que hacerlo.

Hablamos un poco más esa noche, pero Brad estaba borracho, empezaba a divagar y le convenía dormir. Estaba pagando haber reclutado a un alcohólico sin agallas para que me ayudara a matar a mi marido. Antes de marcharme, faltaba una hora más o menos para que amaneciera, le mencioné que debía desaparecer ese día. Darse un paseo en camioneta por la costa y no responder a ninguna llamada.

—Todavía no estás en condiciones de que te interrogue la policía — expuse.

—Lo sé —respondió.

—Ya verás como todo sale bien. Puede que sospechen de nosotros, pero no nos van a coger. Lo sabíamos desde el principio.

—Lo sé.

—Si te apetece, cariño, puedes marcharte cuando terminemos mañana por la noche. Huir del pueblo. Huir del país. Viaja al Caribe y, cuando todo esto haya terminado, me reuniré contigo.

—Sabrán que he sido yo.

—Sí, pero no podrán encontrarte. Podría darte dinero para la huida, y nos veremos más adelante, llevaré más dinero. Serás libre.

—¿Y mis hijos? —dijo con la voz rota.

Levantó su cabezota hacia mí y vi que, de verdad, tenía los ojos empañados. Nunca habíamos hablado de sus hijos. Ni una sola vez.

—Calla —repuse—. No hablemos de eso ahora. Tienes que buscarte un sitio donde dormir. Ya lo hablaremos mañana. Recuerda: mantente alejado de tu casa y no respondas al teléfono. Vete con la camioneta a alguna parte y duerme un poco, ¿vale? Así evitas a los polis si vienen temprano. Luego te veo en Portsmouth, en la puerta de ese restaurante al que fuimos con Ted hace siglos, ¿vale? A las nueve de la noche.

Llegué a Boston justo cuando el sol empezaba a proyectar su débil y fría luz por encima de los tejados de la ciudad. Entré en casa, después de recoger el periódico del martes, y puse una cafetera. Mientras se hacía el café, me di una ducha y me cambié de ropa. Más tarde intentaría echar una cabezadita, pero sabía que ahora no podría conciliar el sueño. Estaba de mierda hasta

arriba. La policía no se había tragado la historia del robo y cada vez estaban más cerca de coger a Brad. Y encima tenía que ocuparme ahora de toda esa locura con Lily. No me cabía en la cabeza. Lily Kintner siempre había tenido un punto raro. Siempre atenta a todo. De eso me acordaba. La conocí cuando debía de tener dieciocho años, pero parecía mucho mayor. Sosegada, segura de sí misma y sin duda del todo distinta de las demás estudiantes de primer año.

¿Se había enterado de que le había robado a Eric ese verano antes de que muriera? En realidad, no le había quitado el novio. Más bien, lo estábamos compartiendo sin su consentimiento. ¿Nos había descubierto y desde entonces me había perseguido, esperando a que se presentara la oportunidad de matarme? «Si Eric todavía estuviera vivo», pensé... Y de pronto retomé aquella idea a medio formar. ¿Había matado Lily a Eric en Londres? Había muerto a causa de un *shock* anafiláctico, pero tal vez había sido ella quien le había dado los frutos secos sabiendo que no podría conseguir su medicamento. Era una locura, pero tampoco era imposible. Traté de recordar lo que había oído sobre su muerte en aquel tiempo. Todos mis amigos de Nueva York habían hablado del tema. Se había emborrachado, y fue a buscar comida india, y el plato de pollo llevaba frutos secos, y se había muerto. Algo así. Una cosa que sí recordaba bien era que Lily había estado a su lado y que era probable que lo hubiera visto morir. ¿Le había escondido el medicamento? Ahora me parecía perfectamente posible que así fuera.

El día transcurrió en un lento desfilarse de horas muertas. Todo el rato cambiaba de idea sobre lo que tenía que hacer esa noche. Quería ver muerta a Lily, pero lo que me preocupaba era estar en la escena del crimen. Había tomado tantas precauciones para asegurarme de que no pudieran condenarme por el asesinato de Ted, de que no hubiera ninguna prueba que me relacionara con ningún crimen... Imaginando la noche que me esperaba, tuve la impresión de estar cayendo en una trampa. Y caer en una trampa era justo lo que hacía; Brad me lo había dicho. Sin embargo, aun conociendo lo que tramaba Lily, me sentía inquieta, insegura de mí misma por primera vez en mucho tiempo. Pero también sabía sin asomo de duda que, si Lily había averiguado de alguna forma todo lo que afirmaba saber, habría que liquidarla.



Una vez muerta, podría respirar un poco más tranquila. Y entonces podría concentrarme en ver qué hacía con Brad.

Tenía el móvil cargando en la mesilla de noche. Fui a la habitación a echarme y revisé las llamadas perdidas y escuché los mensajes del contestador. Uno de ellos era del detective Kimball; me comunicaba que el forense había terminado con el cuerpo de Ted y que podía avisar a la funeraria para que lo recogieran cuando les fuera bien. También me preguntaba si conocía alguna forma de ponerse en contacto con Brad Daggett. Oír eso fue un alivio; Brad estaba haciendo lo que le había pedido y se había esfumado un rato. Pensé en llamar a la funeraria, pero decidí dejarlo para otro momento. En vez de ello, envié mensajes de texto a un par de amigas diciéndoles que estaba bien y que sólo me había tumbado a descansar. Llamé a mi madre y hablamos un momento.

—Cuéntamelo todo, tesoro —dijo—. Divorciarse tampoco fue una perita en dulce. Hay que hacer un montón de papeleo.

Traté de dormir un rato y al final pude echar una cabezada tan quebradiza como el papel de seda, pero ni aun así paró de aflorar a mi mente la imagen de Lily. Intenté recordar qué aspecto tenía, y todo lo que pude imaginar fue un cuerpo fino, sin caderas, su brillante melena pelirroja, su inquietante tranquilidad. Cuando traté de visualizar su cara, pude hacerme una idea general, pero sin ningún rasgo específico. ¿Cómo tenía la nariz? ¿Y la boca? Cada vez que creía conseguirlo, la imagen se alejaba rauda de mí, como una mariposa que no lograba capturar con la red. Me di cuenta de que me estaba mordiendo el borde del pulgar y me obligué a parar antes de hacerme sangre. Llevaba unos pantalones de yoga y me acaricié por encima, pensando en un hombre sin rasgos, alguien rico, en Italia, un vecino casado que venía a mi villa a orillas del lago a follarme. La cosa empezó a funcionar y me bajé los pantalones hasta medio muslo, pero antes de que pudiera correrme empecé a pensar en Ted, a recordar la primera noche en nuestra casa, sobre ese mismo colchón. Lo había cubierto con pétalos de rosa y había dejado encima un salto de cama carísimo para que me lo pusiera, y recordé cómo se me habían quitado las ganas al ver todos esos preparativos.

Aparqué el coche en el callejón trasero del restaurante de Portsmouth donde había quedado con Brad. Hacía más frío y me había puesto un abrigo largo y una gorra con el pelo metido por dentro. Una de las farolas delante del restaurante estaba fundida y esperé debajo de ella, atenta a la llegada de su camioneta. Pero la noche era clara y seguía sintiéndome desprotegida. Brad apareció puntual a la hora que habíamos acordado y me encaramé al asiento del acompañante, esperando que estuviera relativamente sobrio.

—¿Seguimos con el plan? —pregunté cuando aceleró alejándose de la acera.

—Pues claro —dijo, y reconocí por su entonación sonora en exceso que por lo menos estaba medio bebido, pero no cocido.

—Repíteme qué vamos a hacer.

—Cuando lleguemos a Micmac Road apagaré las luces y continuaré hasta la casa. Tú sales y entras por la puerta principal con la llave. Yo rodearé la casa hasta la parte de atrás y entraré por las puertas de la terraza. Entonces iré a buscaros y le daré en la cabeza con una llave.

—¿Por qué no le disparas y punto?

—Ya no tengo el arma. Te lo dije.

—Claro. Lo había olvidado. ¿Y luego qué?

—Dejé unos rollos de film en la casa. Me ayudarás a envolverla. La metemos en la camioneta y te llevo de vuelta a tu coche. Yo me ocupo de deshacerme del cadáver.

—Vuelve a contarme por qué es necesario que vaya yo también.

Brad volvió despacio la cara hacia mí. Circulábamos en sentido norte por la carretera 1 y las luces de un coche que venía por el carril contrario iluminaron sus facciones. Por un instante vi un odio muy real en sus ojos y tuve un estremecimiento involuntario.

—Porque ha venido a verte. Si aparezco solo, ¿quién sabe lo que puede pasar? Y también porque quiero que participes. El primero lo hice solo, pero quiero que me acompañes en éste. No pienso volver a hacer esto solo.

—Vale, vale —convine.

Sabía que lo que quería en realidad era que yo también viera morir a

alguien. No se me había olvidado la mirada atormentada en sus ojos la primera vez que lo vi después de que matara a Ted. Seguramente pensaba que no sería capaz de encajarlo, pero estaba preparada. Lo único que me desvelaba era que todo saliera bien, pero ver cómo le reventaban la cabeza a Lily Kintner no me inquietaba para nada.

Como llegamos un poco temprano, Brad dio una vuelta por las calles desiertas de Kennewick. Al pasar junto a la playa, miré el océano. Una estrecha franja de agua brillaba con la luz plateada de la luna. Kennewick me gustaba de verdad, no para vivir todo el tiempo, pero sí como un lugar para hacer escapadas desde la ciudad. Sin embargo, después de que se resolviera el testamento y de que todo el dinero de Ted terminara estando a mi nombre, vendería aquella casa en el promontorio. Había sitios mejores donde vivir. Me imaginé islas en el Mediterráneo. Me imaginé palmeras y bares de playa que no se parecieran al Cooley's. Había desperdiciado demasiada parte de mi vida en Nueva Inglaterra.

Eran cerca de las diez de la noche cuando Brad apagó las luces de la camioneta y salió de Micmac Road para enfilarse por la entrada de gravilla de mi propiedad. Conducía despacio y la camioneta se balanceaba sobre el camino, más bacheado que nunca después de las lluvias recientes. La casa surgió en la noche; parecía al mismo tiempo gigantesca, con su oscura silueta que eclipsaba el paisaje, y pequeña y frágil comparada con la vastedad del océano. Brad aparcó junto al contenedor y apagó el motor. Un viento constante zarandeaba la camioneta.

—Supongo que ya estará dentro —dijo—. Vigilándonos.

—No pierdas el tiempo, ¿vale? —señalé—. En cuanto entre en la casa, tú empieza a moverte. No quiero tener que pelearme con una zorra psicópata ahí dentro.

—No tardaré. Quiero acabar con esto.

—Vale —asentí.

Incluso a la tenue luz interior de la camioneta pude ver que Brad estaba temblando ligeramente. Puse una mano en su mejilla rasposa y saltó como si le hubiera mordido una serpiente.

—Dios —exclamé—. Estás a la que saltas.

—Me has asustado. No se ve un pijo aquí dentro. Vete ya.

Abrí la puerta y Brad tapó con la mano la luz de cortesía.

—Nos vemos dentro —indicué, y cerré la puerta.

El motor crepitaba al enfriarse. Saqué las llaves del bolsillo y me dirigí a los escalones de piedra de la entrada. La luna quedaba detrás de la casa y, al acercarme, la fachada se convirtió en un simple muro negro, sin nada detrás. Respiré hondo, sorprendida de que la temperatura hubiera bajado tanto. Busqué a tientas entre el manojó de llaves hasta dar con la correcta. Abrí, empujé la puerta y di un paso hacia el interior de la casa. Por un momento, tuve la sensación surrealista de haberme limitado a atravesar la fachada de la casa y de seguir a la intemperie. Miré arriba para ver las estrellas, pero allí no había nada.

—Aquí dentro —dijo una voz, y Lily se materializó un instante en un círculo de luz para desaparecer después—. Entra —añadió—. Tus ojos se adaptarán.

Dejé que la puerta se cerrara detrás de mí. Los altos techos del vestíbulo empezaron a tomar forma en la luz gris.

Puse a prueba mi voz.

—¿No te parece que todo esto es muy dramático? —opiné, y la voz retumbó con fuerza por toda la casa.

—¿Te ha dicho Brad lo que pido? —inquirió Lily.

Me moví hacia la voz, llevándome por instinto una mano al bolsillo. Había llevado el pequeño bote de espray de pimienta con el que a veces salía por la ciudad. Le comenté que había sido una sorpresa enterarme de que quería dinero. Le pregunté si era para ayudar a su padre, esperando que aquel tema le resultara delicado y le escociera.

—¿A qué te refieres? —preguntó, y su voz sonó serena, casi relajada.

—Mató a alguien, ¿no? En Inglaterra. Seguro que tendrá que pagar a los abogados.

—No —repuso—. El dinero es para mí.

Le dije que no podía conseguirle el dinero inmediatamente y ella me respondió que sólo quería que nos viéramos cara a cara, oírme decir que el dinero no sería un problema. Estábamos a un metro de distancia más o menos

y no tenía previsto acercarme más. Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad, pero Lily seguía siendo un borrón sin rasgos distinguibles. No se había movido desde que yo había entrado, como si estuviera clavada en el suelo. Si avanzaba hacia mí, tenía pensado salir corriendo. Me conocía cada metro cuadrado de la casa y era una ventaja que pensaba aprovechar.

—¿Te acostabas con Ted? —inquirí. Brad estaba a punto de llegar y tenía muchas ganas de saberlo—. ¿Cómo llegasteis a conoceros?

—Un día cogimos el mismo vuelo. Estaba enterado de todo. Sabía que le ponías los cuernos con Brad. No lo engañaste.

—¿Y por qué no me denunciaste a la policía si tan segura estás de que soy una persona horrible? —dije.

—Te denunciaré, Faith, si no haces todo lo que te pido.

Fue extraño oír mi viejo nombre y me transportó a la universidad, a las habitaciones hasta arriba de humo y las borracheras cuando salíamos de fiesta. Y entonces recordé de pronto la cara de Lily, sus ojos verdes y fríos.

—¿Todo esto es por Eric? —pregunté, al tiempo que vislumbraba una oscura silueta que venía hacia nosotras.

Era Brad, que llegaba para matar a Lily. Casi me dieron ganas de hacerle esperar un momento. Quería saber si ella había matado a Eric en Londres hacía tantos años. Necesitaba saberlo.

—No —dijo Lily, con un tono divertido en la voz—. No tiene nada que ver. Lo hago sólo por ti.

Y entonces apareció Brad, con un rostro de espectro, levantando su llave enorme. Lo miré fascinada y en ese momento me di cuenta de que las dos caras, la de Brad y la de Lily, se habían vuelto hacia mí. Me temblaron las rodillas y de pronto me vi en el frío suelo cubierto de serrín, con una mano en la cabeza. Brad estaba encima de mí. Me agarró la mano y la apartó de mi cabeza. Se me había caído la gorra. «Voy a morir», pensé. Oí el silbido de la llave de Brad cuando volvió a descargarla sobre mí.

## Lily

Brad descargó la llave sobre la cabeza de Miranda. Primero cayó de rodillas y luego al suelo, perdiendo la gorra. Levantó una mano y se tocó donde había recibido el golpe. Por un segundo pensé que Brad no sería capaz de terminar lo que había empezado, pero se agachó y le dio varios golpes más. Sin la gorra para amortiguarlos, la llave producía unos sonidos secos y fuertes al impactar contra el cráneo. La última vez que la descargó oí un crujido rasposo, el sonido que haría alguien al pegarle un puñetazo a una pared. Lo aparté con delicadeza cuando quedó claro que estaba muerta, cuando, incluso bajo la luz borrosa del interior de la casa, pude ver que tenía hundido un lado de la cabeza y que un negro charco de sangre se había esparcido sobre el suelo.

—Deja la llave a su lado. Salgamos un momento —dije.

Brad hizo lo que le pedí, dejando la llave con un gesto casi delicado junto al cuerpo inerte de Miranda. Lo cogí por encima del codo y me lo llevé a la puerta delantera de la casa. Fuera, el aire tenía la misma temperatura que dentro de la casa, pero se notaba más limpio, cargado del olor salado del océano. Permití que la puerta se cerrara detrás de nosotros.

—Ya está hecho —le confirmé a Brad.

—¿Crees que está muerta? —preguntó él.

—Sí, está muerta. Hemos terminado. Has hecho un buen trabajo.

¿Sospechó algo?

—No, se lo conté todo tal y como me dijiste. Aunque te vio.

—¿Qué quieres decir con que me vio? —quise saber.

—Anoche. Después de que te fueras de mi casa. Estaba allí. Vino a hablar conmigo y te vio. Te reconoció.

Brad había sacado un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta y estaba intentando extraer un cigarrillo sin conseguirlo.

—Vamos a sentarnos un rato en la camioneta y nos fumamos un cigarrillo —propuse—. Luego nos ocuparemos del cadáver.

Nos metimos en la camioneta de Brad. Me había quitado la mochila y la tenía en mi regazo.

—¿Tienes frío? —preguntó él—. Puedo encender la calefacción.

—No, estoy bien. Pero voy a tomarme una copa. —Abrí la cremallera de la mochila y saqué la petaca de licor de albaricoque—. ¿Te importa? Creo que me estoy rallando un poco.

—Pues yo ni te cuento —repuso Brad, y soltó una breve carcajada que no sonó nada natural.

Me acerqué la petaca a los labios pero no probé su contenido.

—¿Quieres un poco? —le ofrecí—. Es licor de albaricoque. Está bueno.

Agarró la petaca y tomó un trago largo antes de devolvérmela.

—Tómame otro —sugerí—. Yo ya he bebido lo mío esta noche.

—Si no podemos beber esta noche, entonces ¿cuándo? —dijo, y volvió a empujar la petaca.

Lo oí tragar dos veces. Había bebido bastante. Confiaba en que el sabor a albaricoque enmascarase lo que había en el licor, y así fue. No sabía cuánto tiempo tardaría en hacerle efecto, pero quería más detalles sobre la visita de Miranda a Brad la noche anterior.

—Cuéntame lo que pasó anoche —pedí—. Luego nos ocuparemos del cuerpo.

Brad sacó el mechero y se encendió el cigarrillo, exhalando una nube azul contra el parabrisas.

—Acojonarme, eso es lo que hizo. Te fuiste de casa y al cabo de cinco minutos apareció ella. Primero pensé que volvías a ser tú.

—¿Por qué fue a verte?

—Vino porque no quería llamarme por teléfono. Me comentó que la policía tenía a una testigo y que iban a interrogarme y que tenía que mantener la calma. En realidad, no hablamos tanto porque estaba alucinada por haberte visto.

—¿Y le contaste de qué habíamos hablado?

—Sí. Le conté exactamente lo que habíamos planeado. Le expliqué que habías intentado convencerme de que te ayudara a matarla y que te había contestado que lo pensaría, pero que creía que lo mejor era traicionarte. Le dije que estaba dispuesto a matarte por ella. Se lo tragó.

La noche anterior, cuando me había acercado a él en el aparcamiento del Cooley's, mi plan consistía sencillamente en que Brad llevara a Miranda a la casa de Micmac Road. Ése era el primer paso. Luego, cuando me viera cara a cara con Miranda, no tenía duda de que podría asesinarla, usando primero mi pistola eléctrica y luego asfixiándola con una bolsa de plástico o recurriendo al cuchillo. Pero al hablar con Brad en el aparcamiento del Cooley's enseguida me di cuenta de que era un hombre a punto de derrumbarse. Bajo la tenue luz de la cabina de su camioneta, vi en su mirada que lo atormentaba el miedo. Me recordó a un animal con la pata aprisionada en un cepo, medio muerto de hambre y desesperado. Cambié de planes de inmediato y le dije que conocía a Miranda de la universidad y que sabía lo que había hecho ella y que lo había engañado desde el principio.

—Te entregará a la policía, Brad. Lo sabes, ¿no? —le advertí.

—No estoy tan seguro —respondió.

—Brad, no te lo estoy preguntando. Te lo estoy diciendo. Miranda es una mala persona. ¿Hay alguna prueba, por pequeña que sea, de que Miranda tuviera algo que ver con el asesinato de Ted? Más allá de tu palabra, claro. Lo único que tiene que hacer es declarar que actuaste por tu cuenta y riesgo. Y no podrás demostrar que no es verdad. Pasarás el resto de tu vida en la cárcel y Miranda saldrá tan campante. Te ha utilizado.

—Dios —exclamó, y se secó un ojo con una de sus grandes manos.

Había resultado fácil ponerlo de mi parte. Era evidente que no se había dejado engañar del todo por Miranda. Ni mucho menos. Le expuse que sería



buena idea ir a su casa y analizar las distintas alternativas. Lo seguí en mi coche hasta el bungalow en el que vivía. Ted me lo había descrito, me había contado lo aséptico y deprimente que era. Y no se equivocaba. Los muebles parecían de buena calidad, pero eran ramplones. Había varias revistas repartidas por encima de la mesa de centro y toda la casa olía a productos de limpieza. Me pregunté si estaba incluso más limpio que cuando lo había visto Ted, me pregunté si Brad, abrumado por la angustia, se había puesto a ordenar compulsivamente su bungalow. Nos sentamos en el sofá. Rechacé la propuesta de una cerveza, pero Brad fue a por una Heineken en la minúscula cocina americana adosada a la sala de estar. Vacío media botella con el primer trago.

—¿Estás enamorado de ella? —le interrogué.

—Eso creía —respondió—. Bueno, no lo sé. La has visto. La viste. Se va a forrar con el testamento.

—Sí, se forrará, pero no compartirá el dinero contigo. Créeme. Es su forma de actuar. Consigue que los hombres hagan lo que les pide y luego los elimina. Logró que asesinaras a su marido por ella y tú hiciste lo que te mandó cuando estaba a dos mil kilómetros de distancia.

Me dirigió una inclinación de cabeza, con el rostro vacío de toda expresión.

—Eso es lo peor —continué—. Te ha convertido en un asesino y eso es algo que no tiene vuelta atrás. Pero no fuiste tú, Brad. Fue Miranda. Te manipuló. Tenías todas las de perder.

Las lágrimas le caían en dos hilos constantes de los ojos y se deslizaban sobre su rostro curtido. Le había dicho lo que deseaba oír: le había dicho que no era responsable del asesinato de Ted Severson y que Miranda sí lo era. Lo había absuelto. Cuando dejó de llorar, le pedí que me diera una cerveza. No tenía pensado tomármela, pero quería darle algo que hacer y que sintiera que ahora estaba de su parte. Regresó con dos botellas, se sentó y las abrió con un abridor que llevaba en el llavero.

—¿Qué he de hacer? —preguntó—. ¿Tengo que ir a la policía y confesar? ¿Contarles todo lo que ha pasado?

—No te servirá de nada. Al fin y al cabo, eres tú quien asesinó a Ted. Ella

estaba en la otra punta del país cuando todo pasó y afirmará que no tuvo nada que ver.

—¿Y qué hago, pues? —Se bebió su cerveza y se mojó un poco la barbilla.

Me miraba de tal forma que si le hubiera pedido que se rompiera los dedos lo habría hecho. Así que me arriesgué y le propuse:

—Necesito que me ayudes a deshacerme de Miranda. Es lo que se merece y es la única posibilidad que tienes de salir de ésta. ¿Quieres ayudarme?

—¿A qué te refieres con «deshacerte de ella»?

—Voy a matarla, Brad.

—Ah.

Y le expuse el plan. Le pedí que informara a Miranda de que quería verme con ella, que lo sabía todo del asesinato y que quería dinero. Nos encontraríamos en la casa que los Severson se habían construido, al día siguiente, cuando hubiera anochecido.

—Sospechará —observó Brad.

—Vale —convine—. Tienes razón. En vez de contarle que pienso chantajearla, dile que es una trampa, que te pedí que le explicaras que era un chantaje, pero que en realidad tengo intención de matarla, que he estado esperando el momento desde la universidad. Vendrá. Sé que lo hará. Y entonces me desharé de ella y tú me ayudarás a enterrar su cadáver. Si lo encuentran, me aseguraré de que tengas una buena coartada. Diré que tú y yo nos vimos en Kennewick, que nos liamos y que luego bajaste a mi casa en Massachusetts. No te pasará nada, te lo prometo.

—¿Y el dinero?

—Nunca verás ese dinero, Brad. Nunca. Irás a la cárcel, y lo que yo te ofrezco es una escapatoria. Si Miranda desaparece, nadie podrá tocarte.

Asintió con un movimiento rápido de la cabeza, como si acabaran de echarle una reprimenda.

—¿Cómo vas a matarla?

—Yo me ocuparé —contesté.

—Podría hacerlo yo —sugirió él, y vi que asomaba algo nuevo en su mirada. Ya no era miedo, sino odio, acompañado tal vez de un punto de

locura. Me pregunté si había dormido desde el asesinato de Ted.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Puedo pedirle que entre en la casa y aprovechar para colarme por la entrada de la terraza trasera y atacarla por sorpresa. Tengo una llave grande. Podría darle en la cabeza con ella. Así no tendrías que hacerlo tú. No creo que te apetezca saber qué se siente.

Era perfecto. Mi mayor problema quedaba resuelto. Si era yo quien la asesinaba, era inevitable que algún estudio forense demostrara que el golpe fatal lo había asestado una mujer de metro setenta y no un hombre de metro noventa.

—No será necesario que la ataques por sorpresa —señalé.

—¿A qué te refieres?

—Dile que tienes pensado matarme porque lo sé todo. Dile que me atacarás por sorpresa y me golpearás con la llave. Entonces, aunque te oiga entrar en la casa, pensará que vienes a por mí. Ni siquiera se lo esperará.

—Vale —aceptó, inclinando la cabeza.

—¿Estás convencido de hacerlo?

Me respondió que sí y lo creí. Hablamos un rato más, analizando el plan hasta el último detalle. Le aseguré varias veces que todo saldría bien. Me fui de su casa convencida de que haría todo lo que me había dicho sin saltarse una coma.

Y eso fue lo que hizo.

Cara a cara con Miranda, en la oscuridad de la casa, me había preguntado si había sido una estúpida y Brad iba a matarme a mí en vez de a ella. Pero en el último momento, cuando Brad levantó aquella enorme llave, lo supe. Supe que había ganado, que Miranda, como otros antes que ella, iba a morir y que yo iba a vivir.

Brad fumaba con las ventanillas de la camioneta subidas y la cabina se llenó de un humo áspero.

—¿Así que estaba dispuesta a matarme? —le pregunté, porque necesitaba saberlo.

—Sí. Tal cual me lo contaste. Eso sí, estaba sorprendida... Dijo que no teníais mucha relación en la universidad. —Se frotó los labios con sus dedos

como espátulas—. ¿Cómo te enteraste de todo? ¿Cómo estabas tan enterada de lo que pasó con Ted? Anoche no te lo pregunté.

—Conocí a Ted Severson en un vuelo de regreso desde Londres. Me contó que su mujer lo estaba engañando con el maestro de obras de su casa. Os espió con unos prismáticos desde el sendero que pasa por el promontorio. Luego nos vimos más veces. Decidió que quería matar a Miranda. Y a ti también. Le dije que lo ayudaría.

Brad dio otra calada larga a su cigarrillo, pero sólo quedaba el filtro. Bajó un poco la ventanilla y lo tiró. Lo oí chisporrotear al caer en un charco.

—Te estás quedando conmigo —declaró, girando de golpe la cabeza hacia mí. El hidrato de cloral estaba empezando a hacer efecto. Brad arrastraba las palabras y se le caían los ojos.

—Ojalá. Ted planeaba asesinar a Miranda y ella planeaba matarlo a él, pero ella se le adelantó. Bueno, en realidad te adelantaste tú. Pero todo ha terminado ya.

—Sí —asintió—. Todo ha terminado. —Cada vez pronunciaba peor las palabras. Las erres se alargaban y el «sí» había sonado como un «*shi*». Casi no entendía lo que decía.

Tenía la cabeza inclinada hacia abajo y me recordó a un boxeador tratando de mantenerse despierto en el ring sin darse cuenta de que ya lo han noqueado. Empezó a inclinarse un poco hacia mi lado y me recosté en el asiento. Las bolsas que cubrían mis botas crujieron en el suelo de la camioneta.

—¿Por qué... por qué llevas bolsas en los pies?

Sus palabras eran un galimatías casi incomprendible y no habría entendido lo que me decía de no ser porque vi hacia dónde miraba. Se derrumbó hacia delante, cayendo luego de lado, de modo que su hombro derecho golpeó con fuerza mi muslo. Agarré con los puños su gruesa chaqueta vaquera y logré ponerlo derecho en su asiento. Su cabeza se inclinó hacia atrás, con la boca abierta. Quité el seguro de mi puerta y salí de la camioneta, cerrándola deprisa para que la luz de cortesía no estuviera encendida en la cabina más tiempo del necesario. Levanté la vista. El firmamento estaba lleno de racimos de estrellas, más brillantes que cuando

había aparcado el coche. El océano susurraba oculto. Me permití diez segundos de quietud y luego me puse a trabajar.

Había llevado más bolsas, tenía mi cuchillo, pero antes de decantarme por una de esas dos opciones, me subí a la plataforma de la camioneta para echar un vistazo a la caja de herramientas que estaba sujeta con un pulpo a la parte trasera. La tapa de acero ondulado estaba abierta, y saqué la linterna para mirar qué había dentro. Vi las herramientas esperables —martillos, sierras de mano, una llave para cambiar ruedas, una caja de plástico que contenía un taladro—, pero lo que me llamó la atención fue un trozo de alambre de percha que Brad había transformado en un gancho largo para abrir la cerradura si se olvidaba las llaves dentro. Lo cogí y lo enderecé. Sería perfecto. No quería dejar sangre en la camioneta.

Me metí de nuevo en el asiento del acompañante y cerré la puerta. Bajé la ventanilla; el olor del último cigarrillo de Brad permanecía en la cabina, pero también había algo más..., el tufo químico del alcohol destilado que brotaba de su aliento. Quizá también de su cuerpo. Había empezado a roncar; cada exhalación iba acompañada de sonoros pitidos nasales. Lo agarré del hombro y lo zarandé todo lo fuerte que pude, pero no dio muestras de que fuera a despertarse de aquel profundo sueño. Me pregunté si la combinación de alcohol —¿cuánto había bebido durante ese día?— e hidrato de cloral lo iba a matar, pero no podía asumir el riesgo de que no fuera así.

Me puse de rodillas en el asiento del acompañante. Aparté un poco la cabeza de Brad para dejarla apoyada en la ventanilla del conductor. Seguía inclinada hacia atrás y quedaba un hueco suficiente entre su grueso cuello y el reposacabezas del asiento. Rodeé su cuello con el alambre y trencé los dos extremos de forma que quedara bien tenso. Saqué la navaja suiza de la mochila y recorté el sobrante de alambre para que la parte trenzada no tuviera más que un par de centímetros de largo.

Comprimí los extremos con los alicates de la navaja suiza y empecé a girarlos, tensando el alambre hasta asegurarme de que Brad estaba muerto.

## TERCERA PARTE

Esconde bien los cadáveres

## Kimball

No podía pegar ojo. No era una novedad en mí, sobre todo cuando estaba trabajando en un caso. Miré la hora en el reloj de la mesilla de noche. Eran poco más de las tres de la madrugada. El gato *Pyewacket* dormía sobre la ropa que había dejado tirada por el suelo. Imaginé que debía de tener frío al verlo acurrucado como una pelota, parecido a una oruga lanuda que se hace la muerta. Probablemente se preguntaba por qué esas tiras metálicas que recorrían el suelo del apartamento no habían empezado a gorgotear y a calentarse. Aquellos últimos días de octubre habían sido fríos, pero prefería esperar hasta noviembre, por lo menos, antes de encender la calefacción.

Pensé en levantarme de la cama y ver qué daban en el canal de películas clásicas de la Turner, pero sabía que, si lo hacía, no volvería a pegar ojo esa noche. Me convenía tener la cabeza un poco despejada para el día siguiente. Ted Severson había sido asesinado el viernes por la tarde y ya estábamos a miércoles de la semana después. Casi una semana entera. Teníamos un sospechoso principal —ese tal Brad Daggett—, pero se había largado por patas y no había forma de dar con él. Había pasado toda la jornada anterior en Maine, acompañado por el cuerpo policial de Kennewick, que en general se había mostrado solvente, y había echado un vistazo a la casa de Daggett y examinado todos los indicios sobre su posible paradero. Era nuestro hombre, sin lugar a dudas. Después de que Miranda Severson concluyera que podía

ser el tipo del retrato, había buscado en el sistema y Daggett estaba ahí. Lo habían detenido dos veces. Cinco años antes, bajo sospecha de violencia doméstica, y dos años antes, por dar positivo en un control de alcoholemia. Lo había llamado al número que me había facilitado Miranda, pero no me cogió el teléfono. Luego telefoneé a la policía local y les pedí que se pasaran a ver si Brad Daggett se encontraba en casa, tal vez para hacerle un interrogatorio preliminar, preguntarle si tenía alguna información sobre la muerte de Ted Severson. Hicieron lo que les pedí, pero no estaba en casa. Les dije que podía esperar hasta el día siguiente, que iba a interrogar al testigo principal por la mañana y que entonces tendríamos una idea más clara del asunto. Imprimí la ficha policial más reciente de Brad Daggett y me la llevé al apartamento de Rachel Price en Somerville a la mañana siguiente. Cuando miró la foto, dio unos saltitos de puntillas y dijo:

—Oh, es él. Seguro que es él.

—¿Es el hombre al que vio entrando en la casa a las seis de la tarde del viernes pasado?

—Sí, es él. Estoy segura.

Eso había sido el martes por la mañana. A continuación, había llamado al sheriff y me había puesto en camino. Daggett seguía en paradero desconocido. No se había presentado en ninguna de las otras obras que supervisaba ni tampoco en su casa, uno de los bungalós de alquiler del complejo del que era administrador en Kennewick Beach. Pintura blanca y entramado verde en la fachada. Me recordó a mis vacaciones de niño en Wells Beach, sólo un poco más al norte. Cuando quedó claro que no estaba en casa y que no iba a regresar en breve, probé con la llave que había encontrado escondida en la cómoda del dormitorio de Ted Severson. Abrió la puerta del bungalow de Brad. ¿Por qué tenía Ted una llave de la casa de su maestro de obras? ¿Tenían *ellos* una aventura? Eché una ojeada al bungalow minúsculo e impecable, pero no entré todavía. Un juez local nos concedió una orden de registro justo después de su pausa para el almuerzo e inspeccionamos el domicilio sin encontrar nada.

Me pasé todo el día recriminándome por no haber actuado más deprisa después de que Miranda me facilitara el nombre de Brad Daggett. Tendría



que haberle llevado inmediatamente la ficha policial a Rachel Price, pero la identificación un tanto vacilante que había hecho Miranda del retrato no me había dado muchas esperanzas. Desde luego, ahora parecía evidente que Miranda sólo había identificado a Brad porque no había tenido más remedio y que se estaba guardando las espaldas. Y seguro que había sido ella quien había avisado a Brad de que se mantuviera alejado de su casa y apagara el teléfono. Era de manual de principiantes. La esposa había convencido a su amante para que matara a su marido. El detalle que no encajaba era la llave escondida en el cajón de Ted, la llave que abría el bungalow de Brad en Maine. ¿La llave era de Miranda y la había escondido en el cajón de su marido? «¿Por qué no?», supuse.

A primera hora de la tarde, habíamos emitido una orden de busca y captura para Brad y su vehículo. Se habían realizado entrevistas a su exmujer y a varios de sus empleados y colegas de la construcción. Nadie lo había visto desde la hora de comer del día anterior, cuando se había comprado un enorme sándwich de albóndigas en una pizzería de York que solía frecuentar. Había desaparecido.

Salí de Maine cuando caía la noche y tomé la interestatal 95 de vuelta a Boston. De camino, recibí una llamada de un emocionado Billy Elkins, el agente a quien había encargado la misión de investigar a Lily Kintner, la mujer de Winslow, Massachusetts, que Miranda Severson sostenía conocer. No había perdido el tiempo. Lily Kintner trabajaba en el Winslow College, en el departamento de la biblioteca, bajo el nombre de Lily Hayward según comprobamos. Pero era propietaria con su nombre real de una casa en Poplar Road, de la misma localidad. Lo más importante era que Ted y Lily habían compartido un vuelo desde Londres el 20 de septiembre. Satisfecho, agité el puño en el coche y luego apunté su dirección.

Pedirle a Billy que comprobara las listas de embarque había sido una pura corazonada, aunque no exenta de fundamento, y me parecía increíble que hubiera dado resultado. En el mismo instante en que Miranda había identificado a Lily Kintner como una conocida suya que residía en Winslow, me había preguntado si esa tal Lily Kintner era la misma mujer que la hija de David Kintner, de largo mi novelista favorito. No sabía mucho de la hija de

Kintner, tan sólo que se llamaba Lily y que había nacido en Estados Unidos mientras David vivía en Connecticut, casado con una artista americana llamada Sharon Henderson. El Mather College estaba en Connecticut y, si Lily tenía los mismos años que Miranda, entonces su edad encajaba más o menos con la de la hija de Kintner.

El problema de David Kintner era que su fama no sólo se debía a que era novelista. También era tristemente conocido por haber matado a su segunda mujer en un accidente de coche en Inglaterra mientras conducía borracho. La noticia había copado titulares allí, aunque no tanto en Estados Unidos. Seguí el caso porque sus libros me encantaban. Tras un tiempo a la sombra, acababan de ponerlo en libertad hacía menos de un mes. Tenía sentido que su hija estadounidense hubiese volado a Londres para verlo. También supe gracias a Miranda Severson que Ted había viajado hacía poco a Londres por trabajo, de modo que se me ocurrió que Ted y esa Lily Kintner tal vez se habían visto en el avión. Le dije a Billy que probara con las listas de embarque y ¡bingo! Después de una jornada improductiva buscando a Brad Daggett, me sentó bien ver que parte de la labor detectivesca había dado sus frutos. Seguro que ella había sido el motivo de su viaje a Winslow aquel día, aunque lo más probable era que Lily no tuviera nada que ver con su muerte.

Cuando llegué al cruce de las interestatales 95 y 93, en vez de tomar la segunda y dirigirme a Boston, permanecí en la primera y me dirigí hacia el oeste de camino a Winslow. No esperaba que fuera muy productivo interrogar a Lily Kintner, pero tenía que probarlo.

La encontré en su casa y, en efecto, resultó ser la hija de David Kintner, tal y como había sospechado. Vivía en una casita repleta de libros junto a un estanque, cuya orilla cubierta de hojas compartía con muy pocas otras casas. Me recibió en la puerta, con un aspecto un tanto desaliñado, y sus ojos tardaron un poco en enfocarme. Me pregunté si la habría despertado de una siesta. Me invitó a pasar. Le pregunté por Ted Severson y me dijo que lo conocía, pero sólo de los artículos sobre su muerte que habían aparecido en los periódicos y que sabía que se había casado con una conocida suya de la universidad. Me ofreció un café y se lo acepté. Mientras lo preparaba, eché una ojeada a sus estanterías y encontré toda una sección dedicada a las

novelas de David Kintner. Pasé un dedo por los lomos, recordando las fotos que había visto de él. Alto y sarmentoso, con una mata de pelo blanco. La cara de un bebedor, amarillenta y con las mejillas hundidas. Lily regresó con el café. Se había pasado el pelo por detrás de las orejas y sus ojos soñolientos tenían ahora una mirada despierta y vigilante. Le comenté que conocía los libros de su padre, que en realidad era fan suyo, pero no pareció que eso la impresionara mucho, como si ya estuviera harta de que le hablaran del genio literario de su padre. Le dije que estaba al corriente de lo ocurrido en Inglaterra, lo que me permitió sacar a colación el vuelo que había compartido con Ted Severson. Algo se activó en sus luminosos ojos verdes y me confirmó que sí había conocido a un hombre en el avión y que le había resultado familiar y que seguramente se trataba de él. Habían hablado un buen rato y no descartaba que le hubiera explicado quién era y dónde vivía. Encontramos una foto en internet y confirmó que el hombre con quien había hablado era Ted Severson, pero aseguró no tener la menor idea de por qué habría viajado a Winslow.

Sólo me creí en parte lo que me contó. Me creí que no supiera que Ted Severson hubiera ido a buscarla a Winslow y me creí que mi visita a su casa la hubiera sorprendido. No me creí, en cambio, que no hubiera caído en que el hombre con quien había hablado en el avión fuera el marido de una amiga suya. No tenía sentido. Pero ¿por qué iba a mentirme sobre algo así?

Frente a su puerta, me metí la mano en el bolsillo, rozando con los dedos la llave que, según habíamos comprobado, pertenecía al bungalow de Brad Daggett en Maine. Aun así, le pregunté a Lily si le importaba que la probara en su cerradura. Sólo quería sondear cómo reaccionaba. Pareció confundida pero no preocupada. Me fui sin saber muy bien qué pensar. Pero sí sabía por qué motivo Ted Severson había viajado a Winslow aquel día. Había conocido a Lily Kintner en el avión y se había enamorado de ella. No me cabía duda. Pude imaginarme por qué. De hecho, había estado pensando en Lily Kintner casi sin parar desde que la había conocido el día anterior. Era hermosa, de eso me acordaba, pero me costaba reconstruir mentalmente sus rasgos faciales. Podía visualizar su larga melena pelirroja y sus ojos verdes, tan parecidos a los de un gato, pero su rostro no paraba de deslizarse por mi conciencia sin

que pudiera fijarlo. Sin embargo, más que su presencia física, lo que me había subyugado era su autodomio casi sobrenatural y que hubiera encontrado su hogar en aquella casita repleta de libros en los bosques de Winslow. ¿Se sentía aislada viviendo allí sola? ¿O era una de esas personas singulares que no necesitaban la presencia de otros humanos en sus vidas? Quería averiguarlo.

Mi hermana pequeña, Emily, que me conoce mejor que nadie en este mundo, me dijo hace poco que mi problema en las relaciones sentimentales es que me enamoro de cualquier mujer que me atraiga.

—¿Y eso no les pasa a la mayoría de los hombres? —pregunté.

—No —respondió ella—. La mayoría de los hombres sólo quieren acostarse con todas las mujeres que los atraen. Lo último que les apetece es enamorarse. ¿Te haces llamar «detective» y no lo sabes?

—Créeme, también quiero acostarme con las mujeres que me atraen.

—Sí, pero entonces te enamoras de ellas, y o bien te parten el corazón o...

—¿Por qué no hablamos de tu vida sentimental? —la interrumpí. Era mi forma de conseguir que Emily cambiara de tema cuando se ponía a analizar mis fracasos amorosos.

*Pyewacket* se desperezó, lo que significaba que eran las cinco de la madrugada. Se subió a mi cama de un salto, dispuesto a soplar me su aliento en los párpados para despertarme, pero saqué las piernas de debajo de las mantas antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo. Dejé que saliera del apartamento por la puerta de servicio, que daba a la escalera de incendios. Salió escopeteado, moviéndose con agilidad sobre los listones de metal, bajando de camino al pequeño patio trasero, donde cumplía su misión de proteger nuestro reino frente a las hojas que caían de los árboles y las descaradas ardillas.

Volví a meterme en la cama, convencido de que no iba a pegar ojo en lo que quedaba de noche. Tenía una libreta de espiral y un bolígrafo en lo alto de una pila de libros junto a mi cama. Se suponía que debía ser un cuaderno de ideas, un lugar donde anotar pensamientos de madrugada sobre los casos en los que estaba trabajando, pero también escribía allí algunos versos. Seguía considerándome un poeta (algo que nadie en el cuerpo sabía), aunque

en aquel tiempo había perdido la capacidad de escribir nada que no fueran vulgares quintillas. Me decía a mí mismo que por lo menos escribía algo y que aquellos poemas tal vez me ayudaban a reflexionar sobre mis casos. Ese día había escrito los dos que siguen:

*Ted se llamaba el marido  
que a plomo conoció su martirio.  
Saltaba a la vista lo rico que era  
y que su mujer era una ramera.  
No me sorprende que haya fallecido.*

*Miranda se llamaba la muchacha,  
saltaba a la vista que nadie la soportaba,  
pero bajo su porte grosero,  
escondía un tremendo trasero,  
así que los millonarios hacían cola para cautivarla.*

En la misma página añadí el siguiente:

*Y estaba la hija de un novelista,  
de ojos verdes como el agua marina.  
Quise arrancar  
su ropa y demostrar  
que desnuda era aún más divina.*

Me pregunté, no por primera vez, por qué mis poemillas siempre me salían verdes. Intenté escribir uno sobre Brad Daggett, pero no me salió nada. De modo que me levanté, me hice una cafetera entera y empecé a prepararme para ir al trabajo.

Llegué a mi escritorio pasados unos minutos de las siete. Llamé inmediatamente al jefe de policía de Kennewick para que me pusiera al día y supe que Brad Daggett no había regresado a su domicilio.

—No me sorprende —dije casi para mis adentros—. Dejen un coche patrulla en su casa por si acaso. Aunque es evidente que se ha dado a la fuga.

—Anoche hablamos con una novia suya —indicó el jefe Ireland; tenía la voz rasposa, como si estuviera resfriado—. Polly Greenier. La mujer es una habitual del Cooley's, el bar donde le gustaba quedar a Brad Daggett. Salían

juntos, cortaban, y vuelta a empezar. De hecho, llevan varios años así. Estudiaron juntos en el instituto.

—¿Sabía algo?

—No sabía nada de dónde puede estar. Eso sí, le pregunté cuándo lo vio por última vez y me explicó que estuvo con él el viernes por la tarde.

—¿La tarde del viernes pasado?

—Eso fue lo que me dijo. Estuvieron tomando copas en el Cooley's y terminaron en casa de él. Me contó que pasó la tarde allí.

—¿Está seguro de que no se equivoca de día?

—No, no lo estoy, pero podemos comprobarlo. Si estuvieron en el Cooley's y se marcharon juntos, la gente del bar se acordará. Esto es un pueblo y la gente se entera de estas historias.

—¿Me hará el favor de comprobarlo?

—Desde luego.

—Una cosa más —pedí—. Envíe otra vez a una de sus patrullas a la casa de los Severson que estaba construyendo Daggett. Y a cualquier otra casa de la que Daggett pudiera tener las llaves. Si sigue estando en la zona, tendría sentido que se escondiera en una de esas casas. Verifique también todos los bungalós, los que tiene en la playa.

—Ya lo hemos hecho.

—Vale. Gracias, jefe Ireland.

—Llámame Jim, ¿entendido?

—Así lo hare —aseguré.

Después de aquella llamada, me quedé sentado a mi escritorio un rato, cavilando sobre la coartada de Daggett y lo sólida que pudiera ser. No podía ser verdad, de eso estaba convencido. Seguro que le había pedido a esa novia suya que dijera que habían pasado juntos la tarde del viernes. En cuyo caso, la coartada se vendría abajo más deprisa que un castillo de naipes durante un huracán. Apunté su nombre en el cuaderno que tenía en la mesa y dibujé varios círculos a su alrededor. Al poco se pasó mi compañera, Roberta James, dejándome un sándwich de huevo frito en la mesa («Dos por uno en el McDonald's, así que he pensado en ti») y la puse al corriente de lo que había averiguado durante la mañana. Después de que se fuera, cogí el cuaderno y

escribí unas cuantas líneas más bajo el nombre de Polly Greenier. «¿Por qué mentiría sobre Brad? ¿Por qué tenía Ted una llave de la casa de Brad? ¿Por qué me ha mentido Lily Kintner?»

Me disponía a llamar al jefe Ireland para informarle de que iba a subir otra vez para tener unas palabras con esa tal Polly Greenier cuando sonó el teléfono. Volvía a ser él.

—Tienes que subir —explicó—. Hemos encontrado un cadáver. En la casa que Brad Daggett estaba construyendo.

—¿Es él? —pregunté levantándome ya, poniéndome la chaqueta y comprobando que tenía las llaves del coche en el bolsillo.

—No, no es él en absoluto. Es una mujer. Todavía no la he visto, pero están casi seguros de que es Miranda Severson. Le han reventado la cabeza.

—Voy enseguida —señalé, y colgué el teléfono.

Fui a por la detective James, que acababa de sentarse a su escritorio, y le dije que volvíamos a subir a Maine.

## Lily

Tras asegurarme de que Brad estaba muerto, le quité el alambre de percha del cuello. Lo agarré de su chaqueta vaquera y, con esfuerzo, conseguí arrastrarlo sobre el asiento delantero de la camioneta hasta el lado del acompañante, donde lo sujeté con el cinturón de seguridad. Abatí un poco el asiento para que quedara apoyado en él, luego le abroché la cremallera de la chaqueta hasta arriba, levantándole el cuello de piel de oveja para que las marcas de la ligadura en su garganta no se vieran. Si alguien nos veía, pensaría que lo llevaba durmiendo. Por lo menos, ése era el aspecto que esperaba que tuviera.

Arranqué la camioneta y salí del camino de gravilla hacia la carretera. No encendí las luces hasta que entramos en Micmac Road. Miré el indicador de combustible; la aguja planeaba entre los tres cuartos y el depósito lleno. Pensé que tendría bastante gasolina para bajar con él hasta Connecticut. Estaba preparada para llenar el depósito en una estación de autoservicio, pagando en efectivo dentro, pero me alegró no tener que hacerlo. De momento nadie me había visto en Maine y quería que siguiera así.

Me dirigí hacia el norte, de camino a la rampa de acceso a la interestatal 95. Salí de Micmac Road antes de llegar a Kennewick Beach, pues supuse que la policía, si ya buscaba a Brad, lo más seguro era que tuviera a alguien apostado frente a su bungalow. Me habría encantado volver a su casa y agarrar unas cuantas cosas para que diera la impresión de que se había fugado de



verdad, pero no valía la pena correr ese riesgo. Antes de llegar a la interestatal, aparqué junto a un taller mecánico cerrado que se llamaba Mike's. Era uno de esos talleres en medio de la nada rodeado de vehículos destrozados. Con las luces apagadas, aparqué entre una hilera de tartanas oxidadas y salí de la camioneta. Encontré un coche que parecía no haberse movido durante por lo menos dos inviernos y, con mi navaja suiza, le quité la matrícula de Maine y luego la cambié por la matrícula de la camioneta de Brad. Me costó unos cinco minutos, sin ningún ruido salvo el del viento constante removiendo las pocas hojas que quedaban en los árboles. Con las matrículas cambiadas, me metí de nuevo en la camioneta y la luz de la cabina iluminó fugazmente a Brad, su cara girada de forma antinatural hacia la ventanilla. Aparté la vista de él y reparé en el transmisor electrónico para el cobro de peajes pegado al interior del parabrisas. Había peajes en la interestatal, dos de ellos en Maine, y otro cuando la autopista se internaba por un breve tramo en New Hampshire. Sopesé si era mejor pasar por los peajes con el dispositivo electrónico, lo que suponía dejar un rastro localizable, o bien si debería quitarlo y pagar en efectivo en las cabinas. Decidí que esta última era la mejor opción, y arranqué el transmisor del parabrisas y lo lancé entre los árboles que había junto al taller mecánico. Brad de verdad parecía un marido durmiendo la mona, y decidí correr el riesgo de que alguien me reconociera. Mi pelo era mi rasgo más distintivo y lo llevaba escondido dentro del gorro.

No debería haberme preocupado tanto. Los cobradores de los peajes apenas si nos miraron a Brad o a mí en todo el trayecto de cuatro horas hasta mi viejo barrio en Connecticut. Las carreteras estaban vacías, y era muy probable que pudiera haber hecho el viaje en tres horas y media, pero respeté estrictamente los límites de velocidad, permaneciendo en el carril de la derecha mientras los camiones me rebasaban haciendo ruido por los carriles de adelantamiento. No encendí la radio, pero cerca de Worcester el cadáver de Brad se movió y emitió un quejido de gases expulsados. Estaba preparada para aquello, me había obligado a recordar que los cuerpos muertos hacen ruidos, pero aun así di un salto de unos cinco centímetros en mi asiento cuando lo oí. Después de aquello encendí la radio, alternando entre emisoras

cutres hasta que, ya en Connecticut, encontré un programa de jazz de madrugada en una cadena sin anuncios muy a la izquierda del dial. El jazz no me gustaba demasiado, porque me recordaba a mis padres, pero pude reconocer varios estándares. *On Green Dolphin Street* de Miles Davis fluyó con suavidad hasta convertirse en *Autumn Leaves* de Nat King Cole. Escuché la letra de las canciones, procurando no pensar que iba conduciendo de noche con un cadáver de acompañante. Incluso con la radio a todo volumen, oí dos expulsiones más y la cabina se llenó de olor a orina y a excrementos. Pensé en aquel gato callejero que había matado hacía años siendo niña y cómo me había impresionado la presencia de la mierda. Recordé que el asco que me había dado ver muerto a aquel gato me puso aún más contenta de haberlo matado. Sentí lo mismo con Brad Daggett a mi lado en la camioneta. Había recibido su merecido, quizá incluso había tenido más suerte de la que merecía. Ahora estaba muerto y ya no podía hacerle daño a nadie, pero todavía tenía pendiente ocuparme de su asqueroso cadáver. Y debía sobrevivir al resto de aquel trayecto. Pisé un poco más el acelerador, pensando que no me haría ningún mal rebasar un poco el límite de velocidad. Los kilómetros fueron pasando al son de *There's a Small Hotel*, *Almost Blue* de Chet Baker y *This Bitter Earth* cantada por Dinah Washington. A medida que me iba acercando a casa, perdía y recuperaba la sintonía de las canciones, pero no cambié de emisora porque prefería pedacitos de música vieja a anuncios de almacenes de muebles y malas tertulias de radio.

Apagué la radio cuando llegué a Shepaug y escuché el silencio mientras circulaba por aquellas calles arboladas que me eran tan familiares. Dejé atrás el acceso a Monk's House, no sin volver de forma instintiva la cabeza y ver una única luz todavía encendida en la primera planta de la casa. Supuse que mi madre se había quedado dormida leyendo, como hacía todas las noches, con el libro abierto sobre el pecho y la lámpara encendida. Doblé a la derecha en la siguiente esquina, tomando el camino de acceso lleno de maleza que conducía a la alquería abandonada. Apagué las luces de la camioneta y frené hasta avanzar a paso lento. Al igual que en Maine, el cielo nocturno estaba despejado y se veían infinitas estrellas brillantes. La alquería, sencilla y sin interés, se alzaba en un patio que se había convertido en un pastizal. Un árbol

solitario, plantado demasiado cerca de la casa, parecía envolverla y una de sus ramas había penetrado en su tejado. Salí de la camioneta y me abrumó el olor a pinos de los bosques de alrededor que tan bien conocía. Saqué la linterna y me dirigí al prado colindante, pisando la hierba seca que crujía bajo mis pies. Había vuelto al prado unas cuantas veces desde mi infancia, pero ésa era la primera que iba de noche desde aquella tarde de verano en que maté a Chet. Caminé hasta donde pensaba que se encontraba el pozo. Esperé a encender la linterna hasta que creí que lo tenía cerca, apuntando el haz de luz hacia el suelo. Tardé cinco minutos, pero por fin descubrí la tapa, cubierta por la hierba que había aplastado encima tantos años atrás. Apoyé la linterna en el borde de madera de la tapa, inclinándola ligeramente hacia arriba para poder localizar su débil haz de luz, y luego regresé a la camioneta.

Salvando la lluvia de la jornada anterior, habían sido unos meses de septiembre y octubre secos en Nueva Inglaterra y la tierra del prado estaba blanda pero no embarrada. Sin perder de vista el haz de luz de la linterna, conduje la camioneta hasta el prado, encontrando a mi paso unas cuantas rocas que eran todo lo que quedaba del antiguo muro de piedra. Brad Daggett saltaba en su asiento y expulsó otra emisión de gases. Llevaba la ventanilla bajada, con la cabeza medio fuera. Paré la camioneta a la izquierda del pozo y la dejé en marcha mientras me bajaba y lo rodeaba. Todavía con los guantes puestos, arranqué la hierba y aflojé la tapa. La levanté con cuidado, procurando no quebrar la madera podrida, y la dejé junto a la boca del pozo. Recogí entonces la linterna. Bajo su luz, vi gusanos removiéndose en la tierra recién descubierta donde había estado la tapa. Apunté la linterna al fondo del pozo y sólo vi las rocas y la tierra que cubrían a Chet. Imaginé lo que debía de quedar de él ahí abajo: un cadáver reseco, restos de ropa salpicada de pintura, unos cuantos bastidores podridos de cuadros, unas gafas de montura negra. El mundo se entenebreció de golpe y sentí una ligera sacudida de temor. Levanté la vista; era un retal de nube que estaba envolviendo la luna. Vi cómo la surcaba y pronto el mundo quedó bañado de nuevo en el claro de luna.

Abrí la puerta de la camioneta, le quité el cinturón a Brad y éste saltó del asiento como por voluntad propia, aterrizando de narices en el suelo, mientras

uno de sus pies, en sus enormes botas de trabajo, se quedaba trabado en el marco de la puerta. Le solté la bota y la pierna siguió al resto del cuerpo hasta el suelo. Estaba a apenas un metro de la boca del pozo, pero aun así no fue fácil desplazar aquel peso. Terminé haciéndolo rodar hasta que conseguí que su cabeza y su torso desaparecieran en el interior. Entonces levanté sus pesados pies hasta que todo el cuerpo se deslizó por encima del borde. Impactó en el fondo del pozo con un golpe que sonó a material astillado y que envió hacia arriba una vaharada de aire agrio.

«Brad, te presento a Chet. Chet, te presento a Brad.»

Recoloqué la tapa del pozo, encajé sus bordes y volví a recubrirla con la hierba del prado, repartiéndola por encima como si tapara una calva con pelo. Miré mi reloj. Eran casi las tres de la madrugada. Todo marchaba justo como lo había planeado. Antes de volver a meterme en la camioneta para viajar a Nueva York, me tomé un momento para mí sola, bajo la noche estrellada, rodeada tan sólo de oscuridad y naturaleza. «Rara casta de animal», me había llamado mi padre una vez, y así me sentía. Plenamente viva y plenamente sola. Mi único compañero en aquel momento era mi yo de más joven, la muchacha que había tirado a Chet a aquel pozo. Me imaginé que estaba conmigo. Nos miramos a los ojos las dos, sin que hiciera falta decirnos nada. Sabíamos que sobrevivir lo era todo. Ése era el sentido de la vida. Y segar una vida era, bajo muchos aspectos, la expresión culminante de lo que significaba estar vivo. Parpadeé y la muchacha que había sido desapareció. Volvió dentro de mí y, juntas, viajamos a Nueva York.

Estaba de regreso en Shepaug sobre las diez de la mañana. Tras llegar a Nueva York, había callejeado con la camioneta por el Lower East Side hasta encontrar aparcamiento no muy lejos de una estación de metro. Las calles, llenas de basura, tenían todas las tiendas cerradas. Faltaba poco para el amanecer, pero un coche aparcado a media manzana tenía la música a todo volumen. Aparqué bajo una farola cuya luz parpadeaba. Había llevado los guantes puestos toda la noche, de modo que no había huellas que limpiar, pero lo hice todos modos, empleando una pequeña toalla que encontré en la

guanteras de la camioneta. Después de dejarlo todo limpio, extendí la toalla y limpié con ella la porquería del asiento del acompañante. Luego busqué en la camioneta todos los documentos en los que constara el nombre de Brad y me los llevé. Había a cuatro pasos un cubo de basura y embuté los papeles entre el mejunje de restos de pizza y tacitas de café. A continuación, dejé las llaves de la camioneta en el suelo, al lado del asiento del conductor, donde reflejaran la luz. Esperaba que la primera persona que las viera no fuera un buen samaritano que avisara a las autoridades. Confiaba en que había una alta probabilidad de que la camioneta terminara desmontada en un desguace ilegal antes de que despuntara el día.

Cogí el metro hasta Grand Central, donde compré un billete a Shepaug en el ferrocarril Metro-North Commuter. Disponía de una hora antes de que saliera y la aproveché para tomarme un café y un donut grasiento mientras contemplaba cómo la estación se iba llenando lentamente de los primeros trabajadores que llegaban a la ciudad. Conseguí dormir un poco en el tren que me llevaba a mi ciudad natal y me desperté tiritando por el frío acumulado en los huesos tras aquella larga noche en vela. Desde la estación de Shepaug, anduve los cinco kilómetros hasta Monk's House sin apartarme de un sendero que bordeaba un tramo abandonado de las vías de tren. Hacía cerca de diez años que no vivía en Shepaug, pero no quería arriesgarme a que me viera algún conocido.

Cuando mi madre me abrió la puerta, con un tazón de café en la mano, me dijo: «Ya has llegado», y por un instante me pregunté si le había dicho que iba a verla, pero enseguida comprendí que se estaba cubriendo las espaldas en caso de haberse olvidado de que iba a visitarla.

—¿Me esperabas? —pregunté al entrar en la casa.

—No, ¿debería? No llega hoy, ¿no?

Se refería a mi padre, que regresaba a Estados Unidos para instalarse de nuevo en Monk's House. Lo había organizado en mi último viaje a Londres. Resumiendo: mi padre necesitaba vivir con alguien que cuidara de él dada su frágil salud mental y mi madre necesitaba dinero para pagar las facturas. Me había tocado mediar entre ellos y no tenía ni idea de si iba a funcionar o no, pero por lo menos valía la pena intentarlo, o eso era lo que me decía a mí

misma.

—Este fin de semana, mamá —dije, yendo a buscar la cafetera en la cocina.

—¿Qué estás haciendo aquí y qué es esa ropa que llevas puesta? Pareces una ladrona de casas.

Mientras me tomaba el café, le conté a mi madre que había tenido que viajar por trabajo, recogiendo material de archivo para la universidad primero en Maine y luego en Nueva York. Le dije que había dejado el coche en Maine y que había cogido un avión de Portland a Nueva York, pero que había perdido el vuelo de vuelta. También, que había decidido subir a Shepaug, pasar a saludarla y pedirle quizá que me llevara a Maine para recuperar mi coche. Era una historia absurda, lo sé, pero mi madre, aunque se las diera de muy intuitiva, en realidad era una persona tremendamente crédula, por la sencilla razón de que las historias de los demás no le interesaban lo suficiente como para analizarlas de forma correcta.

—No sé, Lily. Hoy tengo mi grupo de alfarería...

—Sólo son tres horas de camino hasta Maine —mentí—. He pensado que después podrías seguirme hasta Winslow. Podríamos tener una cena madre-hija. Y podrías quedarte a dormir.

Lo pensó un rato, pero sabía que aceptaría. Por inexplicable que pareciera, mi madre siempre estaba intentando que la invitara a mi casa en Winslow. Le gustaba el ambiente universitario y mi «casita de campo» (así la llamaba), y también que cocinara para ella. Sabía que me llevaría a Maine si eso suponía ir a Winslow.

—Vale, tesoro —dijo—. Qué maravillosa idea. Un viaje improvisado a Maine, tú y yo solas.

Tardó unas cuantas horas en prepararse, pero a mediodía ya estábamos en camino, conmigo al volante de su viejo Volvo. No había dormido en condiciones en unas treinta horas, y la idea de pasarme cuatro horas conduciendo un coche no era precisamente agradable, pero todo había salido a pedir de boca. Y ya casi había terminado.

Nos pasamos gran parte del viaje hablando de mi padre.

—Confío en que no espere tener relaciones conyugales —dijo mi madre,

no por primera vez.

—Ni siquiera estáis casados, así que es difícil que fueran conyugales — repuse.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Yo no me preocuparía por eso. Está irreconocible. No es la misma persona que era antes de entrar en la cárcel.

—Eso espero.

—No puede estar solo en casa. No de noche, por lo menos. Tiene ataques de pánico. No es necesario que estés con él a todas horas, pero sí necesitará saber dónde estás.

—Sí, ya me lo habías dicho.

Así era, y varias veces. Con todo, sabía que no estaba preparada para enfrentarse a cómo había cambiado su exmarido. Siempre había tenido rarezas y fobias. Le daba miedo la oscuridad, cruzar las calles de una ciudad, ir en el asiento trasero de un coche. Era difícil de imaginar, ya que al mismo tiempo era un hombre que no tenía ni el más mínimo miedo a hablar ante públicos numerosos, un hombre que se escabullía de la habitación de su mujer, después de que ésta se hubiera dormido, para abrirle la puerta de casa a su amante y acostarse con ella en el sofá del salón, un hombre que había escalado hasta media fachada la torre del monumento a los Padres Peregrinos en Provincetown por una apuesta. Pero esa faceta de mi padre, la faceta temeraria, se había extinguido después de lo que ocurrió con Gemma, su segunda esposa. La había conocido al poco de firmar los papeles del divorcio con mi madre, cuando estaba viviendo en un hotel en Old Brompton Road, en Londres. Gemma Daniels era una aspirante a novelista, un año más joven que yo, y seguramente había ido al pub favorito de mi padre sólo para conocerlo. Se volvieron inseparables y se casaron tan sólo seis meses después de conocerse. Para mi padre, uno de los inconvenientes de vivir en Londres era que a la prensa amarilla inglesa le interesaban las fechorías de los escritores tanto como las de los futbolistas y las estrellas del pop. Más de una vez fotografiaron a mi padre y a Gemma peleándose a gritos en plena calle y les afearon la conducta con titulares como «Davie *el Sucio* y su niña novia». Todo eso fue antes del accidente, antes de que mi padre estampara su Jaguar

de 1986 en un árbol después de marcharse borracho de una fiesta de fin de semana un sábado por la noche. Gemma iba en el asiento del acompañante y se partió el cuello al atravesar el parabrisas. Mi padre, que siempre se ponía el cinturón, salió ileso. Logró llamar a una ambulancia, pero no salir del Jaguar para comprobar cómo estaba Gemma. Habría dado lo mismo. La muerte de Gemma había sido instantánea. Aun así, empezó a circular la historia de que lo habían encontrado encogido de miedo en el coche, mientras su mujer yacía despatarrada sobre el seto del margen de la carretera. Lo condenaron por imprudencia grave con resultado de muerte y lo enviaron dos años a la cárcel. Tras interponer recurso, le habían recortado la pena a un año y lo habían puesto en libertad a principios de ese mes de septiembre. Fui a verlo a los montes Cotswolds, a la casa de un amigo suyo que lo había acogido, y le pedí que volviera a Estados Unidos para vivir con mi madre. Mi padre todavía tenía bastante dinero, y mi madre, después de dejar de dar clases por una discusión con su jefe de departamento, tenía problemas para pagar las facturas. Había firmado una hipoteca inversa sobre Monk's House. Mi padre, con lágrimas en los ojos, había aceptado regresar a Connecticut. «Y, además, no estarás tan lejos, Lil. Vindrás a verme mucho, ¿verdad?» Cuando oí a mi padre, que tenía sesenta y ocho años, me había parecido un niño pequeño hablando con su madre antes de que lo enviaran a un internado.

—Qué bonito —dijo mi madre mientras yo enfilaba con el Volvo hacia Kennewick Cove.

Seguía habiendo luz, pero el sol estaba muy bajo en el oeste y proyectaba largas sombras sobre la carretera. El cielo lucía un oscuro azul eléctrico.

Paré en el aparcamiento del Admiral's Inn, donde había dejado el coche hacía menos de veinticuatro horas. Seguía allí. Antes de emprender el viaje a Winslow, fuimos a la playa a estirar un poco las piernas y a contemplar el océano de color pizarra.

—Siempre me encantó el mar, pero tu padre no lo soportaba.

—Es verdad —dije, y me reí—. Decía que era como mirar a la muerte.

—Exacto. Siempre decía eso. ¿Qué era lo otro que decía? «Me encanta la playa, salvo la puta arena, el puto sol y la puta agua.»

—Sí, me acuerdo de ésa. Lo que quería decir era que lo único que le



gustaba de la playa eran las chicas en bañador.

Nos reímos las dos, entonces mi madre empezó a tiritar de frío y volvimos cada una a su coche para emprender el viaje a Winslow. Estuve tentada de coger un ratito Micmac Road en dirección norte para ver si había alguna actividad en la casa de Ted y Miranda, pero decidí no arriesgarme. Pronto averiguaría lo que iba a tardar la policía en descubrir el cadáver de Miranda. En vez de ello, giré hacia el sur, tomando el camino más rápido hasta la interestatal 95. Poco antes de las seis, aparcaba en la entrada de Winslow, con mi madre siguiéndome. No me esperaban agentes de policía, ni tampoco un equipo de las fuerzas especiales apareciendo del bosque. Estaba en casa y me había salido con la mía. Sentí un arrebató de euforia, una sensación semejante a la que había tenido quince horas antes en el prado. Había cambiado el mundo y nadie lo sabría nunca. Y aunque encontraran la camioneta de Brad en Nueva York, sencillamente supondrían que la había dejado allí. Nunca darían con él y nunca me relacionarían con nada de esto. Encontrarían el cadáver de Miranda y todas las pruebas apuntarían a que Brad Daggett era el asesino. Y Brad desaparecería para siempre. La policía supondría que había huido, pero nunca daría con él. Caso cerrado.

Recordé haberle dicho a Ted que había dos formas de esconder un cadáver. Una era la literal, pero la otra consistía en esconder la verdad sobre él, lograr que pareciera que al cadáver le había ocurrido algo distinto de la realidad. «Lo hemos conseguido», susurré saliendo del coche, permitiéndome por un instante creer que tenía a alguien con quien compartirlo. Mi madre me siguió a la casa. Encendí la luz del recibidor y le cogí la bolsa de viaje.

—Ay, qué pintoresco —dijo, como siempre hacía cuando venía a mi casa.

## Kimball

Cuando llegué con la detective James a la casa de los Severson en Kennewick, casi no quedaba sitio donde aparcar en la entrada. Como era previsible, nos esperaba un embrollo jurisdiccional. El Departamento de Policía de Kennewick al completo había acudido a la escena. Sin embargo, como los recursos de su sección de detectives eran limitados, habían tenido que llamar también a los detectives de la policía del estado. El jefe médico forense también había acudido, y oí que se había avisado al Cuerpo de Alguaciles de que un posible sospechoso de asesinato había cruzado con toda probabilidad las fronteras del estado. Al final conseguimos entrar en la casa, superando kilómetros de cinta amarilla y a siete agentes uniformados, todos decididos a custodiar la escena del crimen.

La víspera, había visto aquella casa gigantesca desde el exterior, cuando íbamos en busca de Brad Daggett, pero era la primera vez que entrábamos. El vestíbulo era igual de grande que mi piso. Miranda Severson estaba tumbada boca abajo en el suelo sin terminar. Llevaba un abrigo verde oscuro con pinta de ser caro sobre unos vaqueros y unas botas. Una de sus manos enguantadas descansaba cerca de su cabeza destrozada. La gorra —de *tweed* gris con la visera corta— se le había caído. Tenía el pelo negro suelto, esparcido alrededor de la cabeza. Era difícil distinguir dónde terminaba el pelo y dónde empezaba la sangre, oscura y coagulada. Juntos, el pelo y la sangre, formaban

una aureola negra alrededor de su cabeza.

—¿Arma? —pregunté al jefe Ireland, que se había acercado a mi lado. Todavía no había dicho nada; antes quería darme la oportunidad de que mirase el cadáver.

—Acaban de meterla en una bolsa. Una llave inglesa de sesenta centímetros. Colocada a su lado. —Hizo un gesto vago hacia uno de los muchos trozos de suelo polvoriento que estaban marcados con tiras adhesivas.

—¿Han encontrado algo más?

—Un montón de cosas, por lo que parece. Huellas, fibras, pelos. Te has perdido la fiesta de las bolsitas.

—¿Algo anormal?

—¿Te refieres a algo más anormal que una muchacha con la cabeza reventada?

—Me refiero a algo que no parezca apuntar a la hipótesis más probable. Es decir, cualquier cosa que no parezca indicar que Brad Daggett tuvo un ataque de pánico, la trajo a esta casa y la mató a golpes.

—Pues no. No hemos encontrado la cartera perdida del alcalde de Kennewick, si es eso lo que tenías en mente. Tenemos buenas huellas recientes de neumáticos en la entrada que no han quedado borradas por todo este tinglado policial. A mí me parecen roderas de camioneta, y seguramente corresponden a la Ford F-150 de Brad Daggett. Así que nada raro. Es decir, si me lo preguntas, todo es raro. La chica levantó la mano para parar el golpe. —El jefe Ireland se llevó su ancha mano al lado de la cabeza para hacerme una demostración—. Pero, aparte de eso, no opuso más resistencia. Así que, sí, es un poco raro. Daggett la obliga a venir aquí empuñando una llave inglesa enorme y ella se queda tan tranquila y permite que le atice en la cabeza.

—Es raro —convine—. ¿Ningún indicio de que hubiera alguien más en la casa aparte de ellos dos?

—Bueno, lo han fotografiado todo, así que ya veremos, pero así a primera vista diría que no. Lo que sí es curioso es que parece que ella entró por la puerta principal y Daggett por las puertas correderas de cristal, ésas de ahí.

¿Ves esas pisadas grandes? Son tuyas.

Había sitios marcados con tira adhesiva por todas partes, pero pude distinguir las impresiones de barro en el suelo lleno de polvo que debían de corresponder a las botas de Brad.

—¿Y por qué entraría por ese lado?

—Me imagino dos motivos. Y no son necesariamente buenos. Quizá la puerta principal estaba cerrada, de forma que mientras ella buscaba la llave él rodeó la casa para ver si esas puertas estaban abiertas. O quizá él le dijo que entrara primero en la casa, luego regresó a la camioneta a buscar la llave inglesa y se coló a escondidas por la puerta trasera para atacarla por sorpresa.

—Tiene sentido, supongo —dije.

—Quizá tenía ganas de ver el claro de luna sobre el océano.

—Nunca se sabe —repuse.

Uno de los agentes de Ireland le estaba haciendo señas desde el otro lado de la sala para que fuera. Se disculpó y se acercó a él. Me quedé un momento más, mirando el cuerpo y pensando en aquellas pisadas. La detective James vino a mi lado. Llevaba una gabardina gris London Fog sobre su traje pantalón. Elegante como siempre, con la salvedad de que ese día se había encasquetado un gorro verde de los Celtics con el espantoso logotipo de un pequeño duendecillo irlandés haciendo girar una pelota de baloncesto sobre el dedo.

—¿Qué has averiguado? —le pregunté.

—Todos los indicios apuntan a Daggett. Estiman que la defunción se produjo hace doce horas, así que es posible que haya puesto tierra de por medio.

—Lo detendrán —afirmé.

—Sí, seguro —asintió ella.

Le hablé de las pisadas que entraban por la puerta principal y también por la trasera. James reflexionó un momento.

—Tiene sentido —indicó—. La trae hasta aquí para asesinarla, pero no puede presentarse con una herramienta enorme en la mano. Así que pone una excusa para volver a la camioneta, coge la llave inglesa y corre hasta detrás de la casa. Las puertas correderas casi seguro que estaban cerradas sin llave.

Lo que tiene menos sentido es cómo consiguió convencerla de venir a la casa. O sea, si le dijo que quería hablar con ella, podrían haberlo hecho en la camioneta. No es que este sitio sea muy cálido y cómodo, que digamos.

—Sí, lo he pensado. Tampoco me encaja.

Nos quedamos un momento en silencio. Luego añadí:

—¿Te has fijado en las vistas? Ahí detrás.

—No —respondió ella.

Nos acercamos juntos a las puertas correderas de cristal que daban a la terraza y salimos al exterior. Hacía un precioso día de otoño. Las vistas eran increíbles. La casa se hallaba en un promontorio que miraba directamente al Atlántico. El paisaje se extendía varios kilómetros a la redonda.

—¿Crees que eso iba a ser la piscina? —preguntó James, refiriéndose al gran agujero excavado en la pendiente de lo que habría sido el jardín trasero.

—Eso supongo —asentí.

—Es un poco obsceno. No la ubicación, sino el tamaño. Se parece más a un hotel que a una casa para una pareja sin hijos.

Me alejé unos pasos más y luego me volví para observar la fachada beis de la casa. La primera planta tenía pequeños balcones en toda su extensión. Uno por cada dormitorio, supuse. Había una chimenea empotrada en la terraza, además de un sitio preparado para una barbacoa y una mininevera. Me pregunté qué sería de aquella casa. Si alguien se la quedaría y pagaría para terminarla o si tan sólo se iría pudriendo poco a poco hasta convertirse en una residencia de lujo para una colonia de murciélagos o mapaches.

—Otra cosa —dijo James. Seguía contemplando el océano—. Si nuestra hipótesis es acertada, si Miranda Severson convenció a Brad Daggett de que asesinara a su marido, seguro que él lo hizo pensando que algún día podría disfrutar de toda esta fortuna.

—A lo mejor estaba enamorado, James. No seas cínica.

—Lo que tú digas. La pregunta sigue siendo pertinente: ¿por qué mata a Miranda menos de una semana después de que haya matado a su marido? O sea, si no es por ella, no lo habría hecho. Asesinarla supone perderlo todo. Se acabó el dinero y se acabó el sexo.

—Sí, es raro. Aunque podría haber muchas otras razones. Imagina que le

entra miedo y cree que Miranda va a delatarlo.

—Si fue así, ¿por qué no salir por patas directamente en vez de asesinarla primero y luego huir?

—No lo sé —reconoció—. Quizá actuó solo. Quizá se enamoró de Miranda y pensó que asesinar a su marido la haría caer entre sus brazos. Cuando ve que la cosa no funciona de inmediato, asesina a Miranda para que no pueda ser de nadie más.

—También lo he pensado —admitió James—; pero si fue así, ¿cómo consiguió convencer a Miranda de que lo acompañara hasta aquí?

—Bueno, ya lo descubriremos. No tardarán en cazarlo. Veinticuatro horas máximo. Mientras tanto, tenemos un caso que estudiar. Voy a hablar con esa tal Polly Greenier, la coartada de Brad para el viernes por la tarde.

—¿Me necesitas contigo?

—Siempre te necesito —dijo—. Pero puedo arreglármelas solo con Polly. Algo me dice que, en cuanto le comente que tenemos una identificación positiva de Brad en Boston, su coartada se vendrá abajo.

—Vale. Llámame si me necesitas. Los detectives del estado quieren que les pasemos todo lo que tengamos sobre la investigación del asesinato de Ted Severson y les he asegurado que no habrá problema.

Después de pedirle la dirección al jefe Ireland, cogí la carretera en sentido norte rumbo a Kennewick y pasé por delante del Cooley's, el bar en el que en teoría Brad había estado con Polly el viernes anterior. Desde la carretera de la playa, giré tierra adentro por Sea Mist Road. En aquel tramo de cerca de dos kilómetros, las casas se iban haciendo cada vez más pequeñas y el bosque más espeso. Polly Greenier vivía en una callejuela sin salida llamada York Court, en una casita gris de planta baja rodeada de un jardín que no se había segado en todo el verano. Volví a comprobar el número del buzón. La casa, con todos los estores bajados, parecía deshabitada.

Crucé por la hierba que me llegaba casi hasta las rodillas en dirección a la puerta. El timbre me devolvió un «bong» cavernoso desde el interior de la casa y, casi de inmediato, una rubia con un móvil sujeto entre el hombro y la barbilla me abrió. Tenía preparada la placa.

—Jan, tengo que colgar —dijo al móvil. Abrió unos centímetros la

mosquitera con la punta del pie y me hizo el gesto de que pasara—. Sí, sí, te llamo luego. Tengo que colgar, ha venido la policía.

»¿Qué ocurre? —me preguntó, después de que me hubiera limpiado los zapatos en el felpudo y hubiera entrado en una sala de estar que estaba manga por hombro.

—He venido a hacerle unas preguntas sobre la última vez que vio usted a Brad Daggett. ¿Le parece bien?

—Por Dios, claro que sí —afirmó ella.

Todavía tenía el teléfono en la mano. En la otra llevaba un cigarrillo sin encender. Iba cubierta con una larga bata rosa de aspecto rasposo que se le abría por delante y dejaba a la vista el costado de uno de sus grandes pechos. Mantuve la mirada en su cara. Me invitó a pasar, sujetándose la bata con la mano en la que llevaba el cigarrillo, y me señaló un sofá y una butaca reclinable a juego. Un cocker spaniel me miró desde su camita con ojos llorosos. Polly se excusó un momento y yo me senté en la butaca reclinable de pana. La casa olía a tabaco y a ambientador Febreze.

Cuando Polly regresó al salón, seguía con la bata puesta, pero se la había anudado mejor. Se había peinado la melena rubia y me pareció que quizá se había maquillado un poco, pero no estaba seguro.

—¿Le apetece algo? ¿Un café?

—Si tiene hecho, perfecto. Si no, estoy bien así.

Se fue y sirvió dos tazas de café, añadiendo leche y azúcar a la mía sin dignarse preguntar. Mientras la esperaba, me agaché y rasqué al perro en el cogote. Era viejo, según pude ver, y tenía los ojos nublados de cataratas.

—Se llama *Jack* —dijo ella cuando me alcanzó la taza de café.

Di un sorbo mientras Polly se instalaba delante de mí en el sofá. Cruzó las piernas y la bata se le abrió, dejándolas al descubierto. Le sobraba carne en el tronco y la tripa le tensaba la bata, pero Polly Greenier tenía unas piernas estupendas, ligeramente bronceadas y hermosamente torneadas. Llevaba las uñas de los pies pintadas con un esmalte azul iridiscente.

Me había preguntado antes de ir si ella se habría enterado ya de la aparición del cadáver en la casa de los Severson, pero ahora ya sabía que sí. Lo vi en cuanto me abrió la puerta, con el teléfono pegado a la oreja. Supuse

que se había pasado toda la mañana hablando del tema.

—¿Se ha enterado? —pregunté—. ¿El cadáver que han encontrado esta mañana?

—Sí, todo el pueblo lo sabe. ¿De verdad es Miranda Severson?

—Todavía no la han identificado, pero sí, creemos que es Miranda. Aunque he venido a verla por Brad Daggett.

—No sé dónde está. Se lo juro por Dios. Anoche le conté a la policía todo lo que sé.

—Ya lo sé —dije—. No he venido porque piense que quizá sepa usted dónde se encuentra. He venido porque quiero informarme mejor sobre la última vez que estuvo con él. El jefe Ireland me ha comentado que fue el viernes pasado por la tarde.

—Eso es.

—¿Puede contarme cómo ocurrió? Sé que ya ha tenido que hacerlo, pero me gustaría oírlo en persona.

Me contó que Brad y ella llevaban viéndose a temporadas casi toda la vida, que habían empezado a salir en el instituto de Kennewick, y que todavía quedaban en el Cooley's y se liaban de vez en cuando. La última vez había sido el viernes anterior.

—No es para estar orgullosa, pero tenemos una larga historia, ¿sabe? A veces he pensado que terminaríamos juntos.

—¿Está segura de que fue el viernes?

—Sí, claro —dijo, inclinándose hacia delante y agarrando de la mesa su cajetilla de Marlboro Menthol—. No le importa que fume, ¿no? —preguntó.

—Desde luego que no.

—¿Quiere uno?

—Por supuesto —acepté, y me incliné hacia ella para sacar un cigarrillo de la cajetilla.

Por lo general, sólo fumaba cigarrillos liados a mano, pero supuse que no me iría mal intimar un poco con Polly Greenier. Se encendió su cigarrillo y luego me pasó el mechero Bic. No había fumado tabaco mentolado en años, y la primera calada dulzona me golpeó en la garganta.

—¿Por qué está tan segura de que fue el viernes? —pregunté.



—Es el único día de la semana que salgo pronto del trabajo. Los viernes hago el turno de cinco a una en la residencia de ancianos Manor House. Al salir, fui a comer al Cooley's y allí me encontré a Braggett... O sea, a Brad... Nos tomamos unas copas y luego nos marchamos a su casa.

—¿Había hecho planes para encontrarse con él allí o fue por casualidad?

—Mitad y mitad, en realidad. Lo había visto a principios de semana y me lo había comentado. Me preguntó si todavía libraba pronto los viernes y me dijo que estaría en el Cooley's y que a lo mejor podíamos tomarnos unas copas juntos, celebrar el fin de semana.

—¿Era lo habitual entre ustedes dos? ¿Quedar para verse?

Exhaló una vaharada de humo azul por la nariz y redondeó la ceniza del cigarrillo contra el borde del cenicero de cristal que había en la mesa de centro.

—No, la verdad es que no. Normalmente no hacíamos planes. Nos encontrábamos por casualidad y ya está. Esto es un pueblo, ¿sabe?

—¿Vio algo que le pareciera inusual ese día? ¿Brad estaba normal?

—Me pareció un poco raro, se lo reconozco. O sea, insistió en invitarme a la comida y a las cervezas. Lo tenía todo el rato encima. Antes siempre era así conmigo, pero no solía serlo de día. Pensé que era extraño, pero en cierto modo también me gustó. Pensé que se sentía solo desde el divorcio y que había decidido que quería salir con alguien.

Me terminé el cigarrillo y lo apagué en el cenicero.

—Polly, tenemos una identificación positiva de Brad Daggett en Boston el viernes por la tarde, sobre las seis. ¿Está segura de que quiere mantener su versión?

—No lo entiendo. Estuve con él en su casa.

Me quedé en silencio y tomé un sorbo de café para intentar quitarme el sabor del mentol de la boca.

—Quiero dejar las cosas claras, Polly. Brad se ha metido en un buen lío. Es el sospechoso principal de dos asesinatos. Si nos miente diciendo que estuvo con él, eso equivale a un delito de obstrucción a la justicia y le caerá una condena de cárcel. Puede estar segura.

Se llevó la mano a la boca. Su mirada parecía azorada, pero también

confundida.

—¿Brad ha matado a alguien?

—¿Estuvo con él el viernes por la tarde?

—Sí. Estuve con él, pero no lo sé. No recuerdo gran cosa. Creo que me quedé dormida de tanto beber. —Su voz se había vuelto aguda. *Jack*, el cocker spaniel, irguió la cabeza, preocupado, pero no se movió de su cama.

—Dígame exactamente lo que recuerda. Si me dice la verdad, no se va a meter en líos, ¿entendido?

—Estábamos bastante borrachos cuando salimos del bar. Habíamos tomado chupitos y cosas así. En su casa, seguimos bebiendo...

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé seguro. ¿A las tres, quizá? Llegué al Cooley's sobre la una y estuvimos allí un par de horas. No recuerdo la hora exacta...

—No pasa nada. Sobre las tres me vale. Así pues, ¿bebieron los dos? ¿Qué tomaron?

—Chupitos de Jägermeister, sobre todo, luego empezamos a liarnos. Llevábamos un buen pedo. A Brad no se le levantaba. De eso me acuerdo. Dijo algo en plan: «Vamos a dormirla y luego lo intentamos otra vez». Y nos dormimos.

—¿A qué hora se despertó usted?

—Era tarde. No lo sé. Sobre las diez o algo así. Me acuerdo porque miré el reloj y no sabía si eran las diez de la mañana o de la noche.

—¿Y Brad estaba con usted en la cama?

—No, pero estaba en casa. En el salón, viendo la tele. Me llevó al Cooley's para que pudiera recoger mi coche y me fui a mi casa. Me sentía fatal.

—Polly, muchas gracias. Ha sido de mucha ayuda. ¿Y no ha hablado con él ni lo ha visto desde ese día?

—Por Dios, no. ¿En serio que lo ha hecho? ¿Los ha matado a los dos? — Tenía la mano de nuevo en la cara y la bata volvió a abrirsele. Había dejado el cigarrillo en el cenicero sin apagarlo y seguía consumiéndose.

—Eso es lo que tratamos de averiguar. ¿Alguna vez le habló de Ted o Miranda Severson?

—No, nunca, pero Brad era amigo del hombre. A veces tomaban algo juntos en el Cooley's. Los vi un día.

—¿Bebían juntos?

—Por lo menos una vez. Lo recuerdo porque me lo presentó. Era ese tipo que se estaba construyendo la mansión en el acantilado, ¿no? Me pareció que se llevaban bien.

—¿Y Miranda Severson? ¿La esposa? ¿La vio alguna vez en el Cooley's?

—No, nunca. Había oído hablar de ella, pero... Dios mío, no me puedo creer que esto esté pasando de verdad.

Cogió el cigarrillo del cenicero, vio que se había consumido hasta el filtro y lo aplastó.

Le di una tarjeta, le pedí que me llamara enseguida si recordaba algo más, y luego me metí en mi coche. Eran casi las doce del mediodía. Mi plan inicial era pasarme por el Cooley's, hablar con el barman y ver si podía corroborar la historia de Polly, pero comprendí que ya no era necesario. Me había contado la verdad. Brad la había emborrachado, se aseguró de que se quedara dormida en su casa, y luego había bajado a Boston para asesinar a Ted. Llamé a la detective James para contarle mis pesquisas, que la coartada de Brad no se iba a sostener de ninguna manera. No me pareció que se sorprendiera. Seguía en la central de la policía del estado en Portland, Maine. Le dije que la recogería al cabo de un par de horas, así dispondría de tiempo suficiente para comer un poco. Conduje en dirección sur, volviendo a pasar por delante de la casa de los Severson, que seguía rodeada de vehículos oficiales. Paré en la entrada del Kennewick Inn; había oído que era el hotel donde Ted y Miranda se alojaban cuando estaban en Maine. Un letrero de madera que anunciaba HABITACIONES LIBRES se mecía al compás de la brisa del océano. Pensé que cuando los periódicos del país se enteraran de la noticia su problema con las habitaciones libres quedaría resuelto.

Había un letrero más pequeño colgando en la entrada del edificio principal del establecimiento que anunciaba el LIVERY PUB. Me acerqué por la estrecha acera, pisando crujientes hojas disecadas, y bajé por una escalera exterior de piedra hasta la entrada del sótano. Ya dentro, el Livery era un espacio alargado y estrecho que olía a humo de madera y a patatas fritas.

Tomé asiento a la barra. Había muy poca gente en el pub, pero todos hablaban sin parar, sin duda extendiendo rumores sobre lo que había ocurrido un par de kilómetros carretera arriba. Pedí un café y una hamburguesa con queso al barman orondo. Mientras esperaba, saqué la libreta y leí lo que había escrito esa mañana.

«Polly Greenier: ¿Por qué iba a mentir por Brad?» Ahora sabía que no había mentido, que sencillamente Brad la había utilizado como coartada sin que ella lo supiera.

«¿Por qué tenía Ted una llave de la casa de Brad?» Seguía sin saberlo, pero había averiguado a través de Polly que Brad y Ted habían compartido algún rato de ocio en el Cooley's. ¿De quién había sido la idea? ¿Cabía la posibilidad de que Brad le hubiera confiado la llave a Ted por alguna razón?

La última anotación que había escrito decía: «¿Por qué me ha mentido Lily Kintner?». Seguía preguntándomelo, aunque no creía que tuviera nada que ver con lo que había ocurrido entre Brad y los Severson. Aun así, saqué el móvil, comprobé si tenía cobertura y busqué la única imagen de Lily Kintner que había encontrado en internet. Una fotografía en baja resolución de ella y su padre hacía unos diez años, aunque Lily no había cambiado mucho desde entonces. La misma melena pelirroja con el mismo corte. La misma piel pálida y la misma mirada intensa. Cuando el barman me sirvió la hamburguesa con queso, tuve una corazonada y giré el teléfono, preguntándole si reconocía a la chica de la imagen. Se agachó y estudió la pantalla unos cinco segundos. Estaba tan seguro de que su respuesta iba a ser negativa que apenas prestaba atención cuando dijo:

—Sí, claro. Estuvo aquí a principios de semana. Se quedó un par de noches. Una señorita hermosa.

—¿Qué hacía aquí? —pregunté, tratando de contener la sorpresa, y también la euforia, que amenazaba con dominar mi voz.

—No sabría decírselo. Bebía Sam Light, creo. Siempre recuerdo los pedidos.

Se alejó para saludar a un par de clientes que acababan de tomar asiento en la otra punta de la barra. Miré la foto de Lily en mi teléfono; apenas unos pocos puntitos granulosos que formaban una cara. ¿Cabía la posibilidad de

que tuviera más que ver con esto de lo que había imaginado? Sabía que tendría que volver a verla, averiguar por qué me estaba mintiendo, averiguar por qué había viajado a Maine después de que asesinaran a Ted. No esperaba averiguar mucho, pero por lo menos suponía la oportunidad de volver a verla. Y más pronto que tarde. Di un mordisco a mi hamburguesa con queso. Me pareció que debería estar prohibido que una hamburguesa con queso pudiera estar tan rica. La vida pintaba bien.

## Lily

Mi padre se pasó todo el camino desde el aeropuerto JFK hasta Shepaug moviéndose inquieto y suspirando en el asiento.

—Sólo es mamá —dije—. Está tan zumbada como siempre. —Sonrió, pero en sus ojos seguía brillando un temor acuoso—. Dale una oportunidad —continué—. Si no funciona, ya encontraremos otra solución.

—También podría ir a vivir contigo, Lily —sugirió.

Ése era el destino inevitable que esperaba conjurar, por supuesto, pero me limité a ponerle la mano en la rodilla y apretarla.

Nos deslizábamos colina arriba colina abajo por Connecticut, de camino a tierras conocidas, y mi padre fue recobrando la tranquilidad mientras miraba por la ventanilla. Las hojas de los árboles ya habían dejado atrás su primera explosión de radiantes colores. Los rojos se habían vuelto ocres, los amarillos se habían apagado. Al entrar por el camino de Monk's House, mi padre señaló:

—Los cojones se me han encogido. Ahora sé que estoy llegando a casa.

Cuando sacábamos sus dos aparatosas maletas del maletero, mi madre salió a la puerta con un delantal y llena de salpicaduras de pintura. Se había puesto dos pinceladas de brillante carmín rojo en los labios.

—Vuelve el patriarca —anunció, y sonó como si lo tuviera ensayado. Me hizo darme cuenta de que ella también estaba algo nerviosa.

—Sharon —dijo mi padre, poniéndose las gafas en la frente para poder verla de lejos—. No has cambiado nada. —Seguramente era el comentario más agradable que podría haberle dicho dadas las circunstancias. Ella asintió y volvió a entrar en casa.

Después de ayudar a mi padre a deshacer las maletas y a instalarse en el cuarto de invitados de la planta baja que quedaba hacia la parte trasera de la casa, dimos un paseo rápido por la finca antes de que el sol se pusiera del todo.

—Anochece temprano aquí —dijo mi padre—. De eso me acuerdo.

—Sólo en otoño e invierno —repuse—. No es así todo el año.

—Supongo que podría rastrillar un poco las hojas mañana.

—A mamá le encantaría. Odia pasar el rastrillo.

—De eso me acuerdo. Siempre me obligaba a hacerlo.

—Bueno, a ti o al chico que vivía enfrente.

—Eso es. —Mi padre se ciñó la bufanda que llevaba al cuello, aunque hacía bueno para ser una tarde de finales de octubre—. ¿Te acuerdas de que de niña te gustaba meterte en los montones de hojas?

—No sé —respondí.

—Los otros críos siempre querían saltar encima de las hojas, pero tú preferías excavar en ellas. Quedarte ahí metida durante horas. ¿No te acuerdas?

—Más o menos.

—Eras una niña rarísima. Antes de que metieras la nariz en los libros, pensábamos que habíamos tenido a un animal salvaje. Casi nunca sonreías. Te pasabas horas ensimismada en el jardín. Hacías ruidos de animal. Solíamos llamarte «nuestra zorrita» y decíamos que te estábamos criando entre humanos. Espero que no la cagáramos demasiado contigo.

—No fuisteis unos malos padres —aseguré, justo cuando empezaba a caer un poco de lluvia del cielo—. Además, me estáis dando la oportunidad de volver a veros juntos. El sueño de todo hijo de padres divorciados.

—Pero tú no tenías ese sueño, ¿no? —dijo mi padre cuando dimos media vuelta de camino a la casa, que estaba completamente a oscuras con la excepción de la luz que salía de la cocina.

—Por Dios, no. Sólo te estaba tomando el pelo. Además, vosotros no volveréis a juntaros. Espero. Sólo viviréis juntos. Parasitismo mutuo. ¿No es ésa la idea?

—Sí, ésa es la idea. Calma y tranquilidad. Quizá escribir un libro más. Quizá no. Sólo espero vivir lo que me quede de vida y no hacerle daño a nadie. No deseo otra cosa.

La cena fue bien. Mi madre asó un pollo y mi padre no dijo nada malo al respecto, aunque la carne estaba demasiado hecha. Sólo nos bebimos una botella de vino entre los tres y, luego, mi padre se ofreció a recoger la mesa y a fregar los platos, declarando que lo haría después de todas las comidas.

—No sé cocinar, Sharon, ya lo sabes, pero recogeré la mesa encantado.

Mi madre puso los ojos en blanco, pero el gesto sólo me llegó a mí. Mi padre ya estaba recogiendo la mesa, formando con cuidado pilas de platos en el fregadero. Fuimos las dos al salón; ahora había un televisor, cuando de niña nunca habíamos tenido uno. Me referí a ello. «Es por la televisión pública», señaló mi madre cuando nos sentamos en extremos opuestos del sofá raído. Pensé que hablaríamos sobre mi padre, pero ella me explicó con todo lujo de detalles una crítica buenísima que había recibido un artista al que había tratado años atrás.

—Nunca lo tuve en mucha consideración, pero supongo que me equivoqué, por lo menos a juzgar por el *New York Times*.

Mientras la escuchaba pensé que aquel arreglo descabellado entre mi madre y mi padre tal vez pudiera funcionar, por lo menos durante una temporada. A lo largo de los años que estuvieron separados, habían ido perdiendo el apego que sentían el uno por el otro, y tal vez eso los ayudara ahora a vivir juntos. Ya no se querían lo bastante para hacerse daño.

Me fui por la mañana después de desayunar. Como no tenía prisa, tomé la carretera en sentido norte por el Pioneer Valley hasta llegar a la carretera 2, por donde bajé de vuelta a Winslow pasando de nuevo por tramos con magníficas vistas. En verdad era mi época favorita del año; el viento racheado cargado de hojas secas, las casas engalanadas para Halloween. Una semana antes me había enterado de la muerte de Ted Severson y ahora todo aquel sórdido capítulo de mi existencia había quedado cerrado. Miranda y



Brad también habían desaparecido y nadie me iba a pedir cuentas. Toda la angustia por que pudieran descubrirme se había desvanecido. Ahora, tan sólo me sentía relajada y también rebosante de fuerzas. Incluso había pasado un buen rato en compañía de mis padres.

Los asesinatos copaban titulares. Por lo que pude ver, Kennewick se había llenado de periodistas que trataban de desentrañar la historia de esa joven y glamurosa pareja que había muerto asesinada con menos de una semana de distancia entre ambos. No habían encontrado a Brad Daggett, y nunca lo harían. Si habían localizado la camioneta, las noticias no se habían hecho eco. Brad había asesinado a Ted y a Miranda y las autopsias lo demostrarían. Y nunca lo encontrarían para que diera su versión de los hechos.

Pensé en lo que me había dicho mi padre el día anterior, que quería vivir el resto de su existencia sin hacerle daño a nadie. Quizá yo pudiera fijarme el mismo objetivo vital. Eso mismo había pensado después de matar a Chet, y también después de matar a Eric en Londres. Y era lo que pensaba ahora. No me arrepentía de lo que había hecho en el pasado. Tanto Miranda como Eric me habían hecho daño, y Brad, aunque no me lo hubiera hecho directamente, había asesinado a un hombre inocente. Era probable que me hubiera equivocado al invitar a Ted Severson a mi vida. Había corrido unos riesgos enormes en las semanas anteriores y había tenido la gran fortuna de salir bien librada. Pero había tenido suficiente. Todo había terminado. Viviría en adelante una vida tranquila y me aseguraría de que nadie pudiera volver a hacerme daño. Seguiría sobreviviendo, siendo consciente, como lo había sido esa noche en el prado, bajo la luz de las estrellas, de que era una persona especial y había nacido con un sentido de la moral diferente. La moral de un animal —de un cuervo o de una lechuza—, y no la de un ser humano corriente.

Salí de la carretera 2 y pasé por el centro de Winslow de camino a mi casa. Tenían organizada una Oktoberfest en el parque del pueblo, con una banda que tocaba polcas y una carpa para la venta de cerveza. Bajé la ventanilla. El aire olía a sidra sin alcohol. Pensé en parar un momento, pero opté por volver a casa. Recorrí los tres kilómetros que me separaban de ella.

Al llegar, vi un coche blanco y largo en mi entrada, fácil de detectar entre los árboles, ahora que habían perdido todas las hojas. Sentí un estremecimiento de miedo y estuve a punto de pasar de largo, pero al final me interné por el camino, diciéndome que todo iría bien.

Apoyado contra el coche estaba el detective que había venido a hacerme unas preguntas a principios de semana. Henry Kimball, del Departamento de Policía de Boston. Cuando me vio, tiró al suelo el cigarrillo que estaba fumando y lo apagó con el zapato. Aparqué y salí del coche. Caminó hacia mí, con una sonrisa indescifrable en el rostro.

## Kimball

El domingo, después de comer, cogí el coche y regresé a Winslow para hablar con Lily Kintner. No estaba en casa, pero era un día fresco de otoño, no muy frío, y decidí esperar un rato. Supuse que seguramente había salido a almorzar y que no tardaría en volver. Me apoyé contra el coche de forma que pudiera ver el estanque más allá de su casa y me lie con cuidado un cigarrillo, uno de los dos que me tenía permitidos cada día.

No habían encontrado a Brad Daggett. La única pista sólida era que un taller mecánico de Kennewick había denunciado que le habían cambiado la matrícula a uno de los coches en los que estaban trabajando. Mike Comeau, el mecánico, sólo se había percatado del cambio porque la matrícula nueva estaba mucho más limpia que el resto del vehículo. Resultó que era la matrícula de la camioneta de Daggett. Así pues, Brad Daggett había sido lo bastante listo para cambiarla antes de largarse de Maine. Se emitió una orden de busca y captura para el nuevo número de matrícula, pero todavía no había dado resultados. Estaba empezando a dudar que los diera.

Me encendí el cigarrillo, eché la cabeza atrás y dejé que me diera el sol en la cara. Arriba, una bandada de gansos surcaba trabajosamente el cielo. Justo cuando me estaba terminando el cigarrillo, Lily entró por el camino en su Honda Accord. Traté de escrutar su cara a través del parabrisas, pero me pareció que se limitaba a mirarme con una pizca de curiosidad. Cuando

aparcó y salió del coche, me acerqué a ella y volví a presentarme.

—Me acuerdo de usted —dijo ella—. Sólo fue hace unos días.

Llevaba una pequeña bolsa de viaje, azul marino con topes grises, y le pregunté si había estado fuera de casa.

—Con mis padres, en Connecticut. Mi padre acaba de volver de Londres.

—Oh, ¿para quedarse a vivir?

—Ésa es la idea de momento. ¿Qué puedo hacer por usted, detective? Me he enterado de lo de Miranda. Es espeluznante.

—Tengo unas preguntas más que hacerle. Esperaba que pudiéramos..., sentarnos y hablar de nuevo.

—Está bien. Sólo le pido un momento para aterrizar. Podemos sentarnos en la terraza de atrás, ¿le parece bien? No hace mucho frío.

Entré con ella en la casa, pasamos por el salón y, tras abrir una puerta en la cocina, salimos a una pequeña terraza alfombrada de hojas secas.

—Voy a buscarle un trapo y puede limpiar usted mismo las sillas —indicó.

Hice lo que me pedía, sacudiendo las hojas de ginkgo, de un amarillo brillante y en forma de abanico, que cubrían dos tumbonas de madera. Me senté y al cabo de unos cinco minutos regresó Lily. No se había cambiado los vaqueros, pero ahora llevaba un jersey blanco de cuello de pico que me pareció de cachemira. Llevaba el pelo suelto y su cara parecía recién lavada y sin maquillaje.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Había decidido que iría directo al grano, de modo que le dije:

—Quiero saber por qué me ha mentado.

No me pareció sorprendida, pero entornó despacio sus pálidos párpados.

—¿Acerca de qué exactamente?

—Acerca de su relación con Ted Severson y el hecho de que pasara en Kennewick las noches del domingo y el lunes. ¿No cree que debería habérmelo comentado la última vez que estuve aquí?

—Se lo puedo explicar —aseguró—. Y le pido perdón por haberle mentado. Todo este lío con mi padre me tiene muy estresada. Cuando apareció aquí la primera vez, me aterrorizó verme envuelta en una

investigación por asesinato. Habría sido demasiado para él. Por eso fingí que no conocía a Ted. Espero que entienda que no le habría mentado si hubiera pensado que nuestra relación tenía algo que ver con el asesinato.

—¿Cuál era exactamente su relación?

—Nos conocimos en el aeropuerto de Heathrow. Al principio ni siquiera lo reconocí, pero empezamos a hablar y nos acordamos de que Miranda nos había presentado un día. Los dos íbamos en clase *business* y al final conseguimos sentarnos juntos. Me contó que su mujer lo engañaba con el maestro de obras de su casa.

—Es un detalle bastante importante —repuse—. Habríamos agradecido conocerlo una semana antes.

—Lo sé, lo sé. Lo siento mucho. No es que Ted estuviera seguro. Sólo creía que era probable que así fuera. Yo conocí a Miranda en la universidad y pensé que era muy posible que llevara razón. En cualquier caso, nos hicimos amigos. Me abrió su corazón, ya sabe, son cosas que pasan en los aviones.

—Así que empezaron una relación.

—No, la verdad es que no. No era una relación romántica. Nos vimos una vez más, en un bar de Concord, para tomar una copa, pero no queríamos ir más lejos. Estaba casado.

—Pero ¿a usted le gustaba?

Volvió a entornar los ojos poco a poco.

—Sí. Era un hombre agradable.

—¿En qué momento se enteró de su asesinato?

—Lo leí el domingo en el *Globe*. El artículo insinuaba que lo había matado un ladrón de casas, pero me pregunté...

—¿Se preguntó si lo habría matado Brad Daggett?

—Así se llama el maestro de obras, ¿no? Y ahora piensan que él mató a Ted y a Miranda.

—Sólo dígame por qué decidió subir a Maine.

—No sabría decirle por qué. Son muchas razones. Ted me había contado lo mucho que le gustaba aquel sitio, así que decidí subir a verlo. Supongo que para llorarlo. Sólo nos habíamos visto dos veces, pero fueron encuentros bastante intensos. E imagino que también fui para ver si podía averiguar algo.

Imagino que quería dárme las de Nancy Drew. Es estúpido, lo sé.

—¿Qué hizo mientras estuvo allí?

—Pasear. Cenar en el bar del hotel. Todo el mundo hablaba del asesinato y agucé el oído, pero no oí nada acerca de que Miranda tuviera una aventura. Creía que sí oiría algo, que todo el mundo hablaría sobre su aventura. Según Ted, ella vivía casi instalada en el Kennewick Inn. Si se acostaba con alguien del pueblo, lo normal sería que todos se hubieran enterado. Eso era lo que pensaba, por lo menos. Pero nadie dijo una palabra. Incluso fui al Cooley's, ese bar que hay calle abajo que es menos turístico, y me tomé una copa pensando que tal vez me enteraría de algo o incluso que me encontraría a Brad. Pero no.

—¿Qué habría hecho exactamente si hubiera descubierto que Brad y Miranda tenían una aventura?

—Tenderle una trampa, por supuesto —dijo—. Sonsacarle una confesión. Practicar una detención por particular. —Su expresión no había cambiado, y tardé un momento en percatarme de que me estaba tomando el pelo. Sonreí y a ella se le iluminó la cara—. En serio —añadió—, no sé qué habría hecho. No tenía un plan. Y, aunque Brad y Miranda tuvieran una aventura, no veo por qué eso debería estar relacionado con su muerte.

—Estamos casi seguros de que Brad Daggett mató al matrimonio Severson.

—¿Y está desaparecido?

—Sí.

Nos quedamos en silencio un momento. Vi que Lily daba golpecitos con los dedos de su mano izquierda sobre el brazo de la butaca. Era el primer indicio evidente de nerviosismo que le veía. Por último reconoció:

—He metido la pata. Tendría que habérselo contado todo la primera vez que estuvo aquí. Debería haberle dicho que Ted creía que su mujer tenía una aventura con Brad. Lo siento. En serio, cuando vino a verme, supuse que a Ted lo había matado un ladrón. Casi me sentí ridícula por haber subido a Maine a llevar a cabo mi propia investigación. Sonaba estúpido.

—Como Nancy Drew —señaló.

—Eh, ¿está llamando estúpida a la heroína de mi infancia?

—No, claro que no. A mí también me encantaba Nancy Drew. ¿Por qué cree que me hice detective?

Un gato zarrapastroso subió a la terraza de madera y le soltó unos cuantos maullidos suplicantes a Lily.

—Tiene un gato —observé.

—Técnicamente no —respondió ella, al tiempo que se ponía de pie—. Se llama *Mog*, pero casi siempre está en la calle. Sólo viene cuando tiene hambre. Voy a sacarle algo de comer. ¿Quiere que le traiga algo?

—No, gracias —dije.

Mientras estuvo dentro de la casa, le hice cucamonas al gato. Tenía los ojos de distinto color, o bien tenía uno lastimado. Lily regresó con la comida del animal en un bol y lo puso en el borde de la terraza. *Mog* se agachó y empezó a comer.

Me apetecía quedarme, pero no tenía nada más que preguntar. Seguía sin creer que Lily me contara toda la verdad, pero sus respuestas eran bastante razonables.

—Su padre —comenté—, ¿cómo le va?

—Ah..., sigue más o menos como siempre. Creo que sacarlo de Inglaterra era lo mejor que podía hacer por él. La prensa lo machacó.

—¿Sigue escribiendo?

—Me dijo que cree que el cuerpo le da todavía para un libro más, pero no sé sobre qué escribirá. Ya veremos. Quizá le entra la inspiración ahora que vuelve a vivir con mi madre.

—Creía que sus padres se habían divorciado.

—Lo están, gracias a Dios. Es sólo un apaño temporal. Un poco raro, ya lo sé. Pero mi madre necesita dinero y mi padre va a echarle una mano mientras viva en su casa. Además, él no puede estar solo. Es una moneda al aire, pero si funciona los dos resolverán sus problemas. Y, si no, mi padre siempre puede venirse a vivir aquí conmigo.

Quería seguir preguntándole sobre su padre, en parte porque me interesaba aquel hombre, pero sobre todo porque me apetecía quedarme un rato más en la terraza trasera de Lily Kintner. Deseaba seguir mirándola. Tenía el sol detrás y su melena ardía con un rojo rabioso. Se había puesto de

brazos cruzados, tensando el jersey contra su cuerpo, y pude ver la alta elevación de sus pechos y el perfil casi inapreciable de un sujetador rosa bajo la lana blanca y fina de su jersey de cachemira. Barajé distintas formas de prolongar mi estancia. Podía preguntarle más cosas sobre su padre, sobre su pasión por Nancy Drew, sobre su trabajo en Winslow, pero sabía que no debía hacerlo. No era una visita de cortesía. Me levanté y Lily hizo lo propio. *Mog* terminó de comer y se arrimó a ella y le restregó el lomo contra el tobillo antes de largarse por donde había llegado.

—Ah, una cosa más —añadí, recordando la última pregunta que había previsto hacerle—. La primera vez que nos vimos, dijo que conoció a Miranda en la universidad.

—Pues sí. Estudiamos en el Mather College, en New Chester, Connecticut.

—Miranda me contó que usted le había robado el novio.

—¿En serio? Bueno, salimos con el mismo chico. Ella empezó, luego me tocó a mí, y al final volvió con ella. Fue un desastre, pero de eso hace muchos años.

—Así que cuando se encontró con Ted y supo que estaba casado con Miranda y que estaba triste, ¿no pensó que era una oportunidad para vengarse?

—Por supuesto. Se me pasó por la cabeza. Ted me gustaba, Miranda no, pero no, no es eso lo que hubo entre Ted y yo. Nuestra relación no fue amorosa. Para él, yo sólo era una persona con la que podía hablar.

Lily me acompañó a la puerta de su casa y caminamos juntos hasta el coche. Me tendió la mano y yo se la estreché; tenía la palma caliente y seca. Cuando nos soltamos, las puntas de sus dedos rozaron levemente mi mano, y me pregunté si había sido voluntario o si, por el contrario, me estaba imaginando algo entre nosotros que en realidad no existía. Su expresión era impenetrable.

Antes de meterme en el coche, me volví y le pregunté:

—¿Cómo se llamaba el novio?

—¿Perdón? —dijo ella.

—El chico de la universidad con el que salieron Miranda y usted.



—Ah, él —respondió, y un ligero rubor recorrió sus mejillas. Vaciló un momento antes de continuar—: Era Eric Washburn, pero está..., bueno, está muerto.

—Vaya —dije—. ¿Qué le pasó?

—Fue justo después de la universidad. Murió de un *shock* anafiláctico. Era alérgico a los frutos secos.

—Vaya —dije de nuevo, sin saber qué más añadir—. Lo siento.

—Descuide —repuso ella—. De eso ya hace mucho tiempo.

Me marché. De regreso a Boston, una banda de nubes bajas empezó a envolver el sol. Apenas había empezado a caer la tarde, pero parecía que hubiera anochecido. Mientras conducía recordaba la conversación con Lily. Daba por cierto gran parte de lo que me había contado, pero seguía pensando que me había mentado. Estaba seguro de que se había guardado algunos detalles, igual que la primera vez que habíamos conversado. Pero ¿por qué? ¿Y por qué había dudado al final, cuando le había preguntado cómo se llamaba el chico con el que había salido en la universidad? Me había dado la sensación de que no quería decirme su nombre. Me había dicho que hacía mucho tiempo de eso, pero no era así. Lily no había cumplido los treinta años. «Eric Washburn.» Dije el nombre en voz alta para asegurarme de no olvidarlo.

## Lily

Una semana después de que el detective Kimball me entrevistara por segunda vez, cogí el coche y regresé al centro de Concord. Había seguido el desarrollo de la investigación sobre el doble asesinato de los Severson en las noticias de la cadena de televisión local, aunque no se habían producido novedades. Sabía que no las habría. No iban a encontrar a Brad Daggett. Me gustaba pensar que yo era el único ser humano del mundo que sabía dónde estaba Brad, que sabía que nunca lo encontrarían tomándose un daiquiri en una playa del Caribe. Brad se estaba pudriendo poco a poco en un prado olvidado. Lo sabía, como lo sabían también los pájaros y los animales que se cruzaban por su camino. Lo olerían, pensarían que un animal grande había muerto y luego seguirían a lo suyo.

Aquel domingo acabábamos de entrar en el horario de invierno. La mañana había empezado fría y habían caído unos cuantos chubascos de nieve al amanecer, pero al mediodía había dejado de nevar y el cielo era una lámina baja y amenazante de nubes blanquecinas. Viajé por carreteras secundarias desde Winslow hasta Concord, despacio, escuchando música clásica en una de las cadenas de radio públicas. A media tarde llegué a Concord y aparqué en la calle principal del centro. Las aceras estaban llenas: numerosas familias esperaban a la puerta de un restaurante conocido; mujeres de mediana edad en ropa de deporte entraban y salían de joyerías. Caminé despacio hacia

Monument Square, cruzando la ancha calzada hacia la entrada del Camposanto de Old Hill. Me colé entre las lápidas y trepé por el empinado sendero que conducía a lo alto de la loma. No había nadie más en el cementerio.

Subí hasta el punto más alto de la colina, dejando atrás el banco donde me había sentado con Ted Severson la última vez que lo había visto, hacía poco más de un mes, y miré a lo lejos, por encima de los tejados de Concord. Desde la última vez que había estado allí, los árboles de la colina habían perdido todas las hojas, y alcancé a ver en lontananza el sitio donde había aparcado el coche. Me quedé un rato, enfundada en mi abrigo verde vivo, disfrutando de la soledad, del aire frío y penetrante de Nueva Inglaterra, y de la visión desde las alturas de aquellas figuras diminutas que caminaban a paso rápido por la calle y hacían sus recados en un domingo que había llegado con una hora de más. Miré el sitio donde Ted y yo nos habíamos besado y traté de recordar cómo me había sentido. Sus labios sorprendentemente suaves, su mano grande y fuerte subiendo por mi jersey. Al cabo de cinco minutos, dirigí la atención a la cresta de la colina con sus escasas tumbas. El viento había acumulado hojas secas detrás de algunas lápidas. Regresé despacio por el sendero de losas y, tras elegir al azar una tumba que quedaba parcialmente a la sombra de un árbol retorcido y sin hojas, me arrodillé frente a ella. Señalaba la sepultura de Elizabeth Minot, muerta en 1790 a los cuarenta y cinco años de edad. Había «encontrado la despaciosa muerte con serenidad y alegría». En lo alto de la lápida había un cráneo alado con una banderola que rezaba RECUERDA QUE VAS A MORIR. Me quedé agachada, estudiando la lápida y preguntándome cómo habría sido la breve y difícil vida de Elizabeth Minot. Lo cierto era que ya no importaba. Estaba muerta, como también lo estaban todas las personas que la habían conocido. Tal vez su marido la había asfixiado con una almohada para abreviar su agonía. O para abreviar la suya propia. Pero hacía años que él también había desaparecido. Sus hijos habían muerto y también los hijos de sus hijos. Mi padre solía decir: cada cien años, todo gente nueva. No sé exactamente por qué lo decía, o qué significaba para él —una variación sobre el tema del *memento mori*, supongo—, pero sí sabía lo que significaba para

mí.

Pensé en las personas a las que había asesinado. Chet el pintor, cuyo apellido seguía sin conocer. Eric Washburn, muerto antes de que su vida empezara de verdad. Y el pobre Brad Daggett, quien era probable que no tuviera ni una oportunidad de salvarse desde el mismo instante en que puso sus ojos en Miranda Severson. Sentí un dolor en el pecho; no era una sensación que me resultara familiar, pero aun así pude reconocerla. No se trataba de que me sintiera mal por lo que había hecho, ni tampoco culpable. No era eso lo que sentía. Tenía motivos —buenos motivos— para haber matado a esas tres personas. No, el dolor en mi pecho se debía a que me sentía sola. A que no había otros humanos en el mundo que supieran lo que yo sabía.

Bajé de la colina y me interné de nuevo en las calles de Concord. El móvil empezó a vibrar en mi bolso. Era mi madre.

—Tesoro, ¿ya has leído el *Times*?

—No recibo el *Times* —respondí.

—Ah. Hay un artículo entero dedicado a Martha Chang. Te acuerdas de Martha, ¿no? ¿La coreógrafa?

Me describió el artículo con todo detalle, leyéndome incluso algunos fragmentos. Me senté en un banco frío con vistas a la calle principal.

—¿Cómo está papá? —pregunté cuando hubo terminado.

—Anoche se despertó gritando de madrugada. Fui a verlo, pensando que sólo quería que me metiera en su habitación, pero estaba hecho un desastre. Tiritaba y lloraba. Fui a prepararle un tazón de leche caliente con whisky y cuando volví a su cuarto, estaba dormido otra vez. De verdad, tesoro, es como tener a un niño pequeño en casa.

Le dije que tenía que colgar y me contó unas cuantas historias más sobre amigos suyos que no recordaba. Cuando por último colgamos, vi que había menos gente pululando alrededor del restaurante y entré y me pedí un café grande para llevar. Luego paseé un poco más y pasé de nuevo por delante del Concord River Inn, donde había tomado unas copas con Ted mientras planeábamos el asesinato de su mujer. Nuestro plan habría funcionado. Era muy parecido a lo que había ocurrido al final. Culpar a Brad del asesinato de

Miranda y luego asegurarnos de que Brad desapareciera para siempre, de que nunca pudieran hallar su cadáver. Los detalles eran distintos. Su cuerpo habría terminado en el mar mientras yo llevaba su camioneta a Boston y me aseguraba de dejarla en algún sitio donde la robaran y acabara desguazada. Pero el resultado habría sido el mismo.

Paseé por calles apartadas y tranquilas en las que se alzaban mansiones de estilo colonial. Me encaminaba hacia la parte trasera del cementerio en el que acababa de estar. Una brigada de jardineros recogía las hojas secas de uno de los jardines más grandes. Un preadolescente lanzaba una pelota de fútbol americano en vertical y luego la atrapaba él mismo. No vi a nadie más. Llegué a una calle sin salida que daba a la parte trasera del cementerio. Salté una verja baja, me apoyé en un árbol y esperé. Alcanzaba a ver la cima de la colina, las lápidas espaciadas que sobresalían como los bultos de una columna vertebral. El sol, un borrón de luz blanca tras un sudario de nubes, descendía hacia el horizonte. Me arrimé el vaso de café al pecho para entrar en calor. Llevaba el pelo recogido bajo el mismo gorro oscuro que me había puesto la noche en la que Brad y Miranda habían muerto. Me pregunté, no por primera vez, qué habría ocurrido entre Ted y yo si todo hubiera salido según lo habíamos planeado. Nos habríamos liado, lo sabía, pero ¿cuánto tiempo habríamos estado juntos? ¿Se lo habría contado todo? ¿Habría compartido mi vida con él? Y, armados de ese saber, de todo lo que sabríamos el uno del otro, ¿nuestra relación se habría hecho más fuerte? ¿O al final nos habría matado? Seguramente lo segundo, pensé, aunque habría sido bonito mientras durase, habría sido bonito tener a alguien con quien poder compartirlo todo.

Me terminé el café y metí el vaso vacío en el bolso abierto. Y esperé.

## Kimball

Había descubierto que, si aparcaba en el Dunkin' Donuts del cruce de cinco calles justo al lado del centro de Winslow, podía ver a Lily Kintner bajando por Leighton Road cuando salía de casa en coche. Era una calle muy poco transitada y era fácil divisarla en su Honda rojo oscuro. La había esperado allí todos los días desde nuestra segunda entrevista y en total la había seguido siete veces. La había seguido hasta las oficinas del Winslow College y de vuelta a casa. La había seguido a un supermercado y a un mercadillo de productos ecológicos en el pueblo de al lado. Una vez se había metido en la interestatal en sentido sur; pensé que casi con toda seguridad se dirigía a Connecticut a ver a sus padres y di media vuelta. Las pocas veces que había entrado en el centro de Winslow para hacer algún recado, fui tras ella un rato a pie, manteniéndome a una buena distancia. No había visto nada que fuera de interés.

Lo hacía todo por mi cuenta y riesgo, empleando para ello mi anodino Hyundai Sonata plateado. No sabía qué esperaba conseguir. Sencillamente, había algo en el fondo de mi ser que me decía que Lily Kintner estaba implicada de una u otra forma y que, si la continuaba vigilando, con un poco de suerte la sorprendería metiendo la pata.

Estaba aparcado en el Dunkin' Donuts el domingo por la tarde y a punto de darlo todo por perdido cuando vi el Honda Accord de Lily. Dobló a la

izquierda a la altura de Brooks, dirigiéndose hacia el este, lejos del centro del pueblo. Salí del aparcamiento y me coloqué a unos tres coches de distancia de ella. Su Honda era un modelo viejo, más cuadrado que los coches que ahora hacía la marca, y muy fácil de seguir. La escolté por las localidades de Stow y Maynard hasta que se adentró en West Concord. Traté de mantener por lo menos dos coches de distancia en todo momento. La perdí de vista una sola vez, al cruzar por el centro de Maynard, donde me quedé atascado detrás de una camioneta de mensajería, pero supuse con acierto que iba a permanecer en la carretera 62 y volví a darle alcance. Entró en el centro de Concord, aparcó en la calle principal y salió del coche. Llevaba su abrigo verde vivo, abrochado hasta el cuello. La vi caminar hacia lo que parecía una gran rotonda situada al lado de un parque más bien pequeño.

La única persona que estaba al corriente de que estaba siguiendo los pasos a Lily Kintner era Roberta James, mi compañera, aunque ignoraba hasta qué punto la vigilaba. Por supuesto, no sabía que en dos ocasiones había aparcado después de anochecer en Leighton Road y me había abierto camino por el bosque para espiar la casa de Lily desde la linde de su terreno. Una noche la había vigilado una hora entera, mientras estaba sentada en su butaca de cuero rojo, con las piernas recogidas debajo de su cuerpo, leyendo un libro de tapa dura. Mientras leía ensimismada se enroscaba un largo mechón de pelo con un dedo. De la taza de té que tenía al lado se elevaba una nube de vapor. Me decía una y otra vez que debía marcharme de allí, pero era como si estuviera clavado al suelo, y si de repente Lily hubiera salido y me hubiera visto, ni siquiera así creo que hubiera podido marcharme. Nunca le contaría a James nada de eso. De hecho, ya empezaba a dudar de mis motivaciones.

—¿Cómo es, Hen? —me había preguntado la noche anterior. La había invitado a casa a cenar unos espaguetis a la carbonara y unos whiskies.

—Es muy guapa —respondí, prefiriendo no mentir.

—Pues vaya —soltó James, sin que fuera necesario que añadiera nada más.

—Escucha —dije—. Eric Washburn fue novio suyo en la universidad. También salió con Miranda Severson, o Faith Hobart, que es como se

llamaba entonces. Miranda me dijo que Lily le había quitado el novio, luego Lily me dijo que Miranda había vuelto a quitárselo. Eric murió por una alergia a los frutos secos el mismo año que terminó la universidad. Estaba en Londres con Lily.

—¿Crees que lo asesinó con frutos secos?

—Si lo hizo, fue un golpe de genio. Es muy complicado demostrar que ese tipo de muerte no es accidental.

—Vale —asintió James, antes de tomar un sorbo de Macallan.

—Ahora, al cabo de unos años, se hace amiga del marido de Miranda. Quizá son más que amigos. Y entonces él es asesinado...

—Lo asesinó Brad Daggett. Eso lo sabemos. ¿Crees que Lily también lo conocía?

—No, no creo. Lo único que sé es que me mintió, y la verdad es que es una coincidencia bastante alucinante que estuviera de un modo u otro relacionada con la muerte del tal Eric Washburn y ahora con la de Miranda.

—Podemos traerla para interrogarla un poco más. ¿Le preguntaste si tenía una coartada para la noche en que Miranda fue asesinada?

—No, no se lo pregunté. O sea, sabemos que en este caso el responsable también fue Brad. ¿Es posible que conociera a Brad de antes, que lo convenciera de que cometiera los dos asesinatos y que ahora sepa dónde está?

—Claro que es posible, pero ¿por qué iba a hacerlo? La gente no va por el mundo asesinando a la chica que te quitó el novio en la universidad.

—Sí, en fin —convine.

—¿No se te ocurre nada más que decir? ¿«Sí, en fin»?

—Sí, no tengo nada más que decir.

James sonrió. No lo hacía a menudo, pero, cuando sonreía, su cara pasaba de ser un tanto adusta a irradiar belleza. Hacía poco más de un año que el departamento nos había puesto de compañeros. Las noches de pasta y whisky escocés habían empezado hacía unos tres meses. Hasta la fecha, nuestro trabajo conjunto había sido la mejor relación no sexual de toda mi vida. Desde el primer día, nuestras conversaciones se habían convertido en un toma y daca como si fuéramos amigos desde hacía años. Tan sólo recientemente había caído en lo poco que sabía de Roberta James, más allá de



dónde había crecido (en la costa de Maryland), dónde había estudiado (Universidad de Delaware) y dónde vivía (último piso de un edificio de tres plantas en Watertown). Había supuesto que era lesbiana, pero nunca habíamos tocado el tema. Cuando por fin me decidí a sacarlo, en la primera de nuestras noches de pasta, me dijo:

—Me gustan los hombres, pero sólo en teoría.

—O sea, que en realidad te gustan las mujeres.

—No. Me refiero a que soy una célibe voluntaria, pero si algún día decidiera que no quiero serlo, lo haría con un hombre.

—Lo pillo, James —respondí, y no pedí más explicaciones. Su mirada, que solía ser incommovible, se había conmovido un poco durante aquel breve intercambio.

Casi todas nuestras noches de whisky y pasta las hacíamos en mi casa, porque siempre me propasaba con el whisky, y cuando James oficiaba de anfitriona terminaba durmiendo en su sofá. En una de esas noches, me levanté para ir a buscar un vaso de agua, y cuando volvía por el pasillo, al pasar por delante de su habitación, vi que tenía la puerta entreabierta y que se filtraba un poco de luz amarilla. Empujé ligeramente la puerta diciendo: «Toc, toc». James estaba en la cama, leyendo una novela barata. Era una noche cálida y había sacado una de sus largas piernas de debajo de la única sábana con la que se tapaba. Llevaba unas gafas de lectura y me miró de manera burlona por encima de los cristales.

—No puedo dormir —expliqué—. Pensé que quizá te apetecía un poco de compañía.

No estoy seguro de cómo esperaba que James acogiera mi propuesta, pero lo que no me esperaba en absoluto fue la explosión de sonoras carcajadas con la que me obsequió. Levanté las manos en señal de rendición y caminé de espaldas hasta la puerta, indicando:

—Vale, vale.

Ella intentó que no me fuera, pero enseguida me batí en retirada hasta el sofá. Por la mañana, se despertó al amanecer y me trajo una taza de café.

—Perdón por las carcajadas de anoche —me dijo al acercármela.

—No —repuse—. Perdón por la visita de madrugada a tu habitación.

Fuera de lugar por completo. —Tenía la voz áspera y me notaba la cabeza como si la tuviera aprisionada en un cepo.

—Creo que me cogiste del todo desprevenida. Las tres últimas veces que me han tirado los tejos han sido mujeres. En fin, que me sabe mal.

—No debería. Fui yo quien intentó pasarse de la raya. Además, formamos un buen tándem en el trabajo. ¿Para qué fastidiarlo?

—Exacto. ¿Para qué fastidiarlo?

Hasta ahí había llegado nuestra conversación sobre el tema. Durante una breve temporada, nos habíamos sentido un poco incómodos en el trabajo, pero ya era agua pasada. Y ahora nuestras reuniones volvían a ser como siempre y sólo se tocaba mi vida amorosa.

—¿Así que tienes previsto seguirla mañana otra vez? —preguntó James, a la vez que volvía a servirnos un poco de whisky.

—No sé —respondí—. Quizá me convenga tomarme un día libre.

—Pues sí. Estoy segura de que se te da muy bien, pero sólo es cuestión de tiempo que termine descubriéndote y te ponga una denuncia.

—Tienes razón —dije, sabiendo que no iba a hacerle caso.

Cuando Lily se hallaba cerca del final de la calle principal, a punto de llegar a la rotonda, salí del coche y empecé a seguirla a pie. La vi cruzar la amplia calzada y dirigirse a una iglesia blanca y cuadrada cuyo campanario estaba envuelto en andamios. Luego giró a la derecha y se adentró en la colina donde se extendía el cementerio. Me senté en un murete de piedra y me lie un cigarrillo. Se hallaba a unos doscientos metros de distancia, pero era fácil verla gracias a su abrigo verde. La observé mientras subía despacio por el sendero del cementerio. Deambuló un rato, desapareciendo brevemente tras el tejado de pizarra de una vieja casa de piedra con una pérgola. Me encendí mi cigarrillo y una mujer de mediana edad, enfundada en un mono de Spandex y caminando ruidosamente con sus zapatillas de ciclismo, me lanzó una mirada como si acabara de cargarme a sus hijos. No aparté la vista del cementerio. Al final, pude volver a situar a Lily, que caminaba por la parte más alta de la colina. Era probable que hubiera encontrado la tumba que buscaba, una lápida bajo un árbol retorcido. Se agachó y leyó la inscripción, quedándose en esa postura un rato antes de incorporarse y bajar de nuevo de

la colina. Me pregunté de quién sería la tumba y si podía significar algo.

Cuando Lily llegó a la acera que pasaba por delante del cementerio y empezó a cruzar por Monument Square en dirección a mí, me retiré atravesando la calle principal y entré en una boutique de ropa de mujer que tenía la entrada acristalada. Fingí examinar un expositor de fulares —todos sin excepción costaban lo que un coche de segunda mano en buen estado— sin perder de vista a Lily, quien se había dirigido a un banco de piedra, donde estaba sentada hablando por el móvil. Estaba lo bastante cerca para apreciar que un mechón de su melena pelirroja se había soltado de su gorro oscuro.

—Son todos de cachemira —dijo la encargada de la tienda, quien de pronto había aparecido a cinco centímetros de mi espalda.

Di un pequeño brinco.

—Son hermosos. Muy suaves.

—¿Verdad que sí?

Me aparté de los fulares y curioseé un poco más por aquella boutique. Lily daba toda la sensación de que se quedaría en el banco un buen rato. Al cabo de unos minutos, le di las gracias a la mujer de la tienda y volví a salir a la acera. Lily había desaparecido. Me preocupaba que quizá hubiera cruzado la calle hasta donde me encontraba para hacer algunas compras y que me topara con ella, de modo que me alejé de las tiendas y regresé al murete donde me había sentado antes. Lo que de verdad me apetecía era subir a aquel cementerio y echar un vistazo a la lápida que ella había leído con tanto interés. La tumba se hallaba justo debajo de un árbol viejo y nudoso que sobresalía en la cresta de la colina, y estaba seguro de que sería capaz de encontrarla. Pero sería mejor ver el cementerio cuando Lily no pudiera descubrirme en él. Decidí esperar.

Miré con detenimiento a mi alrededor desde mi puesto de vigilancia. Lily había desaparecido y comencé a inquietarme pensando que podría aparecer de pronto y verme. Decidí que no me hacía falta volver a encontrarla. Por eso me levanté y me alejé del centro de Concord. Pasé al lado de un hotel de tejado gris que se llamaba Concord River Inn. Salía humo de su chimenea y parecía el típico sitio que tenía un bar. Entré. Había un comedor en la entrada con manteles blancos y paredes revestidas de un ornado papel pintado, pero

pude oír voces que llegaban de la parte trasera del establecimiento. Me metí en un pasillo de techo bajo y encontré un bar pequeño, encajonado en un espacio no mucho más grande que una plaza de parking. Eché una ojeada rápida al local para cerciorarme de que Lily no estuviera allí; vi a dos parejas que estaban a punto de terminar de comer entrada la tarde y a un hombre solitario que leía el periódico y se tomaba una botella de cerveza Grolsch. Me encaramé a un incómodo taburete de madera frente a la corta barra del bar y pedí una Boddingtons de barril. Mi plan era tomarme despacito la cerveza y luego ir a echarle un vistazo a la lápida que había mirado Lily. No esperaba sacar nada en claro. En aquel viejo cementerio, supuse que señalaría la sepultura de alguien que había muerto hacía más de doscientos años, pero sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. Ella había mirado con tanta concentración las palabras grabadas en la piedra que quería saber por qué. Recordé mi cena con James la noche anterior y su advertencia tácita de que me había obsesionado con Lily Kintner de manera poco profesional. Seguramente era cierto.

Di un sorbo a mi cerveza, me comí un palito de pretzel de un bol en la barra y saqué un bolígrafo del bolsillo de mi chaqueta. Garabateé una quintilla en una de las servilletas del bar.

*Kimball se llamaba el sabueso policial,  
de mollera tan grande como un dedal.  
Seguía a una moza  
por la tierra toda  
esperando que en la cama fuera genial.*

Arrugué la servilleta y me la metí en el bolsillo de la chaqueta. Saqué otra de la pila en la barra y lo volví a intentar.

*Tiempo ha una chica pelirroja había  
cuyo culo desnudo quería ver algún día.  
La posibilidad de que ocurriera  
era de una entre un millón,  
pero con un poco de lencería me conformaría.*

También la arrugué y me la metí en el bolsillo con la otra servilleta.

Luego seguí tomándome mi cerveza. De pronto me sentí ridículo, no tanto por aquellos poemillas lamentables, como por haber estado persiguiendo, a espaldas de mi departamento y de forma obsesiva, a una mujer relacionada de forma tangencial con uno de mis casos. James tenía razón. Si creía que Lily Kintner nos ocultaba algo, lo que debía hacer era llevarla a comisaría e interrogarla. Lo más probable era que su única implicación en el caso fuera que Ted Severson se había enamorado de ella poco antes de que lo asesinaran. Lily me había mentado porque estaba muy estresada con la situación de su padre, un personaje conocido que, por si fuera poco, también estaba implicado en un caso de homicidio. Ella no tenía nada que ver con Brad Daggett, quien había asesinado a Ted y a Miranda por su cuenta, antes de desaparecer de la faz de la Tierra. La última hipótesis era que, después de matar a Ted, probablemente Brad había chantajeado a Miranda, insistiendo en que la entrega del dinero se produjera en la casa sin terminar. Eso explicaría por qué se habían encontrado allí de madrugada y también por qué Brad había logrado esfumarse por completo: una suma de dinero importante le habría puesto las cosas mucho más fáciles. Me terminé la cerveza y pagué. Me iría del hotel, regresaría a mi coche y volvería a Boston. Por la mañana, hablaría con mi superior y le preguntaría si consideraba una buena idea llamar a Lily Kintner para interrogarla. Si aceptaba que valía la pena intentarlo, le pediría a James que me acompañara. Si consideraba que era apuntar en una dirección equivocada, entonces tal vez esperaría una semana y le haría una visita a Lily para ver si le apetecía salir a tomar una copa conmigo algún día.

Salí por la puerta baja del hotel. Había oscurecido mucho en la media hora que había estado dentro. Recordé que acabábamos de entrar en el horario de invierno y que anochecería más temprano. Mientras caminaba de vuelta a mi coche, contemplé un buen rato el cementerio de la colina. Estaba desierto. A la luz declinante del día, pude distinguir el árbol y la lápida. No me haría ningún daño ir a echar una ojeada. Crucé aquella amplia confluencia de calles y encontré la pequeña entrada al cementerio. Una lápida bastante nueva de granito oscuro pulimentado me informó de que aquel lugar se llamaba Camposanto de Old Hill. Subí por el sendero empinado hacia el

árbol; sus ramas desnudas de hojas quedaban perfiladas en negro sobre el cielo de color de piedra. Encontré la lápida que Lily había estudiado con tanto interés, me agaché como ella había hecho y leí la inscripción. SEÑORA ELIZABETH MINOT, FALLECIDA EN 1790. De pronto me pregunté qué demonios había esperado descubrir subiendo hasta allí. Pasé un dedo por la inscripción desgastada. Era una hermosa lápida, con la efigie de un alma en la parte superior, junto a una advertencia: RECUERDA QUE VAS A MORIR. Me entró un escalofrío y, al incorporarme, me crujieron las dos rodillas a la vez. Me mareé un poco bajo la luz incolora del anochecer. Un viento constante empezó a arremolinar las hojas muertas en lo alto de la colina. Ya iba siendo hora de volver a casa.

Oí el chasquido de una rama al romperse que procedía de la otra ladera de la colina. Me volví. Lily Kintner estaba a apenas unos metros de distancia y se acercaba con paso decidido y las manos metidas en los grandes bolsillos de su abrigo. Su presencia se me antojó irreal, como si fuera una aparecida, y sonreí, sin saber qué otra cosa hacer. ¿Debía reconocer que la estaba siguiendo? ¿Debía fingir que era una coincidencia increíble?

Siguió caminando hacia mí, hasta detenerse a unos pocos centímetros. Por un momento pensé que iba a besarme, pero en vez de ello dijo en un susurro casi inaudible:

—Lo siento.

Sentí una punzada en las costillas y, cuando bajé la vista, vi que su mano enguantada me estaba clavando un cuchillo hacia arriba, cada vez más adentro, en dirección a mi corazón.

## Lily

Desde mi posición debajo del castaño de indias en los márgenes del cementerio, vi una figura solitaria que avanzaba sobre la cresta de la colina. Oscurecía deprisa, pero pude ver que se trataba del detective Kimball. Observé cómo se agachaba y echaba un vistazo a la lápida, la misma que yo había mirado antes. La señora Minot.

Me concedí un momento —tuve que agitar los brazos para hacer que me circulara la sangre— para felicitar me por lo fácil que había sido atraer a Kimball a un sitio aislado, justo al caer la tarde. Cuando empecé a caminar hacia él, eché un vistazo a mi alrededor, por si se daba el improbable caso de que hubiera otros visitantes en el cementerio. Pero estábamos solos.

Cuando me hallaba a menos de cinco metros del detective, pisé una rama caída y él se volvió.

En un bolsillo levaba mi pistola eléctrica y, en el otro, mi cuchillo para filetear pescado. Había planeado aturdirlo primero y luego apuñalarlo, pero me pareció que al verme se quedaba tan sorprendido, tan pasmado, que sencillamente me aproximé un poco más y le deslicé el cuchillo entre las costillas, inclinándolo para que le alcanzara el corazón.

Todo resultó tan fácil...

La cara se le puso lívida y noté su sangre caliente cuando empezó a derramarse sobre mi mano.

Mirándonos a los ojos, y sintiendo el latido de mi corazón en los oídos, apenas pude percibir las fuertes pisadas que subían por la colina a mi izquierda.

—¡Apártese de él y ponga las manos en alto! —ladró una voz de mujer, imponiéndose al viento que susurraba entre las ramas.

Me volví y vi a una mujer negra, alta, con una gabardina, que subía por el camino empuñando un arma con las dos manos. Su gabardina desabrochada ondeaba detrás de ella, azotada por el viento. Solté el cuchillo y Kimball se derrumbó, golpeándose sonoramente una rodilla en las losas del sendero. Levanté las manos y di un paso hacia delante. Vi que los ojos de la mujer estudiaban a Kimball mientras seguía acercándose. Detectó el cuchillo que le salía de las costillas y empezó a moverse más deprisa, llegando junto a Kimball y apuntándome con una sola mano.

—¡Al puto suelo! Ahora mismo. Con la puta cara abajo.

Casi pude oír la adrenalina circulando por su cuerpo cuando me habló, y obedecí, tumbándome en el suelo duro y frío del cementerio. No tenía la intención de enfrentarme a ella o huir. Me habían dado caza.

—Quédate ahí y no te muevas, Hen. No te toques el cuchillo, ¿vale?

La voz de la mujer que hablaba con Kimball era grave, parecida a un ronroneo. Giré la cabeza para poder componerme una imagen de la situación y vi que ella marcaba a toda prisa un número en su móvil, sin dejar de apuntarme con el arma. Había llamado a emergencias y pidió que enviaran una ambulancia «a un puto cementerio que hay en el centro de Concord. Está en una colina». Se identificó como la detective Roberta James, del Departamento de Policía de Boston, y le dijo al operador que había un oficial abatido. Colgó, miró un momento al detective Kimball —«No tiene tan mala pinta, Hen. Tú no te muevas»— y luego se volvió hacia mí. Oí un ruido semejante a un latigazo cuando se sacó el cinturón de tela de las trabillas de la gabardina. Me hincó una rodilla en el centro de la espalda y dejó caer todo su peso en ella. Noté la punta fría de su arma contra mi cuello.

—¡No me des ni un puto motivo! —ordenó—. Las manos detrás de la espalda.

Obedecí y, con una sola mano, cogió el cinturón y me ató las muñecas



con un nudo fuerte y experto.

—Te mueves un pelo y te meto una bala en la cabeza —dijo.

Relajé el cuerpo. El viento impulsó una hoja arrugada contra mi mejilla. Cerré los ojos y pensé, con una mezcla de incredulidad y terror, que mi vida había terminado. Pude oír la voz grave de la detective arrullando a Kimball. Él le respondió algo, pero no entendí sus palabras. Ahora que me habían atrapado, no tenía ningún sentido seguir deseando su muerte. De hecho, deseé que sobreviviera, y pensé que era probable que lo hiciera. No le había clavado el cuchillo hasta el fondo. Oí a lo lejos la sirena de una ambulancia que llegaba. Oí a la detective decirle a Kimball que iba a salir de ésa, que iba a salvarse. Abrí los ojos. Un mechón me los tapaba, pero aun así pude ver a medias el cuadro que tenía ante mí: el detective Kimball yacía frente a la tumba de Elizabeth Minot, con aquella mujer a su lado, presionándole el costado para taponarle la hemorragia. El cielo se oscureció hasta adquirir el tono de la pizarra y las luces de la ambulancia, débiles e intermitentes, empezaron a iluminar la escena.

Cuarenta y ocho horas después, los juzgados de Middlesex County me denegaban la libertad bajo fianza.

—Lo volveremos a intentar —afirmó mi abogada de oficio.

Se llamaba Stephanie Flynn y rondaba los veinticinco años. Era una mujer de facciones discretas y guapa, pero tenía las uñas mordidas hasta la carne y parecía no haber dormido a pierna suelta en años.

Regresó conmigo a mi calabozo.

—Nos van a conceder una vista para la revisión de la fianza y no podrán retenerte más. Y menos dadas las circunstancias.

—Está bien —dije—. Lo has hecho lo mejor que has podido. Soy consciente de que he apuñalado a un agente de policía.

—Un agente de policía que te estaba acosando y siguiendo —repuso Stephanie, mirándome fijamente a través de sus elegantes gafas—. Por cierto, está fuera de peligro —continuó—. Lo acaban de sacar de cuidados intensivos.

—Me alegro —aseguré.

Mi abogada consultó su reloj y me prometió que volvería a la misma hora el día siguiente. Podría haberme pagado mi propio abogado, o hacer que mis padres me buscaran uno, pero preferí que me asignaran uno de oficio y, en ese momento, me sentí satisfecha con la decisión tomada.

Después de que se marchara, me tumbé en el catre en mi mono verde oscuro de presidiaria. La comida —una hamburguesa con verduras variadas de guarnición— me la trajo una policía de gesto serio vestida de uniforme. No es que tuviera mucha hambre, pero comí un poco de hamburguesa y me bebí un zumo de manzana en un vaso de plástico que me habían traído con la comida. Lo rellené con el agua tibia que salía del grifo de mi celda y me bebí varios vasos antes de volver a echarme en el catre. Mis padres, a quienes había llamado al final de esa mañana a cobro revertido desde un teléfono de pago colgado de la pared del pasillo, no tardarían, y estaba saboreando esos pequeños instantes de tranquilidad antes de que llegaran. El día anterior, mientras me quedaba quieta y callada en el camposanto de Old Hill y asistía a la llegada primero de una ambulancia y, después, de varias, y por último de toda una flotilla de coches patrulla, pensé en lo que diría cuando me interrogaran. Me planteé explicar la verdad, toda la verdad, hablarles de los dos cadáveres en el pozo y de lo que le había ocurrido a Eric Washburn en Londres, y de mis relaciones con Ted y Miranda Severson y Brad Daggett. Imaginé cómo me sentiría —si lo confesaba todo— y fantaseé con las miradas fascinadas y frías que me rodearían cuando contara aquellas historias. Luego supuse que esa fascinación me rondaría durante el resto de mis días. Todos los años que me aguardaban encerrada en la cárcel. La tristemente célebre hija de David Kintner. Me convertiría en un espécimen, en una curiosidad. La gente clamaría por que se escribieran libros sobre mí. Perdería todo mi anonimato para siempre.

Así que me planteé otra historia, mucho más sencilla. Le diría a todo el mundo que el detective Henry Kimball me había aterrorizado persiguiéndome durante más de una semana. Diría que lo había visto varias veces —esa parte era cierta— y que había empezado a temer por mi vida. Si me preguntaban por qué no había avisado a la policía, les contaría que él era policía. Les

contaría que me había acostumbrado a viajar con mi pistola eléctrica y aquel cuchillito y que, el día en cuestión, me había acercado a Concord para dar un paseo por mi cementerio favorito. Al verlo allí, me había entrado un ataque de pánico y lo había atacado con el cuchillo. Era consciente de que me había equivocado, pero no tenía la mente en orden. Había sido un momento de locura provocado por el estrés.

Y ésa fue la historia que expliqué, primero al agente que ordenó mi detención en la comisaría de policía de Concord, donde me ficharon por tentativa de homicidio, y luego, esa misma tarde, a la detective Roberta James, la mujer que le había salvado la vida al detective Kimball. Traté de deducir de la entrevista si Kimball y la detective James se habían confabulado para seguirme, o si aquella detective se había encontrado con el incidente por casualidad. Antes de la detención, estaba del todo convencida de que Kimball me seguía por su cuenta y no en cumplimiento de sus obligaciones. Era evidente que se había obsesionado conmigo y sólo era cuestión de tiempo que empezara a indagar sobre todas las facetas de mi vida. Ya le había facilitado el nombre de Eric Washburn, y no me cabía la menor duda de que había consultado los archivos y había descubierto que estábamos juntos el día que murió. Había empezado a asustarme un poco y se me ocurrió la idea de que, si en realidad me estaba siguiendo por su cuenta, entonces podría atraerlo a un sitio solitario y zanjar el asunto. Pensé en el cementerio en el que había estado con Ted Severson. Nunca había visto a nadie allí y, sin embargo, era un sitio bastante accesible. Si el detective Kimball me seguía a Concord, podría verme en el cementerio desde abajo en el pueblo. Me había pasado un buen rato mirando una tumba y había imaginado que él haría lo mismo. Entonces, sencillamente lo esperé.

Todo había salido a pedir de boca, hasta que la detective James apareció de la nada.

Me sentía bastante segura con mi relato de los hechos. Era probable que terminara pasando una breve temporada en la cárcel o en un centro psiquiátrico, pero dudaba mucho de que me tuvieran a la sombra una larga temporada. Mi mayor preocupación era si iban a indagar a fondo en la muerte de Miranda y la desaparición de Brad. No tenía coartada para aquella noche,

pero ¿por qué habría de tenerla? Todo se había producido un martes entrada ya la noche y vivía sola. Aunque interrogaran a mi madre, pensé que era casi imposible que les mencionara que le había pedido que me llevara en coche al sur de Maine. Me parecía casi imposible que se acordara de aquel viaje.

Mientras pensaba en mi madre, oí la bisagra sin lubricar de la puerta al final del pasillo y reconocí su voz tonante. Oí la palabra «fianza» y la palabra «ridículo». La misma agente que me había traído la comida acompañó a mis padres hasta los barrotes de mi puerta. Mi madre parecía soliviantada, mi padre, viejo y asustado. «Ay, tesoro», dijo mi madre.

Tres días más tarde, la víspera de la vista en la que se decidiría si me dejaban en libertad bajo fianza, me llevaron a una sala de interrogatorios después de un desayuno de huevos cocidos en el microondas y patatas. No era la primera vez que estaba en aquella sala, una cajita sin ventanas con las paredes pintadas de un molesto blanco industrial.

La detective James entró, anunciando su presencia y la hora que era a la cámara instalada en un rincón elevado.

—¿Cómo se encuentra, señorita Kintner? —preguntó, tras tomar asiento.

—He tenido días mejores —respondí—. ¿Cómo está el detective Kimball?

Se quedó callada, frunciendo los labios, y la descubrí lanzando una mirada hacia el rectángulo de cristal unidireccional que ocupaba una de las paredes de la sala. Me pregunté si él estaría presenciando el interrogatorio.

—Se está recuperando —contestó—. Tiene suerte de estar vivo.

Asentí, pero preferí no decir nada.

—Tengo algunas preguntas adicionales que hacerle, señorita Kintner. En primer lugar, dijo usted en nuestra entrevista previa que había descubierto al detective Kimball siguiéndola varias veces con anterioridad al domingo en el que usted viajó a Concord para visitar el cementerio. ¿Puede explicarme en qué ocasiones lo vio?

Le conté las veces que había descubierto a Kimball siguiéndome. Una, en el centro de Winslow, y otra vez lo había visto pasando despacio en su coche

por delante de la entrada de mi casa. Me preguntó también por mi relación con Ted Severson y los motivos por los que había subido a Kennewick después de su muerte. Le dije las mismas cosas que le había dicho en su momento al detective Kimball.

—Así pues —añadió—, debo entender que usted disponía de información crucial sobre un asesinato y que prefirió no facilitarla a la policía para investigar el crimen por su cuenta, ¿no es así? Más tarde, cuando consideró que un detective de la policía que tan sólo cumplía con su deber la estaba siguiendo y acosando, ¿decidió asesinarlo? La verdad es que tiene usted soluciones muy interesantes para sus problemas.

—No decidí asesinar al detective Kimball.

—Bueno, lo que sí decidió fue clavarle un cuchillo.

No contesté. La detective James me miró fijamente desde el otro lado de la mesa. Me pregunté si había algo entre ella y Kimball, una relación romántica, pero no me lo pareció. Esa mujer era casi guapa —tenía la estructura ósea y el cuerpo alto y delgado de una modelo—, pero transmitía también una presencia fiera, de animal depredador. Tal vez sólo era la forma que tenía de mirarme en aquel instante, como si pudiera atravesarme con la mirada y ver lo que tenía detrás.

El silencio se prolongó y pensé que a la detective James se le habían acabado las preguntas. Entonces continuó:

—El detective Kimball me ha explicado que usted habló con él inmediatamente antes de acuchillarlo. ¿Recuerda lo que le dijo?

Sí me acordaba, pero negué con la cabeza.

—Para ser sincera —respondí—, no recuerdo casi nada de aquella tarde. Es como si tuviera un apagón en la cabeza.

—Qué oportuno para usted —señaló, antes de levantarse y salir de la sala.

Me dejaron sola alrededor de media hora, o eso me pareció. Me habían quitado el reloj y tampoco había ninguno en la sala, así que no estaba segura. Me quedé sentada en mi silla y traté de mantener un gesto inexpresivo en la cara. Sabía que me estaban observando a través del cristal, que me analizaban y hablaban de mí. Era como si me hubieran atado desnuda al suelo y un montón de manos sucias me sobaran. Pero sabía que, si me ceñía a mi versión

de los hechos y si no encontraban el cadáver de Brad, no podrían tenerme encerrada allí por mucho tiempo. Recuperaría mi vida o, por lo menos, una vida. Y nunca más volvería a cometer los mismos errores. No dejaría que nadie se me acercara. Sólo daba problemas.

La puerta se abrió y entró el detective Kimball. Vestía su atuendo habitual, americana de *tweed* y vaqueros, pero esta vez llevaba una barba de una semana y estaba pálido. Se movió con cuidado hacia la silla, pero no se sentó, limitándose a apoyar una mano en el respaldo y dirigiéndome una mirada que parecía más curiosa que enfadada.

—Detective —saludé.

—Sé que recuerda las palabras que me dirigió —afirmó—. Justo antes de apuñalarme.

—No me acuerdo. ¿Qué dije?

—Dijo que lo sentía.

—Vale, si usted lo dice.

—¿Por qué iba a decir eso si yo le daba miedo y creía que la estaba acosando?

Negué con la cabeza.

—Averiguaré lo que no quiere que averigüe —aseguró—. No sé dónde está ni lo que es, pero lo averiguaré.

—Ojalá sea así —repuse, y lo miré a los ojos. Pensé que apartaría la mirada, pero no lo hizo—. Me alegro de que esté bien —afirmé, y lo pensaba de verdad.

—Bueno, llegados a este punto, imagino que es lo que más le conviene.

No añadí nada más, pero él siguió mirándome fijamente. Busqué el odio en su mirada, pero no lo vi.

La puerta se abrió de par en par con un sonoro golpe y un hombre trajeado a quien todavía no había visto entró en tromba en la sala. Era un tipo entrado en años, y fornido, con un bigote gris.

—Fuera, detective Kimball. Ahora mismo.

Henry Kimball se volvió despacio y luego salió escopeteado de la sala mientras aquel tipo le sujetaba la puerta. Antes de que echaran el pestillo tras salir, alcancé a oír una vez más la fuerte voz de aquel hombre:

—Por Dios, ¿qué coño te...?

Me dejaron de nuevo rodeada de silencio.

Esa misma tarde, después de que volvieran a encerrarme en la celda, la abogada vino a visitarme. Acercó una silla a los barrotes de mi puerta y señaló:

—Hoy has recibido una visita inesperada.

Hacía unos gestos extraños con la cara y al final vi que estaba intentando contener una sonrisa.

—Te refieres al detective Kimball.

—Así es. Tengo entendido que ha invadido la sala de interrogatorios. Para empezar, no tendrían que haberte dejado sola. Siempre puedes pedir mi presencia cuando te interroguen.

—Lo sé.

—¿Qué ha dicho?

—Quería saber si me acordaba de lo que le había dicho antes de apuñalarlo y le he respondido que no recordaba nada, lo cual es verdad. Luego ha asegurado que descubriría lo que estaba intentando ocultar.

Ahora mi abogada sí que sonreía abiertamente, y advertí, por vez primera, que llevaba una ortodoncia de plástico casi invisible en el arco dental inferior.

—Lo siento —señaló—. Sé que debe de haber sido una experiencia muy desagradable para ti y no debería haber ocurrido. Han suspendido de forma oficial al detective Kimball del departamento de policía. Iba a pasar de todos modos, créeme.

—¿Así que ha quedado confirmado que actuaba por su cuenta cuando me seguía?

—Desde luego. Eso ya lo sabíamos. Su compañera no le quitaba ojo porque estaba preocupada por su salud mental. La noche anterior le había confesado que te estaba siguiendo en sus horas libres. Pensó que se estaba obsesionando contigo. De manera que al día siguiente fue a verlo en coche y terminó siguiéndolo ella misma. Y así llegó a Concord.

»Y hay más. Por lo visto, le encontraron algunas cosas que había escrito

sobre ti cuando lo trasladaban al hospital. Poesía.

—¿En serio? ¿Cómo era?

—Pues bastante inculpatoria. No creo que el detective Kimball vuelva a trabajar nunca más para un departamento de policía.

—¿Y en qué situación me deja todo eso? —pregunté.

Su móvil con toda seguridad vibró, porque se lo sacó del bolsillo de la americana, pulsó un botón y volvió a guardarlo.

—No quiero que te hagas más ilusiones de las debidas, Lily, pero creo que podremos llegar a algún tipo de acuerdo. He de preguntarte qué te parecería someterte a un examen psiquiátrico y tal vez pasar una temporada en un hospital trabajando tu control de la ira.

Le respondí que me parecía perfecto un acuerdo como aquél.

—Estupendo —afirmó ella—. Veo que vamos progresando. —Me miró sonriéndome de nuevo—. En cualquier caso, no creo que vayas a pasar mucho más tiempo aquí. —Se puso de pie y metió la mano en su abultado maletín—. Casi se me olvida, ha llegado otra carta. Me la han dado arriba.

Deslizó el sobre por la ranura que utilizaban para la entrega de mis comidas en la celda. Era otra carta de mi padre. En los tres días que habían pasado desde que lo había visto por última vez, ya me había enviado tres.

—Gracias —dije.

Mi abogada se marchó y volví a sentarme en el catre, sin abrir la carta de inmediato. Me tomé un momento. Las novedades eran mucho mejores de lo que había esperado. Iba a recuperar mi vida. Tal vez no enseguida, pero sí algún día cercano. Abrí la carta, con ganas de leerla. Mi padre me escribía cartas desde que era pequeña y siempre me alegraban el ánimo.

Mi queridísima Lil:

Tu madre ha salido para dar su clase de adultos (¡no tiene otra puñetera fuente de ingresos!) esta tarde, así que aquí estoy, en casa, esperando a que el microondas termine de hacerme una lasaña congelada. Por lo visto, la cosa tarda quince minutos, así que voy a pergeñarte otra carta. Esta mañana he hablado con tu abogada y me ha contado un montón de cosas que sonaban de lo más halagüeñas. Parece que serás libre de retomar tu vida en breve plazo. Ojalá sea así.

Es como si fueran las diez de la noche, pero ¡sólo son las cinco! Anochece temprano por aquí. Estoy disfrutando de un cóctel maravilloso que acabo de inventarme. Un vaso alto de agua rematado con dos dedos de whisky escocés. En esencia, agua aromatizada con whisky. Delicioso, y



puedo beberlo de primera a última hora del día sin verme perjudicado en lo más mínimo. El lado positivo es que no estoy completamente sobrio ni un solo momento del día, pero me levanto por la mañana eufórico y lleno de vida. Ojalá hubiera descubierto este método alcohólico hace años. Lo habría patentado y habría hecho una fortuna.

El microondas me ha pitado y he de rellenar mi vaso. Tu madre ha comentado algo de que subiremos a verte en coche este fin de semana. Hasta entonces: «¡Aguanta!», dijo el gatito que colgaba de una rama.

Besos, tesoro,

Papá

Ah, una posdata: Se me pasó comentártelo en mi última carta, pero tengo malas noticias. Han vendido la vieja granja Bardwell de al lado de casa a un mocoso de la ciudad que se dedica a la gestión de fondos de alto riesgo. Va a arrasar la finca para hacerse una especie de antro de fin de semana con unas cincuenta y siete habitaciones. Sé que te gustaba muchísimo esa pequeña pradera junto a la granja, y me temo que van a levantar todo el terreno mañana mismo. Tu madre se ha convertido de la noche a la mañana en una ecologista escandalizada. Lamento darte malas noticias. Aunque supongo que estarás preguntándote qué demonios te estoy contando. Hasta pronto, Lil. Papá, que te quiere y siempre te querrá, pase lo que pase.

*Una muerte merecida*

Peter Swanson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Kind Worth Killing*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, © Mohamad Itani / Trevillion Images

© Peter Swanson, 2015

© por la traducción, Albert Fuentes, 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-670-5257-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

# NOVELA **NEGRA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**

